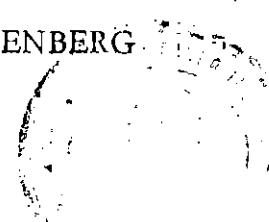


BIBLIOTECA DE CULTURA SOCIALISTA

VOLUMEN 14



ARTHUR ROSENBERG



Aporte a la Historia Política
de los últimos 150 años



EDITORIAL CLARIDAD, S. A.
DIRECCIÓN GENERAL: ANTONIO ZAMORA
OFICINAS: SAN JOSÉ 1621/45. -- BUENOS AIRES

BUENOS AIRES

Primera edición, julio de 1966

Título de la obra en alemán:

DEMOKRATIE UND SOCIALISMUS

Traducción de EMMANUEL SUDA



Derechos reservados para el idioma español.
Copyright © by EDITORIAL CLARIDAD, S. A.
Impreso en la Argentina. -- Printed in Argentine.
Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

ÍNDICE

Prefacio	7
----------------	---

PRIMERA PARTE

LA NUEVA DEMOCRACIA HASTA MARX

1. — ¿Qué es la Democracia?	11
2. — Robespierre y Jefferson	17
3. — De Napoleón I hasta Luis Felipe	26
4. — El Socialismo de los primeros días	37
5. — ¿Democracia social o burguesa?	43
6. — Los cartistas de Inglaterra	48

SEGUNDA PARTE

DEMOCRACIA Y MARXISMO 1845-1895

1. — Marx y Engels en víspera de la Revolución de 1848 ..	57
2. — Francia 1848	71
3. — La derrota de la Revolución de 1848-49 en la Europa central	93
4. — ¿Por qué fracasó la Democracia en 1848-49?	109
5. — Las luchas de la emigración 1849-59	116
6. — Comienzos de la Social Democracia	152
7. — Fundación de la I Internacional	146
8. — El derrumbe de Bonaparte	151
9. — La Comuna de París y el fin de la I Internacional ..	158
10. — La Democracia burguesa en América, Inglaterra y Suiza	177
11. — La desvalorización de la Democracia después de 1871 ..	182
12. — Socialistas y anarquistas después de 1871	188

13.— La reacción europea después de 1871	191
14.— Francia después de la Comuna y el intento de dictadura de Boulanger	203
15.— Imperialismo contra liberalismo	221
16.— Democracia liberal y II Internacional	241

TERCERA PARTE

DE 1895 HASTA LA ACTUALIDAD

1.— Los partidos obreros antes de la guerra. Comienzos del Bolchevismo	267
2.— Guerra mundial y III Internacional	278
3.— La ascensión del fascismo	285
4.— Posiciones democráticas y socialistas en el presente ..	290
5.— Crítica general de la democracia	296

P R E F A C I O

El presente libro es una contribución histórica a la discusión actual sobre democracia. Así como en mis trabajos anteriores, no he encubierto tampoco esta vez mi punto de vista personal, pero al mismo tiempo he escrito en completa independencia de todo interés o de grupo. El libro debe representar, en primer término, el trabajo político práctico de Marx y Engels en el período de 1845-1895. Para estos dos dirigentes socialistas, fue la política práctica una permanente disputa con la democracia, de manera que, si se mira a todo el problema Democracia y Socialismo en forma histórica, pertenece a la historia de esos cincuenta años.

El concepto y la valorización general de la democracia se ha modificado totalmente desde 1845 hasta hoy. Por lo mismo se hizo necesario dar, en una pequeña reseña, los antecedentes de la más temprana democracia hasta 1845, a los efectos de hacer comprensibles los comienzos políticos de Marx y Engels. Finalmente puede exigir el lector, con todo derecho, que no se arrojen los hilos del desarrollo al llegar al año 1895, sino que se le ayude a construirse un puente desde ese año hasta los tiempos presentes. A este propósito servirá la parte final del libro.

Acerca de la manera cómo pensaron Marx y Engels en un determinado momento de sus vidas políticas y qué propósitos persiguieron sus acciones, se deja deducir con autenticidad solamente de sus declaraciones en los respectivos momentos. Lo que han escrito en períodos posteriores sobre su pasado, es a veces unilateral, porque procede de una situación política modificada. Así, por ejemplo, se caería en un grave error, si la posición de Marx y Engels, hacia la democracia revolucionaria en los años 1845-49, se hubiese de extraer solamente de sus escritos aparecidos después del fracaso de la revolución.

La fuente principal para este libro, está en el cambio de cartas entre Marx y Engels, tal como se lo tiene ahora en la edición ejemplar de cuatro tomos del "Instituto Marx-Engels". Otra fuente preciosa de hallazgos para la historia de la democracia de los primeros tiempos, la constituye el sexto tomo de la primera parte de la edición total Marx-Engels, que abarca los escritos de ambos hombres desde mayo de 1846 hasta marzo de 1848. A la par de esto, han sido utilizadas las restantes colecciones de cartas y escritos de Marx y Engels, en tanto que corresponden al marco de este li-

bro. De la pléthora de información sobre Marx y Engels, me han sido de especial utilidad los trabajos de Gustav Mayer y Karl Korsch. Valiosos conocimientos me dieron, para la gran Revolución Francesa: Mathiez; para Jefferson y la más antigua democracia americana: Beard; para la historia de los partidos franceses del siglo XIX: Seignobos; para la historia de la revolución y de los partidos alemanes: Bergsträsser y Valentin. Mi posición sobre la República Alemana y la revolución rusa, la he fijado con más detalles en los libros: Historia del Bolchevismo. Fundación de la República Alemana e Historia de la República Alemana.

La mayor parte de mi libro lo he escrito en Liverpool y he encontrado, para tal efecto, la más auspiciosa ayuda en la biblioteca universitaria de Liverpool. Al finalizar el libro, he tenido en Nueva York la misma ayuda en el International Institute of Social Research. Finalmente debo agradecer en especial manera, por el auxilio prestado en la adquisición de literatura, a mi amigo, el doctor Franz Neumann.

ARTHUR ROSENBERG.

Nueva York, noviembre 1937.

PRIMERA PARTE
LA NUEVA DEMOCRACIA
HASTA MARX

I. ¿QUE ES DEMOCRACIA?

El primer hombre de estado conscientemente socialista de la gran revolución francesa, Babeuf, desarrolló su programa en una importante carta que escribió a principios de 1796 a su amigo Bodson. En esta carta Babeuf se confiesa por completo como sucesor de Robespierre y se fija como tarea la resurrección del gran revolucionario. Al efecto escribe: "Despertar a Robespierre significa despertar a los enérgicos patriotas republicanos y con ellos al pueblo... El robespierriismo vive en toda la república; vive en la clase de hombres que piensan con claridad y tienen capacidad de opinión y, en consecuencia, vive en el pueblo. La razón de esto es muy simple: el robespierriismo es la democracia y ambas palabras, son perfectamente idénticas. Si se despierta al robespierriismo, se puede estar seguro de despertar también a la democracia".

Si se hubiese de preguntar hoy al término medio de los políticos o a cualquier hombre ilustrado, acerca de qué hombre considera como la personificación de la democracia, sería muy improbable que se recibiese la contestación: "Robespierre". El hombre del terror, la cabeza del sangriento gobierno de la dictadura de 1793, no se aparece a la presente generación precisamente como un demócrata. Pero para Babeuf es el sistema de Robespierre y la democracia, absolutamente lo mismo. Aquella parte de la carta nos enseña, además, todavía otra cosa. Ella nos muestra que Babeuf no consideraba tan sólo a Robespierre como demócrata, sino también a si mismo. Entonces preparaba la insurrección violenta de todo el pueblo francés, para derribar al gobierno corrompido y capitalista del directorio, y colocar en su lugar una nueva organización estatal basada en el principio de la comunidad de la propiedad. Tales aspiraciones son, para Babeuf y su tiempo, democráticas.

Medio siglo más tarde publicaron Marx y Engels su *Manifiesto Comunista*. En ese documento no quisieron hacer Marx y Engels sabias construcciones, sino que trataron de expresarse de manera que todo obrero los comprendiese. Ahora bien; en el *Manifiesto Comunista* dicen: "Hemos visto ya más arriba que el primer paso de la revolución de los trabajadores consiste en la elevación del proletariado a la condición de clase gobernante; con-

siste en la conquista de la democracia. El proletariado aprovechará su dominio político para arrancar a la burguesía paulatinamente todo el capital, etc." De acuerdo con esto, es para los autores del Manifiesto "levantamiento del proletariado a la categoría de clase dominante", idéntico con la conquista de la democracia. Marx y Engels pudieron escribir entonces, de esta manera, sin temor de causar entre las masas populares ningún error o confusión. Democracia, es la conquista del poder político por el proletariado. Esto lo habría suscripto también Babeuf, sin hesitación.

No obstante, para Marx y Engels hacia 1848, democracia y comunismo no eran completamente idénticos, pues el proletariado puede ejercer en el estado el poder político, pero con esto, no está todavía dicho que necesita efectuar la consecuente comunización de la propiedad. A pesar de esto, eran democracia y comunismo muy emparentados para la generación de 1848. Así escribió Engels en octubre de 1847, en un artículo de la *Deutschen Brüsseler Zeitung*: "Los comunistas, lejos de emprender bajo las condiciones actuales discusiones inútiles con los demócratas, actúan por el contrario, en todos los problemas prácticos de partido, como demócratas. La democracia tiene en todos los países civilizados como consecuencia inevitable el dominio político del proletariado; y el dominio político del proletariado es la primera premisa de todas las medidas comunistas. Mientras la democracia no ha sido, pues, conquistada, luchan comunistas y demócratas en conjunto y son los intereses de los demócratas al mismo tiempo los de los comunistas. Hasta entonces las diferencias de los dos partidos son solamente de naturaleza teórica y pueden ser discutidos muy bien en forma teórica, sin que se perturbe la acción mancomunada. Hasta se podrán poner de acuerdo sobre determinadas medidas que se habrán de tomar inmediatamente en beneficio de las clases oprimidas, una vez conquistada la democracia, tales como el funcionamiento de la gran industria, de los ferrocarriles por el estado, educación de todos los niños por cuenta del estado, etc."

Más adelante se habrá de hablar todavía acerca de las diferencias entre democracia y comunismo, tal como las vieron los luchadores de 1848. Aquí basta con destacar el estrecho parentesco y la comunidad de intereses de ambas tendencias, tal como existió en 1847 para el gran público. Tampoco la *Deutschen Brüsseler Zeitung* quiso publicar entonces profundas consideraciones sobre derecho público, sino aplicar y aclarar conceptos políticos que es-

taban en la boca de todo el mundo. Junto a esto, compárese la relación de democracia y comunismo en nuestra propia generación. En Alemania surgió a raíz de la revolución de noviembre de 1918, un "Partido Democrático". Era el partido de los republicanos de la burguesía. A ellas pertenecieron, por ejemplo, hombres como el gran industrial y más tarde ministro Rathenau. El partido democrático alemán no tenía nada de común con los comunistas, y se sintió siempre como el enemigo mortal del partido comunista. Por el mismo tiempo era el presidente Wilson, en los Estados Unidos, quien se tenía por un buen demócrata y por el más violento adversario de todas las tendencias comunistas dentro de la masa trabajadora.

Oigamos ahora una voz del sector de los enemigos durante la revolución de 1848-49. En noviembre de 1849, declaró el diputado conservador von Bismarck en la dieta prusiana: "La propiedad del suelo no es anhelada solamente por los que tienen un periódico usufructo de esa propiedad, sino también por aquellos que no lo tienen. El numeroso sector de los jornaleros de las provincias orientales, por ejemplo en Pomerania y Prusia, ha sido agitado durante todo el transcurso del año pasado, por los demócratas, para formular tales exigencias. Por la promesa de la propiedad del suelo ha sido posible que en esas provincias fuesen elegidos el diputado Bucher y sus amigos... Es un hecho lamentable, que esté en aumento la envidia del jornalero contra el campesino propietario, al ver que el fruto de la revolución es cosechado solamente por los mejor situados, sin beneficiarlo a él. La exigencia de los jornaleros no se limita de ninguna manera a que les sean arrendados los lotes cuyos productos forman una parte de su salario y de lo cual, por sí sólo, no es posible vivir; ellos van más allá: se pide completa partición, y no solamente de las tierras de los casilleros sino también de los cortijos".

Tampoco el diputado von Bismarck quiso proclamar entonces, desde la tribuna de la dieta prusiana, un descubrimiento de derecho político y se limitó a emplear las expresiones que comprende todo el mundo. Para el junker de Prusia eran los demócratas los hombres de la revolución agraria, los agitadores rojos, que exhortaban a los obreros del campo al reparto de tierras castellanas y de los ricos campesinos. Para el junker von Bismarck era entonces el diputado Lothar Bucher, el prototipo de esta revolución agraria. La historia lo ha dispuesto más tarde que del junker

von Bismarck se hizo el canciller del Reich, Conde Bismarck, y del comunista Bucher, el real secretario de Prusia, uno de los colaboradores fieles y valiosos de Bismarck.

Una generación más tarde, en diciembre de 1884, escribió Engels en una carta: "En lo que atañe a la democracia pura y su porvenir en Alemania, soy de la opinión que desempeña aquí un papel mucho más inferior que en los países de más antiguo desarrollo industrial. Pero esto no impide que pueda adquirir, en el momento de la revolución, importancia como la más extrema tendencia de la burguesía, un aspecto con el cual se presentó ya en Frankfurt (se refiere al parlamento alemán en Frankfurt 1848-49); y que pueda convertirse en la última ancla de salvación de toda la economía burguesa y aún la feudal. En un momento así, se coloca toda la masa reaccionaria detrás de ella y la robustece. Todo lo que era reaccionario, se comporta entonces como democrático... De todas maneras es, en el día de la crisis y al día siguiente, nuestro único enemigo esa reacción total, que se agrupa alrededor de la democracia pura, cosa que, me parece, no se debe pasar por alto".

Es importante que Engels no habla aquí de la "democracia", sino siempre de la "democracia pura". Se refiere evidentemente a un estado burgués, en el cual existe el derecho electoral, pero en el que no se toca la propiedad privada. Podría decirse que Engels ha destacado la diferencia entre democracia y comunismo, ya en 1847. No obstante, el cambio del concepto político desde el tiempo del artículo de Bruselas hasta la carta de 1884, es muy evidente. Para expresarlo en forma muy sencilla: en 1847 se hallan los obreros y la democracia en el mismo lado de la barricada; en cambio en 1884, ya no. El Engels de 1884 no habría de escribir más la frase de que la democracia, aún la democracia no comunista, coincide necesariamente con la dominación política del proletariado. Ahora piensa Engels en la posibilidad que la democracia pura sea la barrera protectora, detrás de la cual rechazan todas las tendencias de la burguesía y hasta del feudalismo, conjuntamente, la dominación del proletariado. Engels se ocupa prolíjamente y así lo muestran sus cartas por el año 80, de la cuestión acerca de cómo será alguna vez el proceso de transformación en Alemania y si será posible constituir después de la caída de la monarquía feudal y militar de los Hohenzollern, directamente un estado socialista

o si entonces llegará al gobierno primeramente la democracia pura, vale decir, la república burguesa-capitalista. Engels creyó que la decisión se hallaría en el ejército de Prusia. Los socialistas debían tratar de ganar al proletariado rural, lanzando la consigna de la expropiación de los grandes feudos y su entrega a las cooperativas de los campesinos. Los reclutas de los regimientos de guardia prusianos venían de los distritos al Este del río Elba. Con la consigna de una expropiación del suelo se podría minar a los regimientos sobre los cuales se basaba el prusianismo y la dominación de la casa de los Hohenzollern. Entonces sería, tal vez posible, evitar en Alemania la etapa intermedia de la democracia pura. Es altamente interesante que la misma medida: "expropiación de la propiedad rural y entrega del suelo a los obreros campesinos" era considerada en 1848 como típicamente democrática, en tanto que ahora debía servir esa consigna para poder prescindir en Alemania de la "democracia pura".

Durante la guerra mundial, aseguraban todas las potencias aliadas, ante todo los Estados Unidos y el presidente Wilson, que luchaban por el triunfo de la democracia. Por ese entonces se había acostumbrado el mundo, hacia tiempo, a concebir bajo el estado democrático a un estado burgués que se gobierna con el método del sufragio universal. Por táctica democrática, se entendía el camino de la reforma que habría de lograrse en forma pacífica y por un progresivo convencimiento de la mayoría popular, contrariamente a todos los intentos de violencia revolucionaria. Por igual es sabido cómo, después de 1918, los elementos radicales y activistas, descontentos con el estado existente, comenzaron a despreciar en todos los países a la democracia. Recuérdese tan solo aquí la propaganda bolchevique y fascista contra la democracia.

En 1923, se llegó en Hamburgo a un levantamiento de los obreros comunistas contra el orden estatal existente entonces en Alemania y contra la república democrática burguesa. Más tarde, compareció el secretario del partido comunista, Urbahns, ante los tribunales, acusado de haber originado el levantamiento. Urbahns se defendió en una declaración muy efectiva que terminaba con las palabras: "Las masas me dirán tan sólo que es mejor quemarse en el fuego de la revolución, que perecer sobre el estercolero de la democracia".

¡Qué de cambios en la valoración de la democracia desde Babeuf hasta Urbahns! Entonces: la sobreentendida premisa de

que la violenta revolución socialista era, no importa cuánta sangre y terror la acompañasen, un asunto democrático. Y ahora un profundo desprecio, el odio de los radicales contra la democracia, que les parece la materialización de las presentes condiciones del capitalismo, con todos sus inconvenientes. Se ve que en el transcurso de los últimos 140 años se ha transformado en forma fundamental el concepto de la democracia y que ese cambio debe hallarse de algún modo en el período que va de 1850 a 1880.

La presente investigación debe aclarar la relación de la democracia con el marxismo. Para los objetivos de este libro se ha efectuado la más simple e incontrastable definición del marxismo, vale decir que es la teoría y la práctica de Marx y Engels mismos. Hay muchas y muy contradictorias determinaciones de concepto para el marxismo. Ambos hombres comenzaron, alrededor de 1845, sus actividades políticas. Engels murió doce años después de Marx, en 1895. El problema se halla pues en las relaciones entre democracia y marxismo en los cincuenta años que van de 1845 a 1895.

Como se señala más abajo en detalle, era la política obrera de Marx y Engels una disputa incesante con la democracia. Los movimientos democráticos ofrecieron en todo tiempo la base sobre la cual hubieron de construir Marx y Engels su política y, por la otra parte, trataron éstos de influenciar continuamente a los partidos y a las tendencias democráticas con su orientación propia, transformándolas. Por lo mismo, se hará necesario dar, en una breve reseña, la historia del movimiento democrático de 1845 hasta 1895, y examinar, al mismo tiempo, cómo se comporta el marxismo con relación a las diferentes fases de la democracia. El más importante campo de batalla entre las clases de Europa, era en el siglo XIX, Francia. Una y otra vez Marx esperaba desde Francia el golpe inicial para los cambios decisivos. Por lo mismo habrá de seguirse, de acuerdo con la concepción de Marx, con más prolíjidad la historia de las luchas de clases francesas durante esos cincuenta años.

2. ROBESPIERRE Y JEFFERSON

Cuando Marx comenzó su actividad, encontró ya a la democracia como un gran movimiento internacional. La historia de la democracia europea se remontaba ya a 2500 años. En las repúblicas de la vieja Grecia, era la forma estadual de la democracia, la contraparte hacia la aristocracia o la oligarquía, hacia el gobierno de los "mejores" o de la "minoría", de los ricos o de los nobles. En oposición a esto era la democracia el gobierno de la mayoría, de la masa, en la cual los poseedores de propiedades o de la nobleza, no podían exigir ninguna clase de privilegios. La ciencia griega del estado se ocupaba también de la cuestión de si todo estado era una democracia en que decide la voluntad de la mayoría de los ciudadanos, no importa cómo se compone esa mayoría, cómo se logra o si corresponde a la democracia una determinada característica de clase. Aristóteles, el más grande pensador en problemas de estado de la antigüedad, respondía a la pregunta diciendo que la democracia no era otra cosa que el gobierno de los pobres dentro del estado, así como la oligarquía lo era el gobierno de los ricos!

Las antiguas democracias perecieron conjuntamente con la sociedad burguesa de ese período. Durante el medioevo se muestran las formas democráticas en las Comunas de las ciudades. En la transición hacia los tiempos modernos se hicieron algunas radicales sectas de la religión portadoras del pensamiento democrático. La moderna sociedad burguesa se desarrolló en la revolución holandesa del siglo XVI y en la revolución inglesa del siglo XVII. Pero en ambas revoluciones fueron ahogados los movimientos democráticos de la gran masa trabajadora. La rica burguesía retuvo el poder. En forma distinta transcurrieron, en cambio, las dos grandes revoluciones de fines del siglo XVIII. En Francia trajo la primera ola de la revolución de 1789, el triunfo de la burguesía; pero después de cuatro años, en 1793, pasó el poder a manos del pueblo trabajador. También en los Estados Unidos fue dirigido el nuevo estado federal, por de pronto, por el estrato superior de los mejor situados en materia económica. En 1800, sin embargo, ganó en la elección presidencial el partido de los agricultores, y con ello la dirección del timón del estado.

Los movimientos que están vinculados en Francia con el nombre de Robespierre y en América con el de Jefferson, oponen la

masa del pueblo a una aristocracia privilegiada. En Francia quedó de inmediato de relieve que los intereses de los campesinos y de los más pobres habitantes de las ciudades no eran idénticos con los de la rica burguesía. En consecuencia, se desarrolló en Francia desde 1789, un movimiento político que se diferenció totalmente de la propaganda política y de los objetivos políticos de la burguesía bien situada. Igualmente se dejó constatar en América, a partir de 1765, que la forma y el método de la lucha política contra el gobierno inglés son diferentes entre los agricultores y los más pobres habitantes de las ciudades que las de los ricos comerciantes y terratenientes. Durante la guerra de la independencia retroceden a segundo plano las contradicciones entre las clases, primando los objetivos nacionales comunes. Después de ella recrudece, sin embargo, el contraste de clases en las luchas por la nueva constitución federal y desde 1793 forma Jefferson su partido "republicano", que está destinado a oponer la voluntad del pueblo a la dominante orientación capitalista.

La fracción de los "patriotas" franceses, que se había confiado a la dirección de Robespierre, no se contentaba con derrocar al rey y a la aristocracia de nacimiento, sino que vio a su enemigo también en la aristocracia del dinero. Los republicanos de los Estados Unidos no habrían tenido, después de 1783, ningún objetivo de lucha si se hubiesen querido levantar solamente contra una monarquía hereditaria inexistente o contra una aristocracia. La razón de existir de los republicanos se hallaba ahora en su oposición al capital financiero. Si la democracia de la antigüedad tenía por meta establecer el gobierno de los ciudadanos más pobres en oposición al de los ricos, corresponde lo mismo también para los dos movimientos modernos en Francia y América. Fue así que el antiguo nombre de la democracia celebró en los dos países su resurrección. Era muy corriente llamar también demócratas a los partidarios del partido republicano, y los patriotas de la orientación de Robespierre se sintieron igualmente como demócratas, al oponer los derechos del "pueblo" a los privilegios de la aristocracia. En lugar de otros testimonios, sea recordada aquí solamente la palabra de Babeuf, mencionada más arriba.

El concepto del renacimiento de la antigüedad, a menudo mal usado y mal aplicado, aparece en los libros corrientes de enseñanza en Italia alrededor de 1500. En realidad, pertenece el renacimiento

político y social de la antigüedad, dentro de la más reciente Europa, al siglo XVIII, cuando con el creciente poder de la sociedad burguesa se hicieron otra vez posibles las formas políticas y sociales de los tiempos antiguos. No era solamente la coincidencia objetiva de los hechos sociales lo que creó el parecido entre los movimientos revolucionarios del siglo XVIII y de la antigüedad. Los competentes políticos y filósofos de estado de esa centuria tenían plena conciencia de esa conexión. No en vano habían pasado su tiempo de estudio en el análisis de los clásicos antiguos. También para la gente ilustrada, que tenía hacia tiempo a sus espaldas los años escolares, desempeñaba entonces la antigüedad un rol mucho más grande que hoy.

Los republicanos del siglo XVIII, comenzaban sus discusiones históricas con la monarquía, por lo general con los tarquinos y Tiberio. La voluntad revolucionaria se entusiasmaba con los hechos de los enemigos o asesinos de tiranos. Todo esto había salido de improviso del aula escolar a la vida real. Los pensamientos de Robespierre vivían por completo en la república de Roma; y cuando hubo de luchar contra sus catilinarios, se sentía como un segundo Cicerón. Los hombres de estado americanos del período revolucionario, establecían agudas observaciones acerca de las costumbres comunes de su propia época y las de la antigüedad, sobre patricios y plebeyos, sobre legislación del suelo, sobre la especulación y la lucha de los deudores contra los acreedores.

Así se concibe que también el nombre partidista de la democracia haya adquirido nueva vida y que llegase a esto en el genuino sentido de la antigüedad, vale decir, en el de la lucha de las masas contra la aristocracia y no en la licuación de una democracia formal, que no aspira a otra cosa que el sufragio general, el gobierno de la mayoría, no importa cómo se logra la misma, y que busca solamente una actividad política con medios pacíficos dentro del marco de las leyes. Ciertamente que el mismo derecho de sufragio pertenece también a las exigencias de la más reciente democracia, pero con todo, no era la esencia de la democracia política en sí. El partido de Robespierre había construido la constitución de Francia en el año 1793, sobre el principio del sufragio universal. Pero esa constitución debía entrar en vigencia recién después de la guerra y durante el período de la lucha armada contra los enemigos de adentro y afuera no se querían efectuar las elecciones. También Jefferson estaba, en principio, por el sufragio universal,

pero no se disgustaba si los diversos estados de la Unión negaban por ejemplo, el derecho del voto a los trabajadores desposeídos. De igual manera había acordado también la democracia de la antigüedad el derecho de voto a todos los ciudadanos, pero nadie pensaba en hacerlo extensivo también a los esclavos y a los extranjeros que vivían en Atenas.

Para Robespierre como para Jefferson, no se formaba la base de la política democrática de una construcción estatística, sino con la activa cooperación de la parte más esclarecida y digna de confianza del pueblo. En América miraba el partido de Jefferson, ante todo, hacia los políticamente activos agricultores; y en Francia miraba Robespierre con especialidad hacia los patriotas que colaboraban en las secciones de París. Es indudable que semejante principio de selección implica un cierto peligro para el verdadero gobierno autónomo de las masas. Jefferson eligió de entre ella a los agricultores y se desinteresaba del proletariado urbano. En cambio, Robespierre confiaba mucho más en sus obreros de París que en los atrasados agrarios. Con este procedimiento se pudo llegar fácilmente a un abuso con el concepto "pueblo", interpretándose de acuerdo con los intereses del partido que se hallaba incidentalmente en el poder. Lamartine cuenta de la revolución de París, de febrero de 1848, una bonita anécdota: Despues del triunfo del levantamiento en las calles de la capital, se había reunido el parlamento de la monarquía para su última sesión. Desde la tribuna esperaban los periodistas republicanos impacientemente la aparición del primer pelotón de obreros armados para que disolviese el parlamento de Luis Felipe. Finalmente, el primer grupo de los insurrectos triunfantes hizo su entrada en la sala de sesiones, pero, tímidos, como suelen serlo los obreros algunas veces cuando están en un ambiente extraño, no hicieron nada de malo y escuchaban los discursos de los representantes populares. En ese momento gritó uno de los periodistas republicanos: "Esto no es el verdadero pueblo; yo iré a buscarlo". En tiempos revolucionarios es para todo partido gobernante muy grande la tentación de considerar solamente a sus partidarios como el "verdadero pueblo", respectivamente como el verdadero proletariado.

Sea o no un serio motivo de reflexión la forma en que miraban Jefferson y Robespierre el sufragio universal, queda de todas maneras en evidencia que en su caso no se trataba de una democracia

formal. Tampoco respetaban la justicia cuando se trataba de los más elevados intereses de la revolución. Robespierre se levantó resueltamente contra las decisiones del Convento, cuando lo dominaban los girondinos; y los republicanos de América hicieron declarar, por las dietas de los estados que dominaban, como nulas a las leyes reaccionarias del gobierno federal.

La democracia de la gran revolución francesa coincide con la democracia de la antigüedad y la de América en que no acuerda al asalariado industrial ningún privilegio. Repetidas veces se ha destacado ya que la tendencia de Jefferson era francamente opuesta. Pero tampoco Robespierre hizo en sus consideraciones teóricas, ninguna diferencia entre campesinos, artesanos y obreros. También coincidieron las tres formas de la democracia en que no son socialistas. Los republicanos de América se declararon siempre por la propiedad privada y bajo los patriotas franceses ganaron preeminencia las ideas socialistas recién después de la muerte de Robespierre y bajo Babeuf. Los demócratas atenienses, lo mismo que los republicanos de América y los patriotas franceses al mando de Robespierre, quisieron efectuar la lucha por los empobrecidos trabajadores y contra el capital, con el mantenimiento de la propiedad privada.

Si se quiere valorar bien la posición histórica de la nueva democracia en sus comienzos, es necesario hacer presente la época en que tuvo nacimiento. Podría contarse el primer período de la moderna democracia desde 1765 hasta 1815. El comienzo sería la aparición de Patrick Henry en la dieta de Virginia, y el final, la paz entre América e Inglaterra. Ubicados dentro de estos 50 años de desarrollo americano, se hallan los pocos grandes años del movimiento democrático francés, comenzando con la toma de la Bastilla y terminando con la ejecución de Babeuf. Este espacio de tiempo se caracteriza por la más grande revolución técnica que se haya operado hasta ahora en la historia de la humanidad.

Durante 5000 años ha conocido la humanidad las más esenciales conquistas de la civilización: vivir en ciudades, trabajar metálicos, leer y escribir y pensar teóricamente. Durante todos estos 5000 años ha producido el bruto humano los más esenciales objetos de la vida diaria: la humanidad se ha trasladado con la ayuda de animales en tierra firme, y con remos o velas en el agua. Con velas y aceite se producía la luz. Los libros eran escritos al prin-

cipio con la mano y eran multiplicados más tarde con la engorrosa impresión manual. Ahora estaba todo esto en tren de transformación. Las máquinas comenzaron a reemplazar a la mano en la producción de las mercancías necesarias para la vida. Los medios mecánicos de transporte comenzaron su marcha triunfal en tierra y las embarcaciones a vapor en el agua. El alumbrado y la confección de libros y diarios se realizaba de manera totalmente nueva. Por fin había realizado la humanidad el sueño milenario del vuelo, aún cuando el descubrimiento del globo no tuviese por de pronto gran significado práctico. Toda esta transformación de las bases técnicas de la vida humana, se efectuó en la más estrecha conexión con la producción capitalista-burguesa y, por de pronto, en forma directa para las necesidades de la elaboración capitalista de mercancías.

La misma enorme energía que se abrió camino en la revolución técnica, se mostraba por ese tiempo también en la vida política y económica de las naciones burguesas monitores. ¡Qué gigantesca actividad desarrolló desde 1789 la burguesía francesa en todos los terrenos! Ella se extendía en todas partes más allá de sus fronteras, buscando una ampliación de su base, de sus mercados de venta y de su esfera de dominio social. Los girondinos, luego Carnot y el Directorio, han fundado el moderno ejército francés y la política francesa de conquista. Napoleón se hizo después cargo de estos instrumentos terminados y los manejo con especial maestría. La política francesa de conquista fue en 1812 hasta Moscú. En el mismo período de la revolución francesa y de Napoleón, multiplicó la burguesía inglesa sus actividades en la industria, el comercio y la navegación. Inglaterra ganó el dominio en todos los mares, consolidó a su imperio en la India, tomó pie en Sudáfrica y comenzó con la colonización de Australia. En los Estados Unidos se produce por el mismo tiempo una presión expansiva capitalista-burguesa, en forma paralela a la expansión democrática, o sea el de los colonos que abren el interior del continente. Pero ambos movimientos sirvieron finalmente a la misma meta. En conquistas ininterrumpidas amplían los Estados Unidos la esfera de su poderío, desde el Océano Atlántico hasta el Pacífico, y la población de U.S.A. creció de cuatro millones en 1790 hasta los 10 millones en 1820.

Hasta más o menos 1812 se habían desarrollado las portadoras de la moderna evolución burguesa, Inglaterra, Francia y

América, en forma pareja, cada una en su terreno y a su manera. Los perjudicados de este desarrollo fueron, la pequeña nación capitalista de los holandeses, que no pudo mantener el paso con las grandes, y además los grandes países feudales o semifeudales de Europa: Alemania, Austria, Rusia, España, Italia, así como también los pueblos nativos de los continentes de ultramar. Una cierta transformación en la distribución del poder político de esas fuerzas, comenzó a partir de 1813. Bajo la dirección de Napoleón había sobreestimado Francia sus fuerzas. Ayudada demasiado tarde y en manera incompleta por los Estados Unidos, había comenzado a un mismo tiempo, un conflicto con Inglaterra y con las viejas potencias del continente, que debió llevarla a la catástrofe. Desde 1815 se halla reducida Francia a sus viejas fronteras, en tanto que por el otro lado pudieron consolidarse de nuevo las potencias alemanas y Rusia.

¿En qué posición se hallaban las democracias de Francia y América frente a los acontecimientos básicos sociales en el período de 1765-1815? Si un hombre de estado quiere transformar a su tiempo y llevar a su pueblo a nuevas metas, debe comprender por de pronto a su propia época. Lo más importante del tiempo que se trata aquí, fue la enorme revolución de la producción industrial y, al mismo tiempo, el gigantesco aumento de las energías capitalista-burguesa. El típico país de las transformaciones sociales fue entonces Inglaterra. Es exacto que Francia y América estaban muy a la zaga del desarrollo británico, que la industria francesa trabajaba muy a menudo todavía en las formas del período manufacturero y que en América estaba la industria recién en sus comienzos. No obstante, hubiese podido comprender ya en 1793 un inteligente estadista en Francia o América, hacia donde iba la marcha. Tampoco en el tiempo de los veleros era el camino de París o Londres muy extenso, y quien se quería orientar en Francia sobre la situación en Inglaterra, tenía más de una oportunidad. El viaje sobre el Atlántico todavía era, por cierto, una larga aventura. A pesar de esto eran las relaciones económicas y sociales entre América y la Metrópoli siempre tan estrechas que también se conocía en los Estados Unidos a todos los aspectos del desarrollo en Inglaterra.

No obstante, fracasó la democracia entonces por igual en América como en Francia, ante los problemas de los nuevos tiempos. Jefferson y los demás dirigentes republicanos se decían que

el moderno capitalismo podía ser alejado de América y que los Estados Unidos podrían ser fijados permanentemente sobre la etapa de una agradable economía rural. Es cierto que en Francia se vieron obligados Robespierre y sus amigos a intervenir durante la miseria de la guerra en la economía. Pero también ellos carecían de toda interiorización en las conexiones económicas de su tiempo. De que hayan querido resolver la cuestión agraria a favor de los pequeños propietarios, era perfectamente exacto. Sin embargo, más allá de esto les faltaba todo plan. Robespierre estaba dispuesto a expropiar a los llamados "sospechosos" y distribuir sus posesiones entre los patriotas pobres. Pero la distribución de montones de papel moneda no habría hecho más feliz a nadie. Pocas grandes empresas industriales existían entonces en Francia y éstas no son factibles de distribución. Prácticamente no habría quedado de significado económico otra cosa que la parcelación de una cantidad de grandes predios entre nuevos propietarios. Aun cuando Robespierre no compartía los prejuicios agrarios de Jefferson, giraban sus ideales sociales, no obstante, también alrededor del honesto y contento agricultor y no es una casualidad que socialismo y comunismo se escondan en la Francia de la gran revolución, detrás de la consigna de la "ley agraria", quiere decir de la distribución de las tierras.

Uno puede intentar imaginarse lo que habría pasado en Francia si Robespierre hubiese resultado vencedor en la fecha del 9 de Termidor. Poco después habría efectuado una moderada paz con el exterior, habría cesado paulatinamente el terror en el interior y puesto en vigencia la nueva constitución. Habría expropiado a los sospechosos, pero la propiedad de los patriotas habría quedado como cosa sagrada para el gobierno. ¿Y donde se habrían encontrado mejores patriotas que entre los proveedores de guerra y los banqueros del estado? En la paz había tenido Francia un aspecto aproximado al de América bajo Jefferson. Es más, no se puede hallar la justa medida para la revolución francesa, si no se la compara con el correspondiente desarrollo en América. A los demócratas franceses se les ve solamente en el resplandor ígneo del sangriento año 1793-94, mientras que en situaciones pacíficas no habrían mostrado ningún heroísmo, pero en cambio sí la misma honesta estrechez de sus compañeros de ideas americanos.

La democracia era en el siglo XVIII la protesta de las masas

trabajadoras contra los excesos de la monarquía y la aristocracia, y al mismo tiempo una perturbación de las formas habituales de vida por el poderoso capitalismo. Los agricultores se querían librar de los excesivos impuestos y deudas, y los artesanos deseaban hallar favorables posibilidades de venta para sus productos. Los obreros, a su vez, querían volver de nuevo al "bueno y viejo" tiempo, en que un diestro trabajo manual reportaba el correspondiente salario. Es el mismo período en que los obreros, indignados, reaccionan contra la aparición de la moderna industria con la destrucción de las máquinas y la demolición de las fábricas. Los hombres no se pudieron conciliar todavía con lo inevitable de la técnica moderna y de grandes empresas industriales. Los dirigentes de los movimientos democráticos se habían hecho en la filosofía del siglo XVIII. Todos los grandes pensadores de ese siglo combatían por la libertad y el progreso, pero mientras los unos saludaban el florecimiento del comercio y de la industria, enrolándose así en el frente de la burguesía que marchaba hacia adelante, no faltaron por el otro lado las voces de crítica. Se preguntaba la gente si el progreso de la técnica y del capital hacía realmente más feliz al hombre o si la creciente riqueza no destruía los valores morales y si los hombres, en lugar de buscar su felicidad en la vida comercial y divertida de las grandes ciudades, no debían volver más bien a la naturaleza y al campo. De esta manera estaban las masas democráticas y sus dirigentes, unidos, contra el desarrollo moderno. Si veían en la república y la democracia una cuestión moral, una renovación ética de la humanidad, era porque hallaban en ello la condenación del moderno desarrollo económico y social. El movimiento democrático de Francia y América estaba lleno de apasionado entusiasmo. Los dirigentes pudieron producir en las masas ese entusiasmo por un nuevo orden en el mundo y sin el cual no puede ser transformado nada grande sobre la tierra. Pero la temprana democracia sacaba fuerzas y flaquezas de la misma fuente. Tuvo un aspecto de moralizadora incomprensión del mundo y algo de romanticismo pequeño-burgués, y es asombrosa la poca comprensión que sus dirigentes tuvieron para los verdaderos acontecimientos sociales de su tiempo.

Los demócratas hubieron de nadar contra la corriente de la evolución social y fueron vencidos. A esto se agrega que los acontecimientos en América son aún más importantes que los de la revolución francesa, pues en América no hubo ningún 9 de Ter-

midor. El partido republicano no fue desplazado por ninguna contrarrevolución. Ella dominó también después de 1815 al estado y venció en las elecciones. No obstante fue socavada sin piedad por el espíritu de la época capitalista-burguesa y su lucha, que había comenzado en 1793 en forma tan promisora, se había hecho 25 años más tarde completamente inútil. Uno se puede preguntar acerca de cual destino contiene más tragedia, si el de Robespierre, que muere en lucha abierta, sobre el campo de batalla de la revolución y contrarrevolución o el destino de Jefferson, que murió como pacífico anciano y venerado padre de la patria, pero quien difícilmente se podía equivocar en los últimos años de su vida acerca del fracaso de su obra. Jefferson vivió lo bastante para ver, por ejemplo, las dimensiones que había adquirido entretanto la cuestión de los esclavos y como ponía en peligro la existencia de la Unión.

América fue a partir de 1815, en su desarrollo social por caminos propios. En Europa, en cambio, se extendía la democracia también más allá de los límites de Francia, hasta que fue en 1848 capaz de retar a lucha a todas las fuerzas dominantes. El país principal de la democracia europea, en el cual se han visto todos los problemas en la forma más clara y se extrajeron las más completas consecuencias, fue siempre Francia sin embargo.

3. DE NAPOLEON I HASTA LUIS FELIPE

Con la muerte de Babeuf y la aniquilación de su partido, se hallaba en Francia excluida por de pronto, la democracia como movimiento político. Bajo la dictadura de Napoleón I se consolidó el estado capitalista-burgués, después de pasar por el breve período de transición del Directorio. El emperador Napoleón era el brillante representante de la burguesía francesa, pujante y anhelosa de conquistas, como así también del nuevo ejército francés, nacido de la revolución. Pero al mismo tiempo gozaba Napoleón de un nsombroso aprecio en las grandes masas laboriosas. Los agricultores veían en el emperador al guardián de su tierra libre, ganada en la revolución. Con la prosperidad económica general pudo vender el campesino sus productos a buen precio, y todo hijo de campesino que mostraba eficiencia como soldado, veía bajo

Napoleón enormes posibilidades de ascenso, soñando de sí —según los famosos ejemplos—, que era futuro mariscal o duque.

A pesar de que Napoleón odiaba como buen arrivista a toda clase de democracia, gozaba por parecidas razones de la simpatía de la mayor parte de los obreros franceses. También contribuyeron a ello la prosperidad de la industria, el orden y la justicia en la administración, y las posibilidades de ascenso en el ejército. Es necesario tener en cuenta que las guerras napoleónicas, combinadas con la guerra mundial, requirieron solamente un aporte pequeño del pueblo francés y que las pérdidas, aún cuando se cuentan todas las campañas, exigieron un reducido porcentaje de las víctimas que hubo en 1914-18. Napoleón aparecía en realidad a las grandes masas del pueblo francés como el buen rey perdido, quisieron luchar muchos obreros de París hasta lo último y Napoleón se preguntaba a sí mismo, de manera asombrada, cómo se había ganado la fidelidad de esta gente por la cual no hizo en el fondo nada de extraordinario.

La cautivación de las masas populares francesas por el bonapartismo es uno de los hechos capitales para la comprensión de la historia de Francia en el siglo XIX. Después del aniquilamiento de la verdadera democracia francesa, después del 9 de Termidor y después de la catástrofe de Babeuf, se hizo el Imperio para las masas populares francesas una especie de substituto. Se convirtió en la forma de gobierno capitalista que más soportable pareció a las masas y que ofreció evidentemente a los campesinos y trabajadores, tanto como se podía esperar entonces dentro de un estado capitalista. A esto se agregaba la conexión de las masas populares con el ejército imperial. Hasta el más pobre de los franceses tenía la impresión que las victoriosas batallas del emperador lo elevaban. Los dictadores que no pueden hacer guerras, suelen actuar sobre el sentimiento nacional de las masas con exhibiciones militares de toda clase y no tienen el más mínimo éxito. De acuerdo con esto se puede medir el efecto que deben haber ejercido las incesantes victorias del emperador sobre las masas populares de Francia.

En 1815 trajo la derrota de Francia nuevamente a los Borbones el trono francés. Una vez más pudo proseguir la monarquía feudal donde había cesado en 1789. Pero en realidad se hallaba el renovado feudalismo de Francia completamente en el aire. La

aristocracia había perdido en la guerra todas sus tierras y tampoco los restaurados Borbones podían osar de retrotraer al campesino francés nuevamente a la vieja dependencia que había soportado hasta el estallido de la revolución. Sin su vieja potencialidad económica quedó la aristocracia sin la menor influencia. El partido feudal podía contar en el pueblo solamente con la pequeña minoría que, por razones de su fidelidad a la iglesia católica, guardaba la misma también al rey. Pero lo que hizo insostenible la situación de los Borbones fue su incapacidad de conquistar moralmente al ejército. A pesar de todos los esfuerzos de los Borbones para reemplazar en el ejército francés de nuevo la tradición bonapartista con la real, soportaba el término medio de los oficiales y soldados franceses al gobierno de un Luis XVIII y Carlos X, solamente con vergüenza. La única fuerza en el ejército era el recuerdo del emperador; a los Borbones se les debió soportar porque se había perdido la guerra. De esta suerte tuvo la restaurada monarquía francesa de 1815 los mismos defectos de nacimiento que la república alemana de 1918.

Los Borbones pudieron haber fortificado el trono tal vez con un renunciamiento honesto de su pasado y con una alianza sin reservas con la burguesía capitalista francesa. La constitución liberal moderada y la colaboración del Parlamento, tal como la permitió Luis XVIII, pareció constituir un semejante puente entre la dinastía y la burguesía. Sin embargo, a la larga se evidenció tal compromiso como insostenible. Los Borbones no pudieron renunciar a sus viejas tradiciones feudales, y después de los titubeos bajo Luis XVIII, entró Carlos X nuevamente por el camino del absolutismo. Al principio en forma disimulada y luego en la mano abierta, que llevó a la revolución de 1830. Por el otro lado no se habría podido conciliar la burguesía, ni con la mejor buena voluntad por ambas partes, con la política exterior de los Borbones. El reinado restaurado de Francia hubo de mantener, por razón de autoconservación, la paz con las potencias del continente. Para los Borbones era imposible ejercer la activa política exterior tal como la pedían los grupos dirigentes de la burguesía francesa. El rey Carlos X, buscó una desviación del orgullo nacional y ganó, a último momento, todavía la Algeria para Francia. Pero esto no bastaba a la voluntad expansiva de la burguesía del país.

Bajo los Borbones, después de 1815, solamente era posible

una muy cautelosa oposición liberal burguesa. Las ideas democárticas y republicanas eran representadas sólo por aisladas personas y pequeños grupos. Era imposible que actuasen sobre el público. Pero cuanto más se orientaba Carlos X hacia un abierto absolutismo, tanto mayor era la indignación en el pueblo. En julio de 1830 se levantaron las masas de París contra los odiados Borbones. El ejército no demostró mucho celo por la casa real. Carlos X hubo de huir y con esto estaba alejado el peligro del absolutismo feudal. Los combates callejeros habían sido librados en París por los obreros y estudiantes, pero usufructuadora de la victoria quedó la rica burguesía. Los capitalistas impusieron en el trono la figura liberal del duque Luis Felipe de Orleans, de una línea lateral de la casa de los Borbones.

Se suele llamar a Luis Felipe el "rey burgués", pero este calificativo tiene sólo en muy limitado grado su razón. Si Luis Felipe hubiese sido realmente un rey burgués, vale decir, si su gobierno hubiese estado identificado con el dominio de los intereses de la clase de la burguesía, entonces no habría tenido que temer una revolución. En ese caso no habría sido arrojado de nuevo de su trono. En realidad iba el desarrollo de Francia desde 1830-1848, hacia un punto en que se hizo enemigo precisamente de los más activos y decisivos sectores de la burguesía. El conflicto entre el rey burgués y la burguesía no permitió la estabilización de las relaciones políticas en Francia y la lucha dentro de la clase dominante dio a los demócratas, después de 1830, nuevas perspectivas.

Desde Napoleón se había desarrollado Francia en riqueza, población y actividad económica en un sentido de constante progreso. De los 25 millones de habitantes en los días de la gran revolución, se habían hecho en 1846, 35 millones. La industria francesa se ajustaba paulatinamente a las premisas técnicas modernas. Pero el capital financiero creció en aquellos tiempos en Francia incomparablemente más rápido que el capital industrial. Los banqueros aprovechaban la tendencia al ahorro y la disposición especulativa de las grandes masas para sus finalidades. El negocio bancario y de bolsa prosperaba, en tanto que los fabricantes no se conformaban con su situación. Los industriales franceses se quejaban que los mercados extranjeros les eran cerrados por altos derechos, etc., y pidieron del gobierno que una fuerte política exterior les diera nuevos mercados de venta. Los grandes institutos

bancarios de París ganaban bastante, por el contrario, en los títulos de estado y de ferrocarriles y no quisieron dejarse arrastrar por el descontento de los fabricantes, a una política de aventuras. Esta marcha despareja en el crecimiento del capital bancario francés en relación con el capital industrial, llevó a una correspondiente separación política de ambos intereses.

Poco después de la revolución de 1830, quedó pronto en evidencia que el rey Luis Felipe no pensaba en lo más mínimo en sentirse como el depositario de la burguesía francesa, por más que desempeñaba, en sus apariciones en público con gesto sonriente y amable apretón de manos, el rol de un hombre del pueblo. En primer lugar siempre pesaban para Luis Felipe más sus intereses dinásticos. A toda costa quiso defender el flamante trono, para sí y su familia. La garantía mayor para esto la vio en la paz y es de ahí que su política exterior se hizo aún más cautelosa de la que habían llevado a cabo los Borbones de la línea posterior, hasta 1830. La ascensión nacional que esperaba la burguesía francesa de la revolución de julio, demostró ser una ilusión. La política francesa iba, bajo Luis Felipe, de 1830 hasta 1848, de derrota en derrota.

El rey deseaba la paz, porque temía que la guerra le habría de traer un revés y luego la revolución. Por lo mismo se vio obligado a una política exterior pasiva. En cuanto a la política interior quiso tener Luis Felipe personalmente las riendas en su poder. No quiso dar mano libre al parlamento y a los partidos, porque temía que políticos ambiciosos lo podrían complicar en toda clase de experimentos, al cabo de los cuales se hallaría su caída. En consecuencia no quería Luis Felipe un gobierno parlamentario al estilo inglés, sino que aspiraba a tener una mayoría parlamentaria y ministros en los cuales poder confiar. Bajo las relaciones sociales francesas de entonces, se daba así una alianza entre el rey y el capital financiero. La gente de las finanzas aprobaba su política de paz, bajo la cual prosperaban las cotizaciones en la bolsa, y si el interés financiero dominaba también la política interna del país, había muchas posibilidades para provechosas operaciones de otra índole.

Se trataba pues, para conservar siquiera la apariencia de una vida constitucional liberal, que el rey y sus banqueros amigos, tuvieran una mayoría en el parlamento. El derecho electoral es-

taba formulado en una manera muy estrecha. Solamente tenía el derecho al voto quien pagaba un alto impuesto, de manera que entre los 35 millones de habitantes, había solamente 200.000 electores. No obstante, les pareció también esta cantidad demasiado grande a Luis Felipe y a los hombres que lo respaldaban. Aún dentro de estos 200.000 eran los banqueros, los bolsistas y sus adláteres, una pequeña minoría. Con elecciones correctas habrían obtenido los fabricantes y los ciudadanos independientes la mayoría. De esa manera se hizo necesario un sistema de refinados sobornos y de fraudes para influenciar las elecciones en un determinado sentido y lograr una mayoría que respondiese a los principios de Luis Felipe. Sin embargo, un gobierno cuya base política consistía en el fraude y el soborno, pudo mantener su existencia solamente con parecidos medios. Por lo mismo se caracteriza el sistema de la política interna de Luis Felipe por una cínica corrupción y una larga serie de escándalos financieros. El presidente del consejo de ministros, quien encabezaba el partido financiero realista, era Guizot.

La oposición nacional de la burguesía francesa contra el sistema Guizot, se personificaba en el brillante periodista e historiador, Thiers. Para los fabricantes y la burguesía media en general, los métodos de gobierno de Luis Felipe se hicieron poco a poco insopportables. No es exacto que la política de los grandes bancos deba ser siempre también la política de la sociedad burguesa. Determinados grandes bancos son históricamente más viejos que la sociedad burguesa. Los Fugger, por ejemplo, eran omnipotentes en Alemania por una fecha en que no se podía hablar todavía de una sociedad burguesa. La fuerza de la burguesía como clase no radica en grandes casas bancarias o en algunos consorcios industriales, sino que se halla en todos los fabricantes, comerciantes, agentes, altos empleados, etc., los cuales constituyen, juntamente con las profesiones intelectuales, la sociedad ilustrada de las ciudades. Por lo general, coincidirán los intereses de los grandes capitalistas también con los de la burguesía media, pero cuando se produce alguna vez, bajo condiciones históricas especiales, una separación, entonces no están los bancos en condiciones de encontrar un substituto útil por la falta de apoyo del centro de la burguesía.

Si Luis Felipe hubiese estado identificado con la sociedad

burguesa, habría tenido de su lado lo que se llama la opinión pública. Su causa se habría cubierto con los principios del orden y de la propiedad privada. El gobierno de la burguesía habría ganado con facilidad la ayuda de los agricultores y el ejército no habría negado su confianza. Así no hubieran podido poner jamás en peligro a la realeza los obreros radicales aislados de París. Ahora, en cambio, tenía el sistema Luis Felipe-Guizot, a toda la opinión pública independiente y a todas las energías nacionales de la burguesía, en su contra. Hasta en las filas de los demócratas, se pudo oír la versión de que los fabricantes franceses estaban obligados a remunerar mal a sus obreros porque los países extranjeros se cerraban a los productores franceses y porque el capital financiero exprimía a la industria. Solamente la caída del sistema dominante habría de traer para todo el pueblo francés una nueva era de prosperidad y progreso.

La oposición liberal-burguesa, conducida por Thiers, se dirigió contra el rey y contra la monarquía legal, pero en el fondo protestaba contra la política exterior de renunciamientos y la política interna de corrupción. En 1840 había tenido Thiers, transitoriamente, la mayoría en el Parlamento francés, obligando a Luis Felipe a nombrarlo presidente del consejo de ministros. De inmediato intentó Thiers ampliar la hegemonía francesa en el Mediterráneo y llevar al Egipto y la Siria bajo su influencia. Las otras cuatro grandes potencias europeas contestaron a esto con una alianza. Cuando amenazaba la guerra, despachó Luis Felipe al molesto presidente del gabinete. Francia volvió a retroceder, la paz fue conservada y Guizot volvió a ser ministro. Desde entonces se hizo incurable la ruptura entre el sistema de Luis Felipe y la burguesía industrial nacional.

En cuanto más difícil se hizo la situación del rey y cuanto más agudas se perfilaron las contradicciones dentro de la burguesía privilegiada en Francia, tanto más creció el coraje de los demócratas. La revolución de 1830 había traído para el movimiento democrático francés una resurrección. La tradición de Robespierre y Babeuf no había desaparecido nunca en forma total entre los obreros de París. Eso era, ya desde un punto de vista puramente físico, imposible, pues un obrero de París, que había tenido en la revolución de julio 56 años, había convivido el 9 de Termidor cuando tenía 20 años. El periodo desde la muerte de Robespierre

hasta la ascención de Luis Felipe al trono parece tan largo, porque en ese tiempo se habían desarrollado en Francia tantos y tan contradictorios acontecimientos. El puente vivo entre el primer y segundo períodos de la democracia europea, lo constituyó Buonarroti, el amigo y colaborador de Babeuf, a quien perdonaron los verdugos del Directorio y quien había escrito por los años del 20, en Ginebra, la famosa historia de Babeuf. El libro de Buonarroti era bien conocido entre los obreros de París, a partir de 1830. Perseñó a la literatura popular revolucionaria, en cuyas ediciones baratas figuraban los discursos de Robespierre y los artículos de Marat.

La tradición de los grandes años 1793 y 1794, no daba tan sólo un magnífico ejemplo a los demócratas y a los obreros franceses, sino también al mismo tiempo la demostración de que sus finalidades políticas no habían sido meras utopías. Los acontecimientos de 1789 hasta 1830 demostraron que el pueblo puede triunfar cuando toma unido las armas y se presenta valientemente en la calle frente al enemigo. Los días de julio de 1830 parecieron confirmar nuevamente la verdad de esta enseñanza. Además, había tenido el pobre y democrático pueblo de Francia entre 1789 y 1793 realmente el poder. Lo que había sucedido una vez, podía repetirse, siempre que los demócratas aprovechasen las enseñanzas del pasado y evitasen errores innecesarios.

El significado clasista de los acontecimientos de 1793 y 1794, era entonces claro para cualquier persona de alguna ilustración en la materia. Así escribió, por ejemplo, Enrique Heine en su carta de París de noviembre de 1840, con motivo del peligro de guerra que existió entonces entre Francia y las demás grandes potencias: "Con la amenaza de una guerra por la nueva coalición, no se pone en peligro solamente el trono del rey sino también la dominación de la burguesía, a la que representa Luis Felipe, legal y efectivamente. Es la burguesía y no el pueblo que ha comenzado la revolución de 1789 y que la ha terminado en 1830. Es ella la que gobierna ahora, aun cuando muchos de sus mandatarios son de sangre nobiliaria; y es ella la que frena hasta ahora al pujante pueblo que exige no tan sólo la igualdad ante la ley, sino también la igualdad de los beneficios. La burguesía que tiene que defender su obra, que lo es la nueva fundación del estado, contra la presión del pueblo que pide una transformación radical de la sociedad, es por cierto demasiado débil si le hubiese de atacar también el ex-

tranjero con fuerzas cuatro veces más grandes. Antes que se llegase a una invasión, habría de dimitir la burguesía. Las clases de abajo pasarían otra vez a su lugar como en los terribles años del noventa".

En 1847 trata Federico Engels, en un artículo, la cuestión del centralismo. Al efecto dice: "El proletariado democrático no tiene tan sólo necesidad de la centralización, tal como se halla comenzada por la burguesía, sino que habrá de llevarla aún mucho más lejos. Durante el breve tiempo en que el proletariado estuvo con la Revolución Francesa en el poder, vale decir durante el dominio de los montañistas, había impuesto la centralización con todos los medios, con granadas y guillotina".

Si la masa de los obreros franceses estaba realmente agitada, no era tan difícil llevarlos a la insurrección armada, puesto que vivía permanentemente en el recuerdo de 1789, 1792 y 1793, y nuevamente en el de julio de 1830. Ellos no consideraban el levantamiento como un milagro, sino como una cosa que se había logrado varias veces y que podían lograrse una vez más. Un acontecimiento característico fue el levantamiento obrero de Lyon en el año 1831. De un conflicto puramente económico entre fabricantes y tejedores de seda, se desarrolló una huelga general. Cuando los órganos estatales tuvieron colisiones con los obreros, procedió el proletariado con tanta energía que llegó a dominar pronto a toda la ciudad. Al efecto debe recordarse que el levantamiento careció de toda dirección política. Las organizaciones republicano-democráticas de Francia, eran entonces tan débiles que no pudieron dirigir al movimiento de Lyon ni llevar a los obreros de esa ciudad ayuda alguna desde afuera. Así quedó pues aislado y fue aplastado sin mayor esfuerzo por Luis Felipe.

Las organizaciones de los demócratas franceses se desarrollaron lentamente después de julio de 1830. Según la situación del momento, eran tan pronto legales como ilegales. Disueltas por la policía, fueron reconstituidas, siempre bajo nuevas denominaciones, y fue así que las ligas de los demócratas revolucionarios se mantuvieron a través de todo el gobierno de Luis Felipe, hasta el victorioso levantamiento de febrero de 1848. La asociación principal democrática se llamaba al principio *Sociedad de los Amigos del Pueblo*, respaldándose en el título del famoso diario de Marat: *Ami du peuple*. Después vino la *Sociedad de los derechos del hombre* y finalmente, llevó el título inofensivo de *Sociedad de las*

familias. Lamartine llama a estas organizaciones de lucha contra la monarquía, una "francmasonería democrática".

La más fuerte personalidad entre los demócratas revolucionarios bajo Luis Felipe era Blanqui. Fue el dirigente en varios levantamientos fracasados de los años del treinta. Cuando se hallaba en 1836 ante los tribunales, le preguntó el presidente, según es la costumbre, acerca de su profesión. Blanqui contestó: "proletario". El presidente dejó establecido que eso no era un oficio ni una profesión, a lo que respondió Blanqui con esta interrupción: "¿Qué, eso no es un oficio? Eso es el oficio de treinta millones de franceses que viven de su trabajo y a quienes se roban sus derechos políticos". Por la contestación, se ve que Blanqui pertenece todavía a la vieja escuela de la democracia. Para él son proletarios nueve décimas partes del pueblo y no solamente los obreros de las fábricas. El concepto del proletariado aparece aquí todavía en el sentido antiguo. En la república romana era el proletario el ciudadano sin propiedad, cuyo sufragio era peor que el de las "clases poseedoras". Blanqui aspiraba a la unidad, a la provisión con armas y al levantamiento victorioso de toda la enorme masa de hombres trabajadores. Entre los proletarios incluía a los campesinos, los artesanos, los obreros industriales y también a los empobrecidos universitarios, como era él mismo. Este grandioso sentimiento de la unidad del "pueblo", en contraste con la privilegiada minoría, fue al mismo tiempo la fuerza y la debilidad de la democracia más antigua.

El gobierno de Luis Felipe parecía ofrecer perspectivas verdaderamente ideales para una insurrección. El sistema dominante era rechazado por el 90 % del pueblo y no podía confiar en el ejército si el conflicto se hacia más serio. Nadie consideraba al gobierno de Luis Felipe como legítimo. Nadie daba al rey y a sus ministros derecho alguno para gobernar en Francia. Por un engaño de los luchadores de Julio, se había encaramado Luis Felipe en el trono, y todo el mundo esperaba que la próxima ola de la revolución lo habría de derribar. No puede extrañar, en consecuencia, que bajo tales condiciones hayan intentado, Blanqui y sus amigos, una y otra vez, la insurrección. Cuando mucho, puede extrañar que el rey se pudiese mantener durante 18 años. Evidentemente habían contribuido dos razones para que los intentos revolucionarios de los demócratas hayan fracasado por los años del treinta.

Por de pronto, estaban los sectores medios de la burguesía, en franco descontento con el sistema dominante. Pero ellos se

preguntaban al mismo tiempo con preocupación, qué era lo que habría de seguir a ese gobierno. Una nueva revolución habría de traer seguramente la toma del poder por los republicanos, a lo cual seguiría tal vez el terror de 1793, unido a experimentos comunistas a la manera de Babeuf. De esa manera hesitaban los sectores medios acerca de lo que debían considerar como mal menor. Si al rey-banquero Luis Felipe o la república roja. Después de la revolución de Julio, fue reestablecida en Francia la Guardia Nacional, al estilo de 1789. Tanto en París como en provincias, se componía de las capas medias privilegiadas, de pequeños comerciantes, etc. Estos guardias nacionales debían defender con el fusil, en su calidad de soldados voluntarios, el orden, la propiedad y la tranquilidad pública.

Lo más extraño era que bajo Luis Felipe no tenía la mayoría de estos guardias el derecho del voto. No obstante, habían hecho fuego en los años del treinta, en París, sobre los insurrectos republicanos, convirtiéndose la conducta de la Guardia Nacional en un importante ejemplo para el ejército. Recién a partir de 1840, se hizo la indignación y la vergüenza de la pequeña burguesía sobre la política del gobierno tan grande, que prefirió cualquier cambio a la prolongación del sistema Luis Felipe-Guizot. En segundo término se desarrolló la conciencia política de las masas obreras a partir de 1830 sólo en forma muy lenta, sin hablar ya del atraso de los campesinos. En julio de 1830 permitió el pueblo de París todavía que se abusara de él en beneficio del gran capitalismo. En 1831 se levantaron los obreros de Lyon sin ningún plan político. Costó un enorme trabajo antes de que las organizaciones conscientemente democráticas estuvieran en condiciones de captar realmente a las grandes masas populares.

En esto se mostró también el bonapartismo como un serio obstáculo para el progreso de la república democrática. En 1832 se sacrificó en las calles de París inútilmente un pequeño grupo de revolucionarios republicanos. Entre tanto opinó un sagaz observador de los acontecimientos que las masas de los obreros habían venido en auxilio de los rebeldes, si estos en lugar de gritar "Viva la república", hubiesen gritado "Viva el emperador". Después de la muerte del gran Napoleón, se aferraban las esperanzas de las masas populares francesas a otros miembros de su familia.

4. EL SOCIALISMO DE LOS PRIMEROS DIAS

La conciencia democrática de los obreros franceses se vinculaba, desde 1830, cada vez más con ciertas esperanzas hacia una transformación social, que habría de venir simultáneamente con la revolución política. La tradición de Babeuf y de Buonarroti, trajo ya un nexo entre la república popular y un candoroso socialismo. El obrero radical aspiraba al derecho general sobre el trabajo y con ello a la exclusión de las crueles depresiones con sus períodos de desocupación y hambre, tal como interrumpían de tiempo en tiempo el desarrollo capitalista. De la amarga desigualdad de todos los días, se refugiaban los proletarios en los sueños de una completa igualdad de todos los hombres, en propiedades y goces, dentro de un mundo futuro.

Desde el siglo XVI habían sido establecidos en Europa, en gran cantidad, los sistemas filosóficos que deseaban la propiedad privada y trataban de substituirla con otra organización de la sociedad, y desde el cambio del siglo XVIII al XIX aumentaba cada vez más el interés de la opinión pública por las cuestiones sociales y la crítica social. La gente se sentía arrastrada en el torbellino de la moderna revolución técnica; se veía la progresiva descomposición de las viejas formas económicas y de vida, y se anhelaba encontrar un medio para redimir a la humanidad de los males del capitalismo. Estos críticos filosóficos de la propiedad privada no tenían por lo general noción que hacer con la política. Ellos propagaban socialismo y comunismo más o menos como una religión o una nueva manera de vivir. Ellos esperaban que la humanidad se habría de convertir, más allá de toda la política, hacia las nuevas enseñanzas. A veces fundaban también estos socialistas teóricos establecimientos modelos, cooperativas, colonias, en Europa y países de ultramar, para ofrecer demostraciones prácticas acerca de la exactitud de sus ideas.

Los partidarios del socialismo filosófico se congregaron en grupos y asociaciones, en las cuales discutían sus ideas y analizaban también fundaciones prácticas de la misma índole. De esta manera, había en la Francia de Luis Felipe, partidarios de los socialistas más antiguos, Saint-Simon y Fourier. A ellos se agregaban partidarios de las enseñanzas más recientes de un Cabet y Proudhon, grupos de socialistas religiosos, etc. Las autoridades apenas si es-

torbaban la ocupación teórica con el socialismo. En los oídos de toda la gente de 1848, sonaba la palabra "socialismo", en forma muy inofensiva, pues todo aquel que se ocupaba críticamente con la cuestión social, no importa en qué sentido lo hiciere, se llamaba socialista. El concepto comunismo solía impresionar ya en forma más desgradable, porque bajo esto se entendía un radical igualamiento. No obstante, un comunista apolítico no tenía que temer gran cosa de las policías europeas. Hasta la notoria censura de la cia Metternich, permitía publicaciones comunistas, sobre todo cuando se criticaba en las mismas a la burguesía capitalista, en la cual veía la burocracia feudal a su más jurado enemigo político. Olor a sangre y barricada tenía entonces solamente la democracia, pero no el socialismo o el comunismo como tales. Los señores gobernantes se atenían al principio: "Contra demócratas sirven solamente soldados", honor que no dispensaban a los socialistas.

Distinto era, desde luego, cuando un demócrata revolucionario se confesaba al mismo tiempo partidario de una consciente transformación de las relaciones de propiedad. Bajo Luis Felipe estaba la democracia de París más o menos veteada con ideas socialistas. Había entre los demócratas franceses las mayores divergencias de opinión acerca de la forma y manera en que se ordenaría la nueva sociedad, correspondiendo esto a las muchas sectas socialistas y comunistas que se combatían. Entonces existían en Francia las asociaciones filosóficas de los socialistas y comunistas al lado de las agrupaciones políticas de los demócratas, como existen en la moderna Europa las organizaciones de los librepensadores, de los deportistas y las instituciones de cultura obrera al lado de los partidos políticos socialista y comunista. Las asociaciones socialistas y las organizaciones democráticas, solían entrecruzarse a menudo por aquel entonces. Muchas personas pertenecían al mismo tiempo a ambas organizaciones. Las ideas eran canjeadas de parte a parte. No obstante, se debe separar a la democracia política de socialismo y comunismo, para comprender con exactitud aquellos tiempos, pues éstos no eran necesariamente de orientación política.

Después de los fracasos de los levantamientos republicanos en los años del treinta, se formó en Francia otro grupo de demócratas que, bien es cierto, coincidía en su conceptualización del mundo y en su finalidad, con Blanqui, pero que creía conveniente emplear bajo las condiciones dadas, una táctica más cautelosa. Esta escuela quiso evitar por de pronto insurrecciones armadas sin perspectivas de

éxito y mantenerse lo más posible dentro del marco legal. Quiso hacer su agitación mediante la prensa y las reuniones y, si era posible, penetrar también al Parlamento. Se quiso preparar con una hábil propaganda republicana y democrática el terreno para que la revolución pudiese tener mejor resultado. El dirigente de los demócratas franceses que trabajaba en los años del cuarenta con medios legales, era Ledru-Rollin. Era un destacado orador y agitador y encontró hasta una circunscripción electoral, en la cual se indignaba la burguesía de tal manera contra Luis Felipe, que los bien situados electores culminaron su protesta enviando al rojo republicano a la Cámara. El partido de Ledru-Rollin fundó en París el diario *Reformé* que conquistó pronto una considerable autoridad, como órgano de la extrema izquierda, y era mirado en cierto modo en toda Europa como el órgano central de la democracia. El más importante amigo partidista y colaborador de Ledru-Rollin, era el destacado teórico socialista Luis Blanc. El significado histórico de Blanc, se halla en que materializaba la unión de la democracia revolucionaria y del socialismo, continuando de esta manera eficazmente la tradición de Babeuf. Blanc comprendía tanto a su tiempo que reconoció mucho mejor que la mayoría de los otros demócratas el significado central de la moderna industria y del moderno proletariado. También Blanc tenía como meta la república democrática, edificada sobre el sufragio universal, y la sociedad socialista construida sobre la abolición de la propiedad privada. El problema principal consistía para él en hallar un puente entre el imperfecto presente y el ideal porvenir. En el terreno de la política, en su sentido más estrecho, fue dada la correcta táctica: propaganda con todos los medios por el sufragio universal y la república, y en el momento oportuno el salto de la propaganda pacífica a la triunfante revolución. En cambio, pareció tanto más difícil la construcción del correcto puente, que debía llevar del capitalismo al socialismo.

Blanc puso en el centro de sus enseñanzas sociales la teoría de la cooperativa. Los obreros debían fundar cooperativas libres, a los cuales el estado da el necesario capital de funcionamiento, si es que no lo pueden conseguir en otra parte. Las cooperativas habrían de desarrollarse después, sobre pasar poco a poco a los capitalistas, desplazarlos, y conquistar así el socialismo. Semejante marcha triunfal de las cooperativas obreras es, sin embargo, sola-

mente posible, si los trabajadores dominan al estado y lo emplean para sus finalidades, de manera que la república democrática es la premisa ineludible para el socialismo.

La idea de la cooperativa era entonces muy popular entre los obreros. El gran éxito que tuvo Blanc entre los trabajadores, se explica por el hecho de que reproducía en claras formulaciones lo que dormitaba en la masa. La coincidencia con la corriente de la masa proletaria era lo que daba al sistema de Luis Blanc, al mismo tiempo, su fuerza y su debilidad. Es, por cierto, exacto que la cooperativa constituye un medio valioso del progreso social. Cooperativas de consumidores se han impuesto hoy en casi todos los países civilizados y también las cooperativas de producción de los trabajadores, han logrado importantes éxitos. Mencionemos aquí solamente las cooperativas agrarias de los obreros judíos en Palestina. En Alemania hasta 1933 tuvieron los Sindicatos sus cooperativas de construcción y colonización, su banco y sus propias fábricas, etc. De otros países se dejan aportar más ejemplos acerca de que cooperativas obreras de producción —bien organizadas y dirigidas con eficiencia— pueden actuar en forma útil. Pero es una ilusión infantil, que no apoyará hoy ningún cooperativista práctico creer que se puede superar al capitalismo con las cooperativas de producción.

Si existen, por ejemplo, en un país, cien fábricas de muebles de explotación capitalista, es bien posible constituir una cooperativa de carpinteros de muebles y demás empleados, para que ponga en marcha la empresa 101. La fábrica cooperativa se mantendrá con especial eficiencia dentro del marco de la competencia capitalista, si el estado o la comuna cubren en tiempos de crisis las pérdidas del establecimiento. Pero tal fábrica cooperativa, por bien fundada que estuviese, no pondría nunca en peligro al orden social capitalista. Para lograr esta finalidad se necesitaría en lugar de una fábrica cooperativa de muebles, por lo menos cincuenta, surgiendo de inmediato la pregunta ¿de dónde habría de venir el capital para tantas nuevas empresas? Seguramente tan sólo por la expropiación de los capitalistas particulares. Al mismo tiempo se haría necesario el cierre de una correspondiente cantidad de fábricas capitalistas para facilitar a las nuevas empresas cooperativas mercados de venta. Quiere decir que para que las cooperativas estén en condiciones de vencer a la competencia del capitalismo privado, deberá ser destruido ese capitalismo, previamente en for-

ma violenta, por el estado democrático de los trabajadores. Y es esto precisamente, lo que quería evitar la idea de la cooperativa. Depende de la conceptualización que se tenga del mundo, de si se considera al capitalismo privado como beneficioso o perjudicial, y según esto se recomendará o rechazara a una determinada política. Pero de ninguna manera puede la cooperativa obrera de producción vencer al capitalismo particular dentro del marco de una sociedad capitalista.

No obstante, la idea de la cooperativa como medio para la superación del capital privado, era entre los obreros europeos, tanto antes de 1848 como en la generación siguiente, muy popular. Es fácil hallar la razón para esto. Los trabajadores de aquel tiempo, que procedían en parte de círculos campesinos y en parte del artesanado, estaban todavía repletos de tradiciones pequeño-burguesas. Ciertamente que habían comprendido poco a poco que la moderna fábrica capitalista no podía ser eliminada con la demolición de las máquinas, para volver al viejo y buen tiempo. También se comprendió que el pequeño maestro no podía competir con la moderna fábrica. Entonces se aferraban a la última ancla de salvación: Lo que no puede hacer el obrero aislado, esto lo puede lograr tal vez un grupo de obreros en conjunto. Si cierran filas y si el estado les ayuda paternalmente, entonces podrían reconquistar la dignidad y el salario del honesto trabajo manual.

Debido a que las masas democráticas europeas tenían tales ilusiones, y por no quererse hacer a la idea de que la gran empresa centralizada y explotada según los principios de la técnica moderna era inevitable, se explica que tuviere éxito todo teórico que respondiera a tales sentimientos de la masa. Una divertida carta del joven Engels, del año 1846, muestra la manera como eran susceptibles de tales ideas los obreros alemanes que vivían en París. Las ideas cooperativistas, de las que se ríe Engels, estaban representadas por un socialista alemán de nombre Grün. En forma rústica y equivocadamente, propagaba Grün ciertas teorías de Proudhon. Al respecto no importa tanto lo que un Proudhon o un Blanc han querido en realidad, sino la manera como se reflejaban tales planes de reforma social en las cabezas de los sencillos trabajadores.

Engels cuenta que, según la propaganda de Grün, debe ser fundada por de pronto una cooperativa obrera, que abrirá unas cuantas empresas con los ahorros de sus miembros. "Tan pronto como aumenta el capital de la sociedad, por nuevos ingresos o por

nuevos ahorros de los viejos accionistas, se procede a la instalación de más talleres y fábricas; y así se continuará hasta que estén ocupados todos los proletarios y compradas todas las fuerzas productivas existentes en el país, quitándose así el poder de los capitales que se hallan en manos de los burgueses y que se destina ahora a ordenar el trabajo y sacar utilidades del mismo. Así se neutraliza el capital, «al hallarse una instancia donde el capital, vale decir el tipo de utilidades, . . . desaparece, como quien diría... La gente no tiene, ni más ni menos, la idea de comprar por de pronto a Francia y más tarde tal vez al mundo entero con los ahorros proletarios, renunciando a los beneficios y al interés de su capital. ¿Se ha descubierto jamás un plan más hermoso?... Y los tontos obreros de aquí, me refiero a los alemanes, creen en esta porquería. Ellos que no tienen seis Sous en el bolsillo para concurrir por la noche a sus reuniones en la vinería, quieren comprar con sus ahorros toda la hermosa Francia. Los Rothschild y consortes son verdaderos píquemeos al lado de estos colosales acaparadores (especulantes)».

El escrito popular de Luis Blanc sobre *Organización del Trabajo*, tuvo para la situación de entonces un extraordinario éxito. El libro obtuvo en el período de 1839-47, cinco ediciones. De la quinta edición fueron vendidos en el término de pocas semanas más de cinco mil ejemplares entre los obreros de París. El partido Ledru-Rollin, hizo suyas las ideas básicas de Blanc y prometió a los trabajadores una mejor organización del trabajo si llegaba al poder. Como se vio en la gran agitación del año 1847, por la reforma electoral, tenía el partido democrático una fuerte influencia, no tan sólo entre los obreros de París, sino también entre los campesinos y los habitantes de las pequeñas ciudades de provincias. Ledru-Rollin organizaba también allí grandes asambleas que tuvieron pleno éxito. Era muy acertado que el partido evitase el aislamiento de los obreros de París, de los campesinos y trabajadores del interior. La agitación de los demócratas no debía emplear fórmulas con las cuales se asustase o repeliese a los agricultores.

Pero aun cuando se considere todo esto, debe decirse que la agitación de la democracia francesa antes de la revolución de 1848, era bastante sentimental y falta de claridad. Los oradores democráticos solían alabar a los obreros, destacar su honestidad y espíritu de sacrificio, señalar su miseria y defender a la pobre masa popular. Pero no era difícil deducir de los discursos de Ledru-Rollin

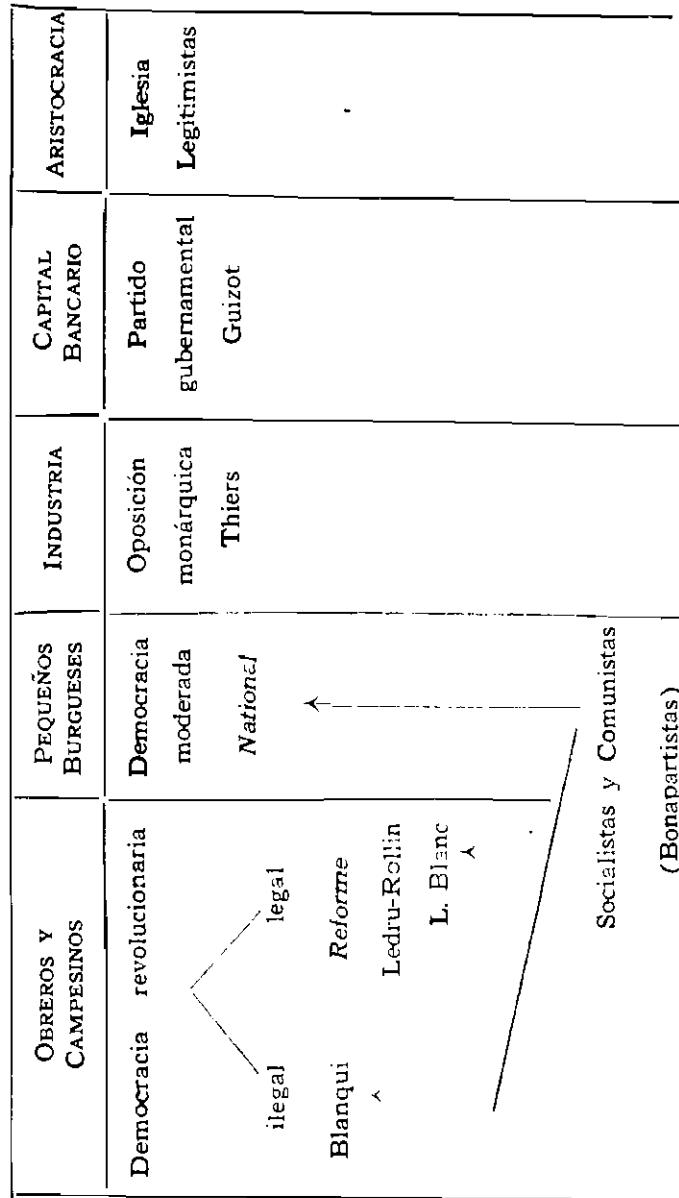
y de sus amigos lo que haría en realidad el partido para ayudar a sus "queridos y fieles obreros" si llegaba al poder. Objetivamente hubiese sido posible construir un programa obrero francés, que considerase al mismo tiempo todos los justos intereses de los agricultores y de la clase media. Pero para esto se hubiese necesitado una mejor interiorización en las condiciones económicas del tiempo de lo que la tenía el partido de Ledru-Rollin. El partido se denominaba en los años del cuarenta democrático-socialista, para expresar que no solamente aspiraba a la democracia política sino que atribuía también la necesaria importancia a la cuestión social. Es así que aparece aquí por primera vez la importante asociación de nombres ante la gran opinión política.

5. ¿DEMOCRACIA SOCIAL O BURGUESA?

En la Francia de Luis Felipe se hallaban, unos al lado de los otros: el partido de la aristocracia feudal, que aspiraba al retorno de la línea legítima de los Borbones; además los diferentes partidos de la burguesía privilegiada que se habían reconciliado con el gobierno de Luis Felipe, pero que estaban parcialmente en pro y en contra del sistema Guizot; y finalmente el partido de las masas populares pobres, los partidarios de la república democrática. En esto no se tiene en cuenta al bonapartismo, que representa más bien un estado de ánimo general del pueblo, que un partido. Pero además de esto había aún otro partido que se colocaba entre la oposición burguesa de fidelidad constitucional y los demócratas republicanos. Era el partido de los burgueses republicanos. Las complicadas relaciones partidistas de la Francia de 1847, en víspera de la nueva revolución, son mostrados en el siguiente diagrama:

(Véase el diagrama en la página siguiente)

El órgano central de los republicanos burgueses era el diario parisense *National*, bajo la jefatura de redacción de Marrast. El afamado escritor y político opositor Lamartine no pertenecía personalmente al grupo del *National*, pero se identificaba en las cuestiones principales con él. Mientras los verdaderos demócratas veían su ideal en el partido de la montaña de la gran revolución, rechazaban Lamartine y el *National* todo lo que recordaba el jacobinismo y los métodos de 1789, y en lugar de esto cultivaban los



recuerdos de los girondinos. Pero en su muy leída *Historia de los Girondinos* realizó Lamartine una importante crítica de la táctica de la mayoría liberal burguesa, en la asamblea nacional francesa de 1789-1791. Según la opinión de Lamartine ha cometido la burguesía liberal francesa al comienzo de la revolución un error decisivo, al conformarse con la limitación constitucional de la monarquía. En lugar de esto, se debió haber proclamado de inmediato en forma clara y consecuente la república. Entonces hubiese surgido la república sobre el camino de la legalidad y del orden y no con los métodos de la insurrección y del terror. Una república ordenada, surgida de una decisión mayoritaria de la asamblea nacional no se habría visto en la necesidad de ejecutar al rey. Una república así, habría evitado la guerra con el extranjero o la podría haber llevado en otra forma. Entonces no se habría llegado nunca a un 10 de agosto de 1792 ni a la irritación de las pobres masas populares, que desembocó finalmente en la caída de los girondinos y el régimen de terror.

Basado en tales consideraciones quedó la inmensa mayoría de la burguesía adinerada con la oposición constitucional y monárquica de un Thiers. El partido del *National* se componía en general de intelectuales y pequeños comerciantes, que aspiraban al derecho del voto y que esperaban de la república una mejor política de impuestos y otras cosas por el estilo. A pesar de la consideración que gozaba el diario por sus brillantes plumas, no hallaba el partido del *National*, en tiempos tranquilos, un significado extraordinario. Ni los decisivos sectores del capital ni los obreros se identificaban con esa tendencia. Pero en una situación revolucionaria, podía adquirir el partido de los republicanos revolucionarios una destacada importancia, o sea como la extrema izquierda entre todos los defensores de la propiedad privada. Detrás del partido del *National* se podían agrupar entonces como detrás de un escudo, todos los estratos privilegiados, para captar la arremetida de las masas radicales.

En el año 1847, tuvo el partido del *National* una violenta discusión con la gente de la *Reforme*. En esa emergencia tomó la orientación del *National*, como así también Lamartine, el nombre de "demócratas". Ellos declaraban que eran los verdaderos demócratas, los representantes de la democracia comprensiva y ordenada, en tanto que consideraban a los que se agrupaban alrededor de la *Reforme* como "demagogos" y "ultrademócratas". La disi-

dencia entre los dos diarios republicanos de París es de extraordinaria importancia, pues con ella empieza en Europa la separación de la democracia liberal-burguesa más joven, de la democracia más vieja del pueblo pobre. La lucha de los diarios y de sus partidos, giraba ante todo alrededor de dos cuestiones: la táctica y la cuestión social. Mientras que la *Reforme* rechazaba en su lucha contra el gobierno toda alianza con la oposición monárquica y no quería tener consideración con respecto a ella, buscaba la gente del *National*, hasta donde fuera posible, un apoyo en Thiers. Además sostenía el *National*, decididamente, el mantenimiento de la propiedad privada, mientras que la *Reforme*, sin concretarse en exceso, simpatizaba con las modernas aspiraciones socialistas. Así escribió el *National* hacia fines de 1847 en un artículo que estaba dirigido a la dirección de la *Reforme*.

“Vosotros habláis de aspiraciones indefinidas, de teorías y sistemas que surgen en el pueblo. Vosotros nos criticáis porque atacamos estas — digámoslo abiertamente — aspiraciones comunistas. Ahora bien, nosotros lo declaramos en forma terminante, que no tenemos nada de común con los comunistas, con gente que niegan la propiedad, la familia y la patria. El día del combate decisivo no lucharemos por sino contra estas aspiraciones repudiables... ¿Y vosotros creéis que el pueblo estará con vosotros? ¿Qué el pueblo hubiese de entregar la poca propiedad que se ha ganado con el sudor de su frente, o que entregará la familia y la patria? ¿Vosotros creéis que el pueblo habrá de dejarse convencer alguna vez, que es indiferente si Austria nos somete a su absolutismo o que las potencias despedacen a Francia?”

Bajo “comunismo” no entendía entonces en Francia todavía ninguna persona las teorías de los jóvenes escritores Marx y Engels, sino los candorosos sistemas de un Babeuf o Cabet. Era fácil luchar contra teorías infantiles de igualdad general y repartición general. En el *National* y en Lamartine se escondía, sin embargo, detrás de estas polémicas, la resistencia contra toda seria transformación social. En ese sentido contestó la *Reforme*: “Nosotros no somos comunistas y no lo somos, por la razón de que el comunismo no considera las leyes de la producción, porque no se preocupa para que se produzca en suficiente grado para toda la sociedad. Pero las proposiciones económicas de los comunistas, nos están más cerca que los del *National*, que acepta sin más ni más la economía burguesa de la actualidad. Nosotros continuaremos también de aquí

en adelante, a proteger a los comunistas contra la policía y el *National*, porque les acordamos siquiera el derecho de la discusión y porque las doctrinas que salen de los mismos trabajadores merecen siempre consideración”.

En el transcurso de esta misma polémica se llegó también a una serie de declaraciones sobre contraste y lucha de clases. Un orador de la orientación del *National*, Garnier-Pagès, aseguraba que no existía ninguna diferencia de clase entre burgueses y trabajadores. Para él, en Francia, solamente había franceses con iguales derechos. La diferencia de clases era solamente una maligna invención del presidente de ministros, Guizot, para dividir al pueblo francés. Cuando pronunció Garnier-Pagès en 1847 este discurso, es lo más probable que ni siquiera sabía de la existencia de Carlos Marx. Tanto menos lo hubiese podido culpar de haber inventado la odiosa lucha de clases para azuzar al proletariado.

En realidad era la cuestión de las clases, completamente clara para todos los serios teóricos políticos de la burguesía francesa que habían aprendido algo de la gran revolución y del consiguiente desarrollo. Tales hombres, que defendían abiertamente el dominio de la burguesía adinerada, podían tener una comprensión para la cuestión de las clases; lo mismo que sus adversarios socialistas y democráticos. No es una casualidad que fueran precisamente estadistas conservadores del siglo XIX, tales como Metternich y Bismarck, los que supieran tratar a las cuestiones clasistas en forma sumamente clara y exacta. Por el contrario, el liberalismo de izquierda hubo de sentir la cuestión de las clases como una perturbación, puesto que esta “democracia” liberal-burguesa sólo puede tener derecho a la existencia, si niega la diferencia esencial de los obreros ante la rica burguesía, y ante los obreros la diferencia esencial de los capitalistas. Guizot, quien no era solamente un político conservador de la burguesía sino también un destacado historiador, tuvo para la lucha de clases una comprensión mucho mejor que la redacción del *National*.

Nadie puede hacerse patentar una denominación partidaria política, y al igual como ha existido en el transcurso del último siglo un gran número de orientaciones socialistas, así está también el nombre de los demócratas a libre disposición. Si el ala republicana e izquierda de la burguesía en Francia se titulaba de “republicana”, estaba en su buen derecho. Es, sin embargo, de importancia histórica que se sintiera entonces en vastos círculos políticos europeos,

como pretenciosa la reclamación que hizo la gente del *National*, del nombre demócrata. Ledru-Rollin emplazó públicamente a la orientación del *National* a someterse a un tribunal de arbitraje común. Este debía componerse por mitades de amigos de la *Reform* y del *National*, y debía decidir cual de las dos tendencias tenía la verdadera política democrática.

El *Deutsche Brüsseler Zeitung*, órgano de los demócratas revolucionarios de Alemania, en el exterior, terció igualmente en el conflicto: "En su juicio lúpidario sobre el *National* no expresa la *Reform* sino la opinión que ha declarado hace tiempo la democracia alemana, inglesa, belga y toda la democracia extrafrancesa". Los demócratas de la orientación más antigua, los representantes del pueblo pobre en su lucha contra la aristocracia y el capitalismo, no quisieron reconocer, en vísperas de la revolución de 1848, a la fracción izquierda del liberalismo burgués como "democrática". Tan vivida estaba entonces todavía la idea de la democracia revolucionaria en el espíritu de 1793.

6. LOS CARTISTAS DE INGLATERRA

Mientras en Francia tomaba la democracia bajo el gobierno de Luis Felipe una poderosa ascensión, contando con una revolución muy próxima, se había formado también en Inglaterra un partido democrático de masas. Era el partido de los cartistas que ganaba, a partir de 1837, una influencia cada vez mayor entre los obreros y que representaba pronto un movimiento de millones. Inglaterra era entonces en su desarrollo económico, con mucho, el más progresista país de la tierra. En Inglaterra había tenido lugar, por 1760, la gran revolución industrial, de la que surgió por primera vez la moderna industria maquinizada y un proletariado industrial. No obstante es la historia de la democracia inglesa en el siglo de 1760 hasta 1860, totalmente negativa. En el transcurso de ese siglo había en Inglaterra bastante inquietud entre las masas manufatureras de las ciudades y del campo. A menudo se llegó a estallidos apasionados de esa masa contra el existente orden social y político. El ejemplo de la Revolución Francesa había actuado también sobre Inglaterra y tonificado, tanto entre los obreros como entre los círculos ilustrados, la oposición contra el régimen existente. Una y otra vez levantaron personalidades aisladas y grupos enteros de la opi-

nión pública inglesa el grito por una radical y democrática reforma, pero fue en vano. En todo este siglo quedó el poder político firmemente en las manos del estrato superior de la rica burguesía y de sus amigos aristocráticos, y en realidad durante todos estos cien años, a pesar de la indignación popular y de algunos sangrientos choques, no estuvo nunca ni por un solo instante en peligro el orden estatal dominante.

No es cierto que un país, cuando realiza progresos más acelerados en sentido social y económico, "madura" también más pronto para la revolución. No viene una transformación del régimen político cuando un país tiene un desarrollo social y económico especial, sino solamente cuando existe una honda contradicción entre el orden político y las fuerzas propulsoras de la sociedad. En Francia tuvo la burguesía, ya desde el gobierno de Luis XIV, la dirección económica. No obstante, hubo de soportar todavía por un siglo la tutela política de una aristocracia incapaz y retardataria, hasta que la contradicción entre organización social y política de Francia, se hizo tan grave, que estalló en la revolución de 1789. En América estaba surgiendo en las trece colonias una nueva y activa nación burguesa, pero ella se vio impedida a cada paso por un gobierno exterior, cuyos intereses eran distintos a los propios. De manera que la revolución hubo de romper también aquí la vinculación que se hizo insopportable.

En Inglaterra, en cambio, estaba consolidado el poder político de la rica burguesía en forma firme, a partir de 1688. En Inglaterra ya no existía el contraste entre la aristocracia feudal y la monarquía, por una parte, y la burguesía capitalista, por la otra, contraste por el cual eran sacudidos los países del continente. En Inglaterra estaba la burguesía estrechamente aliada con la aristocracia. Esta última participaba de las empresas comerciales de la burguesía, conducía a los partidos políticos burgueses y se hallaba, en cierta manera, a la cabeza de la sociedad burguesa. Un movimiento democrático de masas no pudo orientarse en Inglaterra después de 1688, tan sólo contra el rey o contra la aristocracia. Todo el mundo sabía que una dimisión del rey o hasta de la cámara alta de los aristócratas, no habría variado mucho el existente estado de cosas. La fuerza de la vida política inglesa se hallaba en los Comunes, donde había ciertamente muchos aristócratas, pero que representaba, como cuerpo, los intereses de la rica burguesía. Una revolución política en Inglaterra no hubiera podido dirigirse, pues, contra un mo-

narca impopular, contra privilegios de la aristocracia o contra un ministro reaccionario, sino contra la misma sociedad burguesa.

En el siglo de 1760-1860, seguía siendo en Inglaterra la burguesía la que personificaba el progreso social y técnico. Por grande que fuese la miseria de vastos sectores populares, se veía, no obstante, todos los años cómo se abrían nuevas fábricas, cómo se construían nuevas casas y cómo se levantaba el comercio exterior de Inglaterra. Si algunas veces interrumpía una crisis, por un tiempo, la marcha económica ascendente, se producía inmediatamente después un nuevo período de creciente actividad económica. Las instituciones políticas del país estaban en completa consonancia con el desarrollo social; y donde se daba una desproporción, era rápidamente corregida. Una corrección así lo fue la reforma electoral de 1832: ella trajo a los fabricantes la influencia política que les correspondió en razón de su importancia económica. Por el contrario, no significó esta reforma electoral ningún progreso en el camino de la democracia. La gran masa de la población trabajadora estaba excluida después de 1832, en igual forma de los derechos políticos como lo había sido hasta entonces. El partido cartista estableció, pues, el sufragio universal como la finalidad más importante de su agitación.

La idea básica era en esto la misma que en los correspondientes movimientos políticos que sacudían por los mismos años a Francia: la gran mayoría del pueblo consiste de pobres. El sufragio universal da a la masa pobre el poder político. Una vez que el pueblo pobre tenga en sus manos el poder político, aprovechará a éste para proveerse también de todo lo necesario en el orden social. Por esta reflexión rechazaba una abrumadora mayoría de la burguesía inglesa, el sufragio universal y quedó tozudamente en el sistema de 1832. Los cartistas eran, en consecuencia, una representación de intereses del proletariado industrial.

En su agitación diaria sostenían los cartistas las exigencias de los trabajadores contra los empresarios. Señalaban los miserables salarios, la excesivamente larga jornada y las indignas condiciones de labor, bajo las cuales hubo de sufrir entonces el proletariado inglés. Mostraban la soberbia y las utilidades de la clase dominante y aseguraban a las masas que todo habría de cambiar tan pronto como los obreros tuviesen el derecho de sufragio. Pero acerca de cómo sería después del triunfo de los cartistas la nueva sociedad, acerca de eso, no podían sacarse conclusiones de los discursos de agitación. En sus virtudes como en sus defectos, eran los cartistas

un verdadero partido democrático del más viejo tipo. El buen corazón y el amor por el pobre pueblo, debían reemplazar la falta de claridad económica. Cuando más inciertas eran las condiciones que habían de venir después del triunfo de los cartistas, tanto más exageradas eran las referencias que de las mismas hacían amigos y enemigos. No solamente la clase capitalista, sino también los sectores medios, estaban convencidos de que la victoria de los cartistas significaría algo así como la irrupción de los bárbaros en el Imperio romano: caos, robo, asesinato y confiscación de toda la propiedad, de la grande como de la pequeña, por elementos incontrolables. Se imaginaban eso, más o menos igual, como por la misma fecha pintaba el *National*, de París, a los asustados pequeños burgueses, un triunfo del "comunismo".

Es siempre peligroso para un partido socialista u obrero, si no se sabe exactamente lo que quiere y si grandes masas populares pueden llegar a la creencia de que no se trata de una mejor organización de la industria, sino de una bárbara anarquía. Si el pequeño hombre se convence que la revolución triunfante le habrá de romper los muebles de la sala y hacerle pedazos el piano, entonces no puede triunfar nunca. Así encuentra una transformación democrática y social, una resistencia tan apasionada, y no solamente en el estrato superior, sino en toda la clase media y en todo hombre que tenga algo de orden doméstico y costumbres familiares que defender. Los peores enemigos de todo movimiento democrático o socialista, son los elementos aventureros y los proletarios aspirantes a burgueses. Igualmente peligroso es la indefinida idea de un catolicismo general del mundo, lo cual podría estar vinculado con el triunfo del movimiento radical.

En Inglaterra estaba decidida la burguesía a defendarse hasta cualquier extremo, contra los cartistas; y los obreros ingleses no estaban ni en mentalidad ni en organización a la altura de cargar con la gigantesca tarea de reemplazar a la sociedad inglesa, que se hallaba todavía en ascenso. Por lo mismo no hizo el partido cartista ningún positivo progreso, a pesar de que movilizaba a millones de personas para la nueva "Charte", la constitución popular, con el sufragio universal. Los planes de reforma social de los cartistas, hasta el punto que adquirían contornos prácticos, se movían en el marco cooperativista, muy en boga entonces en Inglaterra. En consecuencia fundó el presidente del partido cartista, O'Connor, una gran cooperativa agraria. Con los ahorros de sus miembros debían

ser compradas tierras y se quería ubicar con especialidad a los desocupados. De esta manera se quiso substraer a los empresarios industriales la gran reserva de los obreros desocupados, cuya existencia presionaba sobre los salarios, y al mismo tiempo crear en Inglaterra un nuevo sector de pequeños agricultores democráticos.

Esto era, sin duda, una idea simpática, pero considerada como medio para solucionar la cuestión social en el país industrial más adelantado del mundo, era de una ingenuidad encantadora. ¿Cómo habrían de reunir los malpagados proletarios ingleses, de los centavos de ahorro, tales sumas para revolucionar la industria y la economía agraria? En enero de 1848 realizaron los cartistas en Londres una gran manifestación, en la cual, entre otros, expuso un autorizado dirigente del partido, Harney, la finalidad del movimiento con las siguientes palabras: "La tierra del país para el pueblo, para todo hombre su vivienda, para todo hombre su derecho del voto y para cada hombre su fusil". Esto es un riguroso compendio de las metas populares de la democracia tradicional, pero es un programa un tanto pobre para un partido obrero de un país de gran industria, puesto que no considera la composición real de la economía y de la sociedad. Hoy sería la consigna de Harney una hermosa resolución para los grandes agricultores conservadores de Suiza, pongamos por caso.

Un movimiento democrático, separado de la burguesía liberal capitalista, era factible en Europa antes de 1848, por de pronto, en aquellos países en los que la burguesía tenía ya el poder. Esos eran Inglaterra y Francia, y de los pequeños países, Bélgica, Holanda y Suiza. Bélgica, se había separado en 1830, mediante una revolución típicamente burguesa, del reinado de Holanda. Después de eso fue formada allí una moderna monarquía parlamentaria. Con el extraordinario desarrollo industrial de Bélgica, crecía constantemente el número de obreros, que no poseían ninguna clase de derechos políticos y que se oponían en un movimiento democrático a los capitalistas en el poder. La vecina Holanda tenía, en comparación con Bélgica, solamente una pequeña industria. Allí dominaba el capital comercial y financiero. Siendo que el número de obreros en Holanda era insignificante, no apareció allí antes de 1848 ningún movimiento democrático digno de mención. Sobre la historia singular e importante de la democracia en Suiza, habrá de volverse todavía por separado.

En los países de Europa, en que dominaba todavía el absolut-

tismo feudal, existió una unidad natural entre la burguesía y los sectores populares pobres, en contraposición con la dominante aristocracia feudal y la burocracia. Así era, por ejemplo, la situación en Prusia y Austria. En países que hubieron de soportar, además, un dominio extranjero, como por ejemplo en Polonia, Italia y Hungría, había aún un frente de lucha más amplio, por la patria y la libertad. Ella abarcaba a los sectores populares pobres, a la burguesía y a la patriótica aristocracia.

Donde dominaba todavía el feudalismo, se formaba un movimiento democrático más fácilmente a consecuencia de fracasadas revoluciones, si la práctica de la lucha revolucionaria había elaborado con alguna claridad las diferencias entre las distintas clases. Así ocurrió en Polonia, después del gran levantamiento nacional de 1830, contra el dominio ruso. Ciertamente que en Polonia existió apenas una burguesía en el sentido de la Europa occidental. Pero entre los patriotas se diferenciaba el partido de la aristocracia, que defendía todos los privilegios de la clase nobiliaria, de un movimiento democrático que aspiraba a la liberación de los campesinos. En el levantamiento de Cracovia, de 1846, estuvo la dirección en manos de la democracia polaca, a cargo del partido amigo de los campesinos. Pero el intento de libertar desde Cracovia a Polonia, fracasó totalmente y Austria destruyó en esa oportunidad a la pequeña república independiente de Cracovia.

En Italia dirigía la asociación secreta de los Carbonari, desde comienzos del siglo, el movimiento libertador. Los carbonari eran totalmente un partido de la burguesía ilustrada y de la aristocracia patriótica. Para las necesidades de la gran masa, tenía sólo un interés muy reducido. Los carbonari dirigieron en 1820 y 1821, la revolución en Nápoles y Fiamonte, así como también el levantamiento de 1831, en la Italia central. Todos estos movimientos fracasaron por completo, e Italia se situó bajo el dominio austriaco, aliado al régimen de los pequeños estados. La evidente ineficacia de los carbonari condujo después del fracaso de 1831, a la formación de un partido democrático italiano, bajo la dirección de Mazzini. Los amigos de Mazzini se orientaron hacia las masas de pueblo pobre: un levantamiento general del pueblo, con el suministro de armas a las masas populares, debía arrasar el dominio extranjero de Austria y de las pequeñas dinastías, constituyendo la república democrática en Italia. También Mazzini era en su amor pasionado por el simple pueblo, y en sus ideas religiosas-éticas,

un auténtico representante de la democracia más antigua. En el campo social mantenía ideas confusas de cooperación, a pesar de que en Italia habría exigido, por lo menos la cuestión agraria —el conflicto entre los oprimidos arrendatarios y la dominante casta de terratenientes— una solución terminante.

En Alemania estaba la situación en muy incipiente desarrollo. Bien es cierto que la burguesía alemana se había apropiado de todas las conquistas técnicas de los países occidentales: ferrocarril, navegación a vapor, construcción de maquinarias, etc. Especialmente en Prusia, se hallaba el proletariado industrial en crecimiento, y se levantaba a veces en forma espontánea contra las miserables condiciones de vida, tal como en el famoso levantamiento de los tejedores de Silesia. Pero en el escenario político existía exclusivamente la lucha de la burguesía liberal contra la dominante monarquía feudal. En la reunión de la dieta prusiana de 1847, se veía un paralelo entre la asamblea de los estados generales de 1789, y la introducción a la revolución burguesa en Alemania.

Dentro del gran frente del liberalismo alemán había, desde luego, diferencias de táctica y de temperamento. Había partidarios de la república y de la insurrección popular, en tanto que la burguesía adinerada prefería el camino constitucional y una monarquía constitucional. Pero hasta donde se habría de efectuar una clara separación política entre el liberalismo de la burguesía adinerada y la democracia del pueblo pobre, eso dependía del transcurso de una revolución venidera. También el pequeño grupo de comunistas alemanes, que trabajaba antes de 1848 en el extranjero bajo la dirección de Marx y Engels, vio por de pronto en Alemania solamente la posibilidad de una revolución burguesa y daba a sus partidarios la consigna de apoyar a la burguesía, con todos los medios, en su lucha contra el feudalismo. El segundo acto de una revolución proletario-democrática se hallaba, entre tanto, todavía muy distante.

Así había madurado en toda Europa hacia 1847, una situación en la que luchaban: o las masas democráticas contra la burguesía liberal, o la burguesía liberal contra el dominante feudalismo, o las naciones oprimidas contra los gobiernos extranjeros. Se trataba de unificar a todas esas corrientes aisladas en una revolución internacional en toda Europa. De la victoria o la derrota de esa venidera revolución europea dependía también el futuro de la democracia de Europa.

SEGUNDA PARTE

DEMOCRACIA Y MARXISMO

1845-1895

1. MARX Y ENGELS EN VISPERA DE LA REVOLUCION DE 1848

En los años 1846 y 1847, fue reforzado el movimiento democrático internacional por dos destacados y jóvenes revolucionarios alemanes, Carlos Marx y Federico Engels. Ambos se habían sustraído a las persecuciones de la policía alemana y actuaban ahora en el extranjero, en Francia, Inglaterra y Bélgica, para sus ideas. Ambos se denominaban comunistas, porque querían reemplazar a la existente propiedad capitalista por otra forma económico-social de la sociedad; pero al mismo tiempo se titulaban también demócratas, por cuanto esperaban el logro de su finalidad como consecuencia de la gran revolución democrática. En julio de 1846 dirigieron Marx y Engels, desde Bruselas, en nombre de un grupo de emigrados alemanes, una declaración de beneplácito y de estímulo al dirigente de los cartistas ingleses, O'Connor. El mensaje fue publicado en el diario cartista *The Northern Star*; el mismo lleva por firma: "Por los comunistas democráticos alemanes en Bruselas, el comité: Engels, Ph. Gigot, Marx, Bruselas, 17 de julio de 1846". "Comunistas democráticos" es una combinación de palabras que parece rara al presente, pero que entonces parecía perfectamente normal para todo luchador revolucionario. Ph. Gigot, cuyo nombre se introduce con tanta audacia entre los de Marx y Engels, no era alemán sino un demócrata belga.

Marx y Engels aportaron al movimiento democrático por primera vez una comprensión verdadera y completa de su propio tiempo. Ha sido destacado ya más arriba, en qué concepciones infantiles y atrasadas acerca del desarrollo social y político del mundo se hallaban los dirigentes democráticos de todos los países antes de 1848. La contribución más importante que se había efectuado hasta entonces, en el terreno de la crítica social, lo era, sin duda, el libro de Luis Blanc sobre la organización del trabajo. Los escritos de Blanc son excelentes, en cuanto se refieren a la situación de los obreros franceses en el tiempo del autor. Blanc es un maestro que describe las penurias del proletariado francés y la situación en el estado de Francia y en la sociedad francesa. Pero Blanc se hace inseguro tan pronto se traslada al extranjero y a la historia de períodos pasados; y cuando se tiene que ocupar de cuestiones generales del desarrollo económico y social, se hace verdaderamente infantil.

100-1000
F. 1000
8-1000

La raíz de todos los males la veía Luis Blanc en la libre competencia, pues ella arruinaba por igual al obrero y al burgués. Los obreros se hacen competencia entre ellos en el mercado del trabajo y, en consecuencia, puede elegir el patrono la fuerza de trabajo más barata, bajar en forma antojadiza los salarios y condenar al desocupado a la miseria. Por el otro lado conduce la libre competencia a que el empresario grande triunfe sobre el pequeño, logrando finalmente un poder de monopolio. Además, la competencia es la que agudiza cada vez más el contraste entre los pueblos y produce siempre nuevas guerras. De esta manera ha sido la competencia con los otros pueblos la verdadera fuerza propulsora de la política inglesa, en los últimos dos siglos. Luis Blanc está convencido que solamente sus cooperativas, instaladas y dirigidas por el estado, pueden eliminar la competencia, este mal básico de la humanidad.

La crítica a la libre competencia, tal como la efectúa Blanc, contiene muchas verdades. Pero si Blanc ve solamente la competencia, se muestra incapaz en absoluto de comprender la característica de su tiempo en contraposición con los períodos anteriores de la historia humana. Porque la competencia libre y las correlativas luchas entre los individuos y los estados, es tan vieja como el comercio burgués en sí. La competencia dominaba ya en la antigüedad los conflictos entre Atenas y Corinto, Roma y Cartago, Génova y Venecia, hanseatas y holandeses, etc. El enjuuzamiento de la competencia, cuando se efectúa en forma tan generalizada como lo hace Blanc, no es más que la condenación de la voluntad de poder y de la tendencia a la actividad y a la ganancia, tal como es característica en el individuo y en las comunidades humanas. Esto no es otra cosa que la vieja crítica utópica a la propiedad privada y al egoísmo, considerándolas como aspectos desastrosos que debieran ser superados para llegar a una forma de vida ética superior. Semejante propaganda por el socialismo utópico, como se halla también en la filosofía económica de Luis Blanc, produce de inmediato la contrapropaganda de los defensores liberales de la propiedad privada: de que la felicidad del individuo, la existencia de la familia, la cultura y el estado dependen de la propiedad privada. Esta discusión ha sido llevada en Europa por espacio de más o menos dos mil años, desde el tiempo de los sofistas griegos hasta el siglo XIX, sin haber arrojado gran resultado práctico.

Hay, sin embargo, una forma de la vida humana en que los

males de la libre competencia son muy reducidos, si no totalmente eliminados. Si se prescinde de las relaciones en los tiempos primitivos y remotos, es ella la organización profesional de la manufactura. Las leyes profesionales cuidaban para que cada uno de los artesanos y pequeños comerciantes rindiese y ganase aproximadamente lo mismo que su colega. Si, además de esto, tenía también la agricultura su hermoso orden tradicional, no había para nadie motivos de preocupación. Todo el mundo hacía su trabajo a la usanza de los padres y se ponía luego a dormir. La lucha contra la competencia como mal en sí, no es pues, otra cosa que una reacción corporacionista. Es la protesta del pequeño hombre a quien espanta el moderno desarrollo; su reacción contra las horribles sacudidas de los nuevos tiempos.

Las cooperativas, tal como las anhelaban los críticos democráticos de las condiciones sociales en el siglo XIX, no habrían sido otra cosa que un renacimiento de las corporaciones en forma modernizada, un experimento utópico, puesto que no hubiese podido tener nunca un feliz resultado. La agitación de Luis Blanc era más o menos lo que quería el trabajador europeo de 1848, pero después del triunfo de la revolución democrática pudo producirse el mayor desastre, tan pronto como se trataba de realizar los propósitos de Blanc. Si las cooperativas, que se creerían entonces, no daban resultado, estaban seriamente desacreditados el socialismo y la democracia. Pero aún había tal vez un peligro mayor: en el instante en que los socialistas cooperativistas, y los con ellos aliados demócratas, llegaran al poder, habrían de tratar de poner en marcha sus experimentos. Habrían de concentrar en ello todos sus esfuerzos y olvidar las verdaderas relaciones de poder político; olvidarían la burguesía, que existiría aún después del triunfo de los demócratas. La olvidarían tanto tiempo, hasta que los golpes de la contrarrevolución los despertase de sus juegues.

Marx y Engels eran los primeros demócratas que estaban libres de todas estas ilusiones y de este deseo de experimentar a la buena de Dios. Comprendieron su época porque se habían apropiado de todo aquello que hubieron dicho los pensadores dirigentes de la burguesía sobre su propia clase. Los economistas nacionales ingleses y los filósofos alemanes habían comprendido perfectamente la esencia de la moderna sociedad burguesa. Al poner Marx y Engels las enseñanzas de Ricardo y Hegel al servicio de la re-

volución democrática, habían encontrado la base teórica que faltó a un Luis Blanc, a un O'Connor y a un Mazzini.

El más importante hecho del moderno desarrollo era para Marx y Engels la revolución industrial del siglo XVIII. La burguesía de los nuevos tiempos había acumulado enormes riquezas por la política colonial, por el comercio internacional, por el moderno sistema bancario y por la nueva forma de las deudas de estado. Por el mismo tiempo desarrigó la disolución del viejo orden feudal y de las relaciones tradicionales agrarias, a grandes masas humanas, arrancándolas de la gleba y arrojándolas a las ciudades. Con la superación de los anticuados métodos de la manufactura, se apoderó la rica burguesía en el transcurso del siglo XVIII de la técnica de las máquinas. Así pasaron los medios de producción, decisivos para la sociedad, a manos de una pequeña minoría y la gran masa de la gente pobre y expropiada estaba obligada a trabajar en las máquinas de los capitalistas.

Así surgió la moderna burguesía. El capital industrial se hizo decisivo para los nuevos tiempos, y el viejo capital comercial y bancario hubo de ajustarse a las necesidades y la marcha de la moderna industria. En el *Manifiesto Comunista* hablan Marx y Engels de un dominio de casi un siglo, de la moderna burguesía. Ellos cuentan pues, aproximadamente desde el triunfo de la revolución industrial en Inglaterra, entre 1750 y 1760. En el transcurso de este tiempo ha transformado la moderna burguesía casi toda la superficie de la tierra. Ha realizado maravillas de la técnica, contra las cuales palidecen las grandes obras de los períodos antiguos. De los importantes estados que existen a comienzos del año 1848, tenía ya la burguesía influencia política decisiva en Inglaterra, Francia y América. En Alemania se hallaba la burguesía muy cerca de la toma del poder y también en los demás países crecía constantemente su influencia.

Según Marx y Engels tiene la moderna burguesía por misión eliminar en todas partes los restos del atraso feudal, agrario y pequerío-burgués. En todas las luchas que lleva la burguesía, y no solamente contra la aristocracia feudal, monarquía, iglesia y burocracia, sino también contra la estrechez campesina y pequeña-burguesa, encontramos a Marx y Engels abardilladamente de parte de la burguesía. Comparado con tales enemigos, representaba la burguesía el progreso social. Según la opinión de Marx y Engels, debía alcanzar todo país civilizado la etapa del capitalismo y el dominio

de la burguesía, antes que fueran posibles otros progresos. Donde existía, como en Alemania, todavía el feudalismo, tenían los comunistas el deber de ayudar a la burguesía en la toma del poder. Recién como segundo acto de la gran evolución histórica podía seguir, a la revolución burguesa, la democracia-proletaria.

Al reunir la moderna burguesía en creciente medida los medios de producción en sus manos, expropiando la masa de los pequeños propietarios y reduciéndolos a la categoría de obreros asalariados sin propiedad, preparaba, sin embargo, su propia caída. Según Marx produce la burguesía inevitablemente el moderno proletariado y con él a su propio sepulturero. Marx y Engels no emplean la palabra "proletario" ya en el sentido general que tenía para la democracia más antigua, sino con especialidad para los ocupados en la moderna industria fabril. La creciente masa de hombres expropiados, desarraigados y arrancados de todas sus vinculaciones históricas, debe ver en la caída del capitalismo su única salvación. Así se hacen, según Marx y Engels, los proletarios industriales los verdaderos portadores de la revolución democrática.

Marx y Engels no piensan en atacar la propiedad privada a la manera de los socialistas utópicos, empleando razones morales. Ellos no se lamentan sobre el egoísmo humano y los males de la libre competencia. Es más, ellos no atacan a la propiedad privada en sí, sino solamente una determinada forma de la propiedad privada, que se ha hecho histórica y que es característica de su propio tiempo. Al igual como la propiedad feudal de los grandes terratenientes se hizo poco a poco una carga insopportable para la masa de los hombres dependientes de ella, así la concentración de los medios de producción industrial en las manos de pocas personas, es una de las peores calamidades para los pueblos modernos. Todos los progresos que trae consigo el moderno capitalismo son puestos siempre en tela de juicio por las crisis, que sacuden con regular periodicidad a la moderna sociedad. Cada crisis significa para los millones de trabajadores y, más allá también, para los sectores medios, una infinita miseria. Solamente si la propiedad privada es abolida en los medios de producción más importantes de la sociedad, y cuando la comunidad administre por sí misma los necesarios medios de producción, puede librarse la humanidad, según Marx y Engels, de esas calamidades.

La adopción de las enseñanzas de Marx y Engels habría significado para la democracia la liberación de todas las ilusiones peque-

no-burguesas y de retardamiento. Los partidos democráticos habrían reconocido la necesidad de la moderna industria centralizada y habrían prescindido también, a la hora de la toma del poder, de los dudosos experimentos pequeño-burgueses y cooperativos. Tampoco Marx y Engels han afirmado jamás que la abolición del capitalismo sería posible de un solo golpe. Ellos mismos han proyectado programas para una paulatina transición de la economía particular a la economía socialista. Pero el punto de partida para todo el desarrollo podía serlo solamente la revolución democrática.

Marx y Engels comenzaron su propaganda en el extranjero, entre los obreros alemanes emigrados. Ellos organizaron a unos centenares de obreros alemanes, etc., en Londres, París y Bruselas. Esto fue la base para la Liga de los Comunistas, que proclamó a comienzos de 1847 su famoso programa, el *Manifiesto Comunista*. Hubiera sido sencillamente ridículo si Marx y Engels hubiesen querido emprender con el pequeño grupo de sus organizados comunistas, en algún país del mundo, alguna acción. Marx y Engels eran hombres de estado demasiado realistas y esclarecidos como para creer, tan sólo un momento, en semejante fantasía. No obstante, están sus escritos del año 1848 llenos de la firme creencia en la futura gran revolución. Pero esta revolución no debía ser hecha por las pocas asociaciones comunistas sino por el gran movimiento de los millones de la democracia europea.

El movimiento democrático era también para Marx y Engels, considerado en total, una coalición de los obreros, campesinos y pequeños burgueses. Pero dentro de esta coalición debió corresponder necesariamente la dirección al proletariado industrial. Porque solamente los obreros industriales estaban en condiciones de librarse por su situación especial de clase de todas las oscilaciones e ilusiones, bajo las cuales sufría la pequeña burguesía. Cuanto más avanzaba el movimiento democrático, tanto más debía caer bajo la dirección proletaria. Si los comunistas eran capaces de dar a la masa obrera en el transcurso de la revolución las verdaderas enseñanzas, entonces podían determinar, a pesar de su reducido número, la celeridad y la orientación de la transformación democrática. Pero si se prescinde del movimiento democrático de masas de 1846 y 1847, entonces aparece toda la enseñanza revolucionaria marxista sin sentido. Sería entonces la misma situación como si alguien especulase sobre la mejor manera de navegar sin disponer de agua.

De la situación general de aquel tiempo contiene el *Manifiesto Comunista* observaciones sobre la táctica de los comunistas que serían casi incomprensibles para los partidos socialistas y comunistas de la actualidad. Así escriben Marx y Engels en el *Manifiesto Comunista*: "Los comunistas no son un partido especial con respecto a los demás partidos obreros. Ellos no tienen ningunos intereses que se diferencien de los intereses de todo el proletariado... Los comunistas son, pues, prácticamente, el sector más decidido, siempre más pujante, de todos los partidos obreros de todos los países. Ellos tienen teóricamente, ante la restante masa del proletariado, la ventaja de su introspección en las condiciones, la marcha y los resultados generales del movimiento proletario". El único partido obrero verdadero, que existía entonces en Europa, eran los demócratas cartistas en Inglaterra. Marx y Engels no tenían, pues, el propósito de oponer, aun en caso de un favorable desarrollo de su propaganda, al partido cartista un partido competidor, sino que los comunistas debían trabajar en las filas de los cartistas.

En el *Manifiesto Comunista* se dice, además, en forma terminante: "En Francia se pliegan los comunistas al partido socialista-democrático, contra la burguesía conservadora y radical, sin renunciar por eso al derecho de ejercer su crítica a las frases y las ilusiones que proceden de la tradición revolucionaria". El partido socialista-democrático, es el partido de Ledru-Rollin y de Luis Blanc. Tampoco en Francia debió intentarse, pues, en la futura revolución, un partido comunista propio, sino que los marxistas debían, al igual que toda la masa del proletariado francés, seguir al partido de Ledru-Rollin. Parecidas indicaciones da el *Manifiesto Comunista* también para los otros países. Luego, resumiendo, dice: "Los comunistas apoyan en todas partes a todo movimiento revolucionario contra el existente estado de cosas en materia política y social. En todos estos movimientos destacan la cuestión de la propiedad, sea cual fuere su más o menos desarrollada forma que haya adquirido, como la cuestión fundamental". Hasta tal punto se hallaban distantes Marx y Engels en vísperas de la revolución de 1848 de dividir en alguna forma las fuerzas democráticas. Por el contrario, ellos recomendaban en todas partes la más elevada unidad en la táctica de los revolucionarios, aun por sobre las filas de la democracia, en todos aquellos países en que se trataba todavía de revoluciones burguesas y nacionales.

Marx y Engels trataron de entrar en todas partes del extranjero en relación con los movimientos democráticos. Así existió

en Bruselas, en 1847, una asociación democrática, en la que se encontraban los dirigentes de la democracia belga con destacados emigrantes. El presidente honorario de la asociación era un viejo radical, el general belga Mellinet. El presidente en ejercicio era el democrático abogado belga Jottrand, y el vicepresidente era Carlos Marx. Entre los manifiestos de la Asociación Democrática de Bruselas, que se hicieron absolutamente en el tono de la democracia histórica, con igualdad, libertad y fraternidad, etc., se halla tranquilamente el nombre de Carlos Marx al lado de los dirigentes democráticos locales. Lo importante era entonces para Marx solamente el movimiento revolucionario en gran escala, pero no la calidad teórica de las manifestaciones diarias.

Cuando Engels llegó en octubre de 1847 a París, visitó a Luis Blanc y le informó sobre la situación en Alemania. Le dijo: "Puede considerar usted al señor Marx como el jefe de nuestro partido, vale decir, de la fracción más adelantada de la democracia alemana". Engels convino con Blanc una colaboración en todas las cuestiones internacionales. Engels se hizo también colaborador de la *Reforme*, el diario de Ledru-Rollin. El partido socialista-democrático era, como se puede comprender, violento adversario de los socialistas utópicos, los cuales causaban dudas entre los obreros acerca de la bondad de las acciones democráticas. El más destacado de los socialistas apolíticos franceses era entonces Proudhon. Marx intervino directamente en las disputas y publicó en 1847 en idioma francés su panfleto contra Proudhon: *Miseria de la filosofía*. Las concepciones teóricas de Marx estaban alejadas entonces por igual, de las de Luis Blanc como de las de Proudhon. Pero Luis Blanc pertenecía, en un sentido más amplio de la palabra, al mismo partido que Marx, en tanto que Proudhon lo combatía. Marx y Engels comprendieron ya en 1846-48, las insuficiencias personales de Ledru-Rollin, Luis Blanc y O'Connor. Pero ante el público respetaban cuidadosamente las autoridades cartistas y las democráticas-francesas. Porque entonces no les importaba la una o la otra personalidad, sino el movimiento democrático en conjunto.

El servicio más importante que pudieron rendir Marx y Engels antes de 1848 a la democracia europea, consistió en la unificación internacional de las fuerzas democráticas. El *Manifiesto Comunista* encomienda a los comunistas directamente la misión de trabajar "en todas partes en la unificación y la inteligencia de los partidos democráticos de todos los países". La Internacional Democrática de 1848, tenía consecuencias históricas de extraordinaria im-

portancia, pues las internacionales socialistas posteriores han surgido directamente de la Internacional Democrática. No es posible comprender históricamente el socialismo internacional, si no se parte de la democracia internacional; lo mismo ocurre con el marxismo y el socialismo revolucionarios, que pueden ser comprendidos solamente como una prolongación de la democracia revolucionaria.

La necesidad de la colaboración internacional fue impuesta a los demócratas y, bien mirado, también a los liberales, por la actividad de sus enemigos, desde 1815. Los vencedores de 1815 lo habían sido las feudales monárquicas de Rusia, Austria y Prusia, que se habían aliado con la clase dominante inglesa. Después de la caída de Napoleón, se agregó a esto la restaurada monarquía borbónica de Francia. La Santa Alianza, conducida espiritualmente por Metternich, representaba en todos los países la solidaridad de los intereses conservadores. Metternich vio a su más peligroso enemigo en la revolución social internacional. Lo que más anhelaba era que también la burguesía se congregase en todas partes alrededor del trono y de la aristocracia, para rechazar la arremetida de las masas radicales. Metternich, con mucho el más inteligente hombre de la contrarrevolución europea, opinaba que la rica burguesía perjudicaba sus intereses si exigía reformas liberales. Porque, tan pronto como se hubiese impuesto el principio de la soberanía popular, tal como se halla contenida en toda constitución liberal, habría de ir el desarrollo inconteniblemente a la izquierda. Un dique tras el otro sería derribado por la ola radical, y finalmente se llegaría al naufragio universal, a la democracia y la anarquía, a la destrucción de la propiedad y de la cultura. Metternich y los conservadores del continente, con ilustración política, no han combatido al liberalismo en sí, sino como una etapa de transición hacia la democracia.

En razón de sus minuciosos estudios sobre la Revolución Francesa, vio Metternich en París el foco de todos los peligros para el orden social de Europa. Por más que hubo de combatir, en su condición de estadista austriaco, la política de conquista de Napoleón I, recibió con otro tanto de agrado que el emperador hubiese levantado en Francia otra vez una firme autoridad y que impidiese la revolución social. En un interés general de los económicamente privilegiados de Europa, no deseaba Metternich siquiera la caída de Napoleón, sino una limitación de su poder, que habría permitido a los demás estados vivir pacíficamente al lado de Francia. No era la culpa de Metternich que Napoleón no quisiera entrar en ningún compromiso y que él mismo hiciera inevitable su caída. El derrum-

be del reinado legítimo francés en 1830, era ciertamente un duro golpe para los intereses conservadores de Europa. Pero pronto se mostró que también Luis Felipe quería defender la paz y el orden existentes de la sociedad. Por lo mismo estaban Metternich y la conservadora Europa contentos de que Luis Felipe se mantuviera en su trono y que por lo menos dilatara una nueva erupción del volcán parisiente.

En el período de 1815-1848 fue perturbada varias veces la cooperación de las cinco grandes potencias, más o menos conservadoras de Europa, motivándolo el choque de sus intereses especiales, particularmente en el Oriente y en América. Pero a pesar de todas las combinaciones diplomáticas y de las jugadas del momento, fue posible mantener siempre el equilibrio de las potencias. A esto contribuyó ante todo la cautelosa y prominente sabiduría de estadista, del príncipe Metternich, quien alejaba a las potencias alemanas de los objetivos en litigio y quien esperaba con calma hasta que los otros buscaban otra vez la Entente con Austria y Prusia. La conservadora política de paz de la Santa Alianza servía al mismo tiempo a los intereses estatales de Austria y a las necesidades de Alemania. Porque, mientras existía el sistema de Metternich, quedaban unidas Austria y Prusia y las dos en conjunto dirigían a Alemania. El gran bloque alemán tenía al mismo tiempo la cobertura de espaldas por Rusia y era, por lo mismo, prácticamente invulnerable. Rusia, a su vez, podía proseguir sin inconvenientes sus planes asiáticos y orientales, y así tenía también Inglaterra manos libres en los países de ultramar. La sacrificada en el sistema de la Santa Alianza era Francia, cuya tendencia expansiva se hallaba limitada tanto en Europa como en los países transoceánicos por el acuerdo de las otras cuatro potencias. Luis Felipe creyó no poder substraerse por razones de política interna a esta consecuencia. La débil y defensiva política exterior ha contribuido luego considerablemente a su caída.

Las grandes potencias conservadoras de Europa consideraban como su obligación y su derecho, oponerse con la violencia a cualquier perturbación del orden en los diferentes países. Mancomunados impidieron Rusia, Prusia y Austria todo levantamiento de Polonia. El ejército austriaco ahogaba toda revolución en Italia. El acuerdo de las dos grandes potencias alemanas mantenía en tierra al liberalismo alemán. Una intervención armada francesa aplastó por los niños del veinte la revolución en España. Y donde se realizaban, no obstante, nuevas formaciones sobre bases revolucionarias, tal

como el reino de Luis Felipe en Francia y los reinos de Bélgica y Grecia, hubieron de amoldarse las mismas dentro del marco de la existente Europa conservadora.

Toda revolución en cualquier país europeo, no importa que tuviese finalidades liberales, democráticas o nacionales, debió contar con la intervención armada de las grandes potencias conservadoras. Así se dio por si mismo que la internacional de la contrarrevolución europea produjese una internacional de la revolución. Ya a partir de 1815 existieron relaciones entre los liberales franceses e italianos. Mazzini trabajaba entre los años treinta y cuarenta por la solidaridad internacional de todos los revolucionarios. En Suiza, en Bruselas, en París y Londres se encontraban los emigrados políticos de todos los países imaginables. En primer lugar fue la fracasada insurrección polaca de 1830, la que despertaba apasionadas simpatías en todos los sectores liberales de la Europa Central y Occidental. Los emigrados polacos eran recibidos en todas partes con especial cordialidad y la consigna de la ayuda a Polonia fue la palabra que obligaba a la internacional revolucionaria europea.

Se reconoció la imprescindible necesidad de que los demócratas y los revolucionarios de los demás países debían hacer todo lo posible para evitar la intervención armada de los monarcas aliados en la región donde se produjese un nuevo levantamiento. De ahí resultaba que la revolución no debía quedar aislada en un solo país, sino que debía extenderse lo más pronto posible sobre toda Europa. De esta conclusión general debían ser extraídas luego las necesarias consecuencias. Se debe considerar, empero, que en el tiempo alrededor de 1848, no se hallaba unificado ni el frente revolucionario ni el contrarrevolucionario, sino que ambas tendencias ofrecían un contenido muy mezclado. En realidad decidía el alcance, acerca de que clase o sector se hallaba en el poder en tal o cual país. Los tenedores del poder eran entre ellos solidarios y así también las clases y sectores excluidos del mismo.

El frente contrarrevolucionario consistía ante todo, de las monarquías feudales en Rusia, Austria y Prusia y del resto feudalismo europeo con sus dinastías, aristócratas, burócratas y dignatarios eclesiásticos, que se respaldaban en los tres grandes monarcas del Este de Europa. Pero a los defensores del existente orden se sumaban también las ricas burguesías de Inglaterra, Holanda y Bélgica y la fracción gobernante del capital financiero en Francia.

Al frente revolucionario pertenían las masas populares democráticas pobres de Inglaterra, Francia, Bélgica, etc.; pero en Fran-

cia también la parte decisiva de la burguesía media con la mayoría de los fabricantes; en Alemania toda la burguesía que se interesaba por política; y en los países como Italia, Polonia y Hungría todo el pueblo de orientación nacional, vale decir, que no solamente las masas pobres, los burgueses y los universitarios sino también la aristocracia de tendencia patriótica. El mismo aristócrata, con las mismas posesiones y los mismos conceptos sobre el mundo, que hubiese sido en Rusia un fiel partidario del Zar y en Inglaterra un miembro conservador de los conservadores, era en Polonia un revolucionario apasionado y dispuesto a luchar con las armas en la mano contra su legítimo monarca. ¿Pero qué tenía un hombre así de común con un obrero comunista de París? No obstante, debían de hacer los dos conjuntamente la revolución europea.

Marx y Engels comprendieron que la más importante premisa para el éxito de una internacional democrática lo era la cooperación entre los demócratas de Francia e Inglaterra. Se trataba de lograr una alianza entre el partido socialista democrático de Francia y los cartistas. Para tal efecto se hacía necesario que los dos partidos llegasen, por de pronto, a conocerte mejor. En consecuencia escribió Engels en 1847 y a comienzos de 1848 una serie de prominentes artículos sobre el movimiento obrero francés, publicados en la *Reforme* y al mismo tiempo una correspondiente serie de artículos sobre el movimiento democrático francés para el *Northern Star*. Simultáneamente trabajaron Marx y Engels para el órgano de los emigrados demócratas alemanes, el *Deutsche Brüsseler Zeitung* y establecieron así, en vísperas de la revolución de 1848, siquiera una cierta unidad de la prensa democrática occidental de Europa.

Pero además de esto se necesitaban enlaces de organización directos. En Londres existía la "Asociación Fraternal de demócratas" (Fraternal Democrats). En su Comité Ejecutivo se hallaban dirigentes cartistas, emigrados del círculo de Marx y además franceses, polacos, suizos, etc. En noviembre de 1847 festejaron los demócratas el aniversario de la revolución polaca de 1830, con una gran asamblea en Londres. Después que hubiesen hablado primero oradores ingleses y franceses, obtuvo la palabra un comunista alemán, Schapper. Al final de su discurso declaró Schapper que tenía que hacer a la asamblea una grata comunicación: que en Bruselas se había formado igualmente una asociación de demócratas y que ésta había enviado a un delegado para representarla en la asamblea. El delegado era Carlos Marx. A continuación leyó Schapper la siguiente carta: "Nosotros, los miembros firmantes del Comité

de la Asociación Democrática que se ha formado en Bruselas, para propender a la unidad y hermandad de todos los pueblos, tenemos el honor de delegarles al Dr. Carlos Marx, vicepresidente de nuestro Comité, para establecer una recíproca correspondencia y simpatía entre ambas asociaciones". Marx pronunció en seguida un discurso en idioma alemán que fue recibido con grandes aplausos. Entre otras cosas dijo: "Los demócratas de Bélgica sienten que los cartistas de Inglaterra son los verdaderos demócratas y que el camino del mundo hacia la libertad estará abierto en el momento en que hayan realizado los seis puntos de su programa. ¡Lograd esta gran meta, trabajadores de Inglaterra, y seréis considerados como los redentores de toda la humanidad!".

Marx y Engels contaron con que los demócratas habrían de llegar, en más o menos breve tiempo, al poder en Francia y en Inglaterra. En realidad llegaron, tres meses después de ese mitin londinense, Ledru-Rollin y Luis Blanc a ministros de la República Francesa. En Inglaterra se obtuvo, a pesar de la resistencia de los sectores privilegiados, la reforma electoral. No era de ninguna manera imposible que bajo la retorizada presión de las masas se impusiese de una u otra manera, también en Inglaterra, un derecho de sufragio más ampliado. Con esto habrían entrado los cartistas en el gobierno. Una fuerte alianza de un gobierno obrero inglés con la República Francesa, habría suministrado las bases para la política democrática internacional. Así como estaban las cosas entonces, habría de producir un triunfo de la democracia en Inglaterra y de inmediato la revolución liberal en Alemania y la revolución nacional en Hungría, Italia y Polonia. Se podía creer que la revolución alemana, juntamente con los levantamientos en Italia, etc., habría de invadir rápidamente Prusia y Austria. Después tendría que librarse la democracia europea unificada todavía una guerra contra el zar de Rusia, para aniquilar a la más poderosa fuerza de la reacción feudal.

Con una acción mancomunada de las diferentes fuerzas revolucionarias no era este programa de ninguna manera un plan fantástico, y en la primavera de 1848 no faltó en realidad gran cosa para su cumplimiento. Ciertamente que se necesitaba mucha habilidad para evitar las contradicciones entre los diversos movimientos revolucionarios nacionales. Con preocupación especial miraban Marx y Engels el futuro desarrollo nacional en Francia. Era conocido que en Francia deseaban importantes sectores de la burguesía, con especialidad muchos fabricantes, la caída de Luis Felipe y la

ruptura con el sistema de 1815. Estos círculos anhelaban en nombre de la tradición revolucionaria francesa una gran guerra de conquista. Esta debía llevar las armas francesas hacia el Rhin y más allá del mismo, despertar nuevamente a la gran potencia de tipo napoleónico y abrir con esto a la economía francesa un amplio campo de trabajo. Todo dependía de si los demócratas franceses serían lo suficientemente fuertes para ofrecer resistencia a tales planes de conquista. En caso que el ejército francés anexionase, en nombre de la revolución, a la Renania, estaba la causa de la democracia perjudicada por igual en Francia y en Alemania. Por otra parte también muchos círculos liberales alemanes esperaban de su revolución un resurgimiento nacional y tal vez la reconquista de Alsacia y Lorena.

Marx y Engels quisieron emplear a la Internacional Democrática en primer lugar, para ejercer cierta presión sobre los franceses. Marx y Engels, como personas aisladas, no estaban en 1847, autorizados para dar buenas lecciones a los poderosos dirigentes democráticos de Francia. Más bien podían permitirse esto con los cartistas. Así rechazó Engels repetidamente en artículos anónimos aparecidos en el *Northern Star*, amablemente, descartamientos nacionalistas de Luis Blanc. Para el año 1848 estaba proyectado un Congreso Internacional Democrático, que luego fue imposibilitado por las tormentas de la revolución. En ese Congreso habrían formado los cartistas con los alemanes, etc., un contrapeso a las posiciones de los franceses y hubieran podido ponerse en guardia contra los planes franceses de conquista.

Además de la disputa franco-alemana habría tenido la revolución democrática, en caso de un triunfo en Europa, también otros muy difíciles conflictos nacionales a solucionar. En una restauración de Polonia se trataba de establecer la frontera de manera que no surgiesen entredichos con Alemania, porque la alianza polaco-germana pareció una necesidad imprescindible si se quería derrocar al Zar. Otra cuestión se refería a la futura frontera germano-italiana, una vez que hubiese sido destruido el imperio de los Habsburgos. ¿Adónde debía corresponder, por ejemplo, Trieste? Marx y Engels pidieron una firme solidaridad entre el movimiento alemán e italiano, que no debía ser perturbada por ninguna cuestión fronteriza. Junto a esto existió otro problema, cuya extraordinaria importancia para el éxito de la revolución europea apenas si se vislumbraba por el año de 1847. Vale decir, la relación de los alemanes y húngaros hacia los eslavos austriacos. ¿Cómo

debían comportarse los checos con la revolución alemana y los yugoslavos con la húngara? Así estaba hipotecada la futura revolución de Europa, no solamente por los hondos contrastes sociales en las filas de los revolucionarios, sino también por una cantidad de problemas nacionales casi insolubles.

2. FRANCIA 1848

En 1848 eran los obreros de Francia una pequeña minoría de la población total. Pero ya se habían hecho tan importantes que todo movimiento político tenía que tomar posición frente a las cuestiones de la industria y del proletariado, y en grado infinitamente superior a lo que era necesario en 1789. La situación de los obreros franceses era en general bastante desfavorable. No tenían ningún derecho de coalición. La ley no les permitía estrechar filas para mejorar su destino mediante huelgas. La jornada era excesivamente larga y el trabajo de 13 a 14 horas diarias cosa corriente. Aún se oye hablar de cifras más elevadas, especialmente entre los trabajadores a domicilio. Las relaciones de higiene en las empresas y lo mismo el problema de la vivienda de la población pobre, eran muy malos. El obrero que conocía un oficio ganaba en París, por día, de tres a cuatro francos, con los cuales no podía vivir. Pero aún los mejores oficios sufrían, hasta en tiempos normales, bajo el grado desparejo de la ocupación. Los obreros con oficio calculaban, por lo general, con una desocupación de tres a cuatro meses por año y nadie les pagaba una indemnización. Los salarios de las mujeres y de todos los obreros en la provincia, eran mucho más bajos y sólo permitían una existencia de hambre. Así se comprende que a las masas de los asalariados franceses las llenase un profundo descontento, y que exigieran de una revolución política y del triunfo de la democracia, en primer lugar, un mejoramiento de su situación material.

En 1847 y a comienzos de 1848, se unieron todas las tendencias opositoras de Francia bajo la consigna de la reforma electoral. Por de pronto se quiso arrancar el grupo gobernante en el Parlamento la mayoría, que pudo mantener hasta entonces contra la voluntad de la aplastante mayoría del pueblo, mediante el escandaloso régimen electoral de esa época. Las manifestaciones por un mejor derecho electoral llenaron en 1847 a toda la provincia. A comienzos de 1848 se agudizó la agitación también en la capi-

tal. Luis Felipe y Guizot no comprendieron, sin embargo, lo serio de la situación y negaron cualquier concesión. Cuando el gobierno quiso suprimir en París las manifestaciones por la reforma electoral, se produjeron desórdenes y el 24 de febrero se convirtieron éstos en una verdadera insurrección del pueblo. Los portadores del levantamiento eran con especialidad los obreros y los estudiantes. El comportamiento de la guardia nacional era decisivo. Esta tropa fue bajo Luis Felipe una milicia ciudadana, para la defensa del orden y la tranquilidad, según el modelo de 1789. Los guardias nacionales tenían sus armas y su uniforme en casa. Eran convocados para fiestas, desfiles y también en caso de desórdenes. Gente sin propiedad estaban excluidos de la guardia nacional. La auténtica tropa surgía del sector medio de la burguesía.

Cuando Guizot llamó a la guardia nacional, se declaró la mayoría de sus componentes en huelga y quedó en casa. Los demás, que aún prestaban servicio, no tiraban sobre los insurrectos sino que simpatizaron con el pueblo revolucionario y se agregaron al grito: "¡Viva la reforma, abajo los ministros!" El ejemplo de la guardia nacional obró en forma paralizadora también sobre las tropas regulares. El ejército, que de suyo tenía poca inclinación para dar su vida por ninguna de las líneas de los Borbones, ofreció el levantamiento solamente reducida resistencia. En el transcurso de 24 horas se desmoronó el reinado de Luis Felipe. El rey huyó, el gobierno Guizot desapareció del escenario, las tropas evacuaron París, la revolución había triunfado.

El triunfal levantamiento del 24 de febrero había sido comenzado y efectuado, ciertamente, por los obreros de París. Pero bajo las condiciones de entonces, no habría vencido el proletariado nunca, con propias fuerzas, a Luis Felipe. La decisión fue traída por el abandono que hizo la burguesía del llamado rey burgués. Aun cuando las tropas habían abandonado por de pronto a la capital, quedó el ejército prácticamente intacto. Los generales reconocieron todos, después del 24 de febrero, la forma republicana del estado y se pusieron a disposición del nuevo gobierno. La influencia socialista y democrática en el ejército, no tenía ninguna importancia. Además, seguía existiendo después del 24 de febrero, lo mismo en París como en la provincia, la Guardia Nacional. Ella tenía sus armas y su organización, en tanto que los obreros se habían apropiado de muy pocos fusiles. Igualmente estaba intacto todo el poderoso y centralizado aparato estatal. Este aparato había sido constituido por Napoleón I, y las dos líneas de reinados lo habían conti-

nuado. Alcanzaba desde las instancias centrales de París hasta las últimas aldeas. También la administración se puso, después del 24 de febrero, a disposición del gobierno, pero con ella no había cambiado su carácter.

Después del derrumbe de la monarquía se formó en París un gobierno republicano provisional. Este se componía de una coalición de los dos partidos republicanos de importancia. La orientación del *National* se puso de acuerdo con la gente de la *Reforme*. Debia ser misión del gobierno provisional proteger a la República contra los peligros de una contrarrevolución monárquica y hacer elegir lo más rápidamente posible, con el sufragio universal, una asamblea nacional. La futura asamblea nacional, como materialización de la democracia francesa, debía dar al país la nueva constitución republicana. En el gobierno provisional se hallaban los hombres dirigentes de ambos partidos: Lamartine, Marrast y Garnier-Pagès de los demócratas moderados, junto a Ledru-Rollin y Luis Blanc. Se deseaba también que las asociaciones republicanas ilegales de París fuesen representadas en el gobierno junto a los políticos democráticos legales. De esta manera fue ministro también el obrero metalúrgico Albert, quien había desempeñado un importante rol en el movimiento ilegal. Un obrero socialista, como ministro de una gran potencia, era algo nuevo y pareció expresar el sentido de la revolución de 1848.

Los demócratas radicales de 1848 llevaron en todo momento en la boca la tradición de 1789, pero su práctica política demostró que no habían aprendido nada de Robespierre. El ejemplo de la gran revolución contradecía en absoluto el hecho de que los demócratas radicales ingresasen en la situación del 24 de febrero, al gobierno. En las calles parecía, ciertamente, como si el proletariado hubiese ganado el poder, porque el ejército, la policía y la Guardia Nacional habían desaparecido de París y por todas partes tenían los obreros rojos campo libre. Sin embargo, un serio político, que valoraba la verdadera relación de fuerzas, no debía dejarse engañar por el cuadro vivaz de la revolución de París. Todos los medios reales del poder, seguían en poder de la rica burguesía. En cualquier medida sería que tomase el gobierno provisional, debían mostrarse con claridad en el seno del mismo las contradicciones de los dos partidos. Todas las orientaciones de la burguesía que se colocaron desde el 25 de febrero bajo la bandera del *National*, se declararon por la democracia pacífica y moderada, y exigieron enérgicos procedimientos contra los "terroristas, comunistas y jacobinos".

La situación después del 24 de febrero de 1848 era para los demócratas radicales mucho más desfavorable que la que enfrentaban el 10 de agosto de 1792. Entonces estaba el ejército del rey completamente desarticulado y uno nuevo estaba en vías de constitución. Además tenían los demócratas, a partir del 10 de agosto, por lo menos una firme posesión de París. Esta vez estaba el viejo ejército sin quebranto y los demócratas no dominaban siquiera a París, como se verá en seguida. No obstante, no pensaba Robespierre después del 10 de agosto, en lo más mínimo, en entrar en el gobierno. Se limitó a dejar el poder a la burguesía republicana adinerada, se conformó con ampliar sus posiciones en París y esperaba hasta que los girondinos hubiesen perdido todo crédito en el país. Además enseñaba la gran revolución lo siguiente: A pesar de que la rica burguesía liberal encaró en seguida, después del asalto a la Bastilla, un curso reaccionario, hostil a las grandes masas, tardó casi cuatro años antes que el liberalismo gobernante estuviese liquidado a los ojos del pueblo francés y listo para ser derribado. Tampoco los demócratas de 1848 pudieron esperar que habrían de conquistar de inmediato y por asalto el poder en el estado. En el mejor de los casos, debía transcurrir un considerable tiempo antes que el pueblo francés abandonara las ilusiones de la tendencia de Lamartine y se confesase hacia la democracia social efectiva.

Si se apreciaba todo esto, parecía muy dudosa la utilidad que pudiera sacar la democracia socialista de Francia de una participación en el gobierno provvisorio. Ledru-Rollin estaba, sin embargo, convencido que podía ganar dentro del gobierno posiciones de fuerza para las masas obreras y mejorar de inmediato la situación del proletariado. Tampoco se perdía gran cosa, mientras que el partido socialista-democrático quedase en estrecho contacto con las masas de la ciudad y del interior; mientras actuase en forma clara y abierta, y mientras quedase en el gobierno solamente el tiempo que lo permitiesen los verdaderos intereses de la democracia.

La historia de los sucesos en Francia después del 24 de febrero es de extraordinaria importancia para la comprensión de la democracia en el siglo XIX. Porque entonces tenían ambas corrientes de la democracia, por primera vez, la oportunidad de demostrar su capacidad en una gran tribuna, que era visible para todos los países. La democracia social de la forma más antigua debía demostrar lo que se puede hacer por las masas pobres con la libertad

política bajo el signo de la república y del sufragio universal y cuáles eran las ventajas prácticas que podía sacar el moderno proletariado industrial de la democracia. Así mismo, tenía que sopor tar también la nueva forma de la democracia liberal-burguesa, su prueba de fuego. Ella debía demostrar que la libertad y el sufragio universal no perjudicaban el orden y la tranquilidad, que también la masa pobre era en el fondo pacífica y moderada y que no tocaba la propiedad privada. Resumiendo: que una república con el sufragio universal era para el capitalismo y para todos los ilustrados y ricos la más segura y cómoda forma de estado. Ambas formas de la democracia francesa han rendido mal ante la historia esa prueba. El 24 de febrero, tenía a toda la Francia unida a sus espaldas. Cuatro meses más tarde, eran las dos despreciadas por igual, gastadas e impotentes.

En el tiempo del gobierno provvisorio, desde fines de febrero hasta mayo de 1848, se dio una singular división del trabajo entre los dos partidos gobernantes. Los republicanos burgueses hacían política de poder y los socialistas, política social. El resultado era que los demócratas socialistas lograran imponer dentro del más breve tiempo una serie de progresos sociales de extraordinaria importancia, pero que, al mismo tiempo, perdían todas las posiciones reales de poder, de manera que finalmente se hallaba su política social en el aire. Este desarrollo era tanto más extraño, siendo que los demócratas socialistas habían conquistado en la primera arremetida la más importante de las posiciones en el poder, pues en la repartición de las tareas entre los miembros del gobierno provvisorio, recibió Ledru-Rollin el ministerio del interior. Este se dio mucho empeño para influenciar a la administración francesa en un sentido republicano. Como primera medida resolvió enviar comisarios a la provincia, dispuso energicos decretos y trató de influenciar las próximas elecciones en una manera favorable a su partido, pero el resultado positivo de su acción era igual a cero. De inmediato quedó en evidencia que el ministro sólo, desde arriba hacia abajo, no habría de dominar con la mejor de sus voluntades el gigantesco aparato enemigo.

Con tanto más éxito actuaron los republicanos burgueses. Su primer pensamiento fue apoderarse el 24 de febrero de la municipalidad de París. Porque ellos habían aprendido realmente algo de la gran revolución y quisieron evitar que el nuevo partido de la montaña hallase otra vez su central en esa importante repartición. Mientras Ledru-Rollin luchaba con los expedientes de su

ministerio, el partido *National* se apoderó de París. Garnier-Pagès fue primero alcalde de la capital y luego, cuando se hizo cargo del ministerio de finanzas, pasó Martast a su lugar. El ministro de guerra, Arago, que pertenecía igualmente al partido burgués, trabajó de acuerdo con los generales para evitar toda perturbación en la disciplina del ejército y para convertir a las tropas nuevamente en un eficiente instrumento contra desórdenes obreros. Bajo los ojos del ministro Ledru-Rollin estableció el partido burgués en París mismo una nueva tropa de choque para la guerra civil. Era la llamada guardia móvil, que recibió instrucciones especiales para un levantamiento venidero de trabajadores radicales. La guardia móvil se componía de jóvenes desocupados parisienses, quienes se dejaron emplear contra sus compañeros de clase por el hermoso uniforme y la segura soldada.

Una combinación extraordinariamente feliz habría dado a los demócratas radicales la posibilidad de armar al proletariado francés por un camino absolutamente legal, pero era evidente que después del 24 de febrero no se podía mantener el viejo y exclusivo método con el cual se componía, bajo la monarquía, a la guardia nacional. La tropa de la rica burguesía debía convertirse en una milicia popular general, a la que tuviesen acceso tanto los pobres como los ricos. El principio de tal modificación democrática de la guardia nacional fue aceptado por el gobierno. Llevarlo a la práctica era pues de incumbencia del ministro del Interior, Ledru-Rollin. Pero ahora se mostró la enorme fuerza con que saboteaba la burocracia los desarrollos que no le convenían. Repentinamente no había para la masía de los nuevos guardias nacionales ni armas ni uniformes, y el revolucionario ministro del interior no era capaz de modificar eso. Las armas y los uniformes los recibían en general solamente aquellos guardias nacionales en los cuales tenía confianza la clase adinerada. Pero el más increíble fracaso de la democracia socialista consistió en que el partido no era ni siquiera capaz de lograr el control de los desocupados, que se había formado como consecuencia de la nueva legislación social en el marco de los llamados talleres del estado.

Luis Blanc comenzó como ministro una labor extraordinariamente profusa, para mejorar la situación de la clase trabajadora de Francia. Se formó una comisión estatal para cuestiones obreras, con Luis Blanc como presidente y Albert vicepresidente. Los obreros de París estaban representados por delegados de cada uno de los oficios. También los patronos enviaban, de acuerdo con las

actividades, una cantidad correspondiente de representantes. Esta comisión del trabajo, que sesionaba en el palacio Luxemburgo, era una especie de consejo económico de París o, si se miraba solamente a los delegados obreros, una especie de congreso sindical. La comisión trataba todas las cuestiones de la reforma económica y la política social que preocupaban entonces al país. De esta manera habían obtenido los obreros franceses por primera vez el derecho de coalición reconocido por el estado, del cual surgía de inmediato el derecho a la huelga. La influencia que ejercía Luis Blanc, personalmente, era tolerante por completo. Le faltaba todo temor contra los patronos. En nombre de la comisión de trabajo procuraba solucionar los conflictos entre obreros y patronos y establecer contratos colectivos.

Por indicación de Luis Blanc, publicó el gobierno una ley sobre jornadas de labor. Las jornadas no debían exceder en París de diez horas y en la provincia de once. Para los tiempos de entonces era semejante limitación de la jornada de trabajo, un éxito de los trabajadores. En el interés de los obreros proclamó el gobierno el derecho al trabajo. Esto no significaba prácticamente nada más que un pequeño subsidio al desocupado. El estado se comprometía a pagar a todo obrero, a quien las autoridades no podían encontrar labor, una suma de ayuda. El número de los desocupados creció muy rápido después del 24 de febrero, en razón de la agudizada crisis económica. Las autoridades establecieron trabajos de emergencia, pero éstos podían absorber solamente una parte de los desocupados. Los otros se presentaban, con los debidos certificados, en la respectiva seccional de París y recibían allí los subsidios.

Los miembros burgueses del gobierno provisorio estuvieron prontos preocupados sobre las colas que se formaban diariamente ante esas oficinas. En consecuencia se llegó a la idea de organizar a los desocupados de otra manera, para quitarles lo que tenían de peligroso factor político. Los trabajos de emergencia correspondían al ministerio de Obras Públicas. Este detalle fue aprovechado para concentrar todas las cuestiones de los desocupados en esa rama del gobierno, a cuyo frente se hallaba el republicano burgués Marie. Marie entregó la tarea de la organización de los desocupados a un tal Thomas, un hombre muy hábil en el trato con los obreros. Con extraordinaria celeridad creó Thomas el aparato de los talleres nacionales. La organización de este hombre dirigía al mismo tiempo también las obras públicas de emergencia y pagaba los subsidios.

Lo principal en el asunto era una especie de organización militar de los desocupados, con un ingenioso sistema de jefes superiores e inferiores. Podría compararse con esto el "servicio de trabajo" de Alemania, después de 1933.

Luis Blanc no tenía la más mínima cosa que hacer con los talleres nacionales. En primer lugar no eran las obras públicas de los mismos, cooperativas de producción en el sentido de Luis Blanc, sino trabajos generalmente innecesarios, inventados tan sólo para dar labor a la gente. En segundo término fue desarrollado el aparato de los talleres nacionales por Marie y Thomas, precisamente con la finalidad de perjudicar al partido de Luis Blanc. La cantidad de los miembros en los talleres, que efectuaban en parte obras públicas y en parte recibían subsidios, creció rápidamente. En el mes de junio sobrepasó los cien mil. La finalidad política que deseaban alcanzar los republicanos burgueses con esta organización, fue alcanzada en forma completa. Se llegó a una separación política entre los ocupados y desocupados. Los ocupados que enviaban sus representantes al palacio de Luxemburgo, estaban por lo general de parte de la democracia socialista, en tanto que los desocupados captados por los talleres nacionales, se pronunciaban con preferencia por la democracia burguesa.

Uno se podría extrañar de lo fácil que se dejaron ganar entonces los desocupados franceses para la causa de la burguesía. Pero en ello se debe considerar la poca claridad política, tal como era producida por la propaganda democrática de ese tiempo. Se tenía la república y el sufragio universal. En consecuencia gobernaba pues, aparentemente, el "pueblo", y el gobierno mostraba que tenía un corazón para los desocupados y que les pagaba un subsidio que entonces parecía una gran conquista social. ¿Por qué no habrían de seguir, en consecuencia, los desocupados a dirigentes como Marie y Thomas, quienes les hacían un bien tan evidente? Luis Blanc y sus amigos, en cambio, habían perdido el contacto con los desocupados. Es esto el más grave error y omisión de los republicanos socialistas, en los meses después del 24 de febrero. El hecho de que el partido del *National* fuera capaz de organizar en París un ejército de cien mil hombres desocupados, imposibilitó toda acción revolucionaria de los republicanos socialistas. Nada cambia con esto el otro hecho, o sea que la contrarrevolución burguesa se dirigiere más tarde con especial crueldad contra los fieles obreros de los talleres nacionales y que fueran precisamente estos obreros, mantenedores de la paz económica quienes hubiesen de

librar la más grande batalla revolucionaria de clases, de toda la generación.

Luis Blanc y sus amigos se comportaban con los capitalistas en forma perfectamente moderada y las medidas cooperativas de producción no fueron creadas, en primer lugar porque el gobierno no tenía el necesario dinero. No obstante siguieron los banqueros y fabricantes el desarrollo de los acontecimientos desde el 24 de febrero, con creciente descontento. La limitación legal de la jornada de labor y el nuevo derecho de coalición, molestaba a los fabricantes. Además podían abandonar los obreros, a quienes no gustaban las condiciones del trabajo, las fábricas, e ingresar en los talleres nacionales. Es cierto que los obreros ganaban en una empresa buena de París, de tres a cuatro francos y en los talleres solamente dos. Pero lo que recibían en esos talleres era entonces una especie de fondo de huelga, pudiendo mantenerse con la ayuda de los talleres nacionales por espacio de tanto tiempo hasta que los patronos particulares cedían. Es comprensible el disgusto de los fabricantes sobre este estado de cosas.

Ante todo los capitalistas estaban muy preocupados acerca de si el desarrollo de la legislación social francesa se habría de detener realmente en los puntos alcanzados. La revolución triunfante había hecho aflorar a los más diversos proyectos socialistas. En todas partes se escribía y hablaba de la nueva sociedad socialista, y mientras era ministro un Luis Blanc, y podía pronunciar en nombre de la república francesa en el palacio de Luxemburgo sus discursos socialistas, cada uno de los capitalistas consideraba en peligro a su propiedad. Por lo mismo, los hombres de dinero retiraban con temor sus capitales. Dada la desconfianza general de la clase adinerada hacia el nuevo orden de cosas y debido a su creciente nerviosidad, empeoraban los negocios cada vez más, se cerraban más empresas y mayor se hizo la desocupación. Los capitalistas dieron la consigna que primeramente se debía terminar sin consideración con los socialistas y comunistas, antes que pudiese retornar la confianza por la marcha normal de los negocios.

El gobierno de Luis Felipe había dejado a la República el legado de un gran déficit. De que el estado necesitase dinero no era, bajo la monarquía, una gran desgracia, porque en los empréstitos y anticipos ganaban los banqueros y nadie se alarmaba sobre el déficit. Pero ahora faltaban los medios financieros y la crisis, en aumento, reducía las entradas del estado. Por el otro lado costaban los talleres nacionales, totalmente improductivos, crecientes sumas y los ban-

cos no prestaban un céntimo. El gobierno estaba en una situación embarazosa y no sabía cómo cumplir con sus obligaciones. Mediadas de violencia parecieron a los republicanos burgueses muy antípaticas. Ellos no querían ni un empréstito forzoso ni una moneda papel con curso obligatorio. Ellos temían que tales medidas los habían de arrojar a la corriente de una dictadura económica y de ella habría de desarrollarse fortuitamente una dictadura política, y un terror al estilo de 1793. A su vez no se atrevían a cesar los pagos a los desocupados, por cuanto eso era una garantía para la paz interna.

El partido dominante de los republicanos burgueses contaba con la gratitud de la clase adinerada, puesto que la política de la gente del *National* había evitado la guerra civil, protegido la propiedad privada y reducido a todas las tendencias terroristas. En pago de esto, debe ofrecer la clase rica otros sacrificios. Así propuso el ministro de Finanzas, Garnier Pagès, un suplemento de 45 % al impuesto a las tierras, dándole carácter de una contribución extraordinaria para resolver la crisis. Los ministros demócrata-socialistas ofrecieron solamente una tímida resistencia y fue así que el gobierno provisional puso en vigencia la fatal ley. Siendo que no se quiso tocar a los capitalistas y proteger al mismo tiempo a los obreros, se colocó el peso de la crisis sobre el sector que no se podía manifestar en forma ruidosa en París: sobre los agricultores y, con especialidad, sobre los pequeños campesinos. Esto fue un error político que habría de tener consecuencias catastróficas para ambas tendencias de la democracia francesa. La República, que fue despertada a la vida con tanto entusiasmo, no había hecho hasta ahora prácticamente nada para la población del campo; en cambio vino el aumento de los impuestos.

Casi todo el pueblo francés había protestado contra los métodos de gobierno de Luis Felipe. Pero ahora debía pagar el mismo campesino, que estaba cargado bajo la odiosa monarquía con un gravamen de diez francos, 14,5. A esto se agregaba todavía la motivación del aumento de los impuestos, perjudicial para la política democrática: el dinero se necesitaba ante todo para mantener a los desocupados de París. La masa de los pequeños campesinos franceses, ante todo los pobres arrendatarios y los obreros del campo, lo habrían comprendido si se hubiesen unido en un programa popular las exigencias de la gente trabajadora de la ciudad y del campo. Pero así se requería una comprensión casi sobrehumana para que los castigados campesinos diesen voluntaria-

mente sacrificios a favor de la inactiva gente de la capital. Así se rompió el gobierno democrático, porque era tolerante con los capitalistas; se rompió el frente unido entre ciudad y campo, se colocaba a los agricultores contra los trabajadores y contra el nuevo sistema, resquebrajando los fundamentos de la forma republicana del Estado.

En el transcurso de abril, constataron los socialistas democráticos y en general todos los obreros de vida política activa, que el desarrollo tomaba para ellos un curso muy malo. Las informaciones que llegaban sobre el estado de los ánimos entre la población del campo eran desfavorables; los comisarios de Ledru-Rollin no hacían nada y se comenzó a temer por el resultado de las próximas elecciones a la asamblea nacional. Entonces cayeron los demócratas socialistas en la desdichada idea de exigir la postergación de las elecciones. En París se hizo una gran agitación con demostraciones callejeras, que exigía un término más retrasado de las elecciones. Se declaraba que la contrarrevolución había dominado durante cincuenta años en Francia y que había impedido toda propaganda libre. Por lo mismo carecían las masas en el campo y en las pequeñas ciudades de toda ilustración política y se dejaban inducir durante las elecciones en error, por los elementos reaccionarios. En consecuencia, se hacía necesario dejar transcurrir un cierto tiempo durante el cual los republicanos pudiesen aclarar los problemas a las masas, en todos los puntos de Francia. Recién entonces sería posible realizar los comicios que respondiesen realmente a una población desprejuiciada.

También esta vez, habrían evitado los republicanos socialistas un grave error, si hubiesen estudiado mejor las enseñanzas de la gran revolución. Después del 10 de agosto no se le ocurrió a Robespierre exigir una postergación de las elecciones a la Convención Nacional, pese a que el derecho electoral para esa Convención era mucho menos favorable que el sufragio universal de 1848. A esto hay que agregar que Robespierre y sus amigos se daban perfecta cuenta que las elecciones no arrojarían un resultado favorable para su partido. Pero psicológicamente es imposible agitar a la masa después de una victoriosa revolución popular, contra la elección de una asamblea nacional. La revolución alemana después del 9 de noviembre de 1918, que por otra parte tiene muchas curiosas analogías con el desarrollo francés de 1848, trajo el mismo error de los radicales socialistas. Cuando sintieron al cabo de algunas semanas que el pueblo no estaba de su lado, se dirigieron

contra la elección a la Asamblea Nacional. Lenin, en cambio, no se pronunció nunca en 1917 contra la reunión de la constituyente nacional rusa, sino que dejó la ingrata tarea de posponer las elecciones al gobierno de Kerensky.

Cuanto más pidieron los demócratas socialistas de París un postergamiento de la elección, tanto más insistió la burguesía francesa en un término electoral anticipado. Los demócratas socialistas no lograron otra cosa que una derrota moral y una mayor indignación de los agricultores y de los pequeños sectores medios del interior. Porque la gente de la provincia tuvo ahora el sentimiento de que los negociadores políticos de París los explotaban y que intentaban posponer la hora del ajuste de cuentas. Las elecciones a la Asamblea Nacional se realizaron en Francia el 23 de abril. Técnicamente fue un espectáculo de democracia política como no se había visto hasta entonces. La cantidad con derecho al voto alcanzaba a casi 9,5 millones. Los votos válidos entregados llegaron a casi ocho millones. El resultado fue tan desfavorable para la democracia socialista como se le debía esperar. De 900 diputados eran solamente 100 partidarios de la *Reforme*. Por el otro lado había alrededor de 100 diputados de la contrarrevolución católica, de los declarados partidarios de los Borbones de la línea más antigua. A esto se agregaban unos 200 diputados de la orientación Thiers. Después de dos meses de república democrática, había conquistado, pues, la monarquía, un tercio de todas las bancas. Esto era la contestación de la población agraria al aumento de los impuestos en un 45 % y a la política agraria completamente nula de los nuevos dueños del poder.

La mayoría del nuevo Parlamento, alrededor de 500 diputados, eran republicanos burgueses que se agregaron al partido del *National*. El resultado no hubiese sido en realidad tan desastroso si estos 500 diputados hubiesen sido demócratas liberales al estilo de Lamartine, vale decir, al mismo tiempo defensores de la propiedad privada, de la libertad política y de la concordia de clases. Pero la mayoría de estos 500 representantes republicanos demócratas consistió solamente de enconados reaccionarios de las pequeñas ciudades y del agro francés. Ahí había representantes de los pequeños fabricantes, que maldecían a un Luis Blanc, y enfurecidos agricultores que anhelaban un ajuste de cuentas con los ociosos de París. Estos diputados, abogados de pequeñas ciudades del interior, terratenientes, oficiales jubilados, etc., se llamaban ciertamente republicanos, porque no tenían un interés directo en el

retorno de los Borbones, pero ellos no querían ninguna república del desarrollo libre y de la concordia de las clases, sino un puño de hierro contra todo aquello que recordaba al proletariado y al socialismo. Es natural, que los 300 monárquicos empujaban en la Asamblea Nacional cada vez más al ala derecha de los republicanos burgueses para luchar contra los obreros de París y el socialismo.

Los demócratas socialistas estaban vencidos. Es evidente que ellos habían cometido graves errores en todos los puntos de la política del poder y de la táctica electoral en los últimos dos meses. Pero, por el otro lado, se hallaban las destacadas acciones socialpolíticas de Luis Blanc. Tal como estaba la situación entonces, habría sido difícil que la democracia socialista conquistase aún bajo la dirección más genial, en el transcurso de dos meses a la mayoría del pueblo francés y el poder político. Era cuestión de prepararse a una larga lucha en la oposición. El resultado de las elecciones era para todos los políticos franceses completamente claro. La Asamblea Nacional tenía una gran mayoría de la pujante burguesía, dispuesta a defender la propiedad privada. Por lo mismo no había más lugar para ministros socialistas. El partido democrático socialista debió haber salido de inmediato del gobierno, informar a los obreros de París sobre la verdadera situación y pasar sin precipitación ni espíritu aventurero, a la oposición. Pero cuando la Asamblea Nacional se reunió a principios de mayo en París, y hubo que formar un nuevo gobierno, se dio un resultado singular. Lamartine y sus amigos más cercanos, se habían asustado progresivamente por la iracunda fracción derecha de sus compañeros de partido. Sintieron la futura contrarrevolución y buscaron puntos de contacto con la izquierda. Ellos no quisieron renunciar a la coalición con los demócratas socialistas. Así se llegó a una solución de emergencia. Los ministros socialistas Luis Blanc y Albert fueron sacrificados en obsequio a la nueva mayoría burguesa del Parlamento. Para compensarlo, se permitió que ambos prosiguiesen sus actividades en la comisión del Palacio de Luxemburgo. Ledru-Rollin, en cambio, quedó en el gobierno. Hasta tanto que la Asamblea Nacional acordase la nueva constitución, debió existir sobre los respectivos ministros una comisión ejecutiva de cinco miembros, más o menos así como en Alemania, después del 9 de noviembre, donde los seis representantes del pueblo tuvieron la dirección política general, controlando el trabajo ministerial. A la suprema comisión del gobierno fueron cuatro hombres de la tendencia del *National*: Lamartine, Marie, Garnier-Pagès y Arago; a éstos se agregó como quinto Ledru-Rollin.

Los cinco miembros de la suprema comisión estaban libres de trabajar en los ministerios. De esta manera perdió Ledru-Rollin el ministerio del Interior, que pasó ahora a manos de un republicano burgués. Marie entregó el ministerio del Trabajo y tuvo por sucesor al rabioso reaccionario Trelat. El ministerio de Guerra, que tenía Arago, fue entregado a Cavaignac. La mayoría burguesa de la Asamblea Nacional era en los primeros días de su actuación parlamentaria bastante insegura. No conocía con exactitud la proporción de fuerzas y en consecuencia permitió por de pronto este nuevo gobierno.

El hecho de que el partido de Ledru-Rollin quedase bajo tales circunstancias en el gobierno, tenía extraordinarias consecuencias. Lo más importante no era que los llamados demócratas-socialistas se hicieran de día en día más débiles y que la mayoría reaccionaria de la Asamblea tuviese cada vez más conciencia de su poder, actuando por encima de la cabeza del gobierno; porque el ejército y la administración de Francia respondían a la contrarrevolución francesa y no a los casualmente democráticos ministros. Más importante era que el partido de Ledru-Rollin, y junto con él toda la democracia francesa, se aislaron totalmente a partir de principios de mayo de 1848 de la clase trabajadora. Estaba claro que la mayoría de la Asamblea Nacional se proponía abolir de nuevo todas las conquistas sociales de la revolución. Al quedar el partido de Ledru-Rollin todavía en el gobierno y al prestarse a ejecutar las resoluciones reaccionarias de la Asamblea Nacional, se colocó en oposición con los obreros. Los sentimientos favorables a la masa trabajadora, tal como los había afirmado el partido de Ledru-Rollin en su propaganda antes y durante la revolución, no resistieron a la primera prueba de fuerza. Cuando estalló la verdadera lucha de clases, quedó en evidencia que la democracia francesa no estaba en condiciones de defender en forma abierta y consecuente la causa de la masa obrera. Siendo que los capitalistas no tenían tampoco confianza en los dirigentes democráticos, se halló la democracia francesa a partir de mayo de 1848, en una situación ridícula, entre los dos ejércitos enemigos. Nada quedó de la tradición de Robespierre.

Si fracasaba el partido oficial, legal, de la democracia socialista, pudieron haber surgido tal vez de las filas de la democracia ilegal, de las asociaciones secretas que habían luchado bajo Luis Felipe, nuevos jefes de la masa trabajadora. Entre los republicanos revolucionarios, a los cuales había libertado la revolución de febrero de las cárceles, eran Blanqui y Barbès los más destacados. Blanqui era el

hombre más significativo de toda la democracia francesa. Era el único político realista, quien no se dejó engañar por las consignas de la revolución de febrero ni de sus partidos. Blanqui exigió el desarme total de los capitalistas y militaristas, y al mismo tiempo pidió armas para el pueblo trabajador. Todo lo demás lo consideraba como insignificante en tanto no se realizaba esa premisa. Blanqui no era ni putschista ni aventurero. Por el contrario, era la conciencia rediviva de la democracia francesa y fue por esto que lo odiaban tanto los políticos oficiales, los ministros y sus acólitos.

La influencia positiva de Blanqui sobre los obreros de París en 1848 era mínima. Fundó un club en el que desarrollaban sus ideas. Pero junto a éste existieron muchos otros clubes socialistas y democráticos, y sus jefes, a quienes faltaba la claridad mental de Blanqui, se asociaron a las insidias contra él, agitación que a veces se efectuó con medios muy indignos. Debiendo a que Blanqui era calificado en todas partes como el espíritu maligno de la Revolución Francesa, como terrorista y predicador de la guerra civil, vio la burguesía en él a su peor enemigo. Blanqui se convirtió en el terror de todos los filisteos burgueses como lo fueron en 1918 en Alemania Carlos Liebknecht y Rosa Luxemburgo. La consecuencia fue que Blanqui pasó la mayor parte de su vida en las cárceles.

El significado histórico de la agitación contra Blanqui en marzo y abril de 1848, está en primer lugar en que impedía todo saneamiento del movimiento democrático de Francia. Cuando se derrumbó el partido oficial no quedó nada más que un montón confuso de clubes y agitadores. La voz de Blanqui no se pudo imponer en ese caos. De esa manera se hizo el proletariado parisiense, abandonado por los partidarios políticos, un juguete de aventureros y agentes de policía. Una insurrección armada de los obreros de París, para efectuar una segunda revolución, no había tenido nunca menos esperanzas que precisamente en mayo de ese año. Por la táctica inhábil de la democracia, había ocurrido una separación entre los obreros parisienses y los campesinos. No es exacto que las revoluciones francesas tuviesen regularmente la dirección en París y que la provincias solían seguir a las consignas de la capital. En rigor de verdad, han triunfado los movimientos de París solamente entonces, cuando se efectuaban en consonancia con la voluntad de la mayoría del pueblo francés. La toma de La Bastilla era solamente de tanto significado porque los campesinos estaban a punto de asaltar al mismo tiempo, y a su vez, en todas partes del país, sus respectivas Bastillas locales. En mayo y junio de 1793 pudo triunfar el partido de

la montaña solamente porque la gran mayoría del pueblo francés despreciaba al núcleo reaccionario de Roland-Clique. La revolución de 1830 había sido librada por los parisienses, en perfecto acuerdo con la gente del interior y el movimiento contra Luis Felipe en el invierno de 1847-48, había partido en realidad de las provincias y se trasladó recién más tarde a la capital.

La corriente contrarrevolucionaria que se impuso transitoriamente en el campo y las pequeñas ciudades, hubo de conducir a que todo levantamiento de París quedase aislado. Si la aldea y la pequeña ciudad estaban contra el levantamiento, y si la clase media burguesa odiaba a los "anarquistas" y "terroristas", era de creer que también el ejército y la parte burguesa de la Guardia Nacional habrían de masacrar fanáticamente a los obreros. A esto se agregó en París mismo la desgraciada división entre los desocupados, organizados firmemente en los talleres de la nación, que apoyaban todavía al gobierno, y los trabajadores de las empresas particulares, que se inclinaban hacia la democracia socialista. Los secretos maniobreros de la administración francesa habían cuidado para que los obreros de los talleres nacionales fuesen admitidos en la Guardia Nacional. Estos obreros, fieles al gobierno, habían recibido fusiles, y dominaban a las formaciones de la Guardia Nacional en las barriadas obreras. Además de esto, estaban los demócratas activos de los clubes completamente desunidos. Barbès odiaba a Blanqui y estaba siempre dispuesto a ir con el gobierno, si se trataba de aniquilarlo. Finalmente hubo de actuar la presencia de Ledru-Rollin, en el gobierno, en forma confusionista sobre determinados sectores de la población. Radicales pequeño-burgueses y por cierto también muchos obreros, no comprendieron de inmediato el cambio de frente, por lo que un levantamiento contra el gobierno de Ledru-Rollin les pareció una aventura fratricida.

De esta manera se hallaron las fuerzas políticas de la democracia francesa y del socialismo francés, durante mayo de 1848, en el período del más pronunciado resfijo y ningún dirigente, que tuviese solamente un resto de inteligencia, pudo recomendar entonces seriamente una segunda revolución. Los obreros de París habían demostrado desde el 24 de febrero la más alta medida de disciplina y de moderación. Por cierto que se había llegado a más de una demostración pacífica, pero nunca a violencias y derramamientos de sangre. Este tranquilo comportamiento de los obreros no agradaba, sin embargo, al ala derecha de los republicanos burgueses. Esta tendencia de rabiosos reaccionarios, encontraba como demasiado dé-

bil a la comisión gubernamental de los cinco miembros. Ellos no querían ningún compromiso con los trabajadores, sino solamente la mano fuerte. El hombre en quien tenía más confianza el ala derecha de los republicanos burgueses era el nuevo ministro de Guerra, general Cavaignac. Se quiso aprovechar la primera oportunidad para derrocar a la comisión ejecutiva y establecer a continuación la dictadura militar de Cavaignac.

Siendo que los obreros de París no querían ir a un *putsch*, hubo de corregirse esa deficiencia de alguna manera. Para el 15 de mayo había sido preparada una gran demostración de todos los demócratas y socialistas a favor de Polonia. Contra esto no había objeción, y si las masas desfilaban en tal oportunidad delante de la sala de sesiones de la Asamblea Nacional, para mostrar su fuerza en una marcha pacífica, no era eso tampoco una desgracia política. Existía, sin embargo, el peligro de que ciertos oscuros elementos habrían de aprovechar a la demostración para sus finalidades. En vano dio Blanqui el aviso. El entusiasmo de los obreros por Polonia, ese viejo legado de tradición democrática, era tan grande que no valían las objeciones. Blanqui se asoció, en consecuencia, a la demostración, para no excluirse de una acción democrática.

El transcurso del 15 de mayo de 1848 fue sumamente singular. Las masas aparecieron, como convenido, delante del edificio de la Asamblea Nacional. El gobierno había tomado desde hacía tiempo toda clase de precauciones para suprimir desórdenes en la capital. La ciudad y los alrededores estaban repletos de tropas. El ejército regular, la Guardia Móvil y la Guardia Nacional, estaban a inmediata disposición. El gobierno había atribuido siempre extraordinaria importancia a la protección de la Asamblea Nacional. Pero cuando los obreros aparecieron el 15 de mayo delante de ese edificio, encontraron las puertas de acceso abiertas y sin protección. Así fue que un grupo de obreros pudo penetrar en el recinto. Allí expresaron su descontento a los diputados y provocaron alguna ruidosa escena. Pero no se llegó a serias violencias. Durante tres horas dominaban los obreros la sala de sesiones sin que apareciese ninguna fuerza armada para proteger a la Asamblea Nacional. Hasta entonces fue todo esto para el Parlamento tan solo una desagradable incidencia, sin ningún significado político. Pero en ese momento un individuo, que era sospechoso de ser agente policial declaró, como disuelta, en nombre del pueblo, la Asamblea Nacional.

Ahora parecieron convencirse muchos demostrantes y algu-

nos jefes democráticos que había triunfado una segunda revolución. La Asamblea Nacional se había desplomado, por lo visto, y los poderes armados habían fracasado. Un grupo de los manifestantes se dirigió a la Municipalidad para proclamar allí un nuevo gobierno obrero revolucionario. Barbès y Albert eran lo bastante míopes como para acompañarlos. Cuando se habían ido de esta manera, todos los hechos de un levantamiento político contra el gobierno constitucional aparecieron de improviso las tropas. La Municipalidad fue tomada sin resistencia. Barbès, Albert y algunos otros conocidos radicales fueron arrestados, entre ellos también Blanqui. El intento de insurrección de los obreros de París, que se había esperado con temor durante cuatro meses, había pasado. Todo había transcurrido sin derramamiento de sangre, como la escena de una mala opereta. La democracia socialista no solamente estaba vencida, sino que había evidenciado también una ridícula impotencia.

Quien quiera que tenga solamente alguna experiencia sobre movimientos de masas, no puede dudar que la acción del 15 de mayo fue una provocación en gran escala. La finalidad política es demasiado visible. Los secretos maniobreros quisieron que las masas penetrasen en la Asamblea Nacional y que hicieran allí escándalo. Al mismo tiempo debía hacerse un poco de revolución socialista para dar el pretexto a una dictadura militar y al derrocamiento del gobierno. Pero todo había pasado en forma demasiado rápida e inofensiva. Debido a que los revolucionarios no querían ofrecer de ninguna manera resistencia alguna, no tenía el ejército motivos para hacer fuego, y los pujantes generales con sus testaferros políticos, hubieron de crear una mejor oportunidad. El 15 de mayo muestra a la democracia francesa en un proceso de terrible disolución. El partido demócrata socialista oficial era tan impotente en el gobierno como entre las masas y los jefes de los clubes democráticos no tenían ni influencia ni autoridad, de suerte que los obreros de París se convirtieron en presa del primer aventurero que se presentase en su camino. No es una casualidad que a partir de ese 15 de mayo apareciese en París otra vez la agitación bonapartista. Los obreros, que habían perdido la fe en todas las tendencias republicanas y demócratas, volvieron a recordar la figura del Emperador y creyeron que bajo un nuevo Bonaparte seguramente no sería peor la situación.

La orientación de los republicanos reaccionarios, enemigos de los trabajadores y amigos de la dictadura, apoyada por los partidos monárquicos de la Asamblea Nacional, prosiguió su actividad. Por

de pronto fue disuelta la comisión gubernamental para los obreros en el Palacio Luxemburgo. Con esto perdían los obreros su representación legal y se declaraba la guerra a los principios del derecho de coalición y de los contratos colectivos. Ledru-Rollin continuó tranquilamente en el gobierno. El próximo golpe decisivo habría de alcanzar a los talleres nacionales. Los diputados del interior no sabían que esta institución había sido precisamente un reditorio de la orientación burguesa, de paz económica. Ellos veían en los talleres solamente una institución para dilapidar los dineros de los impuestos y de favorecer la holganza. Los capitalistas repudiaban el principio del derecho al trabajo, al que debían los talleres nacionales su existencia. Los fabricantes se preparaban poco a poco, de nuevo, para un período de mejoramiento de los negocios, esperándolo de la derrota del socialismo en Francia. Ellos querían otra vez para sus empresas fuerzas fieles y de labor baratas. Y veían en los talleres nacionales una especie de subsidio estatal a los huelguistas. La disolución de los talleres les pareció, pues, la premisa para el saneamiento de la industria sobre bases capitalistas.

De esta suerte se convirtió la cuestión de los talleres en una prueba de fuerza entre capital y trabajo, en la cual fue víctima de la violencia capitalista precisamente la parte más moderada, anti-socialista y de inclinación a la paz económica, del proletariado. Al mismo tiempo se convirtió el problema de los talleres nacionales en la crisis de la democracia liberal. La democracia socialista francesa había muerto el 15 de mayo, pese al rol de partidarios que Ledru-Rollin y un grupo de sus amigos seguían desempeñando en el Parlamento. Pero la democracia liberal, personificada en Lamartine, Marie, etc., seguía teniendo formalmente el poder. Esta orientación dominaba la suprema comisión gubernativa con facultades ejecutivas. Habían sido los demócratas liberales los que habían creado, bajo el signo de la concordia de las clases, a los talleres nacionales y que, con la ayuda de Thomas, los habían convertido en su aparato político. La disolución brutal de los talleres debía asentar también un golpe decisivo al gobierno liberal; en la crisis que se esperaba del cierre de los talleres nacionales, habría de darse igualmente la oportunidad para el derrocamiento del gobierno.

La comisión gubernamental, bajo la dirección de Lamartine, estaba firmemente dispuesta a disolver los talleres nacionales, pero quiso hacerlo en forma paulatina, cuidadosa y sin provocación de los obreros. La mayoría de la asamblea, en cambio, quería preci-

samente la provocación, para extraer de la misma un provecho político. La conducta de la comisión ejecutiva en este conflicto era sumamente lamentable. Garnier-Pagès se hallaba ya de acuerdo con la orientación de Cavaignac e intrigaba a las espaldas de sus cuatro colegas. Los otros cuatro no tenían ninguna solución y cedieron finalmente ante la amenaza de la Asamblea Nacional. El ministro del Trabajo, Trelat, hizo todo lo posible para llevar a los obreros a la desesperación. Cuando Thomas, director de los talleres nacionales, puso al ministro en guardia sobre su curso, profetizando el levantamiento de los indignados obreros de las obras de emergencia, Trelat lo hizo detener y sacar de París. Este acontecimiento es la mejor demostración de la manera desconsiderada y malvada con que provocó el entonces más fuerte partido de Francia el levantamiento de junio.

Aparecieron los decretos del gobierno para la disolución de los talleres. Los desocupados y los obreros en las obras de emergencia debían buscar de inmediato ocupación en la industria particular. Los jóvenes que no hallaban trabajo habían de presentarse al servicio militar; los otros serían enviados a obras públicas en las provincias, pero dejándose sin aclarar lo que habrían de hacer las autoridades del interior con esos obreros. Los trabajadores de París estaban ahora abandonados por todos los partidos. Nadie les supo aconsejar ni mostrarles alguna salida. Los obreros en las obras de emergencia sentían que se les había engañado durante cuatro meses, que se les había aprovechado contra el socialismo mientras se les necesitaba, y que ahora recibían un puntapié porque eran innecesarios.

En esta desesperada situación reapareció en una parte de los mismos el espíritu de clase. Comenzaron a buscar contacto con los obreros revolucionarios en las empresas particulares. Se acordaron de 1793, de 1830 y del 24 de febrero de 1848. Como miembros de la Guardia Nacional poseían fusiles. En los talleres nacionales se habían acostumbrado a una cierta organización militar y fue así que prefirieron más bien morir con honor, que morir lentamente de hambre en nombre de la república democrática. El 23 de junio comenzó el levantamiento en los barrios obreros. Ningún partido político y ningún conocido dirigente estaba del lado de los obreros. Debido a que el partido democrático ya no existía y a que los llamados herederos del partido de la montaña renegaban vergonzosamente de su obligación, lucharon los simples obreros absolutamente solos por la tradición Robespierre.

La primera víctima del levantamiento fue el gobierno liberal democrático. En la mañana del 24 de junio penetró un grupo de excitados diputados en la oficina de la Comisión Ejecutiva y exigió la inmediata renuncia de los cinco hombres. Estos declararon que solamente cederían a un acuerdo formal de la Asamblea Nacional. Ese acuerdo no hubo que esperarlo nunca. La Asamblea General entregó todo el poder ejecutivo al general Cavaignac y con ello estaba liquidada la comisión. Si el 15 de mayo se había derrumbado en Francia la democracia socialista, el 24 de junio tuvo idénticos efectos para la democracia liberal. Puede ser cuestión de discusiones, cual de las dos tendencias abandonó la arena del combate en forma más lamentable.

Cuando comenzaron el 23 de junio en París los desórdenes obreros, se repitió la escena del 15 de mayo. Los insurrectos no hallaron por de pronto ninguna resistencia y pudieron tomar tranquilamente posesión de los barrios obreros, levantar barricadas, etc. Si el gobierno hubiese concentrado, el mismo día de la disolución de los talleres nacionales, a toda su fuerza armada en los distritos obreros, entonces se habría llegado difícilmente a un levantamiento de tales dimensiones. Pero los amigos de la dictadura militar querían una verdadera batalla callejera, para poder ajustar cuentas en forma terminante con el socialismo y la democracia. Ahora habían alcanzado su propósito. La traicionera provocación con la cual el partido de Cavaignac preparaba el levantamiento de junio de 1848, encuentra solamente un parangón en el comportamiento del gobierno de la Rusia zarista, en enero de 1905, la que también dejó que madurase el movimiento obrero del pope Gapon, para tener oportunidad de efectuar la deseada masacre.

La insurrección de París carecía desde el primer momento de toda posibilidad. Pero los obreros lucharon con desesperada valentía. Recién después de una batalla de tres días, que costó miles de víctimas, venció el general Cavaignac. El general quedó al frente del gobierno, formó a su gobierno con el ala derecha de los llamados republicanos moderados y suprimió con violencia brutal a toda manifestación opositora de las masas populares. Entre tanto completó la mayoría de la Asamblea Nacional su obra con la elaboración de la constitución republicana para Francia. El sufragio universal quedó en pie, porque la clase dominante no lo temía en tanto que era capaz de ahogar con la policía, la justicia y el ejército, toda clase de oposición. Si la dictadura militar del capitalismo podía suprimir a todo partido y a toda asociación, a toda

reunión y a todo diario, que no le agradaba, entonces era el sufragio universal un formulismo vacío.

Así pensaba el partido gubernamental francés cuando incluyó en la constitución la elección directa del presidente de la nación por el pueblo. A pesar de esto le jugó el sufragio universal al partido de Cavaignac una mala partida. El 10 de diciembre el pueblo francés debió elegir al presidente de la república. La burguesía adinerada, los terratenientes y la burocracia, apoyaban la candidatura del general Cavaignac, el salvador de la sociedad y de la propiedad privada. Ledru-Rollin había proseguido, después de la desaparición del gobierno, su agitación, como si nada hubiese ocurrido. Sus amigos abusaron del nombre del partido de la montaña, adjudicándoselo, y Ledru-Rollin se presentó al pueblo francés como el candidato de la "democracia social" a la presidencia de la república. La democracia pacífica la personificaba Lamartine. Un grupo de decididos socialistas presentó un candidato propio: Raspail.

Ningún obrero francés con conciencia de clase podía votar por Cavaignac o Ledru-Rollin. La candidatura de Raspail sufría de una falta total de perspectivas de éxito. En consecuencia se decidió la mayoría de los obreros franceses por el otro candidato que había sido presentado junto a los otros cuatro: Luis Napoleón Bonaparte. El sobrino del gran emperador era un hombre totalmente insignificante y sus promesas electorales no decían gran cosa. Pero para él trabajaban el nombre y la tradición. Los obreros de Francia, que desesperaban de la república y de la democracia después de los acontecimientos de los últimos meses, se aferraban a los recuerdos del imperio. Si la boleta electoral no valía gran cosa, servía por lo menos de venganza por la masacre de junio, convirtiéndose en la respuesta del proletariado a las provocaciones de Cavaignac y de su mayoría parlamentaria. Pero también las masas campesinas votaron por Napoleón Bonaparte. Porque ellos desconfiaban del reinado, y la república los desencantó en todos los sentidos. El gobierno provvisorio había acordado la tasa suplementaria del 45 % en los impuestos, que Cavaignac hizo cobrar con brutalidad. El agricultor contestó, como el obrero, con la boleta electoral para Bonaparte.

El resultado comicial sobrepasó todas las esperanzas o temores. La concurrencia había sido otra vez muy numerosa. La cantidad de votos entregados era de 7.5 millones. Los 8000 votos que recibió Lamartine muestran el aprecio que le tenía entonces el pueblo francés a la democracia liberal. Ledru-Rollin recibió 370.000 votos,

Raspail 36.000, Cavaignac 1.5 millones y Luis Napoleón Bonaparte 5.5 millones. La unificación de las masas obreras que no había logrado la democracia, se efectuaba ahora bajo el nombre del bonapartismo. Es cierto que los obreros y campesinos franceses habían de sufrir un amargo desencanto de su presidente, porque Napoleón no pensaba gobernar en interés del pueblo trabajador, sino que su gobierno se hallaba pronto bajo el signo de la reacción capitalista y militarista. Un grupo de políticos burgueses, que se orientaba según el calor del nuevo sol, había apoyado también ya con fecha 10 de diciembre, la dictadura de Bonaparte. Indiferente era, sin embargo, cómo habría de orientarse el estado de ánimo del pueblo en los próximos años. El bonapartismo estaba por de pronto firmemente en el timón. El camino desde la presidencia de Luis Bonaparte hasta el imperio de Napoleón III, estaba prefijado claramente desde el 10 de diciembre de 1848. La revolución francesa de ese año, como movimiento democrático, había terminado con la matanza de junio. Con el bonapartismo eligieron las masas populares francesas la forma de esclavitud que les pareció la más soportable y cómoda.

3. LA DERROTA DE LA REVOLUCIÓN DE 1848-49 EN LA EUROPA CENTRAL

El triunfo del levantamiento parisense del 24 de febrero dio un poderoso impulso a los demócratas en las monarquías parlamentarias burguesas de Bélgica e Inglaterra. La democracia de Bruselas, bajo la dirección de Marx, comenzó, inmediatamente después de tener noticia de la proclamación de la república en Francia, una intensa actividad. La Liga democrática de Bruselas felicitó a los franceses por su éxito y exhortaba a los cartistas a conquistar pronto también en Inglaterra el derecho del sufragio universal, preparando por su parte, el ataque contra la clase dominante belga. Pero el gobierno de Bélgica pasó a la contraofensiva. Los demócratas extranjeros en el país, entre ellos también Marx, fueron arrestados y deportados, y la frontera franco-belga fue clausurada militarmente. En marzo, varios demócratas belgas intentaron desde Francia una invasión de su país, pero fueron rechazados. El gobierno belga se mantuvo inmóvil. En Londres efectuaron los cartistas una gran manifestación el 10 de abril, a la que se asociaron muchos temores y más de una esperanza. El

día transcurrió, sin embargo, tranquilo. El ocaso de la revolución en Francia, desde la batalla de junio, actuó también en forma paralizadora sobre la democracia de Inglaterra y Bélgica.

Entre tanto había avanzado poderosamente la revolución en los países absolutistas o semi-absolutistas del continente europeo. En Alemania e Italia, en Hungría y Polonia, se había mirado siempre hacia Francia. Tan pronto como estalló la revolución en París, quisieron seguir también los otros países. Hasta ese punto había influenciado ya los ánimos la conciencia revolucionaria internacional. La burguesía y también los grandes sectores populares, no querían soportar por más tiempo la dominación de los monarcas y de la aristocracia, de la policía y de los burócratas. A esto se agregaba la convicción, que todo pueblo, si toma en forma decidida las armas y va a las barricadas, habrá de triunfar. Las dos revoluciones francesas de 1830 y febrero de 1848, habían producido una fe verdaderamente mística, en la victoria de los luchadores desde las barricadas. En realidad, basta el ejército de una moderna y gran potencia para aplastar cualquier levantamiento, en tanto mantiene disciplina y responde a sus jefes. El ejército francés no tenía, por los motivos ya conocidos, mucho interés en defender a los Borbones, de manera que se batío en 1830 y 1848, con muy reducido fervor. Pero las masas populares y la opinión pública de Europa comprendieron los acontecimientos en forma distinta. En todas las grandes ciudades rebosaba la masa popular de una asombrosa confianza en el triunfo y a ésto correspondió otro tanto de preocupaciones y hesitaciones en los respectivos gobiernos. Los pequeño-burgueses de Berlín, por lo general gente muy pacífica, y los obreros alemanes, atacaron el 18 de marzo, sin grandes reflexiones, a la guardia prusiana. Parecida era la pujanza de las masas, también en Viena, Milán, Budapest, etc.

En marzo de 1848 triunfó la revolución liberal con sorprendente celeridad en Alemania, Italia y Hungría. El rey de Prusia satisfizo las exigencias de la burguesía liberal. En Viena fue derrocado Metternich y se acordó una constitución liberal para Austria. Los húngaros lograron de los Habsburgos una amplia autonomía. El pueblo italiano arrojó a las tropas austriacas de Milán y Venecia. El rey de Sardinia puso su ejército al servicio del movimiento nacional y liberal. También los demás príncipes italianos acordaron los pedidos de la burguesía. El rey de Prusia no pareció tan sólo dispuesto a cumplir con las exigencias nacionales de los alemanes, sino a colocarse el mismo al frente del movimiento polaco.

Los polacos de Prusia recibieron administración autónoma y comenzaron a armarse para una arremetida contra Rusia.

Todo dependía ahora de la forma en que habrían de cooperar los movimientos liberales de Alemania, Italia, Polonia y Hungría. Si la democracia internacional se mantenía unida, estaba asegurado el éxito de la revolución europea, porque Prusia y los pequeños estados alemanes y también los estados italianos se habían pasado a la parte de la revolución. El imperio de los Habsburgos estaba en plena disolución y si los países revolucionarios quedaban aliados, podían vencer con facilidad al zar de Rusia. El gobierno provisorio francés estaba dispuesto a actuar en el sentido de la solidaridad democrática internacional, porque semejante política exterior activa era deseada tanto por los obreros como por la burguesía. Los trabajadores aspiraban a una ampliación de la revolución democrática sobre todos los países de Europa y la burguesía quería ensanchar en tal oportunidad la esfera del poder político y económico de Francia. Por lo mismo ofrecio el gobierno provisorio a los italianos la ayuda de Francia, por tierra y por mar, contra Austria. Al mismo tiempo se puso la república francesa en contacto con Prusia. Si Prusia hacia susas las reclamaciones nacionales de Polonia y si surgía de ahí la guerra contra Rusia, estaba Francia dispuesta a ayudar a la revolución alemana y polaca contra el zar.

Semejante guerra victoriosa de la revolución, conducida por la república francesa, por Prusia-Alemania, por Sardinia-Italia y por los sublevados polacos, habría dado el golpe de gracia al imperio de los Habsburgos. La Rusia zarista no era militarmente muy eficiente frente a una potencia de Europa. Así habría sido posible la conquista por los aliados de las partes rusas occidentales y la restauración de Polonia. Marx y Engels propagaron y predicaron en 1848 continuamente, con especialidad en la *Neue Rheinischen Zeitung* la guerra revolucionaria contra Rusia. Eso no era de ninguna manera cosa de ilusos, sino que semejante campaña ha sido considerada en autorizadas instancias de París y Berlín. La guerra no habría significado ni con mucho una victoria del comunismo internacional, pero por de pronto habría consolidado la dominación del liberalismo burgués en Europa y dado así la base para el futuro desarrollo en el sentido del manifiesto comunista.

En cambio, pronto se mostró que el frente revolucionario único de Europa, que muchos pintaron con tantos detalles, no existía. La burguesía liberal de Italia quiso arrojar a los austriacos del país pero tenía recelos de la república y de la dominación de la

clase desposeída. Los liberales italianos habían elegido por jefe al rey Carlos Alberto de Sardinia, para que la monarquía militar evitase excesos radicales del movimiento nacional. Si en marzo o abril de 1848 hubiesen penetrado tropas francesas en Italia, se habría visto en ellos a los propagandista de la república. Porque el ejército francés venía de un gobierno en el que se hallaba Luis Blanc. Además temieron los italianos que los franceses no penetrarían en Italia en forma desinteresada y que podrían quedarse en tal oportunidad con algunas partes del país. Por lo mismo declinó el rey de Sardinia la oferta francesa. Italia pudo triunfar entonces también sola sobre la carcomida monarquía de los Habsburgos si hubiese lanzado realmente a toda la fuerza popular contra el enemigo. Pero los gobernantes liberales, junto con el rey Carlos Alberto, se asustaron de toda movilización de las masas populares. Así la guerra por el lado de Italia se hizo débil e insuficiente, gravitando en lo esencial solamente sobre las insignificantes fuerzas militares del reinado de Sardinia.

La burguesía liberal alemana no comprendió tampoco la necesidad del frente único revolucionario. La burguesía alemana vio en su revolución el camino de la grandeza nacional y no quiso aportar sacrificios. En efecto, no era fácil hallar hacia el oeste un límite entre Alemania y el renovado estado polaco. Pero el liberalismo alemán y el gobierno prusiano no mostraron ninguna seria voluntad para la solución de la cuestión polaca. El proyecto de una colaboración franco-prusiana fue dejado caer y cuando los desengaños polacos de Posen se dirigieron contra las autoridades prusianas, fueron aplastados violentamente en los meses de abril y mayo. Con esto quedaba destruida la premisa decisiva para la lucha de la revolución centroeuropea contra Rusia. Fueron estos acontecimientos de Posen los que condujeron a la gran manifestación de simpatía del proletariado parisense por Polonia, y de la que habrían de resultar tan fatales consecuencias.

Así como en la cuestión polaca, fracasó el liberalismo alemán también en los otros grandes problemas internacionales del año 1848. Los liberales alemanes, al igual que los italianos, querían respaldarse en una de las existentes monarquías. La dirección de la futura Alemania podía estar solamente en Prusia o en Austria. Pero en la situación revolucionaria de 1848 una alianza del movimiento liberal con la casa de los Habsburgos era en realidad objetivamente imposible. Porque la victoriosa revolución hubo de quitar a esa dinastía, Italia, Hungría y Galicia; la mayor parte,

pues, de sus tierras. En consecuencia, quedó como única solución para Austria un entendimiento con Prusia, siempre que rechazara la república y se conformara con una monarquía parlamentaria. Sin embargo, antes que estos simples hechos fueran comprendidos por los hombres autorizados, pasó un tiempo precioso. La asamblea nacional alemana, recientemente elegida, que se reunió en Frankfurt, logró inclusive elegir al archiduque austriaco Johann para administrador del Reich, vale decir para regente provisario del país. Esto era, por lo menos, una fortificación moral de la casa de Habsburgo. Al mismo tiempo no quisieron ceder los liberales alemanes de Austria nada del imperio de su emperador. La burguesía alemana aprobaba que el gobierno austriaco respondiese con la fuerza de las armas a la revolución italiana. Cuando las tropas imperiales aplastaron en junio un levantamiento de los artesanos y obreros checos en Praga, también se conformó la burguesía alemana con esto.

El nuevo gobierno húngaro, que se había formado en Budapest bajo la dirección de Kossuth, quiso ir igualmente por caminos legales. Ella se interesaba solamente por la ampliación de la administración autónoma en el propio país y no tenía objeciones que hacer si su rey hacia, en su carácter de Emperador de Austria, la guerra en Italia. El frente revolucionario unido de la Europa Central estaba pues completamente roto en la primavera de 1848. El egoísmo nacional de los liberales italianos, alemanes y húngaros impidió toda actuación mancomunada. La utilidad inmediata sacó de esto la casa de los Habsburgos. Cubiertos los círculos de Viena y Budapest, habían ahogado los generales austriacos a la revolución en Bohemia e impedido en Galitsia. En verano alcanzó, además, Radetzky decisivos éxitos sobre el rey de Sardinia. Los austriacos reconquistaron Milán. El rey de Sardinia concluyó en agosto un lamentable armisticio, que sellaba por de pronto la derrota de la revolución en Italia.

Los demócratas italianos, bajo la dirección de Mazzini, observaron con honda indignación cómo la burguesía liberal, junto con el rey de Sardinia, sus burócratas y oficiales, malograron la revolución. Pero no tenían ninguna posibilidad de intervenir. En Hungría, el movimiento estaba por completo en manos de la patriótica aristocracia y de la rica burguesía, de manera que allí no existía ninguna posibilidad de una acción democrática separada. En Polonia había sido estrangulado el movimiento revolucionario ya en sus primeros comienzos, de suerte que los demócratas no tenían tampoco allí una oportunidad para diferenciarse de la acción

del partido de los aristocráticos patriotas. En Alemania era la democracia un poco más fuerte. Pero tampoco era capaz de modificar el curso fatal de los acontecimientos.

Según su desarrollo social, se dividía Alemania en tres partes. En las regiones agrarias al Oeste del Elba se hallaban los aristocráticos terratenientes y las masas oprimidas de los trabajadores del campo y los pequeños agricultores. En estas viejas provincias prusianas una seria democracia debió haber movilizado ante todo a los pobres labriegos, exigiendo la expropiación de los grandes feudos. En segundo lugar existían en Alemania las regiones de las grandes ciudades y de la moderna industria, como Berlín, Viena, Sajonia, Renania-Westfalia y los distritos industriales de Silesia. En todas estas zonas tenían los burgueses y los obreros una posición común contra la burocracia feudal gobernante. Pero, junto a esto, se mostraba desde un principio el conflicto entre los capitalistas y la clase obrera. Una democracia seria debió organizar en todas estas partes de Alemania al mismo tiempo la lucha de los obreros contra el feudalismo y los patronos capitalistas.

En tercer lugar venían las partes de Alemania, ante todo en el Sur, en las cuales no se hallaban tan agudizados los contrastes de clases. En la Alemania meridional había muy pocos grandes terratenientes aristócratas y estos no tenían socialmente ninguna influencia. Casi toda la tierra pertenecía a propietarios rurales independientes. En las ciudades había muy pocas fábricas. Ni los capitalistas ni los obreros tenían una influencia concluyente. Lo que era decisivo en esas regiones era la pequeña burguesía. La opinión entre los agricultores independientes, los comerciantes, los artesanos y los con éstos asociados universitarios, estaba ampliamente unificada. A esto venía a perturbar, ciertamente, en la Alemania del Sur, la divergencia confesional. Pero preciadiendo de la religión, pensaba el campesino o el artesano católico de esa zona en todas las cuestiones políticas y prácticas igual como su equivalente evangélico. Debido a que la cuestión religiosa no era cosa actualizada en 1848, no se obstaculizaba de ese lado la unificada opinión.

De estas premisas se desarrolló en Alemania, en 1848, un doble tipo de democracia. Ahí había una democracia social a la manera del occidente europeo, que quería organizar en primer término la lucha liberadora del proletariado rural y urbano. Los más brillantes representantes de esta orientación eran Marx y Engels. Ellos volvieron a Alemania después de estallada la revolución, renovaron sus viejas conexiones en la Renania y fundaron en Colonia

la *Neue Rheinische Zeitung*. Marx y Engels llamaron a su hoja "órgano de la democracia". La publicación ha iluminado con claridad y decisión los acontecimientos de la revolución alemana e internacional, y ha mostrado los tiempos caídos por los cuales pudo ser realizada la revolución de la burguesía. Porque, primero debió triunfar la revolución burguesa antes que pudiesen ser realizados sobre los senderos de la república democrática las finalidades de clase del proletariado.

Pero fuera de Colonia sólo había en Alemania contados hombres que estaban dispuestos a actuar consecuentemente en el sentido del diario de Marx y Engels. Los obreros de Berlín y Viena y de los distritos industriales tenían la voluntad de luchar por la república democrática, tan pronto como se les llamase. Entre el estudiantado había muchos honestos amigos del pueblo pobre, que exponían gustosos su vida por la democracia. El proletariado al Oeste del río Elba esperaba que los demócratas diesen la señal para arrojar a los terratenientes. En cambio se asustaba la burguesía adinerada del Norte de Alemania de todas las medidas radicales, porque temía que en un desencadenamiento pudiese estar amenazada también la propiedad capitalista. Faltaron todas las premisas para la creación de un partido de masas en el Norte alemán, en el sentido que propagaba el diario. La llamada izquierda del Parlamento prusiano coqueteaba ciertamente algunas veces con el nombre y la manera de pensar y hablar de la democracia, pero ella no hacía ninguna política que se distinguiese en principio del liberalismo burgués.

Una base mucho más amplia tenía la democracia entonces en el Sur de Alemania. Pero ella no era de ninguna manera la democracia de la *Neue Rheinische Zeitung*. La población del Sur, había aceptado con interés las ideas liberales de reforma. Ella odiaba a los burócratas y al régimen policial. Donde ejercía influencia la vecindad francesa suiza, se simpatizaba también con la república. Así existía en el Sur de Alemania un estado de ánimo opositor que pedía reformas liberales y gobierno parlamentario. El contraste de clases apenas si desempeñaba algún rol. El maestro y el boticario, el agricultor, el comerciante y el maestro artesano se sentían socialmente iguales. Los pocos obreros y fabricantes que había junto a esto, se hundían en el torbellino de la general fraternización. La democracia del Sur estaba, como se puede comprender, por el sufragio universal. No se comprendía por qué se habría de posponer políticamente a un honesto ciudadano alemán.

Semejante estado de ánimo popular, que unía fuertemente el campo y la ciudad y que encontraba su marco en los aislados e históricos estados, pudo haber producido una gran fuerza revolucionaria. Por momentos uno se recuerda de las 13 colonias de América. Sin embargo, en Alemania faltaba toda tradición de libertad política y de independencia. La población estaba acostumbrada desde hacía siglos a obedecer a la autoridad. Los pequeños estados no habían sido fundados por altivos agricultores y burgueses, como las colonias británicas de Norte América, sino que fueron productos casuales de círculos dinásticos. Las dietas inofensivas y carentes de toda influencia de los pequeños estados del Sur de Alemania, que fueron instituidas desde 1815, no eran tampoco capaces de producir en el pueblo una voluntad ciudadana de lucha. Las masas de esas regiones participaron ciertamente con entusiasmo en el movimiento liberal de 1848; se alegraban sobre las conquistas de marzo, sobre los ministros liberales y las milicias ciudadanas. Los dirigentes y sus partidarios se tenían por buenos demócratas; pero la gran mayoría de estos llamados demócratas no servía para serias acciones revolucionarias, al menos no más allá de las fronteras de su pequeño estado.

Parcidos estados de ánimo como en el Sur de Alemania existían también en los países alemanes del Norte, donde había una composición social de la población correspondiente. La democracia pequeño-burguesa y agraria de Schleswig-Holstein y Hannover concordaba más o menos con el movimiento en Baden y Württemberg. Eso era la forma normal de la democracia alemana de 1848: un tipo político muy diferente, pues, de la democracia social del occidente europeo. En realidad era solamente un apéndice del liberalismo de la alta burguesía, reducido a términos pequeño-burgueses. En la emigración alemana de 1848 era Arnold Ruge el más conocido representante de esta democracia pequeño-burguesa. Ruge había sido originariamente amigo y colaborador de Marx, pero luego se había separado de éste y de Engels por los diferentes enfoques de la cuestión social. Después de estallada la revolución, actuó Ruge para la democracia burguesa en Alemania. Los demócratas del tipo meridional dominaban a las dietas de los respectivos estados y formaban el núcleo central de la izquierda en la Asamblea Nacional de Frankfurt. La izquierda burguesa en el nuevo Parlamento prusiano en Berlín tenía más o menos la misma línea política.

Pero dentro de la democracia pequeño-burguesa de la parte

Sur de Alemania, había un pequeño grupo de hombres que no se conformaba con las frases generalizadoras sobre libertad, sino que querían actuar revolucionariamente. El más destacado de esos hombres era el diputado a la dieta badense, Hecker. Rechazaba los compromisos con la monarquía, tal como los concluían los liberales en todas partes. Su meta era la república democrática alemana, que debía conquistarse el pueblo levantado en armas. La tradición histórica de la que estaba impregnado Hecker le venía de la gran guerra de los campesinos del año 1525. El moderno movimiento obrero se le aparecía más alejado, por cuanto veía en primer lugar las condiciones pequeño-burguesas en su tetuño. Hecker era el único entre los políticos alemanes del año 1848 que impresionó realmente a grandes masas populares y que gozaba de una autoridad personal. Hecker se decidió en abril por un levantamiento con la finalidad de arrojar a los príncipes y proclamar la república. Con esto no provocó solamente a los círculos dinásticos y a la aristocracia alemana, sino también a todo el movimiento liberal oficial.

Hecker comenzó su levantamiento en abril en la localidad de Konstanz, en Baden. Su empresa no era de ninguna manera un *putsch*, sino objetivamente muy limitada. Bajo la fresca impresión de los acontecimientos de marzo los gobiernos alemanes estaban todavía paralizados. El ejército y la policía estaban desorientados e incapaces de actuar. Si el pueblo alemán tomaba realmente en serio todas las declaraciones de Libertad y Nación, entonces debía pronunciarse. Hecker extrajo las consecuencias del 18 de marzo. Si el pueblo alemán no le seguía, entonces estaba perdida la revolución de Alemania. Cuando proclamó la república, tenía a su alrededor algunos amigos, entre ellos al diputado badense Struve y el ex-oficial prusiano Willich. A pesar de la gran popularidad de Struve, le siguieron en el Sur de Baden solamente unos cuantos miles de voluntarios. En general eran hijos de agricultores y de pequeños comerciantes. El elemento proletario no desempeñaba ningún rol. Las tropas del gobierno dispersaron con facilidad a los insurrectos. Los jefes del movimiento se refugiaron en Suiza o en Francia. Quedó en evidencia que todas las llamadas organizaciones democráticas y de "izquierda" de Alemania eran inservibles para la revolución; hasta en un momento favorable como éste. Cuando Hecker supo además a fines de junio el derrumbe del proletariado parisense, cesó su actividad en pro de la revolución europea. Esto habla otra vez claramente sobre la orientación de sus

opiniones. Hecker se dirigió a continuación a los Estados Unidos, Struve volvió a proclamar en setiembre una vez más la república en Baden, pero no tuvo éxito y fue arrestado.

La potencia militar austriaca, que había triunfado en Bohemia e Italia, preparaba entretanto otro golpe contra Hungría. Si lograba eliminar también el gobierno autónomo de Hungría, seguramente sería restablecido el Imperio Austríaco en su vieja forma y entonces podrían romperse sin mucha dificultad los papeles de la constitución, que la casa de Habsburgo hubo de reconocer a partir de marzo. Los obreros y estudiantes de Viena vieron el peligro y se levantaron en octubre para evitar la marcha de las tropas de la capital a Hungría. Las masas democráticas se apoderaron de la ciudad. Es éste el ejemplo más brillante de solidaridad internacional democrática que se haya dado en la historia de los años 1848-49. La situación de los húngaros era mucho más favorable que la de los revolucionarios restantes de Europa, porque la aristocracia de Hungría había conservado durante siglos su constitución corporativa. En Hungría tenían por lo menos los estados superiores una tradición de gobierno parlamentario autónomo, que recordaba a Inglaterra. Además en marzo había aprovechado el gobierno húngaro la pasajera debilidad de los Habsburgo para crear un ejército propio, poniendo las tropas austriacas reclusas en Hungría, bajo las órdenes de las autoridades húngaras.

Viena se había levantado por la causa húngara. El gobierno de Kossuth debió tener, pues, un máximo interés para ir con la mayor cantidad de fuerza y con toda rapidez en auxilio de los vieneses. Una victoria común de húngaros y vieneses sobre el ejército imperial habría desintegrado nuevamente al Imperio de los Habsburgos, redespertado a la revolución italiana y dado también a los acontecimientos alemanes un nuevo giro. Pero la ayuda húngara vino tarde y en dimensión insuficiente. Los demócratas de Viena hubieron de librar la batalla solos contra el abrumador poder imperial. La izquierda democrática alemana se conformaba con enviar manifestaciones de simpatía. La izquierda de la Asamblea Nacional de Frankfurt envió algunos diputados a Viena. Uno de ellos, Robert Blum personalmente hombro muy valiente, que participó en la defensa de la ciudad y fue fusilado por el ejército austriaco después de la conquista de la ciudad. Los obreros vieneses hubieron de pagar caro en 1848, como en 1934, el que fueran más clarividentes y más valerosos que el resto de los demócratas y socialistas de la Europa Central. Cuando el ejército imperial con-

quistó la ciudad, había terminado la revolución en Austria. Las tropas del Imperio marcharon ahora también sobre Hungría. Cuando el rey de Sardinia se atrevió en marzo de 1849 a una nueva acción de armas, fue vencido otra vez por Radetzky y desde entonces se separó Sardinia definitivamente de la lucha revolucionaria.

En la primavera de 1849 pareció dar, sin embargo, al inesperado cambio en varios grandes países europeos, un nuevo impulso revolucionario. En primer lugar obtuvieron los húngaros en abril y mayo una serie de victorias sobre las tropas austriacas y volvieron a arrojar a éstas fuera de sus fronteras. En la parte central de Italia comenzaron a proceder los republicanos en forma independiente. El Papa fue desplazado de Roma y se proclamó allí con Mazzini al frente, la república. Garibaldi tomó la dirección militar de la democracia romana. La República de Roma encontró todavía otro enemigo, además de los austriacos y de Nápoles, cuya intervención en el lado contrarrevolucionario no habría esperado nadie. Ese era Francia. El nuevo presidente, Napoleón Bonaparte, quiso atraerse a los católicos de Francia mediante una acción en favor del Papa. Tropas francesas desembarcaron en Italia y atacaron Roma, pero fueron rechazadas en abril por Garibaldi. Las brillantes acciones militares de la República Romana están en un característico contraste con la ineficacia del ejército real de Sardinia.

Entretanto había concluido sus actividades en Francia la Asamblea Nacional y en mayo fue elegido en base a la nueva constitución el Parlamento normal, la Asamblea Legislativa. Las formas republicanas bajo la ola del bonapartismo, perdieron paulatinamente su significado, pero por de pronto se les respetaba todavía. Las elecciones de mayo de 1849 fueron muy raras. El presidente Napoleón tenía tras suyo la gran mayoría del pueblo, pero el desarrollo del bonapartismo se había realizado en forma tan precipitada, que el presidente no tenía aún un partido organizado. Por lo tanto hubo de apoyarse en uno de los partidos viejos. Napoleón eligió al efecto el antiguo partido monárquico, del cual escogió a todos sus ministros. Los monárquicos se presentaron en la lucha electoral como amigos del presidente Napoleón y conquistaron así una gran mayoría en el Parlamento. Por el otro lado, muchos electores no quisieron esta vez dar su voto —que habían entregado para la presidencia a Napoleón— por los partidarios comprometedores de los Borbones. Así logró el partido de Ledru-Rollin en mayo de 1849 en una serie de distritos electorales un sorprendente

éxito. Los demócratas socialistas tenían en el Parlamento una cuarta parte de todas las bancas. Ledru-Rollin y sus amigos trataron de convencerse que mayo y junio de 1848 había sido solamente un sueño de pesadillas, que ahora estaba otra vez todo en orden y que los obreros y campesinos de Francia seguían nuevamente a las probadas banderas de la democracia revolucionaria. El partido comenzó una intensa propaganda contra el presidente y el gobierno reaccionario, acusando a los gobernantes en forma apasionada por el ataque a la República Romana. El escándalo que hizo el partido de la Montaña era tan grande que mucha gente esperaba una nueva revolución obrera en París. En caso de tener éxito estaría borrada la batalla de junio, y Francia marcharía otra vez al frente de la revolución democrática europea.

A las victorias de los húngaros, a la nueva ola revolucionaria en Francia, y a los éxitos de la República Romana siguió ahora también, una nueva crisis en Alemania. La Asamblea Nacional alemana de Frankfurt había terminado, por fin, la nueva constitución para Alemania. Aun cuando la Asamblea Nacional, y su correspondiente gobierno, flotaban en el aire, porque los pequeños estados alemanes continuaban subsistiendo a pesar de los discursos en la iglesia de San Pablo, de Frankfurt; a pesar de que el ejército, la policía y la administración seguían perteneciendo a los respectivos estados, y que el Parlamento del Reich no tenía un poder real, seguía considerándose el Parlamento Nacional alemán de Frankfurt como la representación legal del pueblo alemán, gozando de una apreciable autoridad moral. La mayoría de la burguesía liberal alemana se había decidido, por fin, a establecer la unidad alemana bajo la dirección de Prusia. Se quiso crear un imperio parlamentario alemán y ofrecer a Federico Guillermo IV, rey de Prusia, la corona imperial alemana.

El partido liberal-burgués de la asamblea, en tanto estaba por una solución prusiana de la cuestión nacional, efectuó un compromiso con la izquierda democrática, para tener así una mayoría para su plan constitucional. Este compromiso resultó considerablemente en favor de la izquierda democrática del Sur de Alemania. Si la Constitución Nacional del Reich de 1849 hubiese entrado en vigencia, habría tenido el rey de Prusia el título formal de emperador pero acompañado de muy poco poder efectivo. El supremo poder lo habría ejercido un parlamento alemán del Reich, elegido en base del sufragio universal. Según la letra de la constitución habrían tenido los pequeño-burgueses meridionales el supremo po-

der en Alemania. Las cabezas más claras del capitalismo de la Alemania del Norte rechazaron el compromiso que sus amigos partidarios habían concluido en Frankfurt con la democracia. Ellos no querían saber nada de una constitución que hacía depender el destino del ejército y del capital prusianos del sufragio universal. Menos todavía estaba el rey Federico Guillermo IV dispuesto a recibir bajo tales condiciones la corona imperial. En abril rechazó la oferta de Frankfurt.

La destrucción de la obra constitucional alemana por los principes indignó profundamente a las masas populares. Los obreros estaban tan irritados como los demócratas del Sur. A comienzos de mayo se llegó a un levantamiento de los obreros sajones en Dresden, que fue aplastado por el ejército de Prusia. También en otras partes de Alemania se produjeron desórdenes. Los acontecimientos más importantes ocurrieron en Baden. Las ideas de Hecker habían arraigado entre los soldados badenses y en consecuencia había aquí entre las tropas un estado de ánimo revolucionario como en ninguna otra parte de Alemania. Desde el 9 hasta el 12 de mayo se levantaron los soldados en las guarniciones badenses más importantes. El gran duque y los oficiales y empleados que le quedaron fieles, hubieron de huir y de esa manera el comité estatal de las asociaciones populares democráticas de Baden, dirigido por Brentano y Goegg, repentinamente tenía todo el poder en sus manos. También en el vecino Palatinado triunfó la revolución. Los primeros días del levantamiento militar badense recuerdan la insurrección de los marineros alemanes de fines de octubre y principios de noviembre de 1918. Todo dependía de llevar el levantamiento militar tan pronto como fuese posible más allá de las fronteras de Baden, y legalizar al mismo tiempo el movimiento con una resolución de la Asamblea Nacional de Frankfurt, que se solidarizase con la causa. Después del fracaso de la obra constitucional habían abandonado casi todos los diputados moderados la ciudad de Frankfurt. La izquierda dominaba la Asamblea Nacional y seguía todavía con derecho de hablar en nombre del pueblo alemán. Ella pudo dar al motín de los soldados badenses el carácter de una lucha legal por la constitución del Reich. Una vez más estaba dada la posibilidad para la salvación de la revolución alemana.

Pero una tras otra fueron desencantadas las esperanzas revolucionarias en Europa. Cuando el partido de Ledru-Rollin realizó el 13 de junio una demostración revolucionaria callejera fueron dispersados con facilidad los manifestantes por los soldados de Na-

poleón. Con esto se rompió la pompa de jabón del renovado partido francés de la Montaña. Ledru-Rollin fue en camino de exilio a Inglaterra, siguiendo el ejemplo de Luis Blanc. La derrota del partido francés de la Montaña destruyó al mismo tiempo las perspectivas de los republicanos en Italia. La República de Roma fue vencida en julio después de una valiente resistencia, por las enormes fuerzas reaccionarias. El zar de Rusia puso su ejército a disposición de la casa de Habsburgo para derrotar a la revolución húngara. En el verano de 1849 fue conquistada Hungría por las operaciones mancomunadas de las tropas rusas y austriacas. Se ve, pues, como las cuatro grandes potencias del continente europeo, Rusia, Austria, Prusia y la Francia de Bonaparte, posponen sus propias contradicciones y cómo vencieron en conjunto a la revolución.

Contra Baden y el Palatinado se puso en movimiento el ejército de Prusia y las tropas de los pequeños estados. La revolución badense, que había comenzado con tanto impulso, tomó pronto el aspecto de una comedia. En primer lugar fueron respetadas cuidadosamente por la revolución las fronteras del pequeño estado badense. Pasaron tres preciosas semanas antes de que se decidieran para hacer marchar a la revolución, mediante tropas badenses, más allá de los límites del estado. Al mismo tiempo no tuvo la izquierda de la Asamblea Nacional de Frankfurt el coraje de vincular su causa al destino del levantamiento de Baden. Uno de los dirigentes de esa izquierda, Raveaux, apareció en Baden pero sólo como particular y no hizo allí otra cosa que aumentar la confusión. Cuando las tropas badenses debieron transponer, finalmente, con fecha del 30 de mayo, la frontera de Hessen, en el Norte, estaban totalmente desmoralizadas. Los soldados se negaron a cruzar la frontera. El jefe del ejército revolucionario, ex-teniente badense Sigel, trató de infundir valor a sus tropas. Personalmente tomó prisionero en la frontera a un soldado de Hessen, después de lo cual avanzaron los otros contingentes badenses efectivamente en "territorio enemigo". Pero cuando sonaron los primeros disparos, hicieron conversión las tropas rojas y huyeron al terruño de Baden.

Hasta semejante grado había arruinado en el término de tres semanas la dirección de los políticos democráticos badenses Brentano y Goegg el ánimo revolucionario de los soldados. Es comprensible que los soldados perdiesen el valor al ver que el movimiento no se extendía, que Baden quedaba aislada y que en el partido democrático reinaba la peor de las confusiones. Después de la no-

ticia sobre el fracaso del 30 de mayo quisieron capitular de inmediato Brentano y Raveaux, llamar al gran duque y acusar ante los tribunales a Sigel por su "ataque a Hessen". Pero poco después de nuevo modificó Brentano su decisión y quiso proseguir la lucha. Por cierto que la situación se había hecho desesperada, puesto que las tropas revolucionarias badenses no eran enemigo para la enorme fuerza prusiana. Solamente del vecino Palatinado vinieron algunos refuerzos. Entre éstos se hallaba también un cuerpo de voluntarios comandado por Willich. Ayudante de Willich era Federico Engels, quien había abandonado Colonia, después de la prohibición de la *Neue Rheinische Zeitung*, para dirigirse a la región sublevada.

Cuando Hecker oyó del levantamiento en Baden, se embarcó para participar de la lucha, pero llegó tarde para las fases decisivas. Faltando Hecker, no tenía la democracia auténtica de Baden un dirigente realmente popular. Struve había sido libertado por la revolución. Inició la oposición contra el gobierno de Brentano, pero no se pudo imponer. Al frente del gobierno revolucionario se hallaban Brentano y Goegg. Se eligió una asamblea constitutiva del estado. Es significativo que Struve no haya obtenido en esos comicios ni una sola banca. Recién hacia fines del levantamiento entró como miembro suplente en la Asamblea Constitutiva. El Parlamento revolucionario badense estaba íntegramente en manos de la democracia oficial, moderada. Sigel dice en sus recuerdos de los diputados: "Era en realidad una élite de hombres capaces y bien inspirados: comerciantes bien establecidos, fabricantes, abogados y literatos, sacerdotes, profesores y otros maestros, médicos, empleados municipales y del estado, practicantes de derecho, etc.". El elemento proletario no desempeñó ningún rol en toda la insurrección. Solamente en Mannheim había por aquel entonces algunos obreros de fábricas. Todo era, pues, una acción típica de la democracia alemana existente en las pequeñas ciudades del Sur. Las asociaciones populares badenses no se habrían decidido nunca al levantamiento si no hubiesen tenido el ejemplo de los soldados revolucionarios.

Entre tanto aumentaba la inseguridad en el resto de la Asamblea Nacional alemana de Frankfurt. Los diputados de la izquierda no fueron, empero, a Baden, para acompañar a los insurrectos, sino a Stuttgart. El 18 de junio fue disuelta allí la Asamblea Nacional por soldados de Württemberg. Antes de ocurrir esto, eligió todavía una regencia del Reich, compuesta de cinco miembros. En

ella se hallaban el nombrado Raveaux, quien había vuelto, entre tanto, al Parlamento alemán, Carlos Vogt, Enrique Simon, Schüler y Becher. Estos cinco hombres temían en realidad el gobierno revolucionario democrático de Alemania. Sus actividades eran el digno broche final de las tareas democráticas en la revolución de 1848-49. Sigel, que perteneció a la orientación moderada y que no se quiso burlar de nadie, escribe al efecto:

"Los desdichados regentes se trasladaron a Baden, observaron bajo la dirección de Raveaux la hermosa campiña y el viejo castillo de Baden-Baden, y esperaron allí con suma excitación la noticia sobre los encuentros de Waghäusel y Rastatt. Pronto eran librados de esta situación tragicómica por los fugitivos de Gernsbach y Rastatt, llegados a Baden-Baden. De aquí se trasladaron a Offenburg y Freiburg y desde allí al exilio". Los restos de las tropas revolucionarias badenses eran empujados por los prusianos sobre la frontera suiza, donde fueron desarmados por las autoridades cantonales. Los jefes del movimiento fueron, casi todos, a Inglaterra. Después de la comedia vino lo trágico de la situación en la forma de fusilamientos, ordenados en Baden por los tribunales de guerra, como así también las largas condenas a presidio que fueron descargadas sobre patriotas bienintencionados. Entre los condenados a presidio se hallaba también el conocido escritor democrático Kinkel. A fines de 1850 logró, sin embargo, escapar de la cárcel, trasladándose también a Inglaterra.

En el verano de 1849 estaba totalmente vencida la revolución democrática, como asimismo, la liberal y nacional en todos los países europeos. El movimiento nacional se había, bien es cierto, recuperado en algunos de los países sometidos, y también la derrota de la burguesía liberal capitalista en la revolución de 1848-49 había sido solamente un episodio. En cambio estaba definitivamente liquidada la democracia revolucionaria, tal como había sido moldeada por la Revolución Francesa. Ledru-Rollin, clamando inconscientemente entre las clases, y Raveaux, quien tumbaría lo que fundaron Robespierre y Saint Just.

4. ¿POR QUÉ FRACASO LA DEMOCRACIA EN 1848-49?

Después del 24 de febrero de 1848 pintó una artista inglesa de nombre Goldsmith, entusiasta partidaria de la libertad, un cuadro alegórico de la República Francesa y del sufragio universal. El cuadro muestra un paisaje solemne, con campos de cultivos y chimeneas de fábricas en el fondo. En el primer plano se halla Francia, representada por la conocida y simbólica figura de mujer. La diosa Francia tiene en sus manos los derechos del hombre y junto a ella está la enorme urna electoral del sufragio universal. En largas columnas vienen obreros y campesinos para colocar sus boletas en la urna. En el fondo se halla un árbol de la libertad, tal cual solía ser plantado entonces en todas partes, adornado de banderas, y contra ese árbol se reclina en forma pensativa Ledru-Rollin.

En el mismo espíritu se halla redactada la exhortación por la cual llamaba el gobierno provisional Ledru-Rollin-Lamartine al pueblo francés a la elección de la asamblea nacional. Dice en ella: "La ley electoral provisoria, que hemos decretado, es la más amplia que jamás exhortara en pueblo alguno de la tierra para el ejercicio del más alto derecho del hombre, vale decir, de su propia soberanía. El derecho electoral pertenece a todos, sin excepción. A partir de esta ley no hay más proletarios en Francia. Todo francés adulto es un ciudadano político; todo ciudadano es un elector. Todo elector es soberano. El derecho es incondicionalmente igual para todos. No hay ningún ciudadano que pueda decir a otro: 'Tú eres más soberano que yo'. Contemplad vuestro poder; preparaos para ejercerlo y sed dignos de tomar posesión de vuestro dominio. El dominio del pueblo es la república".

El cuadro de la artista, lo mismo que el llamado oficial del gobierno francés, reproducen las ilusiones con las que se llenaban entonces las diferentes corrientes de la democracia. Se hacía una especie de culto fetichista con la república y el sufragio universal. Todo el mundo se convencía que el pueblo había conquistado realmente todas las cosas esenciales si lograba echar al monarca y si cada ciudadano entregaba con iguales derechos su boleta electoral. La afirmación temeraria del gobierno provisional, de que en Francia quedaba abolido con la introducción del sufragio universal el proletariado, debe defendarse necesariamente si se toma la palabra proletario en el antiguo sentido de la palabra. Si proletario no es otra cosa que el ciudadano desposeído, sin derechos políticos, en-

tonces sería el proletariado realmente irreconciliable con el sufragio universal. Pero si se piensa en el proletariado moderno en las fábricas de París y Lyon, o en los desocupados que hallaban entonces un miserable albergue en los talleres nacionales, suena la afirmación de Lamartine y Ledru-Rollin como mofa o cosa de chicos.

La democracia social en el sentido de la tradición histórica desde la gran revolución francesa, era una coalición de los obreros, campesinos y pequeños burgueses, llamados en conjunto el "pueblo", en contraposición con la aristocracia, bajo la cual se entendía indistintamente a la aristocracia de cuna y de dinero. Era completamente falso pensar que con la abolición de la vieja fuerza compulsiva monárquica y con la implantación del sufragio universal, se tendría ya realizada la democracia social y que ahora no hacía falta más que dejar correr la máquina. La democracia social no es un milagro, que aparece en un momento determinado a la vida y que sigue actuando después en forma automática, sino que es una obligación política en cuyo cumplimiento se debe trabajar permanentemente. La democracia social exigía en Francia, después del 24 de febrero, un cuidadoso emparejamiento entre los intereses de los obreros y campesinos. Porque el "pueblo" sólo puede funcionar políticamente si se comprenden sus partes compositivas, si se sirve a sus intereses especiales y si se garantiza así su cooperación en una entidad superior. Si se habla a las masas tan sólo de libertad e igualdad, y si se agita la bandera republicana, no sirve todo eso de nada. Ha sido referido más arriba cómo la política impositiva sin sentido del gobierno republicano arrojó a los agricultores franceses del frente popular, y cómo creó la contradicción entre ciudad y campo, que contribuyó considerablemente a la caída de la segunda república francesa. Pero la historia de la primavera de 1848 enseña aún otras cosas. Lo mismo como la unión de los obreros y campesinos no es de ninguna manera una cosa sobreentendida, sino que debe ser lograda recién por una penosa actividad política, así tampoco es la concordia entre los obreros urbanos un factor natural. En todo periodo de mayor desocupación existe una diferencia de intereses y de estado de ánimo entre los obreros que se hallan en las empresas y los que están afuera. El partido socialista-democrático tenía, gracias a la actividad de Luis Blanc, un buen contacto con los obreros en las empresas, pero permitió sin resistencia que se le quitase el control de los desocupados. Y por cierto no era mérito de la democracia oficial socialista,

que los obreros de los talleres nacionales libraran, no obstante, la batalla de junio contra el imperialismo.

A principios de mayo el partido socialista-democrático cometió todavía el grave error de quedar en el gobierno de coalición, junto con la mayoría antisocialista y enemiga de los trabajadores de la asamblea nacional. Desde entonces el partido de Ledru-Rollin, socialmente, se hallaba por completo en el aire; no tenía ni campesinos, ni desocupados, ni obreros de las fábricas, que lo respaldasen y se convirtió solamente en la expresión de ciertos sectores radicalizados de la pequeña burguesía. La catástrofe de la democracia social de Francia en 1848 no consistió en que haya sucumbido la democracia. La democracia tuvo la misión de prever a los obreros de luchas aisladas y carentes de toda posibilidad. Si no obstante se llegaba a la lucha, y si el partido democrático era vencido con todos los honores, al menos quedaba vivo el movimiento. En realidad no tuvo empero nada que hacer desde mayo de 1848 el partido socialista democrático con la efectiva lucha de clases. Los capitalistas y los generales, apoyados en los equivocados campesinos y soldados y en mercenarios que eran reclutados entre los desocupados, lanzaron el golpe contra el proletariado. Los obreros se defendieron heroicamente en la insurrección de junio. El partido democrático estaba de lado y se lamentaba de los malos tiempos; con la lucha en sí, no tenía nada que hacer. Con esto se dio el completo aislamiento de la democracia histórica del movimiento de los obreros revolucionarios. Cuando el partido de Ledru-Rollin llamó después en junio de 1849 a las masas para la lucha contra el despotismo de Bonaparte, no se movieron los obreros de París.

Es evidente que también la personalidad del dirigente es de importancia en grandes movimientos de masas. Uno no se puede imaginar bien a un Robespierre o Saint-Just en la situación de Ledru-Rollin o de Luis Blanc. Robespierre ha dedicado desde un principio la mayor atención al campesinado francés. En toda cuestión práctica se colocó del lado de los campesinos y nadie podía decir que una acción del partido parisense de la montaña, dirigida por Robespierre, podía ser dañina a la gente del campo. Robespierre aseguró la existencia de los obreros en las ciudades, con medios que no conocían consideración alguna. Más bien entraba todavía en conflicto con los obreros por su política de precios y salarios máximos. Pero también aquí debió decirse todo obrero inteligente, que el gobierno del partido de la Montaña de-

fendía los intereses generales del pueblo trabajador. Robespierre y sus amigos condujeron una política realista desde el poder. Tomaron primeramente el control de París y se entendieron desde esa base. Ledru-Rollin y Luis Blanc, en cambio, se dejaron sacar de las manos, sin resistencia, las posiciones del poder, así como se quitan a los niños los juguetes. Robespierre no se hubiese dejado seducir jamás a entrar en nombre de la república y del sufragio universal, alrededor de abril, en el gobierno de los girondinos, para confundir y paralizar así a los obreros de París. Cuando Robespierre sucumbió no obstante el 9 de Termidor a la superioridad de fuerzas del capitalismo y de la reacción, cayó junto con la democracia y el proletariado. El recuerdo de la acción de Robespierre ha mantenido vivo en Europa hasta 1848, a la tradición de la democracia revolucionaria y ha influenciado todavía en 1871 decisivamente a los obreros de París. Por el contrario, cuando fue vencido Ledru-Rollin le acompañó solamente el ridículo.

Tan cómodo como sería atribuir a los jefes de la democracia socialista francesa en 1848 la culpa del derrumbe, pese a lo fácil que sería la crítica de la figura sentimental de orador callejero de un Ledru-Rollin, no es posible que la investigación se conforme con semejante respuesta. Paralelamente con la declinación de la democracia francesa tiene lugar un correspondiente desarrollo en los restantes países de Europa. Además es todo movimiento de masas responsable por sus propios dirigentes. Si Ledru Rollin y el círculo de sus amigos quedaron indiscutidamente al frente del partido socialista-democrático, demuestra esto que representaban, a pesar de todas sus deficiencias, la ideología del movimiento. La democracia social de Europa no ha perecido en 1848-49 solamente por la ineficacia de sus dirigentes, sino ante todo por las contradicciones internas del movimiento mismo.

Al tiempo de la gran revolución francesa ciertamente existía ya el proletariado urbano en Francia. Pero con mucho, no tenía el significado que le correspondió en 1848. Los agricultores no poseían entonces todavía tierras de ninguna clase. En 1789 consistió la misión de la democracia en conducir uniformemente la lucha de los campesinos dependientes contra los terratenientes aristócratas, y la de los pobres habitantes de las ciudades contra el capitalismo. Eso era entonces mucho más fácil que una correspondiente acción en 1848. Porque entretanto había adquirido el proletariado industrial — aun cuando trabajaba en su mayoría todavía en pequeñas empresas — tal significado, que todo sería cuestión política

si polarizaba en la contraposición proletariado o capitalistas. El transcurso de la revolución francesa de 1848 y 1849, muestra esto en todos los detalles. Por un lado estaba ahora el campesinado en libertad y los terratenientes aristócratas desaparecidos. Es cierto que en Francia alrededor de 1848, sólo existió entre los campesinos una minoría de propietarios independientes. La mayoría de la gente del campo eran pequeños arrendatarios, obreros rurales, etc. En la aldea es sin embargo, por de pronto, el agricultor mediano el factor decisivo. El campesino con propiedad, así como el obrero de las ciudades, tenía en 1848 una conciencia de clase muy distintamente desarrollada a la de 1789. Se requería una habilidad táctica especial del partido democrático para unificar el movimiento de los obreros y campesinos. Pero si se quería llegar por encima de los propietarios rurales hacia los arrendatarios y los obreros rurales, se necesitaba para ésto, aún con más razón, una táctica realista de difícil materialización.

De esta manera se hizo la misión de la democracia social en la primera mitad de siglo, después de Robespierre, cada vez más difícil, al tiempo que la capacidad de los demócratas para liquidar los problemas se hizo cada vez menor. Ya en el período de Robespierre no había comprendido la democracia social a las fuerzas económicas realmente competentes de su tiempo. En el transcurso del próximo medio siglo no mejoró el conocimiento de los problemas económicos. Al ampliar Luis Blanc el programa de la democracia social francesa con sus proyectos de cooperativismo pequeño-burgués, no favoreció con ésto la capacidad militante de su partido. La práctica de Luis Blanc como ministro en 1848 era mucho mejor que su teoría cooperativista. Pero Luis Blanc, construyó su política social hasta cierto punto en el vacío, sin conexión con las relaciones efectivas del poder, y luego, cuando la democracia se derrumbó en Francia, desaparecieron con ella también las conquistas de política social. Cuanto menos estaban los dirigentes de la democracia social francesa a la altura de los acontecimientos, tanto más se aferraban a las ilusiones y frases tradicionales. Una charla vacía de semejante tipo, sobre república y sufragio universal, como pudo manifestarse en Francia por el año 1848, habría sido imposible en los tiempos de Robespierre.

En Alemania comenzó la democracia social allí donde había terminado en Francia, vale decir, en la pequeña burguesía, aparentemente radical. Las fuerzas sociales decisivas de Alemania se hallaban en el Norte, ante todo en Prusia: por un lado las grandes

extensiones de tierras de los aristócratas, el capital industrial y bancario, y por el otro, el proletariado de las ciudades y del campo. Por ciertas razones externas no tomó, sin embargo, la democracia como movimiento político, un firme pie en el Norte de Alemania, pese a sus pronunciados contrastes de clase, sino en el Sur, de uniformidad cordial y pequeño-burguesa. En el transcurso de la revolución alemana, fue colocada la democracia de la Alemania meridional, ante deberes que no era capaz de resolver y por lo mismo fracasó totalmente. En Francia, la crisis de la democracia condujo en 1848 y 1849, a una separación de la masa obrera de los dirigentes políticos pequeño-burgueses. En Alemania, en cambio, no llegó a acercarse la democracia pequeño-burguesa a los obreros. Recién en caso de aprobar la constitución del Reich de 1849, o si la insurrección de Baden hubiese triunfado en el marco nacional, se habría actualizado en Alemania el problema: democracia social y clase obrera.

De esta manera había sido destruida en Alemania y Francia, por la revolución de 1848, la coalición de clases entre obreros, campesinos y pequeño-burgueses, que constituye la verdadera esencia de la más antigua democracia. La derrota política de la democracia había traído al mismo tiempo, tanto en Francia como en Alemania, la quiebra moral de su dirección. En forma distinta fue el desarrollo en Italia. Allí había acrecentado la revolución el prestigio personal de Mazzini. La gloriosa historia de la república romana se destacó muy favorablemente del lamentable fracaso del liberalismo y de la monarquía de Sardinia, vinculada al mismo. Pero por más decisión que puso Mazzini en el empeño de oponer la república popular a la monarquía de los estratos superiores, no supo tratar eficientemente las cuestiones económicas de Italia. El proletariado industrial italiano se hallaba recién en sus comienzos. La cuestión social decisiva de la tierra, no afectó entonces todavía a los obreros sino a las masas oprimidas del campo, a los pequeños arrendatarios de la Italia central y meridional, quienes eran sometidos por los señores feudales de la tierra, en forma medioeval. Algunos republicanos progresistas de Italia criticaron que el jefe del partido, Mazzini, no tuviese una clara posición frente a la cuestión agraria, puesto que no quería atacar la propiedad privada. La autoridad personal de Mazzini, era sin embargo bastante fuerte para no dejar surgir semejante oposición. Entre tanto se encontró la cuestión italiana después de la derrota de 1849, ante todo en el problema de la liberación nacional, ante el cual palidecían todas

las demás cuestiones sociales en discusión. Lo mismo vale para Hungría y Polonia.

La segunda tendencia de la democracia europea que se llamaba en Francia — en contraposición con la democracia social — la moderada, la honesta, la ordenada, y la que se podría calificar dentro del marco histórico mejor con el calificativo de democracia liberal, tuvo en la revolución un destino mejor. Sus portavoces eran representantes de la burguesía liberal, gente esclarecida y de miras amplias que sostenían que eran dañinos todos los vínculos con la tradición feudal o monárquica. Ellos confiaban que se podía mantener también en la república del sufragio universal, el predominio de los sectores ilustrados y adinerados, siempre que se reportara a las masas confianza y razonada actitud. Esta orientación, personificada por Lamartine y sus más cercanos amigos, había llegado por de pronto, después del 24 de febrero, al poder en Francia. Pero de inmediato se mostró incapaz de tender un puente sobre las diferencias de clase. La mayoría de los capitalistas y en general todos los sectores adinerados tenían tal miedo de la masa obrera socialista que no querían enfrentarla con concesiones y confianza sino con sangre y terror. Es característico cómo en el momento decisivo se desprendió la mayor parte del partido del *National* de la consigna de una democracia ordenada, pasándose con armas y bagajes al General Cavaignac.

Otra enseñanza del movimiento de 1848-49, es la que se refería al sufragio universal. Si la democracia humanista y liberal se trastocó en lo contrario, en el terror blanco y en el dominio del sable, entonces era posible que el sufragio universal pudiese sobrevivir a los cambios. Con deliberadamente mala dirección de las masas y con un hábil aprovechamiento de estados transitorios de ánimo del pueblo, pudo lograr también una tendencia militarista y representante del alto capitalismo, mayoría bajo ese sufragio universal. La clase dominante tenía entonces al ejército, a la policía y a la justicia. La oposición que defendía a los obreros y en general a todos los desposeídos, era sometida y acallada por las autoridades. Si la oposición no podía mostrarse públicamente y si las autoridades administrativas — con especialidad en el campo y en las ciudades pequeñas — cuidaban de las convenientes elecciones, entonces podía conciliarse también la contrarrevolución terrorista con el sufragio universal. De esa manera subsistió el derecho electoral bajo la constitución republicana francesa, surgida entre el terror militar de Cavaignac, y Napoleón Bonaparte que había aprovechado

desde un principio el sufragio universal como una carta de triunfo personal. Así dio la revolución en 1848-49 a los verdaderos demócratas y socialistas la enseñanza de que, si bien es cierto que el gobierno autónomo popular presupone ahora y siempre el sufragio universal, existía también la certeza de que una caricatura de ese sufragio es conciliable hasta con la más brutal opresión de las masas populares.

5. LAS LUCHAS EN LA EMIGRACION 1849-59

La desarticulación de la democracia social histórica de Europa, estaba establecida como un hecho objetivo a partir de 1849. Pero aún se necesitaba un cierto tiempo antes que este hecho fuese reconocido y debidamente apreciado, por las figuras y organizaciones políticas del continente. El proceso de clarificación dentro de los movimientos políticos de Europa, era dificultado debido a que en el decenio de 1849 a 1859, dificultaban por todas partes las persecuciones de la policía a la discusión del problema. Así se realizaban pues, las necesarias discusiones en la emigración, ante todo en Inglaterra y también en los Estados Unidos. Las discusiones de los emigrados en Londres, etc. tenían por aquellos años como es fácil de comprender, a menudo un carácter minúsculo y personal. No obstante son de extraordinaria importancia histórica, porque entonces fueron trazadas las líneas del desarrollo político-partidario, que fueron decisivas para la historia europea parcialmente hasta hoy.

La composición de la emigración política europea-continental en Inglaterra y América era absolutamente casual. Al exilio habieron de ir todos aquellos que habían entrado en conflicto con la policía de sus respectivos países. Eso eran en Polonia, Hungría e Italia los patriotas, sin ninguna diferencia de clases, empezando por la alta aristocracia de antiquísimas familias. De Francia venían, con especialidad, muy comprometidos adversarios burgueses del bonapartismo. De Alemania venían, por lo general, hombres que se habían destacado en los últimos levantamientos o en el periodo posterior del Parlamento de Frankfurt. Los amigos franceses de Ledru-Rollin y los refugiados alemanes que se agrupaban alrededor de Ruge y Kinkel, buscaban, como es también fácil de comprender, un contacto con la emigración húngara e italiana. Porque los demócratas burgueses, alemanes y franceses, no habían conquistado mucha gloria en la revolución. Por el contrario, no sólo la personalidad

de Mazzini era generalmente reconocida, sino que también la acción política de los húngaros en 1849, había hecho de Kossuth una figura internacional.

Los diferentes grupos de la emigración política se unieron en Londres en un Comité Central europeo, a cuyo frente se hallaban Kossuth, Mazzini, Ledru-Rollin y Ruge. El Comité Central tenía también vinculación con los emigrados polacos. Eso era entonces un intento de proseguir la internacional revolucionaria como si nada hubiese pasado y como si las cosas pudiesen ser continuadas, en 1851, donde habían quedado en 1847. Pero la diferencia era que en 1847 la democracia internacional había representado una fuerza poderosa. En 1851, se había convertido en una comedia. En 1847 se pudo descontar que la próxima revolución habría de llevar en Francia al partido democrática socialista al poder y que a continuación seguiría automáticamente la revolución burguesa en Alemania y las revoluciones nacionales en Italia, Polonia, etc. También después de la derrota de 1849, subsistían los movimientos nacionales en Italia, Hungría y Polonia. Tampoco estaba destruida la burguesía liberal en Alemania y había de renovar, en la primera oportunidad, la lucha contra la burocracia feudal. Asimismo había en Francia una considerable fracción de la burguesía, que rechazaba el bonapartismo, que quería poner en su lugar cualquier organización liberal del estado.

La comedia no consistió pues en que alguien creyó en la continuación de la lucha nacional, en Italia, Hungría y Polonia, o en la prosecución de la lucha liberal en Alemania, sino que consistió en creer que entre estos movimientos patrióticos y liberales, por una parte, y el movimiento obrero, por la otra, pudiese existir aún un tercer movimiento intermedio, vale decir, la llamada democracia europea. La diferencia entre los políticos opositores burgueses, que se habían quedado en Alemania y Francia, y los otros, que se hallaban en el exilio, era puramente casual, motivada en persecuciones políticas, en órdenes de captura, etc. Ni en Alemania ni en Francia existía una clase social o un movimiento político que hubiese estado en 1851, en forma especial, por Ledru-Rollin o por Kinkel. No obstante trataron de continuar su existencia política los grupos Ledru-Rollin y Kinkel-Ruge, en el exilio. Ellos sostenían que eran los representantes de una decidida democracia, contrariamente al débil liberalismo de los restantes grupos burgueses. Pero para representar algo dentro de la medida internacional, habieron de aferrarse ahora Ledru-Rollin y Ruge a Kossuth y Mazzini.

Con esto se había dado, en relación a la situación de 1847, una singular inversión de relaciones. Durante el tiempo en que la democracia social europea había sido todavía una tendencia poderosa y real, habían predominado en ella con preferencia, los partidos proletarios franceses e ingleses. En cambio ahora debían pasar al frente los países socialmente atrasados, en los cuales no existía todavía un proletariado moderno y donde luchaba la aristocracia por la independencia nacional. Kossuth era, en su condición de dirigente nacional de los nobles húngaros y de la burguesía húngara, ciertamente un hombre muy destacado, pero las masas obreras de la Europa Central y Occidental no podían dejarse prescribir la celeridad de su desarrollo, ni de un Mazzini ni de algún patriótico general polaco. La dirección italo-húngara, en la llamada democracia europea, no significaba nada más que la bancarrota de los partidos franceses y alemanes, la extinción de toda seria cuestión social y la disminución del movimiento al nivel de los países socialmente retardados.

Tampoco era posible una colocación de esta democracia europea-continental, con el movimiento obrero inglés. El partido carlista de Inglaterra estaba, a partir de 1848, en una marcha de retroceso, pero seguía aún existiendo y era todavía por los años del 50, el representante político del proletariado británico. Los obreros ingleses tuvieron, antes como después, grandes simpatías por Polonia e Italia y en general por todas las fuerzas que aspiraban a la libertad en el continente. Pero ellos no podían aceptar las consignas de una comunidad internacional que no se interesaba en lo más mínimo por el contraste entre obreros y capitalistas o que solamente lo tocaba en forma superficial. La revolución de 1848-49 había fracasado en primer término por las divergencias entre burguesía y movimiento obrero. Eso lo mostró todo el transcurso de la evolución francesa desde el 24 de febrero hasta el triunfo de Bonaparte. Igualmente se habían asustado los autorizados sectores de la burguesía de todas las medidas decisivas contra la monarquía y el feudalismo, porque querían quedar en el terreno de la legalidad, para no abrir el camino a las masas "anarquistas" y "comunistas"; hasta en la misma Italia se había estrellado la revolución nacional en el conflicto entre el estrato superior monárquico-liberal y de las vastas masas populares. ¿Y era ahora que debía triunfar la internación democrática de 1851, siendo más retardada y más confusa en todas las cuestiones sociales de lo que había sido la democracia de 1847?

El significado objetivo totalmente cambiado de la democracia

oficial europea, a partir de 1850, respondió a una nueva posición que contra ella adoptaron Marx y Engels. Marx había apoyado al partido de Ledru-Rollin y de Luis Blanc, no porque hubiese tenido una confianza especial en sus dirigentes, sino porque era evidente que millones de obreros y campesinos revolucionarios, seguían sus banderas. Marx y Engels quedaron con la democracia oficial europea, mientras que existía una sombra de esperanza que esa tendencia pudiese mover a las masas. Aun cuando Marx comprendió acabadamente y de inmediato el sentido de la batalla de junio de 1848 en París, compartía muchas de las esperanzas que se habían cifrado sobre lo que parecía ascenso del partido francés de la Montaña, en 1849. A principios de junio de 1849 se hallaba Engels con los demócratas insurrectos del Palatinado. Marx actuaba en París, como una especie de vínculo entre los demócratas alemanes y el partido francés de la Montaña. Marx y Engels destacaron por ese mismo tiempo las acciones del ejército húngaro.

Sin embargo, en 1850, era evidente que los dirigentes democráticos oficiales que habían fundado su comité en el exilio y lanzaban desde allí sus proclamas, no tenían nada que hacer ni con la clase obrera francesa y alemana ni con la burguesía de esos dos países. No eran otra cosa que los restos de un período superado. Por lo mismo, trazaron Marx y Engels a partir de 1850, una terminante línea de división entre ellos y la democracia oficial europea, poniendo en guardia a los obreros contra las consignas de Kossuth, Ledru-Rollin, Ruge, etc. Ledru-Rollin, como persona, no era en 1851 ni mejor ni peor que en 1847. Pero en 1847 había sido el representante de un gran movimiento de masas que pujaba hacia adelante y en 1851 era él solo.

El cambio táctico de Marx y Engels no significaba de ninguna manera que ambos hubiesen renunciado a las ideas básicas de la revolución democrática. Por el contrario, ellos continuaron durante toda su vida siendo demócratas en el espíritu de 1848. Nunca recomendaron a los obreros de separarse por razones de una estrecha política gremial de los restantes sectores del pueblo trabajador. Ellos dedicaron una gran parte del trabajo de su vida, precisamente después de 1848, al estudio de la cuestión agraria de todos los países. Donde la burguesía liberal se hallaba en lucha contra el feudalismo, exigieron Marx y Engels, incondicionalmente, que la clase obrera apoyase el empeño de la burguesía; claro está, para llevar al movimiento después de la victoria mancomunada más allá de sus límites liberal burgueses.

Según la enseñanza de Marx y Engels, debía constituirse el proletariado al frente del victorioso pueblo trabajador "como Nación" y facilitar así la transición de la economía capitalista privada a la economía socialista. La declaración de fe hacia la democracia y hacia la revolución democrática, no implicaba sin embargo de ninguna manera un acuerdo total con las acciones de un grupo de jefes impotentes y objetivamente contrarrevolucionarios. Marx y Engels esperaban, después de 1850, que en la próxima ola revolucionaria habrían de surgir nuevos partidos en los grandes países, cuya tarea sería completar la obra de 1848. Ellos esperaban que los nuevos movimientos tendrían en el futuro un carácter mucho más claro y que se basarían en más alto grado sobre el proletariado con conciencia de clases. Estos futuros movimientos no debían hipotecarse, sin embargo, con personas e ideas que habían demostrado en 1848-49 su insuficiencia.

La división entre los restos de la democracia oficial burguesa y el movimiento obrero, estaba, a partir de 1849, en plena realización. Sin embargo, pareció por de pronto como si la dirección del movimiento obrero europeo independiente no habría de corresponder a Marx y Engels, sino a otros hombres y tendencias. La Liga Comunista dirigida por ellos tuvo después de la derrota de la revolución sólo pocos partidarios en Alemania, cuya actividad fue paralizada luego en forma total por la policía. Quedaba, en consecuencia, la asociación de los obreros comunistas alemanes en Londres, como la más importante organización de ese tiempo. En este movimiento comenzó, empero, en 1850, una violenta oposición contra Marx y Engels. Ninguno de los dos tuvo nunca una mano muy feliz en la conducción efectiva de asociaciones obreras. Marx y Engels presentaron al proletariado tareas de un carácter tan amplio, que los simples trabajadores no podían seguirlas y comprenderlas con facilidad. Según la enseñanza de Marx, debía colocarse el proletariado al frente de la revolución democrática, efectuar o rechazar alianzas, según las necesidades, con las otras clases, y considerar en todo tiempo las exigencias nacionales e internacionales del movimiento. Después del triunfo de la revolución democrática, debía ser construida la nueva sociedad. El simple obrero, comprendía solamente las penurias directas que le enfrentaban en la vida de todos los días. El espíritu de los obreros no estaba todavía preparado para los deberes enormemente complicados de la revolución internacional.

Según la opinión de Marx y Engels, debía pasar el proleta-

riado por una prolongada enseñanza, antes de que pudiera resolver en forma independiente las obligaciones que la historia le reclamaba. Entre tanto debía la masa obrera colocarse bajo sus dirigentes, los cuales, munidos de las conquistas de la ciencia burguesa, mostraban al proletariado el exacto camino. Marx y Engels habían decidido en forma totalmente autocrática, lo que había de hacer el proletariado en una determinada situación, y lo que debía dejar de hacer. Nunca han tolerado o tomado en consideración si obreros de alcances "limitados" les contradecían. De esta suerte se comprende que los obreros alemanes de Londres —especialmente bajo las deprimentes impresiones de la revolución perdida y de un penoso exilio— no comprendían y no soportaban la dirección de Marx y Engels. El conflicto abierto de 1850 tuvo por motivo exterior una diferencia de opinión sobre la futura revolución. Marx y Engels comprendían toda la gravedad de la derrota que había sufrido la democracia internacional y no creyeron que la lucha podía proseguir como si nada hubiese pasado. En oposición con este criterio, no querían admitir los restantes miembros que la revolución había terminado. El resultado fue que la mayor parte de los obreros alemanes de Londres se separó de Marx y Engels.

Cuando Engels se dirigió después de la derrota del levantamiento badense a Londres había llevado consigo a su antiguo dirigente militar Willich. Este se adhirió a la Liga de los Comunistas. Era un excelente soldado, pero sin ninguna experiencia política; por lo mismo, entró pronto en conflicto con Marx y Engels y se colocó en la disputa de 1850 del lado de los simples obreros. Willich y un más antiguo funcionario de la Liga de los Comunistas, Schapper, fueron los jefes de los obreros alemanes que se separaron de Marx y Engels. El acontecimiento tenía una considerable importancia, puesto que por aquellos tiempos se tomaba a las corrientes que existían entre los refugiados políticos como un fiel reflejo de las tendencias que había en el país de origen, donde, debido a la presión policial, habían de guardar silencio.

Willich y Schapper se pusieron de acuerdo con la parte proletaria de los emigrados que había en Inglaterra. Los obreros socialistas franceses no querían saber nada de Ledru-Rollin y de sus amigos. En cambio tenía Blanqui, que estaba en el presidio, una gran autoridad moral entre los trabajadores, porque posteriormente se comprendió que había sido en 1848 el único que combatió desde un comienzo las dominantes ilusiones, y el único que puso en guardia a los trabajadores. En realidad no había entonces, ni

en Francia ni en el exilio, una organización realmente efectiva de los blanquistas. Pero el gran nombre de Blanqui, atraía y era un símbolo para el proletariado francés en lucha. De esta manera se llamaban los emigrados socialistas franceses, que se querían distinguir de la democracia burguesa, generalmente blanquistas. Luis Blanc estaba liquidado como político, pero personalmente gozaba todavía de cierta consideración. Cuando los emigrados socialistas franceses se pusieron de acuerdo con la tendencia alemana de Willich, les siguió Luis Blanc y fue admitido en su comunidad.

Los cartistas ingleses quisieron mantener las relaciones con los obreros políticamente activos del continente. Ellos no preguntaban por determinadas personas, sino acerca de qué lado estaban los obreros de Alemania y Francia. En consecuencia estaban los cartistas dispuestos a entrar en relación oficial con el grupo Willich-Schapper y de sus amigos franceses. El ala radical de los emigrados polacos y hasta algunos húngaros de tendencia democrática, se acercaron también a esa comunidad política. En noviembre de 1850, lanzaron los "Demócratas socialistas unidos de Francia y Alemania", una proclama a los demócratas de los demás países, en la que exhortaban a la continuación de la lucha revolucionaria, fijando como objetivo la república social y democrática en todo el mundo. Los demócratas de Hungría y Polonia se asociaron a la proclama.

En esta forma había hacia fines de 1850 y comienzos de 1851, dos Internacionales democráticas en competición. La una tenía un carácter preferentemente burgués y la otra uno preferentemente proletario. La Internacional burguesa tenía de su parte los grandes nombres del pasado político; la otra, en cambio, los intereses de clase de los obreros en Europa Central y Occidental, y a los pobres campesinos del Este. El gran éxito moral de la Internacional socialista radicaba en su reconocimiento por los cartistas, quienes continuaron con Willich y Luis Blanc la tradición de los "demócratas fraternales" de 1847. La situación personal de Marx y Engels era extraordinariamente desfavorable, porque ahora estaban excluidos de ambas internacionales y de todos los movimientos democráticos o socialistas. El 24 de febrero se efectuó en Londres una gran manifestación internacional, para celebrar el aniversario de la Revolución Francesa de 1848. Willich tenía la presidencia. Luis Blanc figuraba entre los oradores y entre los presentes se hallaban destacados dirigentes cartistas, como así también emigrados polacos y húngaros. Cuando aparecieron en la sala dos ami-

gos de Marx, fueron expulsados de la asamblea como supuestos agentes de policía.

Esta situación del año 1851, era políticamente el punto más bajo en la carrera de Marx y Engels y en sus relaciones con la masa obrera. Marx estaba personalmente muy indignado porque el ex-teniente prusiano Willich lo hubiese desplazado con tanta facilidad del movimiento obrero internacional. Pero en el fondo, quedaron Marx y Engels imperturbables. Ellos no hicieron la más mínima concesión ni en las teorías ni en las relaciones personales. Engels vivía como comerciante en Manchester y Marx como escritor en Londres. En un permanente y estrecho contacto con Engels, prosiguió Marx su actividad científica y literaria, firmemente convencido que le pertenecería el porvenir y que las dos Internacionales democráticas, eran solamente acontecimientos transitorios, sin ninguna importancia seria.

Pronto hubo de quedar en evidencia que la Internacional democrática burguesa no tenía ningún porvenir en cuanto aspiraba a representar aspectos divergentes de los movimientos nacionales y liberales, en los respectivos países. Pero tampoco la Internacional socialista democrática de Willich y de sus amigos, podía sostenerse. Ella vivía de la ilusión de una parte de los emigrados franceses y alemanes que creían que se podía continuar la revolución en el mismo sitio donde habían terminado las luchas armadas de 1849. Marx sabía, en cambio, que no existía ni en Alemania ni en Francia, un movimiento revolucionario efectivo entre los obreros. Si después de un cierto tiempo seguía sin producirse la nueva revolución, entonces había de disolverse la organización de Willich como así también la de sus amigos franceses. Porque a Willich y a sus colaboradores les faltaron conocimientos políticos y científicos. Ellos no estaban en condiciones de conducir a la masa obrera por sobre un período más o menos prolongado de depresión. Por lo mismo, pudieron esperar Marx y Engels, tranquilamente, hasta que se cumpliera el destino de ambas Internacionales.

En el transcurso del próximo decenio, no se llegó a ninguna nueva revolución en Europa. En consecuencia, se tonificaba otra vez la oposición legal liberal-burguesa en Alemania y en Francia. Aprovechando las amnistías, regresó una parte de los emigrados a sus países. Otros terminaron con la política y se buscaron nuevas profesiones en el extranjero. El resto de los emigrados democráticos-burgueses de Alemania y Francia, que querían mantenerse activos, eran sólo un insignificante apéndice de la oposición liberal,

existente en sus países. Desde que el gobierno prusiano pareció tomar un giro liberal, se pronunció Ruge por Prusia. Kinkel y los otros emigrados de la misma tendencia, se hicieron miembros de la seccional londinense de la Asociación Nacional Alemana, la gran organización de la burguesía. La historia de la emigración democrática alemana en Inglaterra, que había comenzado en forma tan promisoria en 1849, termina en los años del 60 con pequeñas disputas en la seccional londinense de la Asociación Nacional. Por ese mismo tiempo, ya no se preocupaba nadie de Ledru-Rollin. Cuando mucho, era un eco extranjero de la oposición legal republicano-burguesa de Francia.

Los movimientos nacionales que habían desempeñado un rol tan importante en 1848 y más tarde en la internacional revolucionaria, se degradaron a la condición de sátrapas del bonapartismo. Bonaparte convertido en Emperador Napoleón III, a partir de 1852, coqueteaba con la idea de una revisión de los convenios de 1815 y se presentaba como favorecedor de todas las naciones oprimidas. El partido nacional húngaro, dirigido por Kossuth, lo mismo que la parte aristocrática de los emigrados polacos y la tendencia liberal-monárquica de los patriotas italianos, entraron en contacto con Napoleón y esperaron lograr de él, el cumplimiento de sus aspiraciones. Mazzini quedó, sin embargo, fiel a sus principios y rechazó toda relación con el corrupto bonapartismo, que solamente podía arruinar el movimiento italiano de liberación.

Mientras que la Internacional democrática burguesa se disolvía de esta manera en sus diversos componentes, no tuvo la Internacional democrática proletaria de la tendencia Willich, en los años del 50, un destino mejor. Debido a que el movimiento no pudo lograr ningún éxito positivo, se produjeron en la Asociación Obrera Comunista de Londres, nuevas disidencias a las que siguió pronto un proceso de completa descomposición. Willich se acercó transitoriamente a los demócratas burgueses de la tendencia Ruge-Kinkel, para emigrar más tarde a América. Schapper y el resto de los obreros alemanes, políticamente activos que existían en Inglaterra, volvieron a Marx. Por el mismo tiempo, perdió la organización de los emigrados socialistas franceses toda importancia y fue de esta manera que la Internacional Obrera Antimarxista, por mucho ruido que hubiese producido en 1850 y 1851, fue solamente un episodio.

Mientras todos los grupos de la emigración democrática de Europa, se descompomían y sus líderes desaparecían en el olvido,

continuaba Marx trabajando incansablemente en Londres. Su obra científica de aspecto único seguía atrayendo como un magneto irresistible a los representantes destacados e inteligentes del movimiento obrero. Los líderes de la clase obrera inglesa retomaron las conexiones con Marx y Engels. Esto valía tanto para el partido cartista, en los últimos años de su existencia, como para los sindicatos ingleses, desde que se propusieron también las misiones políticas del proletariado. De igual manera consideraba la poca gente de Alemania —que por el año 1860 se ocupaban con política clasista de los obreros—, a Marx como su guía científico. Alrededor de 1860, finalizó la lucha dentro de la emigración política de Europa y sólo produce todavía algunos ecos de pequeñas rencillas personales. El movimiento democrático histórico ya no existía. Lo que quedó era, por una parte, el liberalismo burgués en sus variadas formas nacionales, y por la otra, Marx y su movimiento obrero.

6. COMIENZOS DE LA SOCIAL DEMOCRACIA

A partir de 1859 fue superada la paralización de los movimientos políticos y sociales, tal como se había presentado como consecuencia de la fracasada revolución de 1849. En todos los importantes países se mostraban nuevos comienzos. En 1863-64, había progresado tanto el desarrollo en Europa y América que podía reconocerse otra vez una situación mundial revolucionaria del tipo de la de 1847. En Inglaterra, ciertamente, había muerto el partido cartista, pero, la herencia fue recogida por los sindicatos que no representaban tan sólo los intereses económicos, sino también, al mismo tiempo, las reclamaciones políticas del proletariado inglés. Las *trade-unions* renovaron en Inglaterra la agitación por el sufragio universal y ya en 1863-64, parecía que la resistencia de la burguesía gobernante se debilitaba. Un ala izquierda radical del liberalismo inglés apoyaba —también bajo la influencia de los acontecimientos en América— las reclamaciones electorales de los obreros. Si los trabajadores ingleses lograban conquistar ahora por fin el sufragio electoral, había de aportar esto inabarcables consecuencias.

En Francia, ya no ejercía el bonapartismo encanto alguno. Los obreros franceses se habían dado cuenta, entre tanto, hasta qué punto se equivocaron, cuando dieron el 10 de diciembre de 1848, sus votos por Napoleón Bonaparte. Napoleón III no era un

emperador de las masas populares, sino que buscaba los favores de la clase adinerada. Todas las conquistas sociales de la revolución de 1848, habían sido arrancadas a los obreros. Los trabajadores franceses no tenían ningún derecho de coalición. En todos los intentos de huelga, eran cruelmente perseguidos por la policía y la justicia. La jornada fue aumentada otra vez a 12 horas. Los salarios y las condiciones de trabajo fueron dictados por los fabricantes. Es cierto que los campesinos franceses no eran tan maltratados como los obreros, pero también para ellos fue el imperio una honda desilusión.

Napoleón I había implantado en Francia una administración justa y correcta. No le hacía falta oprimir a las masas con el poder policial, porque ellas se le confiaban voluntariamente. El ascenso de todo hombre capaz en el Ejército Imperial era, bajo Napoleón I, una especie de compensación por la falta de una democracia política. Todo esto era distinto bajo Napoleón III. El ejército y la administración estaban en manos del viejo sector superior, en tanto no eran acaparados por partidarios personales del emperador. Esos eran un conjunto de aventureros, caballeros de industria y especuladores de la Bolsa, despreciados por toda Francia. Un aparato policial enorme, tan brutal como corrupto, gravitaba sobre la población de las ciudades y del campo. El campesino francés no tenía provecho alguno del gobierno de Napoleón III. La magnificencia imperial se le presentaba solamente en antojadizos procedimientos policiales y en sucios manejos en la Bolsa.

La burguesía adinerada se había conciliado poco a poco, a partir de 1849, con el imperio. Pero ella exigía de Napoleón III una política exterior fuerte y exitosa, que le abriese nuevos campos de actividad. En efecto, Napoleón III hizo en su política exterior bastante ruido. Llevó a cabo dos guerras victoriosas en Europa: la Guerra de Crimea contra Rusia y la Guerra contra Austria en 1859. A esto se agregaron guerras en el Asia Oriental, en México y en África. Sin embargo, el resultado positivo de estas acciones era sumamente exiguo. En 1864 hacia 15 años que Napoleón estaba al frente de Francia. En ese tiempo había conquistado en Europa, Niza y Savoya, y había iniciado en Asia la colonización de la Indochina. Eso era un resultado muy magro. El equilibrio político no se había trasladado de ninguna manera a favor de Francia. Mas bien, había ocurrido lo contrario. Las cuatro viejas y grandes potencias europeas, con las cuales tenía que vencerlas Francia, no se habían debilitado. Junto a esto, había per-

mitido la política inhábil de Napoleón, el surgimiento de una nueva gran potencia. Además se hallaba el reino italiano en una oposición natural hacia Francia, porque Napoleón no permitía a los italianos ocupar Roma, donde las bayonetas francesas defendían el dominio del Papa.

En 1863 estaba embarcado el ejército francés en Méjico en una aventura muy dudosa. Al mismo tiempo se esforzaba Napoleón III, en vano, en proteger a los insurrectos polacos, del Zar de Rusia. La cuestión de la unificación alemana bajo la dirección de Prusia, había vuelto a actualizarse. Por la creación del Reino de Italia, por la cual le correspondía la responsabilidad a Napoleón, tenía Prusia, en cualquier divergencia con los austriacos, siempre un efectivo aliado. Observadores críticos de la política exterior francesa veían ya que de los errores de Napoleón III saldría, además de la unificación italiana, también un conjunto centralizado alemán, bajo la dirección de Prusia. Tan pronto que esto se llevase a cabo, estaba desplazada la proporción de fuerzas europeas gravemente en desfavor de Francia.

La burguesía francesa se daba clara cuenta de la incapacidad personal de Napoleón, que no era otra cosa que un pequeño aventurero quien, aprovechando su nombre y las crisis sociales, se había apoderado del dominio sobre un pueblo de gran cultura y quien mantenía ahora este poder con los medios más indignos. La peor condición política de Napoleón era su ilimitada falta de responsabilidad personal. Era capaz de arrojar a Francia, en cualquier momento, en razón de cualquier ocurrencia, a una guerra peligrosa. De la misma manera no se podía esperar de él una política interior estable, como la pedía la burguesía. Por cierto que había defendido en el primer decenio de su gobierno los intereses de los capitalistas, de la burocracia, de la iglesia y de las familias de los oficiales del ejército. Tomado en conjunto, se había desarrollado la economía francesa y el gobierno favorecía con obras públicas y cosas parecidas a la vida comercial. Pero tan pronto como Napoleón tuviera miedo por su trono, era también capaz de efectuar en su política interna cualquier variación.

Un acontecimiento típico fue la conclusión del tratado comercial anglo-francés de 1860. El emperador se daba cuenta de cómo se desvanecía su popularidad entre las masas. En consecuencia quiso favorecer a la población más pobre con el abaratamiento de los artículos de subsistencia más necesarios y concluyó, para sorpresa de la opinión pública francesa, en ese año, un convenio

comercial con Inglaterra que contenía amplias reducciones de los derechos franceses. Los fabricantes estaban muy irritados. Por ese mismo tiempo mostraba también cierta gente, de la que se valía el Emperador para su política personal, un sugestivo interés por la situación difícil de los obreros franceses. Con semejantes maniobras, no conquistó Napoleón III, por cierto, el favor del proletariado francés, pero en cambio, aumentaba la desconfianza y la inseguridad de la burguesía. ¿Qué razón había para que la burguesía francesa soportase el despotismo imperial, con todas sus desagradables consecuencias, si Napoleón III conducía a Francia, en materia de política externa, en aventuras de incalculables consecuencias, y si en cuestiones de política interna estaba dispuesto a cualquier experimento?

Todos los hombres rectos e independientes de Francia, sin diferencia de clase, despreciaban a Napoleón III y al ambiente que le rodeaba. La máquina de opresión no se dejaba manejar a la vieja usanza, por lo menos no en las grandes ciudades. Las diversas tendencias de la oposición comenzaron cautelosamente una actividad política. Las elecciones parlamentarias habían sido hasta ahora, bajo el terror de la policía imperial, una mera comedia. Pero las elecciones de 1863 tomaron no obstante un carácter serio. Es cierto que los distritos rurales votaron también esta vez a los candidatos prescriptos por el gobierno, pero las grandes ciudades votaron contra el Imperio. Ante todo, fueron elegidos en París, casi exclusivamente, los candidatos de la oposición liberal y republicana.

Tomado así, en conjunto, la elección de 1863 era un severo golpe para el régimen. Era el principio del fin. No solamente las masas laboriosas sino también la burguesía adinerada se levantaba contra Napoleón III. En los próximos años podía esperarse una nueva revolución burguesa en Francia. Comenzaba a hacerse muy dudoso, si el ejército se habría de bajar por el despreciable hereadero de un gran nombre y contra la Nación. Así pareció, pues, que había vuelto para Inglaterra y Francia la situación de 1847. Evidentemente, se estaba en Inglaterra en vísperas de la conquista del sufragio universal por los obreros, y en Francia, ante una revolución republicana. Pero si en París triunfaba nuevamente la revolución, entonces estaban los obreros en el primer plano del escenario político.

Los otros países europeos mostraban igualmente un sugestivo retorno a las condiciones de antes de la revolución de 1848. En

Alemania había despertado la burguesía liberal, a partir de 1859, de la parálisis en que había caído por la revolución derrotada. En los estados meridionales de Alemania, volvía a ganar el liberalismo la dirección. El emperador de Austria hubo de acordar una constitución progresista, y en Prusia se desarrollaba una lucha decisiva entre la aristocracia feudal en el gobierno y la burguesía. En Prusia había quedado, como resultado de la revolución, una constitución con una dieta que no tenía en realidad un gran poder, pero que podía ser en tiempos agitados expresión de la voz del pueblo. Había estallado ahora un conflicto constitucional entre el rey y la nobleza, por una parte, y la burguesía liberal, por la otra. En estas luchas estaban los obreros y los artesanos, como así también la mayor parte de los campesinos, del lado de la oposición liberal. Casi todas las circunscripciones electorales, hasta en los más oscuros rincones agrarios del oeste, enviaban opositores del gobierno a la dieta. El rey Guillermo I y su presidente de ministros, Bismarck habían violado la constitución. Ellos gobernaban dictatorialmente contra el Parlamento y contra nueve décimas partes del pueblo. En Prusia maduraba, evidentemente una situación revolucionaria, y el rey mismo, esperaba en algunas débiles horas, sufrir el mismo destino de Luis XVI.

Los movimientos nacionales habían redespertado también a comienzos de los años del 60. En 1863 estalló en la Polonia rusa un levantamiento que contó con las apasionadas simpatías de toda la Europa Central y Occidental. Hungría se hallaba en creciente fermentación, porque los húngaros rechazaban toda forma del centralismo de Viena, no importa si llevaba la cobertura del absolutismo, como después de 1849, o de un liberalismo alemán tal como apació a partir de 1860. En Italia comenzaron a moverse los acontecimientos a consecuencia de la guerra que había realizado Napoleón III, en 1859, acompañado por Sardinia y dirigida contra Austria. Napoleón obtuvo solamente la cesión de la Lombardía por los austriacos: un resultado magro para los patriotas italianos. Pero después continuó el movimiento popular italiano. Pronto alcanzó como una ola a toda Italia Central, y en 1860 efectuó Garibaldi su famoso viaje a Sicilia. En una brillante campaña de victorias aniquiló Garibaldi, al frente de sus republicanos y patrióticos voluntarios, al carcomido reinado de Nápoles.

La impresión que causaron las victorias de Garibaldi en toda Europa, era enorme. Por primera vez desde hacía largos años, había triunfado la revolución democrática con las armas en las manos.

Los elementos radicales de todos los países cobraban nuevas esperanzas. La autoridad moral de los republicanos de Italia, bajo la dirección de Garibaldi-Mazzini, que se había mostrado ya en 1849 como muy eficiente, era más elevada que nunca. Pero pronto quedó en evidencia que los republicanos italianos sabían vencer, pero que los frutos de sus victorias correspondían a los monárquicos liberales. Con toda su valentía y con todo su amor por las grandes masas populares no tenían los republicanos de Italia programa social alguno que hubieran podido oponer a los liberales monárquicos. La conquista militar de la Italia del Sur, no era demasiado difícil. Pero ella no bastaba si no se cambiaban al mismo tiempo, en forma radical, las condiciones sociales del país. Mientras en la Italia meridional y en Sicilia quedasen millones de empobrecidos e ignorantes pequeños arrendatarios, ex esclavos de los terratenientes, eran Sicilia y Nápoles para el progresista norte de Italia, una ganancia muy dudosa. Garibaldi y Mazzini no tenían, sin embargo, el propósito de desencadenar en Italia la revolución agraria. Así sirvieron pues prácticamente sólo a la causa de la unificación nacional y los frutos de sus victorias los cosechaba el gran estadista liberal del reinado de Sardinia: Cavour. La pequeña Sardinia se convertía en el gran reinado de Italia. Comprendía todos los países italianos, excluidos Venecia, Trento y Trieste, donde se mantuvo Austria, y también Roma, donde las bayonetas francesas defendían el dominio del Papa.

De esta manera pues, seguía sin solución la cuestión nacional italiana, en tanto que Roma y Venecia quedaban fuera de la unidad nacional. La monarquía y el partido liberal gobernante se sometieron a las órdenes de Napoleón III y no osaron un nuevo ataque a Roma. Sin embargo, Garibaldi consideraba incumplida su misión, en tanto que existiesen todavía extranjeros en el suelo de Italia. El y sus voluntarios eran en cierta manera, un contraejército revolucionario que podía ser movilizado en cualquier momento, independientemente del ejército del estado. En sus nuevas arremetidas contra Roma, no tuvo Garibaldi tan sólo al ejército francés en su contra, sino también al gobierno real italiano. En consecuencia subsistía en Italia la crisis nacional y el desencanto acerca de Roma ahondaba nuevamente el conflicto entre el reinado, acompañado por el liberalismo en el gobierno, y el movimiento republicano democrático. Tampoco en Italia había terminado la revolución.

Era así como veía el observador crítico de Europa, en los años

1863 y 64, a la propaganda por el derecho electoral de Inglaterra, a la crisis del Imperio en Francia, al conflicto constitucional en Alemania, a la insurrección de Polonia, al movimiento garibaldino en Italia y a la fermentación en Hungría. Eso era aproximadamente el mismo círculo de países dentro del cual se había desarrollado también el movimiento de 1847 hasta 1849. Pero esta vez habían entrado también en acción, otros dos grandes países, acciones cuya trayectoria parecía inabarcable. En los Estados Unidos había traído la guerra civil entre el Norte y el Sur una enorme renovación de la democracia combativa. La guerra civil americana había iniciado una nueva ensambladura de los movimientos europeos y americanos, en el cual todos los obreros con conciencia de clase y todos los demócratas europeos simpatizaban con el Norte, mientras que los gobiernos capitalistas reportaban sus simpatías al Sur, que era partidario del mantenimiento de la esclavitud. Ya existían proyectos de una intervención de Francia y de Inglaterra en la encilla americana y la democracia europea tenía la obligación de impedir semejantes intervenciones. Si en los Estados Unidos terminaba la guerra civil con la derrota de los tenedores de esclavos, se convertía evidentemente América de nuevo en la Central de una poderosa democracia que se apoyaba en las masas laboriosas del pueblo.

Por el mismo tiempo estaba obligado el emperador de Rusia a abolir la esclavitud. Pero la repartición de tierras rusas fue, lo mismo que era antes, un problema muy malo para las masas campesinas. En consecuencia podía descontarse que los movimientos de luchas políticas de los campesinos rusos habrían de iniciarse recién ahora en forma efectiva, que la inteligencia y la oposición de la burguesía ofrecerían para ello la necesaria base. Rusia ya no era más el monobloque reaccionario de 1848, contra el cual se estrellaban las olas de la revolución centro europea, sino que tenía ahora a la revolución dentro de si misma.

En los años 1863 y 1864, estaban dadas pues, todas las premisas para una renovación de la democracia revolucionaria internacional. Todo dependía de quién habría de conducir ahora a ese movimiento, después de que en los más importantes países de Europa no existían más los partidos democráticos en el espíritu de 1848. Evidentemente tenía que saltar ahora ella misma en forma consciente en la brecha. El proletariado, como clase, debía recoger las armas que habían sido arrojadas por la democracia más antigua. Como idea, era ésto claro y sencillo. En la práctica política, era el asunto de tanta mayor dificultad para ser resuelto. La fuerza y la

debilidad del movimiento democrático más antiguo había consistido en que era una movilización del "pueblo". De ahí se explicaba por una parte la confusa fraseología de casi todos los viejos demócratas en la cuestión social, pero, por otra parte, se explicaba también la apasionada energía con la cual se habían reunido obreros y campesinos, artesanos y estudiantes, bajo la bandera democrática. La idea democrática en 1848, había llevado realmente a las masas en movimiento y sobre las barricadas. Todavía hacía poco que Garibaldi había movilizado con las consignas democráticas y patrióticas a todo el pueblo de la Italia del Sur en la lucha contra el pequeño sector de los señores.

El movimiento democrático había fracasado más tarde por culpa de sus contradicciones sociales. Pero había tenido el gran comienzo, el despertar del pueblo, la voluntad de las masas, para dar su vida por la libertad y un porvenir mejor. ¿Si el movimiento obrero aparecía ahora como heredero de las democracias más antiguas, sería capaz de realizar un comienzo igualmente grande? Cualquier organización obrera estaba en condiciones de ver con más claridad a los problemas reales de la vida social que las viejas democracias. ¿Pero serían los obreros organizados capaces de hallar el punto de partida: de ir desde las pequeñas cuestiones de su vida gremial hacia los grandes problemas de la revolución? ¿Serían los obreros capaces de organizar a las masas de campesinos, artesanos, etc. y conducirlas después al asalto contra el sistema dominante?

En 1848 había propuesto la idea política a las demás consideraciones. Los obreros de todos los países estaban convencidos de que el pueblo debía conquistar por de pronto el poder político. Todo lo demás había de venir después. El movimiento era tan fuerte que a menudo arrastraba consigo a los círculos socialistas apolíticos. Es típico, que en 1848 hasta Proudhon se hizo elegir a la Asamblea Nacional, ciertamente que no como hombre de partido, sino en calidad de socialista independiente. La derrota de la revolución política hubo de quebrar en los obreros la fe en la fuerza de la acción puramente política y con ello en la democracia revolucionaria del tipo más antiguo. En el decenio de 1860-1870 se pueden observar cuatro formas, en que trataban de moldear los obreros su movimiento clasista, en contraposición con la democracia vieja. Esas eran: el Partido obrero político, los sindicatos políticos, el anarquismo apolítico con métodos pacíficos, y finalmente, el anarquismo apolítico con métodos revolucionarios. La primera forma la representaba en Alemania el partido de Lassalle, la se-

gunda estaba representada por los sindicatos ingleses. Las dos tendencias anarquistas las constituyan partidarios de Proudhon y Bakunin.

En Alemania se llegó por los años del 60 a la formación partidista en el ala izquierda de la burguesía. Esos eran movimientos de decidido liberalismo, que se esforzaban en conquistar también a las masas de la pequeña burguesía y a la clase obrera. La forma específica alemana de la democracia de 1848, que no había sido nunca otra cosa que un ala izquierda del liberalismo con tendencias pequeño-burguesas, fue absorbida por los nuevos partidos: en Prusia lo era el Partido Progresista Alemán y en la Alemania Meridional el Partido Alemán Popular. En ambos partidos actuaban hombres que eran considerados en 1848 como demócratas, como por ejemplo, Schulze-Delitzsch, en el Partido Progresista, y Carlos Mayer, en el Partido Popular; no obstante es digno de mención que ambos partidos evitaban en su nombre oficial, la caracterización como demócratas. Se tenía la impresión que para un partido pacífico y legal de la burguesía, no quedaba bien la palabra "demócrata", o como lo expresó en forma cruda Lassalle: "La vieja, honrada y clara palabra «democracia» fue destenida en el nombre hipócrita del «Partido del Progreso».

A comienzos de los años del 60, hacia tiempo que en Alemania había desaparecido la Liga Comunista. Solamente pocas personas tenían relaciones directas con Marx y Engels en Inglaterra. Los obreros que tenían algún interés por el movimiento político radical, se plegaron al ala izquierda de la burguesía, al Partido del Progreso y al Partido Popular. Por separación de las asociaciones obreras de estos dos partidos, se formaron luego las dos fracciones social-demócratas independientes de Alemania. La meta popular del movimiento social-reformista entre los obreros, como entre la pequeña burguesía empobrecida, la constituyía aún la cooperativa en la concepción de Luis Blanc. Si se miraban bien las cosas, no tenía la burguesía liberal ningún motivo de asustarse de las cooperativas. Así fundó también Schulze-Delitzsch en nombre del Partido Progresista, cooperativas, y en consecuencia podían estar los obreros en Prusia conformes con esa fuerza política: el partido conducía a la lucha por la libertad. Precisamente en 1863, se hallaban los progresistas en conflicto con el Rey y con Bismarck, y por el mismo tiempo formaron los obreros sus cooperativas. Es cierto que Schulze-Delitzsch pedía — a diferencia de Luis Blanc —

que las cooperativas no fuesen puestas en marcha con la ayuda del Estado, sino con los medios de los asociados mismos.

Era, sin embargo, una situación absurda que el proletariado alemán, que crecía continuamente en número y en conciencia, hubiese de quedar a la zaga de la adinerada burguesía. En 1848 no habían entendido los obreros bajo democracia, una conciliación de clases con los fabricantes y banqueros. Después del derrumbe de la democracia revolucionaria en 1849, se habían refugiado los remanentes democráticos bajo las alas protectoras del liberalismo burgués. Era tan sólo expresión de la derrota de todas las fuerzas populares de Alemania, si los obreros acompañaban por un cierto tiempo este movimiento de retroceso. Pero hubo de venir el momento en que la clase obrera alemana fundase, después de la desaparición de la democracia revolucionaria más antigua, su propia democracia.

Cuando los obreros alemanes comenzaron a independizarse políticamente, hallaron en Lassalle un dirigente de gran valor. El era la más importante cabeza entre los jóvenes políticos e investigadores sociales de Alemania, que hicieron suyas las enseñanzas de Marx. Lassalle aprovechó la divergencia de opinión dentro de las asociaciones obreras progresistas, para librar la lucha con Schulze-Delitzsch y la burguesía. Desarrolló ante los obreros alemanes las realidades de la lucha de clase y lo hizo con suma agudeza. Exigió para los obreros alemanes el sufragio universal, que no tenían entonces ni en Prusia ni en Alemania del Sur ni en Austria. Exigió que el Estado favoreciese con sus medios las cooperativas de producción de los obreros. Solamente así sería factible un resultado positivo, mientras que las cooperativas del tipo Schulze-Delitzsch, habrían de perecer lamentablemente por falta de medios.

En 1863, fundó Lassalle el *Allgemeinen Deutschen Arbeiterverein* (Asociación General de Obreros Alemanes). Este fue el primer partido obrero independiente y con perspectivas de vida en tierra alemana, porque la Liga Comunista había sido solamente un pequeño grupo sin apoyo en la masa. La Asociación Obrera de Lassalle era un partido democrático, puesto que exigía el sufragio universal y la toma del poder en el Estado por el pueblo trabajador. Marx y Engels saludaron la fundación del partido de Lassalle, con muy encontrados sentimientos. Por de pronto, les molestaba la teoría cooperativista, que Lassalle no había tomado de ninguna manera de Marx, sino de Luis Blanc. Marx no creyó que

fuera precisamente esta discusión, acerca de la más acertada forma de las cooperativas, lo que constituía el apropiado punto de partida para un nuevo partido obrero. Marx no temía de la propaganda cooperativista sino confusiones y contragolpes. Lo peor era que algunas cooperativas de producción se pueden fundar fácilmente con ayuda del estado dentro del marco del capitalismo. Así, se habían hecho precisamente en Francia, después de la masacre de los obreros en la batalla de junio de 1848, unos cuantos experimentos cooperativistas. Schulze-Delitzsch demostró que la burguesía liberal podía crear igualmente cooperativas obreras. Hasta el Rey de Prusia podía, si se le ocurría, financiar algunas cooperativas de producción: de esa manera se habría de convertir precisamente la vanguardia del proletariado, en jubilados del Estado Policial Prusiano.

La objeción principal que tenían Marx y Engels contra Lassalle y sus continuadores, no se hallaba sin embargo en el terreno de las cooperativas, sino en el de la táctica política general. Precisamente en 1863, cuando Lassalle comenzó su agitación, se encontraba la burguesía liberal de Prusia en un agudo conflicto con la monarquía y el gobierno. Para crear su Partido Obrero, Lassalle hubo de dirigir en ese momento todo su fuego contra el liberalismo burgués, y de esa manera se convirtió, de buen o de mal grado, en un aliado táctico de Bismarck, vale decir, del gobierno de los nobles prusianos. Lassalle, un pensador independiente, de reflexiones extraordinariamente agudas, tenía una noción clara de las consecuencias, y no las temía. Lassalle no creyó que la burguesía liberal alemana fuese capaz, bajo cualquiera de sus agrupaciones, para una lucha revolucionaria. En el momento decisivo retrocedería la burguesía ante la monarquía y la aristocracia, lo mismo como lo hizo en 1848-49. No había razón, según Lassalle, de disminuir la agitación del Partido Obrero contra el liberalismo, bajo la esperanza fijada en acciones revolucionarias de liberales que nunca se producían. La democracia nacional del porvenir podía ser fundada en Alemania solamente por la clase obrera, y por un tipo de clase obrera que ha roto con el capitalismo liberal. La apariencia de una alianza del Partido Obrero con el Gobierno de la nobleza prusiana es desagradable, pero por eso no se debía entregar la finalidad principal. Lassalle reconoció, además, que estaba a punto de producirse una solución de la cuestión alemana y que esa solución sería posible solamente bajo la dirección de Prusia. Por eso debía prepararse la clase obrera, ya desde ahora, para una Alemania nueva,

centralizada y dirigida por Prusia. Todo depende de conquistar en esa nueva Alemania el sufragio universal. No es imposible que Bismarck, si llega a dificultades cada vez mayores y si la presión de las masas aumenta, acuerde finalmente un amplio derecho electoral. Semejante Parlamento Alemán del Reich, surgido del sufragio universal no tendría, por de pronto, un poder muy grande al lado de la monarquía militar prusiana. Pero proveería la base sobre la que se puede engrandecer el Partido Obrero Democrático Alemán. Por el momento, parece tal vez como si el movimiento democrático obrero, fuese un instrumento de Bismarck. Al final, quedará sin embargo en evidencia quién ha jugado con quién.

Eso eran más o menos las ideas básicas de Lassalle desde la fundación de su partido, hasta su temprana muerte en 1864. Debe admitirse que ha visto en el porvenir de Alemania con una maravillosa clarividencia, como raras veces la tienen los profetas políticos. Aproximadamente ha venido todo así como se lo había imaginado Lassalle. Pocos años después de su muerte fue centralizada Alemania bajo dirección prusiana y con exclusión de Austria. La oposición de los liberales contra la nobleza militar prusiana, fracasó lamentablemente, pero Bismarck acordó, no obstante, el sufragio universal. El Partido Obrero creció de elección en elección y en 1918, hubieron de entregar los herederos políticos de Bismarck y de Guillermo I, el campo a los sucesores de Lassalle. Sería, en consecuencia, muy simple que la historia hubiese de constatar que Lassalle tenía razón en todo y que Marx y Engels estaban equivocados. En el caso especial de Alemania, habría empleado Lassalle, ciertamente, la verdadera táctica para crear un partido obrero independiente. Pero Marx y Engels han hallado, no obstante, con su crítica general el punto vulnerable de todo el movimiento obrero socialista, desde 1863 hasta el presente.

Marx, al criticar a Lassalle, se fijaba ante todo en la situación política de la Prusia de aquellos tiempos, en la lucha de la burguesía contra monarquía y aristocracia. Marx estaba muy lejos de sobreestimar la fuerza de choque del Partido Progresista de Berlín, pero de todos modos existía un gran conflicto de principios entre liberalismo y aristocracia militar, y en semejante conflicto, no debe hallarse el Partido Obrero, nítida, ni directa ni indirectamente, del lado de la nobleza feudal. La Asociación General Obrera Alemana luchaba por cierto contra los capitalistas, pero descuidaba, en opinión de Marx, la cuestión agraria. El Partido de Lassalle no hacía nada por los oprimidos obreros rurales, al Este del Río Elba.

Por el contrario, amortiguaba toda política contra aristocracia y monarquía.

Después de la muerte de Lassalle tomó Schweitzer la dirección del movimiento. Era también un político hábil e inteligente y bajo el cual continuó el partido el camino trazado por su fundador. A fines de 1864, con motivo de querer crear un órgano partidario, pidió Schweitzer a Marx y Engels que colaboraran en el mismo. Ambos no habían publicado hasta entonces su crítica a Lassalle y ellos prometieron su colaboración en la esperanza de poder influenciar, de esta manera, al Partido Obrero Alemán. Pero cuando la tendencia de Schweitzer y de su partido no se modificaba, se produjo la ruptura. En febrero de 1865, escribió Engels, con referencia a la agitación de los lassallanos, las siguientes líneas a Marx: "En un país preferentemente agrario como es Prusia, es una infamia lanzarse en nombre del proletariado industrial exclusivamente sobre la burguesía, en tanto que no se dedica una sola palabra a la explotación vejadora y patriarcal del proletariado del campo por la alta nobleza feudal". Pocos días más tarde declaró Marx en una carta a Schweitzer su ruptura con el partido de Lassalle y cesó la colaboración en el órgano de la Asociación Obrera General Alemana.

La carta de Marx es un documento unilateral pero magnífico. Marx asegura que no ha pedido nunca de los lassallanos que provocasen, con una polémica desorbitante, un conflicto con la policía y la justicia. "Una forma de política contra el Gobierno, que sea posible aún bajo el meridiano de Berlín, es una cosa muy distinta de coquetería o hasta de un aparente compromiso con el Gobierno... Está fuera de toda duda que habrá de venir el desengaño sobre la desdichada ilusión de Lassalle, acerca de una intervención socialista de parte del gobierno prusiano. Habrá la lógica de los acontecimientos. Pero el honor del Partido Obrero exige que rechace semejantes ilusiones aún antes de que se estrellen por la experiencia. La clase obrera es revolucionaria o no es nada".

Marx cometió con Schweitzer una grave injusticia al ver en él en alguna manera a un agente del gobierno de Prusia. Schweitzer, lo mismo que Lassalle anterior, no ha trascendido nunca ni un solo instante a la clase obrera y a la democracia en interés de Bismarck. Más bien se explica la táctica de Schweitzer por las exigencias prácticas de su partido y de los deseos y estados de ánimo de la misma clase obrera alemana. El pequeño partido de los las-

sallanos tenía entonces una situación extraordinariamente difícil. Para tener alguna perspectiva de existencia, debía quitarle, por de pronto, una considerable cantidad de obreros a las filas del liberalismo burgués. Eso era solamente posible con una intensa polémica contra las consignas liberales. Si el partido hubiese emprendido al mismo tiempo una propaganda entre la población rural, habría pulverizado sus fuerzas en semejante acción de doble efecto y es muy probable que no habría rendido nada en ninguno de los dos terrenos. Por el otro lado, quiso tener el sector del proletariado alemán con más conciencia de clase un verdadero partido obrero, un partido que defendiera en forma clara y terminante a los obreros y que no mezclase nuevamente a la causa de los trabajadores con la de otras profesiones.

Marx y Engels, en cambio, no tienen la preocupación acerca de cómo crear lo más rápidamente posible en Alemania algún partido socialista, sino cómo se favorece a la revolución. Esta no es posible en Prusia si los obreros urbanos se aislan, sino que los obreros deben aliarse con la población campesina pobre y derrotar conjuntamente a la monarquía militar, vale decir, que deben realizar lo que se llama la revolución burguesa, por encima de las cabezas de la burguesía. Marx y Engels exigían del partido de Lassalle que se comportase como un partido demócrata revolucionario; que continuase la obra de 1848, pero limpia de los agregados y de las frases pequeño-burguesas. Sin embargo, por aquel entonces era muy difícil conquistar precisamente a la parte más consciente del proletariado europeo para semejante política. Cuanto más conocimiento cabal de su propia situación dentro de la sociedad burguesa tenía la avanzada del proletariado, tanto más se aislaba, tanto más elaboraba lo específicamente proletario, como contraparte a todos los sectores y tendencias de la clase privilegiada. En ese período se inclinaba un movimiento proletario radical a ver en aristócratas y campesinos, en fabricantes y universitarios por igual a "una masa reaccionaria uniforme". Pero con esto se aislaban los obreros e imposibilitaban el emprendimiento de una política revolucionaria.

Como ya se destacó más arriba, había enrostrado Lassalle a la burguesía y con especialidad a los radicales burgueses, que negaban el nombre de la democracia. La consecuencia de esto fue que el movimiento obrero independiente alemán, que se iniciaba, reclamaba ese nombre para sí. El movimiento político obrero alemán comenzaba a llamarse "socialdemocrático", en el sentido de

la tradición de 1848. Idiomáticamente no tenía este calificativo objeción alguna, porque debía dominar a un movimiento que exigía un gobierno autónomo del pueblo, en base al sufragio universal, agregando a esto al mismo tiempo la transformación de la sociedad en interés de las masas trabajadoras. Históricamente, en cambio, era la denominación menos correcta, porque los nuevos partidos obreros abandonaban en su aislamiento clasista lo esencial de la democracia histórica.

Marx y Engels no estaban satisfechos con la rotulación de su movimiento obrero como de "socialdemocrático". Schweitzer había comunicado en 1864, que el diario de la Asociación Obrera General Alemana debía llamarse *Der Sozialdemokrat*. A continuación escribió Engels a Marx: "¿Qué título de porquería: *Der Sozialdemokrat*! ¿Por qué no llama esta gente la cosa directamente: 'El Proletario?' Marx contestó con más diplomacia: "Sozialdemokrat es un mal título pero tal vez sea mejor no dar el mejor título de entrada para alguna cosa que tal vez puede fallar". En 1848 no se habían avergonzado Marx y Engels de ninguna manera por el nombre demócrata, pero en 1864 les pareció ese título del diario como una renovación de la firma Ledru-Rollin y de Luis Blanc en quiebra. Finalmente, aceptaron el nombre en la convicción de que la pésima denominación era bastante buena para los lassallanos. En esta forma rara ha nacido el calificativo de "socialdemócratas" para los partidos obreros marxistas.

El nombre de la socialdemocracia quedó popular entre los obreros alemanes en actividad política. Cuando en 1866 apareció junto a la organización de Lassalle un segundo partido obrero, se le llamó Partido Obrero Socialdemócrata. Lassalle había fundado su fracción con el desprendimiento de obreros prusianos del Partido Progresista. Una tarea equivalente efectuaban ahora Guillermo Liebknecht y Bebel en Sajonia y la Alemania Meridional. En esas regiones hubieron de ser captados los obreros del Partido Popular. Ambos partidos se diferenciaban ante todo por su distinta posición hacia la cuestión alemana. Lassalle y sus sucesores se habían adaptado a la solución prusiana del problema alemán. En cambio, el Partido Popular representaba en la Alemania del Sur y del Centro, el ala decididamente antiprusiana del liberalismo.

Los pequeños burgueses del Sur de Alemania, habían perdido, ciertamente, desde 1849 en forma total su inclinación hacia las acciones revolucionarias. Pero, como entonces, no querían saber nada del centralismo prusiano y defendían la cordial autono-

mía de sus pequeños países. Esa era la forma práctica bajo la cual vegetaba la "democracia" después de 1866 en esas regiones. La parte moderna y progresista de la burguesía estaba ahora con Bismarck y la unidad alemana. Esta tendencia era representada por el Partido Nacional Liberal. Contra ella luchaban en la Alemania del Sur los pequeño burgueses del Partido Popular, como así también los amigos católicos de Austria. En Baden y en el Palatinado quedó la democracia a partir de 1849 de tal manera arruinada, que la dirección correspondía allí a los liberales nacionales. En Baviera tenían los campesinos y artesanos católicos su propio partido particularista. Así quedaron para el Partido Popular: Würtemberg, Frankfurt y algunas partes de Sajonia. Las Asociaciones Obreras que originariamente estaban cerca del Partido Popular, se independizaron y se congregaron en el Partido Obrero Socialdemocrático.

El nuevo partido se hallaba bajo la dirección de Guillermo Liebknecht. Siendo un hombre muy joven, había participado en el movimiento badense de 1849, perteneciendo entonces a la tendencia de Struve. Luego se fue al exilio, a Londres, donde se agregó a Marx. Siempre tuvo el propósito de ser un fiel partidario de este y hacer política en el sentido de Marx. Sin embargo, nunca le fue posible lograr para su actuación política práctica el acuerdo de Marx y Engels. Guillermo Liebknecht demostró después de su regreso a Alemania, que era un destacado orador y organizador; supo ganar la confianza de los obreros y mantener también bajo difíciles circunstancias la unidad del movimiento. Pero, como es natural, le faltaba la comprensión más profunda para problemas científicos y para las grandes conexiones políticas. Por espacio de 30 años llevaron los métodos de Liebknecht a Marx y a Engels a la desesperación.

El Partido de Liebknecht se diferenciaba de los lassallianos, ante todo, por su pronunciada tendencia anticristiana. De esta manera recibió la propaganda del partido un carácter vivaz y apasionadamente revolucionario. Pudo haber sido efectivamente la misión de un partido obrero democrático alemán, después de 1860, y reunir en su alrededor a todos los adversarios del sistema de Bismarck. Pero Liebknecht y sus amigos no eran capaces de encontrar una línea independiente en las grandes cuestiones políticas del día. Por cierto que defendieron valientemente los intereses profesionales de los obreros alemanes, pero al mismo tiempo cayeron en una completa dependencia del particularismo antiprusiano del Partido

Popular. La dirección del Partido Obrero Socialdemócrata se colocaba —tan sólo para jugarle una mala partida a Bismarck— a favor de la casa de Austria, de las pequeñas cabezas dinásticas destituidas por Prusia y del filisteísmo de los pequeños estados. Es perfectamente comprensible la indignación de Marx y Engels contra Guillermo Liebknecht y su táctica. Pero de este ejemplo se ve lo difícil que era entonces para un partido obrero independiente en Europa, hallar su propio camino político. Tan pronto como los obreros y sus dirigentes abandonaban el sendero conocido de la democracia revolucionaria, se encontraban en la maleza de la nueva tierra política. Cada paso hacia adelante tenía sus riesgos y por lo general solía errarse el camino.

De que la fundación del Partido Obrero Independiente Alemán, en 1863, no salía de un capricho de amor propio de Lassalle, sino que enraigaba hondamente en las condiciones de su tiempo, muestran los correspondientes acontecimientos en Francia. Desde que Napoleón no se sentía seguro y observaba el crecimiento de la oposición, comenzó a jugar con el movimiento obrero. En 1862 permitió el Gobierno Imperial a los obreros franceses elegir una especie de representación profesional. Esta delegación obrera debía representar al proletariado francés en la exposición Mundial de Londres, que se realizaba por aquella fecha. Semejante contacto entre obreros franceses e ingleses, auspiciado por Napoleón III, hubo de ser más tarde de importancia para la constitución de la I Internacional. Napoleón no hizo absolutamente nada positivo por los obreros franceses, pero al cabo se legalizaron por lo menos ciertas organizaciones obreras que eran moderadas en sus propósitos. Semejantes grupos obreros resolvieron presentarse en forma independiente a las elecciones parlamentarias de 1863 en París. Los candidatos obreros se dirigían en manifiestos a los electores; manifiestos que destacaban con extraordinaria claridad la diferencia de clase entre obreros y capitalistas, como así también la necesidad de un partido obrero independiente. Eso era en el mismo año en que Lassalle comenzó su gran agitación en Alemania.

Ambos movimientos eran absolutamente independientes. Los dirigentes del movimiento obrero político en París eran hombres honrados, que no tenían nada que hacer con las maniobras de Napoleón, y aprovechaban la mayor libertad de movimiento que había alcanzado la masa obrera. No obstante, implicaba la presentación de candidatos obreros independientes en París, en ese mo-

mento, una desarticulación de la oposición contra Napoleón. De la misma manera que los liberales alemanes presentaban a la agitación de Lassalle como una acción de ayuda a Bismarck, veían los republicanos burgueses de Francia en las candidaturas obreras una maniobra de Bonaparte. Es significativo que los candidatos obreros de París, en 1863, tuvieron un fracaso total, reuniendo tan sólo unos cuantos centenares de votos. Igualmente pequeños eran, por otra parte, los resultados electorales de los dos partidos socialistas alemanes en los primeros tiempos. En el Norte de Alemania hubo de 1867 a 1877 cinco elecciones generales con el sufragio universal, pero recién en 1877 fueron elegidos en Berlín los primeros diputados socialistas. La idea de un partido obrero independiente, separado de la oposición democrático-burguesa y republicano-burguesa, conquistaba entre el proletariado solamente con mucha lentitud sus partidarios.

La segunda forma de separación del proletariado de la política partidista democrática, de estilo más antiguo, se mostró en Inglaterra. Allí los sindicatos se hicieron cargo de la herencia del movimiento cartista. Para la desaparición del Partido Cartista hubo, además de todas las imaginables razones personales, locales y casuales, dos motivos de capital importancia. Por de pronto actuó el derrumbe total de la democracia revolucionaria continental, a partir de 1849, en forma paralizadora sobre el movimiento paralelo en Inglaterra. Además no bastaba a la masa obrera inglesa la concentración unilateral de la propaganda cartista en pro del derecho del sufragio. Ciento que los obreros ingleses de ilustración política lo exigían también ahora; pero paulatinamente se sentían distanciados de un partido que hablaba solamente de la reforma parlamentaria y posponía las exigencias diarias, prácticas, del proletariado. A la larga no bastaba a los obreros ingleses la promesa cartista, de que después de la reforma electoral habría de modificarse todo. De esa manera encontraron también ellos un clima político en sus organizaciones profesionales, en los sindicatos.

Eso no quería decir que los obreros ingleses se habrían convertido ahora en adversarios de toda actividad política puesto que los sindicatos ingleses han luchado entonces, con renovado fervor, por el sufragio universal y ejercido su influencia en las cuestiones políticas internacionales. Pero, los obreros ingleses ya no tenían la convicción de que sólo un partido político democrático del proletariado podía favorecer sus intereses. Tal vez producía la presión de los obreros sindicalmente organizados sobre los partidos exis-

tentes de la burguesía el mismo efecto o tal vez aún mejor. De esta suerte se pudo percibir, también en Inglaterra, un alejamiento de las masas del más antiguo ideal del partido democrático.

Los amigos de un Partido Obrero Independiente en Alemania y en Francia, coincidían con los sindicalistas políticamente activos de Inglaterra en que atribuían a la actividad política dentro del marco del Estado existente y de su constitución, una mayor importancia. Los alemanes y los franceses querían tener sus diputados obreros en el Parlamento. Los ingleses querían poner a los partidos burgueses del Parlamento bajo una presión desde afuera. Todos ellos creyeron igualmente en la importancia de la actividad política en el parlamento y en el estado.

Junto a esto se desarrolló entre los obreros europeos una tendencia totalmente opuesta. También ella se hallaba en oposición a la democracia tradicional, pero ella iba más lejos. Ella rechazaba por completo la actividad política dentro del marco del estado existente. Ya se ha hecho referencia más arriba, que el socialismo utópico más antiguo había despreciado el método político para la transformación del estado. El derrumbe total de la revolución europea en 1849, el fracaso de todas las acciones políticas de las masas, que había comenzado con tanto entusiasmo y espíritu de sacrificio, pareció dar la razón a los escépticos.

Desde un principio tenían muchos socialistas utópicos una tendencia anarquista, quiere decir, que exigían la disolución del Estado coercitivo y centralizado y su reemplazo por comunidades pequeñas, más sueltas y de administración autónoma. Proudhon continuó la vieja crítica del centralismo y del estado coercitivo. No solamente rechazaba el existente estado capitalista o feudal, sino que tenía la más honda desconfianza contra todo intento de realizar el socialismo mediante un gran aparato de coerción centralizada. Gente que piensa como Proudhon no halla un progreso substancial en que la población obrera sea dirigida por un aparato estatal de empleos, centralizado, aun cuando éste se llame "socialista". En la generación actual señalan los partidarios de las ideas de Proudhon frecuentemente hacia Rusia, como demostración de lo justos que eran sus temores. Proudhon y su escuela no ven en ninguna revolución un progreso, si ésta está bajo la dirección de una máquina partidista centralizada, puesto que entonces sólo caen las masas de una dependencia en otra.

Estrechamente vinculado a la crítica del estado centralizado, está su rechazo del partido político, por cuanto el partido es, en

cierta manera, un estado en escala menor, con la tendencia de convertirse finalmente, a su vez, en estado. El partido materializa a la autoridad lo mismo como lo hace el Estado. Por más radicales exigencias que establezca un partido, y por más que prometa a sus partidarios la República, la democracia y el socialismo, no tiene esto, prácticamente, una gran utilidad, pues una vez que el partido conquista el poder político, domina al pueblo con la ayuda de su aparato en igual manera como lo hizo el gobierno anterior. El terreno en el cual se desarrollan los partidos políticos lo constituye el parlamento. Los políticos de los partidos inducen a las masas a votar por ellos y les prometen toda clase de conquistas, que han de ser logradas en el parlamento. Pero, en realidad, aprovechan los dirigentes partidistas el parlamento exclusivamente en obsequio de su poder personal. Los anarquistas recomiendan, en consecuencia, al pueblo, alejarse de los partidos políticos y no participar en las elecciones.

Un anarquismo pacífico, que aprovechaba determinadas ideas de Proudhon, ganó, por los años del 60, influencia entre los obreros franceses. Lo característico de estos obreros era su desconfianza hacia los partidos políticos y las acciones de la burguesía; y el señalamiento de los intereses especiales de clase trabajadora y el rechazo de toda organización obrera con una fuerte autoridad centralizada. La mayoría de los obreros de París consistía, en aquel tiempo, de demócratas revolucionarios, para los cuales simbolizaba el nombre Blanqui toda una meta. Pero esta tendencia, que esperaba la próxima oportunidad para el levantamiento, no se pudo organizar bajo el peso de la policía bonapartista. La posibilidad de asociarse existía solamente para la minoría pacífica y moderada, en la que se cruzaba un proudhonismo popular con los proyectos del nuevo partido obrero.

En realidad corresponde al anarquismo más bien una tendencia pacífica, porque toda revolución o acción violenta presupone una coalición de la masa. Para semejante coalición se necesitan dirigentes y disciplina, una autoridad, pues. Ahora bien, el anarquista escéptico no tiene precisamente respeto alguno por una de esas autoridades que se llaman revolucionarias. Es así que el anarquismo consecuente conduce con toda evidencia a que sus partidarios eviten acciones precipitadas. En lugar de eso quieren fomentar la ilustración de las masas y hacerlo durante tanto tiempo, hasta que el pueblo esté maduro para introducir por su propia y libre voluntad un mejor orden del mundo.

Pero junto a los anarquistas moderados, que se sentían como discípulos de Proudhon, había todavía otra tendencia. Esos eran apasionados revolucionarios que odiaban el orden existente con el mismo encono que los radicales demócratas, pongamos por caso: los blanquistas. También ellos querían el levantamiento, pero éste no debía ser la obra de un partido organizado, sino que debía surgir de la masa misma. Debían ser las masas, las cuales sin ser dirigidas, rompiesen el yugo para colocar en lugar del viejo estado centralizado de los capitalistas y monárquicos, pequeñas y libres cooperativas. Semejante anarquismo revolucionario, que tiende al activismo, está lleno de graves contradicciones internas, puesto que tan pronto como el movimiento tuviese éxito, habría de crear una organización que contradice a sus propias tendencias.

La segunda forma del anarquismo la representó, ante todo por los años del 60, el revolucionario ruso Bakunin. Su actuación se desarrolló generalmente en Europa Occidental y fue partícipe, por ejemplo, en el levantamiento de Dresden de 1849. Bakunin hizo la revolución pero sin el establecimiento de una nueva autoridad política. Más tarde quedó de relieve que esta forma singular del movimiento puede encontrarse solamente entre masas populares especialmente desencantadas, enconadas y atrasadas. A estas pertenecen, ante todo, el proletariado rural de España e Italia. Desde comienzos del siglo XIX, había sucedido en España una revolución a la otra. Los monárquicos luchaban contra los republicanos; la nobleza feudal estaba en pugna con la burguesía; los libres pensadores atacaban a la iglesia. Todos los imaginables grupos de oficiales del ejército y políticos civiles, luchaban por la influencia en el Estado. Los partidos prometían a las masas montañas de oro, pero nada cambiaba en la situación social del pueblo. La pobre población campesina hubo de someterse invariablemente a los grandes terratenientes. Parecido había sido el desarrollo en Italia. Allí luchaban los cléricales feudales del viejo tipo, con los liberales modernos; y a éstos se agregaban los republicanos de Mazzini. El partido de Mazzini había creado también algunas asociaciones obreras, pero por la masa del proletariado rural del Sur, no se hacia nada. Los oprimidos trabajadores agrarios de la Europa Meridional, que no sabían leer ni escribir, estaban dispuestos a levantarse contra sus señores, pero ellos desconfiaban de todos los políticos y partidos y preferían luchar personalmente, sin "dirigentes": cada aldea para sí. Para semejante sector popular parecía la propaganda revolucionaria anarquista como creada a propósito.

Es así, pues, como el movimiento obrero europeo de los años del 60, ofrece un cuadro poliforme. Se cruzaban todas las tendencias, pero en todos los países se puede reconocer un alejamiento de la democracia de 1848 y un empeño para hallar nuevas formas del movimiento proletario. Por todas partes existía la impresión de que los obreros con conciencia de clase, de todos los países, debían unirse porque tenían misiones comunes.

7. FUNDACION DE LA I INTERNACIONAL

La agudizada situación política europea, alrededor de 1863-64, puso a los obreros en movimiento. Al frente se hallaban los trabajadores ingleses. Ellos no luchaban solamente por la reforma electoral, sino que también hacían manifestaciones a favor de Italia y Polonia. Cuando Garibaldi visitó Inglaterra, le prepararon los obreros un recibimiento oficial.

La guerra civil norteamericana trajo para una gran parte de los obreros ingleses graves miserias. La flota del Norte bloqueaba a los puertos del Sur e impedía la exportación del algodón a Europa. Así faltaban a la industria textil inglesa las necesarias materias primas y centenares de miles de obreros quedaron sin ocupación. Un simple egoísmo profesional debió haber conducido a que los obreros exigiesen el cese del bloqueo y el libre transporte del algodón, tomando así posición a favor del Sur y contra el Norte. Pero en un grandioso movimiento de solidaridad internacional democrática, se colocaron los sindicatos ingleses y sus afiliados del lado del Norte. Ellos exigían la derrota de los tenedores de esclavos, aún cuando debido a esto sufriesen penurias. Las simpatías europeas siguieron durante la guerra civil americana en manera muy característica la línea de clases. Así, en Inglaterra, la mayoría de los sectores dominantes estaba de parte del Sur, pero el proletariado, casi cerradamente, por el Norte. Las manifestaciones de los obreros ingleses por Lincoln y contra la esclavitud, han contribuido considerablemente para evitar una intervención de las grandes potencias europeas, en la guerra civil americana.

Cuando la larga lucha cambiaba en América paulatinamente a favor del Norte, contribuyó esto a levantar en forma extraordinaria la seguridad en sí mismos de los obreros ingleses. Los sindicatos reforzaron la situación por el sufragio universal y aspiraban a extender mejor sus relaciones internacionales. En esto em-

pleaban los trabajadores ingleses la amistad que los unía nuevamente, a partir de 1862, con el proletariado francés. En otoño de 1864, fue una invitación de los sindicatos ingleses a las asociaciones obreras francesas, para una manifestación común a favor de Polonia. Los hombres autorizados del lado inglés eran Odger, el presidente del Cuartel sindical de Londres, y Cremer, el secretario de la Unión de Albañiles. Odger era al mismo tiempo Presidente de la Unión de Agitación Sindical pro sufragio amplio. Odger y Cremer habían dirigido también las manifestaciones londinenses a favor de Norte América y de Garibaldi.

Las organizaciones obreras con las cuales entraron en relación, eran aquellas de existencia legal que pudieron desarrollarse en los últimos años bajo la tolerancia de Bonaparte. Eran amigos de un partido obrero y tenían al mismo tiempo ciertas ideas proudhonianas. Ambas cosas se dejaban comprender, más o menos, en el sentido de que se aspiraba a un partido obrero que no fuera un partido político, en el sentido de la burguesía, sino una organización de clase sin autoridad al frente y con absoluta autonomía administrativa de sus miembros. Como representante de los obreros parisienses vino a Londres, entre otros, Tolain, uno de los candidatos obreros en las últimas elecciones. El 28 de septiembre de 1864 fue efectuada en la capital inglesa una gran asamblea obrera. Además de los ingleses y franceses, participaron también algunos delegados de las organizaciones obreras italianas, de la tendencia de Mazzini. También se invitó a Marx, para hacer presencia como representante de los obreros alemanes. Marx se dio cuenta de que esta vez se trataba de un movimiento serio y aceptó la invitación.

En la manifestación londinense se resolvió crear una asociación obrera internacional que debía comprender por de pronto a las organizaciones obreras de Inglaterra, Francia, Italia y Alemania. Los obreros de los demás países eran invitados a adherirse. La dirección de la Internacional la tomó un consejo general, con sede en Londres. En el consejo general pronto obtuvo Marx la influencia decisiva. Proyectó el programa de la Internacional y dirigía su política.

Es digno de mención que no fueron Marx y Engels los que fundaron la "primera" Internacional, sino que la idea vino de los mismos trabajadores; ante todo de los sindicatos ingleses. Marx recogió recién después el plan de los obreros ingleses. Además no eran los estrechos intereses profesionales de los trabajadores los que condujeron a la fundación de la Internacional, sino las gran-

des y generales cuestiones de la política internacional. La causa inmediata para su fundación no fue una huelga, sino una acción de simpatía por Polonia, un asunto con el cual los obreros, desde el punto de vista profesional, no tenían nada que hacer. La formación de la Internacional habría sido inconcebible sin la colaboración internacional anterior de la democracia europea. Fue la política exterior de los cartistas la que suministró el más importante precursor de la Internacional. La manifestación londinense de 1864 era la directa continuación de los actos que realizaron antes y después de 1848, los "demócratas fraternales" en Londres. La primera Internacional era un magnífico intento de la clase obrera europea, para recoger los hilos que había dejado caer la democracia más antigua. El propósito fundamental era el de cambiar con la victoria política de la democracia proletaria también la situación económica de la clase obrera en todos los países.

Por cierto que en los comunicados y en los congresos de la Internacional desempeñaron también un importante rol los específicos intereses profesionales de los obreros, y Marx se esforzaba en todo momento por mostrar la relación entre las pequeñas preocupaciones diarias del proletariado y de los grandes movimientos políticos. En 1867 suministró la Internacional a los bronceros de París, que se hallaban en huelga, un apoyo financiero de los sindicatos londinenses. Este acto de solidaridad proletaria internacional, causó una gran sensación y contribuyó considerablemente a la victoria de los obreros parisienses en huelga. Marx estaba orgulloso de ese éxito. No obstante, no vieron Marx y Engels nunca en las cosas político-económicas la misión esencial de la Internacional. Desde 1866 hasta 1869 realizó la misma todos los años su congreso, ya sea en Suiza o en Bélgica. Marx y Engels no visitaron los congresos y no tomaron muy en serio los acuerdos tomados sobre problemas económicos y sociales. Tampoco se indignaba Marx si el congreso de la Internacional aprobaba de tanto en tanto alguna resolución prudhoniana. La cuestión principal no era lo que se decía en las sesiones de la Internacional, sino que existiese.

La primera finalidad práctica que persiguió Marx con ella fue la influencia directa del movimiento obrero inglés, por el consejo general. Así estaba la Internacional en condiciones de dirigir en forma efectiva la lucha por el derecho electoral de los obreros ingleses. Además de esto, daba la Internacional a Marx la posibilidad de incidir sobre los obreros franceses, un hecho que podía tener

la mayor importancia tan pronto como estallase la por tanto temprana esperada revolución en París. La colaboración de los obreros ingleses y franceses, que había tenido un éxito tan feliz en las huelgas, podía dar a la política europea un nuevo giro, siempre que actuasen en forma correcta después de la próxima revolución francesa. Si los obreros ingleses conquistaban entre tanto el derecho de sufragio, y determinaban de esa manera la política de su país, y si después marchaba una Inglaterra democratizada con una nueva república francesa, entonces estaba colocada, por fin, la base para la ascensión del proletariado en Europa. Quedaba por aguardar hasta qué punto podía ser apoyada semejante combinación anglo-francesa por la democracia renovada de Norte América, y por movimientos en la Europa Central y Oriental.

Claro está que Marx no tenía ninguna duda de que la Internacional era una organización poco consistente y que se componía de los más variados elementos. Los sindicalistas ingleses no eran, en el fondo, socialistas. Los partidarios franceses de la Internacional, eran en su mayoría prudhonistas y seguían la actividad "autoritativa" del Consejo General, con la mayor desconfianza. Con los lassallianos alemanes, tuvo Marx en 1865, una abierta ruptura; y tampoco la táctica estrecha y particularista del partido de Liebknecht, significaba un fortalecimiento de la Internacional. Las asociaciones italianas que pertenecían a la Internacional, se hallaban al principio bajo la influencia de Mazzini y adoptaban luego las ideas de Bakunin. Tampoco los grupos de la Internacional en los pequeños países tenían un ideal común e hicieron frecuentemente oposición al Consejo General. Los ingleses debían ofrecer en todas estas crisis y dificultades el punto de apoyo principal de la Internacional. Pero los dirigentes de los sindicatos ingleses tenían al mismo tiempo relaciones personales y políticas con el liberalismo burgués, lo que constituía una forma permanente de conflictos y contradicciones.

Marx tenía la impresión de que en realidad solamente existía en Europa un gran grupo obrero que coincidía en verdad con él, y precisamente ese grupo no pertenecía oficialmente a la Internacional. Eso eran los obreros revolucionarios de París. Se sabía que existían y se esperaban sus acciones, pero ellos no tenían un partido. En Francia no permitía la policía el surgimiento de un partido revolucionario obrero y en la emigración no había tampoco nadie que hubiese podido hablar realmente en nombre de esta parte de los obreros de París. En setiembre de 1867, escribió Marx

en una carta: "Lo peor es que no tenemos a una sola persona en París que pudiera ponerse en contacto con las secciones obreras (que forman la mayoría) enemigos de los prudhonistas". Marx tenía una sincera simpatía por el viejo Blanqui. En realidad era el único entre los dirigentes de la democracia en 1848, a quien Marx le tenía como hombre, una alta estima. Blanqui respondía a esa simpatía. Pero las oportunidades de ponerse, dentro o fuera de la cárcel, en contacto con Blanqui, eran muy raras y el significado práctico de tales intentos era insignificante, porque Blanqui no tenía un partido y, en rigor de verdad, era para los obreros de París, solamente un gran nombre, a medias perdido. Debido a que los obreros revolucionarios de Francia no tenían ninguna organización, hubo de permitir Marx que los prudhonistas hablasen dentro de la Internacional en nombre de Francia.

A pesar de estas enormes dificultades internas, supo Marx mantener unida a la Internacional, hasta que los grandes y trágicos acontecimientos de la política europea, hiciesen inefectiva su existencia. Marx estaba, pese a todos los inconvenientes del momento, satisfecho con el resultado. En setiembre de 1867 escribe a Engels en el idioma mezclado que se había acostumbrado para sus comunicados en el exilio: "Meanwhile (entretanto) ha hecho nuestra sociedad grandes progresos... Les choses marchent (las cosas marchan) y en la próxima revolución, que está tal vez más cerca de lo que parece, teneímos nosotros, vale decir, tú y yo, a esta poderosa engine (máquina) en nuestras manos. ¡Compare with this the results of Mazzini's, etc., operations since 30 years! (compare con esto los resultados de las empresas de Mazzini, etc. desde hace 30 años). Y todo sin medios financieros. Con las intrigas de los prudhonistas en París, de Mazzini en Italia y de los celosos Odger, Cremér y Potter en Londres, y con los Selulze-Delitzsch y los lassallianos en Alemania. ¡Podemos estar muy contentos!" Potter era un dirigente sindical inglés. Al hablar de la futura revolución, piensa Marx evidentemente en un levantamiento en París, que se esperaba entonces a cada momento.

8. EL DERRUMBE DE BONAPARTE

En realidad, en los primeros tiempos, tuvo éxitos políticos la Internacional. Ahí estaba en 1867, la conquista del sufragio universal por los obreros urbanos de Inglaterra. Este resultado fue facilitado por el hecho de que la causa de los obreros, no fue apoyada solamente por el ala radical de los liberales, sino también por el renovado partido conservador de Disraeli. Con esto, había efectuado Inglaterra la transición hacia la democracia burguesa, bajo una considerable influencia de los obreros organizados. A esto se agregaba la victoria decisiva de los Estados del Norte de América, en 1864 y 65, con la completa desarticulación de la aristocracia mantenedora de esclavos. La Internacional felicitó formalmente al Presidente Lincoln, con motivo de su éxito. El comunicado fue redactado por Marx, y Lincoln dio una contestación sumamente amistosa. Al mismo tiempo se hacía cada vez más evidente la declinación de Bonaparte en Francia. El movimiento huelguista, favorecido por la Internacional, contribuyó a agudizar los contrastes. Las violencias de la policía imperial indignaban también a los más pacíficos prudhonistas y les demostró que en Francia hasta los más modestos progresos sociales, serían posibles recién después de un derrocamiento de Bonaparte. Hacía tiempo que había pasado la aparente amistad de Napoleón para con los obreros.

No cabe duda que por el mismo tiempo había crecido grandemente la autoridad de la clase gobernante alemana, debido ante todo a los éxitos de Bismarck. Desde 1866 se había reconciliado la burguesía liberal por completo con el canciller. Bismarck se hallaba ahora al frente de un sólido bloque al que pertenecían el rey de Prusia y los pequeños príncipes alemanes, la nobleza militar prusiana y la burguesía liberal. Tal como lo había anticipado Lassalle, Bismarck había acordado el sufragio universal para el parlamento del Norte de Alemania. Las elecciones aportaron, a partir de 1867, aplastantes mayorías para el gobierno. Los pan-alemanes católicos, los enemigos de Prusia que se hallaban en el Partido Popular y los dos grupos de la social-democracia, eran virtualmente impotentes en materia política. La solución formal, final, de la cuestión alemana, a lograrse mediante un ingreso de los estados alemanes del Sur en la Federación dirigida por Prusia, era evidentemente sólo una cuestión de muy poco tiempo.

Todo este desarrollo en Alemania, visto desde una posición democrática y socialista, no era muy grato. No obstante, fomen-

taba en cierto sentido las finalidades de la Internacional. En primer lugar aportaba la unificación de Alemania un ascenso económico poderoso y con ello un fortalecimiento del proletariado. La solución de la cuestión alemana anulaba la oposición entre los pan-alemanes y los partidarios de los regímenes regionales, facilitando de esa manera la unificación del movimiento obrero alemán. Aún más importante era en ese instante, que todo fortalecimiento de Alemania implicaba al mismo tiempo una debilitación de Bonaparte y con ello un favorecimiento de la revolución francesa. En el resultado de la guerra de 1866, veía la opinión pública francesa una grave derrota de Francia. Por sus errores políticos había fomentado Napoleón III primero, la unificación de Italia y luego, la centralización de Alemania bajo la dirección prusiana. Con ello, se había hecho sumamente seria y grave la situación internacional de Francia.

A la derrota diplomática de Napoleón en Alemania siguió, en forma directa, el derrumamiento de su política en América. Napoleón había aprovechado el debilitamiento de los Estados Unidos por la guerra civil para establecer en Méjico una especie de protectorado de Francia. En Méjico se hallaban frente a frente el partido de los grandes terratenientes y de la iglesia, por una parte, y un movimiento popular campesino, por la otra. El partido de los republicanos bajo la dirección de Juárez, representaba los intereses de la población agraria pobre. Contra ésta buscaron los grandes terratenientes ayuda en el extranjero. Napoleón III intervino en Méjico, con motivo de lo cual desempeñaron también los oscuros negocios financieros del ambiente imperial un considerable rol. Un ejército francés ocupó Méjico. Los republicanos continuaron sin embargo la resistencia en la forma de guerra de guerrillas. Napoleón efectuó en Méjico una parodia de su propio imperio e instaló al hermano del emperador de Austria, Maximiliano, como "Emperador" de Méjico. Un referéndum popular falsificado confirmó la dignidad de Maximiliano. El nuevo Emperador se comportó como un soberano legal y dejó fusilar a los republicanos que cayeron prisioneros.

El establecimiento del imperio en Méjico fue una grave lesión de los principios políticos americanos que estaban en vigencia desde la declaración de Monroe. Pero en tanto que duraba la guerra civil en los Estados Unidos, evitaba el presidente Lincoln una clara definición. Hasta llegó a despertar en Napoleón la impresión de que los Estados del Norte habrían de tolerar el imperio en Méjico.

En esta forma se hallaba impedido Napoleón de apoyar en los momentos críticos abiertamente a los Estados del Sur. Pero cuando el Norte había triunfado en forma definitiva dejaron caer los políticos americanos la máscara y exigieron la evacuación de los franceses de Méjico. Napoleón retrocedió ante la amenaza americana y en 1867 abandonaron las tropas francesas el país. El emperador Maximiliano quedó librado a su propia suerte y debido a que casi todo el pueblo estaba contra él, se derrumbó rápidamente su Imperio. Maximiliano fue tomado prisionero por Juárez. Los republicanos de Méjico veían en Maximiliano a un bandido extranjero que había penetrado sin ningún derecho en el país y asesinado a patrióticos ciudadanos de Méjico. Juárez ordenó la ejecución del llamado emperador, lo que constituye una contraparte americana a la ejecución de Luis XVI. No obstante, no era entonces todavía posible fundar en Méjico una república democrática duradera, por cuanto las masas de los campesinos indios no estaban capacitadas para sostenerla.

De esta manera se había derrumbado en 1867 la política de Bonaparte, por igual en Europa y en América. Por eso era extraño que Francia soportara a semejante regente hasta el desastre de Sedan. El motivo esencial que conservaba el trono a Bonaparte, era el mismo que había mantenido antes en pie al reinado de Luis Felipe, vale decir, el miedo de la burguesía francesa ante los acontecimientos que habrían de venir después. Hacía rato que la burguesía francesa habría roto con Napoleón III. Si hubiera estado segura que después de Napoleón vendría un reinado burgués de Orleans, o una república conservadora al estilo de Cavaignac, habría sido despachado el rey de inmediato; porque tampoco los oficiales y los soldados de Francia estaban dispuestos a jugar su vida por Bonaparte. Pero una revolución no se dejaba calcular con tanta precisión en forma anticipada. Si el movimiento había de hacerse en una ciudad de millones de habitantes como París, con su proletariado, podía surgir de ahí fácilmente una república roja. Contra una dictadura de ese tipo les pareció a muchos burgueses de Francia que el emperador, con todos sus atributos desagradables, con su régimen policial, con su despreciable ambiente y con sus aventuras políticas, era un mal menor.

No obstante hubieron de ocuparse a partir de 1867, en forma seria, todos los partidos y tendencias políticas de Francia, con la cuestión acerca de lo que habría de suceder al despotismo imperial. Bonaparte podía confiar en realidad solamente en su aparato poli-

cial y burocrático, en los oscuros aventureros que tenían intereses personales en el Imperio, y en ciertos especuladores de la bolsa. El aparato imperial era todavía capaz de torcer con una mezcla de engaño y violencia las elecciones en el campo y en las pequeñas ciudades. Pero siendo que todo el mundo sabía cómo se realizaban los resultados electorales, no tenía esto gran importancia práctica.

Los viejos monárquicos de Francia se dividían en dos tendencias: en los partidarios de la línea más vieja de los Borbones y en los amigos de la casa Orleans. Eso no era solamente una contradicción dinástica, sino también una de principios sociales. Los amigos de la línea legítima más antigua querían la restauración de Francia tal como había sido antes de 1789, o por lo menos, antes de 1830, quiere decir, el predominio de la nobleza histórica y de la iglesia. Claro está que este partido de los legitimistas no podía reconquistar por propia fuerza el poder, en Francia. La iglesia católica se había reconciliado después de 1849 con el Bonapartismo, ya que Napoleón hizo todo lo posible por satisfacerla y se preocupaba también celosamente por el dominio temporal del Papa. Durante la era de florecimiento del segundo imperio quedó debilitado el partido legitimista por el desprendimiento de la iglesia. Pero tan pronto como el trono de Napoleón se hizo insostenible, volvió a restablecerse así el viejo orden: la línea más antigua de los Borbones, la aristocracia y los obispos se aliaron de nuevo. Pero siendo que la abrumadora mayoría del pueblo francés había emergido, hacia mucho, de las formas feudales de vida, pudo ganar el partido de los monárquicos sólo algún significado político, si se aliaba con otros grupos.

Los partidarios de los Orleans no tenían nada que hacer con las tradiciones feudales de Francia. Ellos no querían la monarquía por algunos recuerdos románticos, sino porque estaban convencidos que un rey hereditario era la mejor garantía para el orden y la propiedad. Como el más destacado dirigente de esta tendencia volvió a aparecer en los años del 60 Thiers, quien se hizo elegir al parlamento imperial, donde criticó con especialidad en forma cruel a la política exterior dilettante de Bonaparte. En el fondo no había entre la tendencia de Thiers y de los republicanos conservadores diferencia alguna. Ambas querían un fuerte gobierno en interés de la clase rica y un fuerte sometimiento de las masas populares pobres. Lo que las separaba era la cuestión de si era tácticamente mejor colocar al frente del estado a un rey, o crear una república conservadora.

El Partido de los republicanos moderados se atenía a las tradiciones del General Cavaignac y del *National*. Este partido estaba hipotecado con la deuda de sangre de la masacre de junio de 1848, lo que gustaban enrostrarles los bonapartistas. Para la rica burguesía era, naturalmente, este pedazo del pasado de los republicanos moderados, tan sólo una recomendación. Hacia fines de los años del 60, continuaba existiendo todavía entre los dirigentes de los republicanos conservadores, un grupo de hombres que ya se hallaba en primer plano en 1848. A éste pertenecían Garnier-Pagès, como así también Jules Fabre, quien había sido en 1848, bajo el Gobierno de los Cinco, subsecretario de Relaciones Exteriores; entre los dirigentes más jóvenes de los republicanos conservadores se destacaba con especialidad Ferry.

En 1848 se hallaba junto a los republicanos conservadores, la tendencia de los demócratas burgueses, tal como la representaba Lamartine. Eso eran los hombres que querían mantener la propiedad capitalista, pero que al mismo tiempo tenían confianza en las masas, y que estaban convencidos de que una república popular de sufragio universal constituiría la mejor garantía para un gobierno razonable y ordenado. Hacia fines de los años del 60 se formó en Francia el correspondiente partido. Su cabeza era el joven diputado y abogado Gambetta. Con la mayor temeridad conducía la lucha contra el imperio; vaticinó la desaparición de Napoleón por un movimiento revolucionario y el establecimiento de la república democrática. Gambetta aspiraba al dominio del sufragio universal con todas las consecuencias, y que fuese eliminado sin consideración el aparato burocrático de la monarquía, que había gobernado desde comienzos del siglo en Francia. En la cuestión social, en cambio, eran las opiniones de Gambetta muy indefinidas y reservadas. Gambetta luchaba contra los republicanos conservadores que se alejaban del pueblo y buscaban compromisos débiles. De esta manera conquistó el favor de las masas en París, pero acerca de qué fuerza social representaba su propio movimiento, diferenciándolo de la rica burguesía y del proletariado consciente de clase, quedaba ciertamente en la duda. Eso recién lo podía mostrar el porvenir.

Hasta tal punto se había efectuado el remodelamiento de la vida política francesa por los años del 60, en conformidad con la línea de la formación histórica de los partidos. Los bonapartistas, los dos partidos de la realeza y también los republicanos conservadores, representaban una tradición directa que nunca había sido interrumpida. Gambetta renovó, siquiera en el aspecto, la política de

Lamartine y de la gente progresista del *National* después del 24 de febrero de 1848. Pero con esto cesaba en 1869-70 la formación de partidos franceses. A la izquierda de Gambetta ya no existía nada. En esto está la gran diferencia entre la situación político-partidaria de 1847 y de 1869. Entonces estaban a la izquierda de Lamartine los grandes movimientos de masa del partido socialista democrático. Ahora terminaba la formación partidaria organizada en Gambetta. Se sabía que las masas de los obreros franceses favorecían las consignas de lucha política de Gambetta pero que en las reclamaciones sociales iban mucho más allá.

Un pequeño grupo de prudhonistas y de reformadores sociales formaba, bien es cierto, la sección oficial francesa de la Internacional Obrera. Pero nadie tomaba a estos teóricos pacíficos por los dirigentes venideros del ejército rojo y por los sucesores de Robespierre. Blanqui era apenas algo más que un recuerdo. La opinión pública francesa buscaba al representante de la extrema izquierda proletaria pero no lo encontraba. Marx y Engels lo buscaban a su vez pero tampoco lo hallaban. En esta curiosa situación cayó un periodista apolítico parisense, editor de una hoja popular informativa, en la singular ocurrencia de que sería el sucesor de Robespierre: la importancia histórica de Rochefort está en que materializa en forma muy tangible a esta falta de una democracia revolucionaria organizada en Francia. La valentía y la chispa con la que Rochefort atacaba al emperador, a la emperatriz y a toda la familia Bonaparte, causaron la más alta sensación. Sus conflictos con la policía imperial y la justicia lo hacían cada vez más popular. Cuando un príncipe de la casa Bonaparte mató, finalmente, a tiros a un colaborador del diario de Rochefort, se atrevió éste a decir en París bajo el gobierno de Napoleón, que todos los Bonapartes eran asesinos. Rochefort fue al presidio pero a la fecha del entierro del periodista asesinado se hallaba París al borde de la revolución y Napoleón creyó que ya debía hacer las maletas. La sobreestimación de Rochefort, que solamente se puede explicar por la curiosa situación político-partidaria de la Francia de entonces, se encontraba hasta en los observadores más avezados. Así escribió Engels el 15 de agosto de 1870 esto: "Lo más grave es —¿quién habrá de ponerse al frente de un movimiento revolucionario en París? Rochefort es el más popular y el único hombre útil. Blanqui parece olvidado".

Las elecciones francesas de 1869, eran una edición mejorada de las de 1863. Todavía volvió la mayoría corregida del imperio.

Pero todas las grandes ciudades, con París al frente, habían votado en forma clara contra Napoleón. El emperador, asustado, buscaba un compromiso con la burguesía. El despotismo militar fue cambiado por una monarquía parlamentaria y Napoleón encontró hasta un republicano muy conservador, Ollivier, que estaba dispuesto a iniciar como presidente del consejo de ministros una nueva era bonapartista. Napoleón volvió a efectuar a continuación un plebiscito en pro o en contra del nuevo imperio "liberal". El referéndum se convirtió una vez más en una victoria de los hábiles adulteradores de elecciones imperiales. Sin embargo, París votó también esta vez contra el Imperio. La comedia liberal del gobierno de Ollivier era solamente el comienzo del fin o, como se expresaba Gambetta, el puente entre la república de 1848 y la república del futuro.

En julio de 1870 tuvo Bonaparte la guerra con Prusia, que aportó el sangriento fin para el fraudulento imperio. Ya después de las primeras derrotas del ejército francés en agosto de 1870, se preparaba todo el mundo para la caída de Bonaparte. También los generales especulaban sobre el porvenir político, a propósito de lo cual les parecían los republicanos rojos de Francia aún más peligrosos que los suizos. La táctica que emprendió a mediados de agosto el jefe del ejército principal francés, mariscal Bazaine, estaba dictada totalmente por consideraciones de política interna. Apoyado en la fortaleza de Metz, quiso mantener en lo posible sin debilitamiento a su ejército, para hacerlo actuar después del armisticio contra la revolución de París. Fue así que Bazaine dilató la evacuación de Metz y dio a las tropas alemanas la posibilidad de encerrarlo en la fortaleza. Para salvar a Bazaine de la trampa que él mismo había preparado, hubo de efectuar luego el segundo ejército francés, bajo la jefatura de Mac Mahon, la descabellada marcha que terminó con la catástrofe de Sedan. El comportamiento de Mac Mahon en la guerra de 1870 era, militar y personalmente, inobjetable. Por el contrario, la actuación de Bazaine era una perfecta traición nacional, no precisamente por intereses de Alemania, pero sí por los intereses de la contrarrevolución francesa. El gobierno conservador francés había colocado, después de 1871, a Bazaine delante de un tribunal de guerra, pero esto no obstaba para que hubiese empleado los medios coercitivos que Bazaine le había conservado. Los oficiales y soldados del ejército de Bazaine, vuelto de las prisiones de guerra, aplastaron a la Comuna de París.

Cuando se supo en París que entre los prisioneros de Sedan

EST. 1970
BIBLIOTECA

se hallaba también Napoleón, se derrumbó automáticamente el edificio del Imperio, cubierto de vergüenza y de lodo. El 4 de septiembre fue proclamada en París la república. El gobierno provisional de 1870 se componía, por de pronto, de los dirigentes de los varios grupos republicanos. Al lado de Faure, Garnier-Pagès y Ferry, fue también ministro, Gambetta. A ellos se agregó el general Trochu, quien se había hecho un nombre como crítico del sistema militar imperial. El era el hombre que establecía el contacto del gobierno republicano con los monárquicos. Thiers se puso a disposición del nuevo gobierno para misiones diplomáticas. También se quiso tener en la nueva composición gubernativa a un representante de la extrema izquierda. En realidad no se tenía ninguna otra alternativa que sacar a Rochefort de la cárcel y convertirlo en ministro. Acerca de cómo habría de ser la proporción real de las fuerzas, dentro de este abigarrado gobierno de coalición, dependía de la marcha de los acontecimientos. Ante todo, había de ser la desgraciada guerra y la invasión de Francia por el ejército alemán que daría, a todas las cuestiones políticas, un carácter especial.

9. LA COMUNA DE PARÍS Y EL FIN DE LA INTERNACIONAL

En septiembre de 1870 estaba el ejército regular francés en parte prisionero y en parte bloqueado en Metz. En el país quedaban tan sólo los reclutas y formaciones parecidas a la milicia. Francia parecía desarmada e indefensa. Un ejército alemán comenzaba a bloquear París. No obstante, intentó el gobierno republicano la prosecución de la guerra para lograr mejores condiciones de paz. Pronto quedó de relieve que Rochefort no podía ejercer ninguna influencia dentro del gobierno provisional. Los conflictos estaban planteados entre Gambetta y la mayoría conservadora. El hecho de que París estuviese sitiada, obligaba a un desdoblamiento del gobierno francés. Gambetta abandonó París en un globo y tomó a su cargo, munido de plenos poderes extraordinarios, la organización de la defensa nacional. Trochu, Favre, etc., quedaron en París. Así tenía Francia, pues, dos centros de poder político antagónicos. Gambetta gobernaba en la provincia en nombre de la democracia radical burguesa, apoyada en las masas de los obreros, artesanos y campesinos, y frenado por la desconfianza de los sectores superiores adinerados. En París, en cambio, gobernaban los republicanos conservadores, junto a sus amigos monárquicos. Ellos

se apoyaban en la rica burguesía y la burocracia y tenían contra ellos la creciente desconfianza de la masa obrera.

En pocas semanas se convirtió Gambetta en una figura de significado nacional. Con la misma energía con que había combatido hasta ahora en las salas de los tribunales y desde la banca del parlamento al Bonapartismo, enfrentaba a la invasión enemiga. Gambetta, creando, prácticamente de la nada un nuevo ejército popular francés y ofreciendo, todavía cinco meses después de Sedan, energética resistencia al avance alemán. Gambetta esperaba que la república francesa habría de renovar el espíritu de 1793 y que vencería también esta vez a la invasión del enemigo. La disposición al sacrificio de las masas populares francesas no era en 1870 inferior a la que existió en 1793. Tampoco la dirección era peor. Gambetta, como organizador, era igual a Carnot y los nuevos jefes del ejército francés hicieron todo lo que era posible bajo las desesperadas circunstancias.

Si a la república francesa le fue negado no obstante en 1870-71, el éxito de 1793, se debió esto a que ahora se luchaba contra un enemigo muy distinto. El ejército popular francés combatía en el tiempo de Robespierre contra los ejércitos anticuados del feudalismo europeo, que numéricamente eran débiles y de difícil movilización. En cambio, el ejército prusiano de 1870, era al mismo tiempo por un curioso desarrollo, la más progresista y la más regresiva institución de Alemania. Lo regresivo se hallaba en que el ejército prusiano reclutaba ante todo a su cuerpo de oficiales de la nobleza feudal, al este del Elba, y que la máquina militar prusiana era el instrumento mediante el cual la aristocracia militar mantenía oprimidas a las masas populares. Pero, por su parte, había asimilado el estado mayor prusiano desde los días de las guerras de liberación, de 1813 a 1815, todas las formas de la moderna ciencia guerrera, tal como la había desarrollado la Revolución Francesa y Napoleón I. El estado mayor prusiano disponía de un ejército popular que surgía del servicio militar obligatorio, y bajo la dirección genial de Moltke aplicaba el ejército alemán una estrategia destructiva que no tenía nada de común con la metódica pesadez del siglo XVIII.

La guerra de 1870 era, desde el punto de vista alemán, una lucha por la unificación nacional. La burguesía liberal alemana se hallaba firme detrás de Bismarck y arrastraba a grandes masas populares. En 1793 eran los ejércitos de las monarquías europeas, compuestos por soldados profesionales, numéricamente tan débiles que

la milicia popular francesa pudo combatir al mismo tiempo contra toda Europa. Además eran las tropas monárquicas tan lentes y de tan difícil movilización, que el ejército popular francés tuvo tiempo para aprender paulatinamente la ciencia de la guerra. En cambio, en 1870-71, se hallaba del lado alemán un ejército de millones, salidos del servicio obligatorio, y la dirección alemana era tan eficiente que no dejó a los franceses tiempo para organizar un nuevo ejército. En las batallas del invierno de 1870-71 actuaron por parte de Alemania soldados con un pasado militar de tres años, y por parte de Francia, con una instrucción de tres meses. El ejército alemán tenía oficiales profesionales instruidos en academias y el ejército francés, oficiales recién designados, improvisados.

Cuando se enfrentaban dos ejércitos con tan desparejas cualidades, podía descontarse el resultado. Los reclutas franceses que enviaba Gambetta en nombre de la república al campo de batalla, tenían por cierto la mejor voluntad y el entusiasmo patriótico más honrado. En las batallas del invierno atacaban los soldados franceses con gran decisión el primer día, pero en las jornadas siguientes no tenían las fuerzas necesarias para resistir al frío y a las penurias, en sus organizaciones dotadas de muy poca consistencia. En realidad no existe en toda la historia de las guerras un solo parangón a la campaña del invierno de 1870-71. Tampoco lo ofrece la guerra mundial 1914-18: porque al comienzo de la guerra enviaron los estados solamente a sus soldados instruidos a los frentes. El posterior empeoramiento de los ejércitos, con la inclusión de gente de milicias apenas preparadas, se daba para todos los estados en forma más o menos igual. La derrota de Gambetta no es, pues, de ninguna manera, una demostración de que una monarquía militar es superior en la guerra a una república democrática. El resultado de la guerra de 1870-71, se dio por las circunstancias especiales que existieron entonces para ambos ejércitos.

Como es natural, no se hallaba capacitada la masa popular francesa en 1870 para reflexionar fríamente sobre la proporción real de las fuerzas. Los obreros de París ingresaban con entusiasmo en la Guardia Nacional y esperaban que la república habría de repetir el milagro de 1793. Cuando fue colocado el anillo de acero del asedio alemán alrededor de París, y cuando las tentativas de romper el cerco no dieron resultado, comenzaron a creer los obreros, a menudo, que el gobierno capitalista saboteaba deliberadamente la defensa, porque no quería un triunfo de la república roja. En realidad no hubiese podido evitar ni aún el más grande genio militar

el fatal destino. Pero, en cambio, el gobierno provisional de la capital hacia todo lo posible para que creciese el descontento de vastos sectores populares contra los nuevos dueños del poder.

De nuevo colocaba el ritmo de la revolución en un punto focal a la cuestión de la administración autónoma del país. En 1848 los republicanos moderados habían puesto de inmediato su mano sobre París, para evitar la repetición de la Comuna de 1792. En 1870 procedieron los hombres del gobierno según la misma receta. En realidad, no estaba muy bien que la nueva república democrática negase a la capital del país la administración autónoma, siendo que la existencia del gobierno dependía de los obreros y artesanos armados de París. Pero, precisamente porque el poder del gobierno provisional se hallaba limitado a esta ciudad quiso mantener las riendas y no aceptaba un gobierno colateral. Entre los ministros que quedaron en París, predominaban los elementos conservadores. Afuera gobernaban o los alemanes o Gambetta. El gobierno de París era en el invierno de 1870-71 el núcleo central para la restauración capitalista conservadora de Francia.

Si se hubiese formado en París, con libres elecciones, una administración democrática, habría estado compuesto el parlamento de la ciudad por obreros revolucionarios o por lo menos de partidarios de Gambetta. En caso de conflictos habría respondido la Guardia Nacional a la administración de la ciudad y no a los ministros. París habría sido para todas las decisiones prácticas una sucursal de Gambetta y los ministros del tipo de Favre se habrían visto colocados en el aire. Esto debió ser evitado de cualquier manera. Por lo mismo nombró el gobierno a Ferry como Intendente de París e impidió la constitución de una comuna democrática. Los obreros radicales de París y los guardias nacionales a cuyo frente se puso nuevamente Blanqui, comenzaron una agitación por la Comuna. Eso no era de ninguna manera una aventura y tampoco una solución simbólica, a cambio de socialismo o anarquismo, sino que los parisenses pedían simplemente su derecho democrático. Dentro del sitiado París se produjeron desórdenes y demostraciones. El gobierno solucionó el problema con una hábil maniobra. En París se realizó una elección en la que se preguntaba si se tenía "confianza en el gobierno de la defensa nacional" o no. La mayoría de la población de París se creyó en la obligación de votar por el gobierno. De esta manera se habían construido Favre y sus amigos un voto de confianza del pueblo parisense. Basados en el mismo, retardaban la formación de una comuna democrática y podían pro-

ceder contra los agitadores radicales. Blanqui hubo de abandonar secretamente París.

En el transcurso de enero de 1871 se hizo la situación militar cada vez más desesperada para Francia. Los ejércitos de campaña estaban vencidos y las reservas de la población de París terminaban con rapidez. Pero la cuestión: guerra o paz, había sido sacada del marco de una reflexión objetiva y se convirtió en un problema de partidos y de clases. Gambetta exigió la continuación de la guerra hasta el último extremo y tenía para eso el apoyo de las masas en las grandes ciudades. En cambio, los ricos sectores pedían la paz, porque si la guerra terminaba, concluía también con ella la dictadura de Gambetta y el rearme de la clase obrera. A fines de enero cesó el gobierno acéfalo de París las acciones de guerra y concluyó con Bismarck un armisticio, como primera introducción a la paz. Bien mirado, no estaba el gobierno de Favre autorizado para tales negociaciones, porque tan pronto como debía capitular París, era prisionera de guerra la parte del gobierno francés que se hallaba en la ciudad y ella no pudo obligar a la región aún libre del país, como no estuvo autorizado a hacerlo Napoleón III, en la capitulación de Sedan, o Bazaine en la capitulación de Metz. Pero ahora quedó de relieve lo útil que era para las clases privilegiadas de Francia que no existiese en París ningún gobierno municipal, elegido por el pueblo. Solamente porque a fines de enero de 1871 no existiese al lado de Favre una administración autónoma de París, pudieron atreverse los miembros a declarar en nombre de Francia como terminada la guerra.

Bismarck era lo suficientemente hábil para no tratar a los ministros de París como prisioneros de guerra, sino como hombres aparentemente libres. También formuló las condiciones del armisticio de manera tal, que el ejército alemán quedaba en las puertas de París, pero que los prusianos no entraban en la caldera infernal que era la ciudad. La Guardia Nacional de París quedó librada por de pronto a su propio destino. Gambetta, que se hallaba entonces en Bordeaux, no reconoció en el primer momento el armisticio y trató de proseguir la guerra basado en la democracia revolucionaria y sin tener en cuenta la hoja de papel que había firmado Favre. Pero pronto hubo de reconocer que la masa de los campesinos franceses se había cansado de la guerra y de los sacrificios, y que no quería continuar una lucha sin perspectivas. Gambetta dimitió y fue así que los ministros conservadores de París tenían el campo libre.

En febrero eligió toda Francia una Asamblea Nacional de acuerdo con el sufragio universal. Esta debió reunirse en Bordeaux y decidir sobre la paz o la guerra. Las tropas alemanas de ocupación no impidieron las elecciones. Los partidos monárquicos y los republicanos conservadores propagaban la paz. Los demócratas republicanos bajo Gambetta y los obreros revolucionarios querían la continuación de la guerra. Así dieron las elecciones un cuadro totalmente caricaturizado de la opinión verdadera del pueblo. La población rural y las pequeñas ciudades votaron por los monárquicos porque querían la paz. El resultado fue que de 650 diputados, eran alrededor de 400 partidarios de los Borbones, en parte amigos de la línea más vieja y en parte partidarios de Orleans. A éstos se agregaron 30 partidarios del imperio. El resto consistía en republicanos de la tendencia de Favre y de la de Gambetta. En París fueron elegidos casi exclusivamente adversarios de la paz. Los diputados de París representaban una mezcla muy variada de republicanos radicales y de socialistas. Además de Gambetta y de Rochefort fue elegido también Tolain, fundador de la Internacional como, asimismo, al viejo Luis Blanc. Entre los diputados parisienses de la tendencia Gambetta se hallaba también el joven médico y alcalde seccional Clemenceau.

La Asamblea Nacional de Bordeaux eligió a Thiers como presidente provisional. Thiers formó un nuevo gobierno que se componía de monárquicos y de republicanos conservadores. El partido de Gambetta estaba eliminado por completo. La Asamblea Nacional se pronunció por el armisticio y en principio por la paz. Se hubieron de aceptar las condiciones de Bismarck, que además de las indemnizaciones de miles de millones, pedía también la cedición de Alsacia y Lorena. Hasta tanto estuviese pagada toda la indemnización quedaban las tropas alemanas en el Norte de Francia. El gobierno de Thiers y la asamblea nacional trasladaron su sede a Versalles.

La próxima misión de Thiers era la de anular a los obreros de París que, en su condición de miembros de la Guardia Nacional, se hallaban en posesión de armas. La Guardia Nacional parisiense, tal como se había desarrollado en el transcurso de la guerra, era realmente una milicia obrera con más de 100.000 hombres, provista en abundancia de fusiles, cañones y todo el demás material de guerra. Los respectivos batallones de la Guardia Nacional tenían sus comités, y estos "consejos de soldados" habían formado su organización central. El gobierno conservador francés había impe-

dido hasta ahora el establecimiento de una administración democráticamente elegida en París. Pero ahora se había formado en la capital una institución que reemplazaba por completo a la Comuna y que era aún más peligrosa para la clase dominante. Eso era el Comité Central de la Guardia Nacional, cabeza del ejército rojo de París.

El sitio de París había hecho cesar toda la vida económica. Los desocupados habían ingresado en la Guardia Nacional. El journal del miliciano era el subsidio a la desocupación, en su forma correspondiente a la guerra. La Guardia Nacional de París de 1871 equivalía, pues, en sentido social, aproximadamente a los talleres nacionales de 1848. Ambas instituciones eran igualmente odiadas por la burguesía adinerada. Desde el punto de vista de un ciudadano conservador como Thiers, es perfectamente comprensible que no haya querido perpetuar el ejército rojo en París. Si fueron desmovilizadas en toda Francia las formaciones militares que habían producido la guerra, no quiso acordar el gobierno conservador una excepción con la de París. En marzo debía caer la decisión de si los obreros entregaban las armas y volvían a sus empresas, que la reiniciada paz abría nuevamente, o si debían aprovechar la ocasión de la guerra y el existente ejército rojo para una batalla decisiva contra el capitalismo.

Tan pronto como estalló la guerra franco-alemana, estaba completamente clara la posición de Marx y de la Internacional que dirigía. Si se prescindía de los detalles del juego diplomático, no podía dudar nadie que esta guerra era, en resumen, un producto del círculo aventurero bonapartista. La guerra debía liberar ahora a la clase obrera europea y a la democracia de la pesadilla que soportaba desde hacía 22 años: de Napoleón Bonaparte y de su sistema. Marx no tenía la más mínima simpatía por Bismarck y su política. No obstante deseaba, por consideraciones generales, un triunfo de Alemania y la caída de Bonaparte. En consecuencia recomendó a los obreros alemanes a apoyar la guerra nacional, y a los obreros franceses a fomentar el deterioramiento de Bonaparte.

Sedan y la proclamación de la república en París, cambiaron la situación. Estaba claro que el pueblo francés habría de pagar en el tratado de paz la culpa de Bonaparte. Se trataba, ahora, pues, de hacer la paz que fuese lo más aceptable posible para Francia. Marx combatió enérgicamente el plan de una anexión de Alsacia y Lorena por Alemania; porque en primer lugar no podría Alemania asimilar nunca a esas dos provincias y en segundo porque

Francia se vería arrojada por este golpe en los brazos de la política rusa. Una alianza de Francia, empero, con el zarismo ruso, era una desgracia igualmente grande para Alemania y para la causa internacional del proletariado.

Marx recomendó, pues, después de Sedan, a los obreros franceses, que apoyaran al nuevo gobierno republicano en su lucha contra la invasión alemana. Los obreros alemanes debían efectuar al mismo tiempo una propaganda por una paz moderada y contra la anexión de Alsacia y Lorena. También los obreros ingleses expresaron su simpatía por la república francesa y Garibaldi acudió al frente de una tropa voluntaria italiana, en auxilio de los franceses. De esa manera demostró el último partido democrático que aún había subsistido del período de 1848, el partido de los republicanos italianos, su solidaridad internacional. Claro está, todo eso no tenía mucha importancia práctica. Tampoco Garibaldi pudo impedir la marcha victoriosa del ejército alemán. La propaganda de los social-demócratas alemanes fue suprimida por la policía de Bismarck y la burguesía gobernante de Inglaterra no vio ningún motivo para intervenir activamente en la liquidación de la masa contumaz napoleónica. Durante toda la guerra fue la política exterior de Bismarck tan hábil, que ni Inglaterra ni Rusia tuvieron motivo alguno para poder intervenir.

El resultado completamente negativo de todos los esfuerzos internacionales que se hicieron en interés de la República Francesa eran por cierto muy lamentables para Marx y la Internacional. Pero prácticamente no quedaba otra cosa, sino que los obreros franceses y alemanes declarasen en forma reciproca que no reconocían la anexión de Alsacia y Lorena. Una solución mejor del conflicto franco-alemán había de quedar pendiente de un libre acuerdo de los dos pueblos en el futuro. La cuestión principal era, por el momento que la guerra terminase lo más pronto posible y que tanto la clase obrera francesa como la alemana se fortaleciesen y organizasen bajo las nuevas circunstancias. A partir de Sedan supieron Marx y Engels perfectamente bien que la resistencia militar francesa no ofrecía esperanzas, y ellos lamentaban las ilusiones en que vivían los obreros de Francia, acerca de la posibilidad de una guerra de liberación revolucionaria. Un hombre de confianza de Marx, francés, se dirigió a principios de septiembre a París. Su información era bastante desconsoladora. El mismo escribió que se era "casi matado" si se decía la verdad y aún los "buenos y mejores vivían todavía de los recuerdos de 1792".

En vista de esta confusión y de las ilusiones que primaban entre los obreros de París, tuvieron Marx y Engels las más grandes preocupaciones de que aquel proletariado fuese usado para aventuras de consecuencias inabarcables. Ya el 12 de septiembre de 1870, escribió Engels a Marx: "si hubiese de hacerse algo en París, sería evitar un pronunciamiento de los obreros antes de la paz... Sea cual fuere el resultado de la paz, debe concluirse antes que los obreros puedan hacer algo. Si triunfan ahora —al servicio de la defensa nacional— tendrán que hacerse cargo de la herencia de Bonaparte y de la república piojosa del presente, y serán inútilmente masacrados por los ejércitos alemanes, retrogradando de nuevo en veinte años. Ellos mismos no pueden perder nada en la espera. Las eventuales modificaciones de la frontera son de todos modos sólo provisionales y serán abolidas. Batirse por los burgueses contra Prusia, sería locura... Después de la paz, son todas las chances más favorables que nunca para los obreros. ¿Pero no se dejarán arrastrar otra vez bajo la presión del ataque exterior, para proclamar en vísperas del asalto a París la república social? Sería horrible si los ejércitos alemanes hubiesen de librarse como último acto de guerra un combate de barricadas contra los obreros de la capital. Nos atrasaría en 50 años".

Marx compartió por completo los temores de Engels. Ambos habían concentrado desde hacía largos años toda su política del futuro sobre este acontecimiento: la caída de Bonaparte y la siguiente revolución en Francia, como introducción para un nuevo desarrollo revolucionario ascendente en Europa. Ahora estaba desplazado Bonaparte, la república había triunfado en París, el existente orden social en Francia, junto con todas sus autoridades, estaba seriamente comprometido y las perspectivas para la democracia social eran mejores que nunca. Pero para esto se necesitaba que los obreros de París siguiesen una dirección razonable y no se dejases arrastrar a pasos precipitados. Los obreros franceses veían con toda razón en el gobierno de Thiers el comienzo para la contrarrevolución monárquica y del alto capitalismo. Ellos tenían la impresión que serían entregados indefensos a sus peores enemigos si se desprendían de sus cañones y fusiles. No obstante había de pronunciarse una fría consideración de los hechos contra el levantamiento obrero en marzo de 1871.

Las fuerzas militares de que disponía Thiers en ese momento eran pocas. Eran los restos cansados y desmoralizados de los ejércitos provinciales. Si el ejército rojo de París se pronunciaba en forma

energica y sorpresiva, entonces podían conquistar rápidamente Vélez y poner en fuga a la asamblea nacional monárquica. Era muy improbable que las tropas del interior hubiesen disparado en semejante caso sobre los parisenses. Pero el factor decisivo en ese momento no era Thiers, sino Bismarck; no lo eran los remanentes de la milicia francesa, sino los victoriosos cuerpos del ejército alemán. ¿Qué diría Bismarck frente a una revolución obrera francesa? Basta la menor incidencia para que el ejército alemán ahogara en sangre el levantamiento de los obreros franceses; Bismarck permitiría al gobierno conservador francés formar con los oficiales y soldados imperiales, que se hallaban prisioneros de guerra en Alemania, una guardia blanca que aplastase al proletariado. De todos modos debieron haber postergado los obreros franceses una acción por tanto tiempo, hasta que las tropas alemanas hubiesen abandonado el país.

Además de esto existió para los obreros franceses el peligro de aislarse en marzo de 1871 en una forma idéntica a la de junio de 1848. La cuestión del gobierno de clase y de la constitución, se creaba en 1871 en la forma más desgraciada con el problema guerra o paz. Las masas rurales y de las pequeñas ciudades, vale decir la gran mayoría de los franceses, querían a toda costa la paz. Si los obreros de París se levantaban ahora en armas, fácilmente podía ver en éstos la mayoría popular una maniobra para la prolongación de la guerra. Finalmente caía sobre los insurrectos de París la responsabilidad de que hubiesen provocado ante los ojos del enemigo en la desdichada Francia una guerra civil. ¿De dónde había de venir en ese momento en el campo y en las pequeñas ciudades, una consideración objetiva de los obreros parisenses y de su política? Así existió, pues, el serio peligro de que los obreros parisenses se aislasen al igual que en 1848, que las masas de los campesinos y de los habitantes en las pequeñas ciudades fueran empujadas al lado del alto capitalismo. Con semejante estado de ánimo en el pueblo francés era casi imposible un triunfo de los trabajadores de París.

La causa de la democracia proletaria en Francia, sólo podía ganar con una especie, porque la Asamblea Nacional no respondía de ninguna manera a la verdadera opinión del país. Los campesinos no tenían ningún interés en un retorno de los Borbones. Una vez que las tropas alemanas hubiesen abandonado Francia, habría de estallar de inmediato el conflicto entre ese parlamento y las masas populares en las ciudades y el campo. Entonces no habrían estado los obreros parisenses solos en su lucha en pro o en contra de la república democrática. En un sentido político partidario habrían po-

ESTADO DE LA UNIÓN
ESTADOS UNIDOS
BIBLIOTECA

dido aliarse con la tendencia de Gambetta. Los obreros de París, como lo demuestra la historia de la Comuna, no pensaban entonces en una realización inmediata del socialismo. Ellos estaban, por de pronto, de acuerdo en asegurar la república democrática burguesa, con la ampliación de la administración local y con una amplia libertad de movimientos para las masas populares. Sobre semejante base, pudieron haber marchado sin dificultad alguna con Gambetta. Este estaba, por el momento, como representante de la guerra hasta cualquier extremo, excluido del gobierno. Pero tan pronto como estuviese liquidada la divergencia sobre la paz, había de aparecer Gambetta con su partido nuevamente en el primer plano. La democracia burguesa no era esta vez un castillo en el aire como en 1848, sino que gracias a la actividad de Gambetta se había convertido en el típico partido patriótico de Francia. Al menos era el partido de Gambetta la forma adecuada bajo la cual podían expresar los campesinos franceses su adhesión hacia la república democrática. Si uno se imagina la crisis posterior de Mac Mahon de los años del 70, pero con un proletariado parisense sin quebrantos, es posible hacerse una idea aproximada acerca de las posibilidades políticas que existían en ese momento.

Lo que más necesitaban entonces los obreros de París era un partido político capaz de acción y dirigido razonablemente; en cierto modo una renovación de la democracia socialista de 1848, pero evitando los errores que se cometieron por aquella fecha. Un partido así, como ya se destacó varias veces, no existió entonces en Francia. La sección francesa de la Internacional comprendía una serie de hombres muy honrados y comprensivos. Pero casi todos ellos estaban llenos de teorías proutianas, no tenían ninguna voluntad política de poder y eran completamente incapaces de dirigir al proletariado parisense en armas. Por una casualidad desdichada volvió a caer preso fuera de París, Blanqui. Así faltó su consejo y su autoridad en un momento en que eran más necesarios. Un partido blanquista verdadero, en el sentido de una organización planificada de las masas, no existía. Los consejos de soldados rojos, que entonces tenían el poder real de París en sus manos, se llamaban a menudo blanquistas, pero eso no quería decir que ahí hubiese llegado al poder un determinado partido y su "blanquista" para tener alguna denominación. En realidad estaba precisamente la parte revolucionaria del proletariado parisense sin dirección política alguna. La vieja democracia había perecido. Una

nueva no se había formado. Ahora quedó en evidencia que el intento de Marx y de la Internacional, para formar de la masa obrera un nuevo movimiento democrático, no había tenido resultado. Culpa tenía en esto, en primer lugar, la circunstancia técnica de que la Internacional no se había acercado a la parte más importante de los obreros franceses. Pero a esto se agregaba todavía una segunda y más grave causa: todo el movimiento en Europa a partir de 1848 había aislado precisamente al obrero con actividad política, de la restante masa popular. Cuando la vanguardia proletaria tenía más necesidad que nunca de un contacto con las masas agrarias y pequeño-burguesas, faltaba ese nexo. Así lucharon los obreros de las grandes ciudades otra vez en forma aislada y corrían hacia la destrucción.

El 18 de marzo de 1871 quiso quitar el gobierno de Thiers, mediante tropas regulares, la artillería a la Guardia Nacional. El consejo central de esta última no tenía preparado nada para ese momento, como tampoco tuvo en aquellos días decisivos ninguna clase de política. Pero las masas populares parisenses se opusieron espontáneamente a que se le quitaran los cañones. Se llegó a un levantamiento. Las tropas del gobierno no quisieron disparar sobre sus hermanos. Así no sólo conservó la Guardia Nacional sus cañones, sino que de improviso estaba la capital en su poder. El gobierno con sus reparticiones y el resto de sus tropas evacuó París. Los obreros parisenses habían sido arrastrados a la insurrección por su sentimiento y por su voluntad de lucha; porque nadie, en el que tuviesen confianza, había sido capaz de señalarles una ruta política. El consejo central de la Guardia Nacional se había convertido con esto en un contragobierno revolucionario y republicano, frente a los monárquicos declarados o disimulados de Versalles.

La desgracia había sucedido y uno se puede imaginar con qué sentimientos recibió Marx la noticia en Londres. Ahora había de tratarse por lo menos de aumentar rápidamente el éxito de la insurrección. El comité central debía implantar de inmediato un fuerte gobierno dictatorial en París. Después debían juntarse todas las fuerzas de la Guardia Nacional, marchar contra Versalles, disolver la asamblea nacional monárquica y ganar o desarmar a las tropas gubernativas que hesitaban. Además debió declararse el gobierno republicano de París en forma clara por la paz, comprometerse hacia Alemania para el cumplimiento de las condiciones impuestas y tranquilizar con su programa moderado a los campesinos

franceses. Según demuestran sus cartas de aquel tiempo, habría considerado Marx como justa una política de esta índole.

Sin embargo, nada se hizo de todas estas importantes medidas. Ante todo, faltó toda ofensiva militar desde París, pese a que se tenía en la Guardia Nacional un ejército rojo organizado, digno de confianza y bien armado, una circunstancia feliz como la pudieron aprovechar solamente muy pocas revoluciones populares. La dirección militar del levantamiento parisense era desconsoladora. Nada se hizo en materia de operaciones y en la administración militar reinaba tal confusión que la mayor parte de la Guardia Nacional se mostró incapaz de una acción en las próximas semanas. Una pequeña minoría de los obreros armados se batió heroicamente pero no pudo evitar la fatalidad. Además no tuvo el consejo central de la Guardia Nacional en los momentos de la desesperada guerra civil otra preocupación que dar a los habitantes de París, por fin, la ansiada administración democrática de la ciudad. En lugar de marchar a Versalles, proclamó el gobierno de los soldados republicanos en París las elecciones para el gobierno municipal.

La flamante Comuna de París consistió en su mayoría de partidarios de la insurrección revolucionaria, a los que se llamaba blanquista o jacobinos, y en su minoría de representantes de la Internacional. Diputados municipales de los partidos burgueses no participaron en las tareas de la Comuna. La elección de la Comuna no trajo de ninguna manera un fortalecimiento de la dirección política, sino que la coexistencia de la Comuna civil y el consejo central militar no hacía más que aumentar la confusión. Sin directivas y sin plan, derivaba la insurrección de París hacia su fin. El más significativo resultado de la Comuna no se halla en su política activa ni tampoco en el terreno social, porque la Comuna no tomó ninguna medida que pudiese llamarse socialista. Como misión del presente, no tenía en realidad más que la defensa de la república democrático-burguesa y de la administración autónoma proletaria. La grandeza de la Comuna consiste más bien en ciertos intentos, en parte casuales y en parte de tanteos, para hallar en el continente europeo una nueva forma de la administración propia del pueblo.

El gobierno y sus instancias habían abandonado París. Así hubieren de ayudarse los obreros a sí mismos. El ejército y la policía del estado, como organizaciones separadas del pueblo, habían desaparecido. En su lugar apareció la milicia obrera armada. Los empleados del estado y los jueces, habían sido hasta ahora los representantes del centralizado aparato del poder. Ahora fueron

reemplazados por simples comisarios del pueblo trabajador. El estado normal, liberal-burgués, se caracteriza por la separación de los poderes: el legislativo, el ejecutivo y el poder judicial; estaban divididos en forma precisa. La finalidad de esto consiste en colocar límites al parlamento, que materializa más las tendencias populares. El aparato administrativo y de la justicia deben ser mantenidos en lo posible independientes del parlamento, para que se quiebren arremetidas radicales —que vienen de los electores— en la resistencia de la burocracia y de la justicia.

Esta relación era especialmente clara en los países del continente europeo donde el aparato centralizado tenía una cabeza monárquica. Así se hallaba en Francia, bajo Luis Felipe y Napoleón III, el parlamento al lado del todopoderoso aparato administrativo. Todavía más débil era el parlamento en Prusia, donde se hallaba junto al gobierno del rey, o en Austria, a la par del gobierno imperial. A partir de 1860, se desarrolló en Italia también, aún cuando bajo condiciones un tanto distintas, un poderoso aparato centralizado del estado. Si se enrostraba a los parlamentos, cosa que se hace aún hoy, que "charlan" en lugar de obrar, no es esto más que una formulación popular de crítica por la separación de los poderes. La Comuna de París, en cambio, al superar el aparato del poder centralizado del estado, era al mismo tiempo un cuerpo deliberativo y ejecutivo. La representación comunal de París se descomponía en comisiones, que desempeñaban el rol de los históricos ministerios.

Todo esto se había dado en París en forma más o menos espontánea, por la evolución natural. Pero al mismo tiempo respondía eso a los ideales de los prudhonianos. La minoría de este sector de la Comuna hizo de la necesidad una virtud y determinó a la mayoría a votar resoluciones que debían contribuir a la superación del sistema estatal tradicional. Las resoluciones de la Comuna proyectan la visión futura de una Francia en la que cada una de las comunas goza de plena autonomía y en la que el ejército, la policía, la burocracia y la justicia están reemplazadas por simples órganos del pueblo trabajador. El viejo gobierno centralizado del país debía ser reemplazado por una libre federación de las comunas autónomas de las ciudades y del campo. De esta manera se mostraron en las tormentosas semanas de la Comuna de París los primeros y todavía poco claros comienzos de un nuevo tipo de democracia. La idea básica consiste en que el estado coercitivo centralizado no es conciliable con el gobierno autónomo del

pueblo trabajador. La democracia social no puede conformarse con tomar a su cargo ese aparato centralizado, sino que debe disolverlo. La nueva forma de la democracia comunal, como se intentó en París en 1871, muestra una analogía sorprendente con la administración autónoma de las ciudades libres de la edad media y de las pequeñas repúblicas de la antigüedad.

Claro está, que todas estas ideas nuevas no ayudaron nada a la Comuna de París, en su desesperada lucha contra sus enemigos. París quedó aislada. Algunos intentos de los obreros, en otras ciudades francesas para prestar ayuda a los parisienses, y extender el movimiento, fracasaron por completo. Frente a los obreros de París se produjo, en efecto, una alianza entre el gobierno conservador francés y el nuevo imperio alemán. Las tropas de ocupación alemanas suprimieron en las regiones invadidas todo movimiento de simpatía por la Comuna. Las tropas alemanas ayudaron al establecimiento del cerco alrededor de París y Bismarck permitió que regresasen tantos prisioneros de guerra franceses como requiriese Thiers.

Siendo que la Comuna estaba militarmente en completo desamparo y sin iniciativa, crecía el ejército del gobierno en forma permanente. El Mariscal Mac Mahon tomó el comando supremo de las tropas del gobierno, siendo un general del imperio cuya autoridad había sufrido menos que la de los otros. Se ve pues, como el llamado gobierno republicano de Francia aprovechaba el aparato militar del imperio para anular a los obreros de París y a los verdaderos republicanos. Entre los insurrectos, y también entre la población que no tomó parte en el movimiento, fue efectuada una verdadera masacre. La cantidad de muertos en París ascendió, por lo menos, a 20.000. A esto se agregaban todavía muchos miles de obreros parisienses que fueron llevados a las prisiones o a los campos de concentración o que hubieron de huir. La derrota del levantamiento de la Comuna estaba acompañada por la aniquilación de la avanzada proletaria y republicana francesa. Es preciso remontarse hasta la guerra campesina alemana de 1525, para encontrar otro ejemplo de semejante horrible derrota del pueblo trabajador.

Para Marx significaba la caída de la Comuna de París el fin del plan revolucionario de su vida. Como habían vaticinado Marx y Engels desde setiembre de 1870, estaba quebrada, por lo menos por una generación, la iniciativa de los obreros franceses. Esto significaba que tampoco la democracia proletaria de los otros países

europeos tenía por mucho tiempo esperanza alguna. Marx se hallaba ante una decisión difícil. Personalmente, no tenía ninguna responsabilidad por la Comuna de París. Desde un comienzo había considerado a semejante levantamiento como equivocado, y cuando se produjo, no obstante la insurrección de los obreros parisienses, criticó Marx en sus cartas despiadadamente sus errores. La gran mayoría de los miembros de la Comuna no había tenido nada que hacer con la Internacional, y la minoría había dificultado siempre con su oposición proudhoniana la labor de Marx.

Además era la posición de los proudhonianos hacia el estado, tal como la había adoptado la Comuna, muy distinta de la marxista. Por cierto, que también Marx veía en el estado el aparato coercitivo de la clase dominante y también él esperaba que más tarde, al correr de la evolución hacia el comunismo, habría de "morir" ese tipo de estado y convertirse en la libre comunidad de los productores. Pero en el momento de una revolución no debía disolver el pueblo trabajador el aparato estatal centralizado, sino aprovecharlo para sus propias finalidades. El proletariado triunfante tenía, según Marx, la misión de formar ante todo un gobierno de lucha, fuerte y centralizado, a la manera de Robespierre. Marx no concibió semejante "dictadura del proletariado" como una antítesis de la democracia, sino como su complemento militante: en la revolución actúa el proletariado en nombre de todo el pueblo trabajador, en el de la abrumadora mayoría de la Nación, pues por de pronto, debe vencer la democracia en forma disciplinada y armada a sus enemigos. La "muerte" del estado, puede corresponder recién a un período mucho más posterior.

En este sentido deseaba Marx que el consejo central de la Guardia Nacional, se hubiese apoderado de un poder dictatorial después de la revolución del 18 de marzo, y que hubiese emprendido la ofensiva contra Versalles. La elección pacífica de la Comuna en medio de la guerra civil y todos esos experimentos con una administración autónoma descentralizada, no eran para Marx, en ese momento, otra cosa que juego de niños inspirado por los proudhonianos. Para Marx hubiese sido pues, muy cómodo, criticar públicamente los errores de la Comuna y rechazar toda responsabilidad por los desgraciados acontecimientos de París. Pero a Marx no le interesaba tener razón ante la opinión pública, sino asegurar el porvenir del movimiento. A pesar de los errores que habían cometido, eran los obreros revolucionarios de París, en un sentido más elevado, los compañeros de partido de Marx, porque él no

entendía bajo su "partido" una asociación casual, sino la gran comunidad de los luchadores revolucionarios de todo el mundo. Es evidente, que la batalla heroica de los obreros de París, clausuraba en forma total un largo período de movimientos democráticos, pero ahora se trataba de salvar y aprovechar la tradición de la Comuna, para tiempos venideros.

Fue en esta forma que Marx escribió bajo la fresca impresión del terror blanco en París, en nombre de la Internacional su famoso folleto sobre *La guerra civil en Francia*. Aquí suprime por completo toda diferencia táctica y teórica de opinión que había tenido con los hombres de la Comuna. Reivindicó a la Comuna desde el principio hasta el fin, aún con sus experimentos para la inmediata disolución del estado centralizado y la presenta a los obreros y revolucionarios de todo el mundo como un luminoso ejemplo. Teóricamente, era esto una retirada parcial del marxismo ante el prouldhonismo. Pero para Marx careció siempre de importancia la sutil discusión sobre la razón teórica frente a las grandes obligaciones del movimiento.

El escrito de Marx sobre la guerra civil de 1871 tiene una importancia histórica extraordinaria, porque con este valiente paso se apoderó Marx de la Comuna. Recién desde entonces, tiene el marxismo una tradición revolucionaria ante la humanidad. Hasta 1870 tenía Marx ya la fama de un destacado teórico del movimiento obrero. Pero nada sabía la vasta opinión pública de la actividad política y revolucionaria de los marxistas. Recién desde que Marx en 1871 se pronunció en forma tan categórica por la Comuna, concentrando sobre sí toda la indignación de la sociedad burguesa, logró que para la opinión pública mundial coincidiesen su Internacional y la Comuna. Recién a partir de 1871 están vinculados el marxismo y la revolución obrera. La Comuna de París, a la manera como la veía Marx, ha desarrollado ante todo una poderosa influencia sobre el cambio en Rusia.

En esta forma creó Marx en 1871 para los movimientos venideros del pueblo trabajador una importante tradición y colocaba en medio de los mismos a su propia doctrina. Pero al mismo tiempo tenía la clara noción de que la Internacional Obrera, tal como había sido fundada en 1864, ya no tenía razón de existir. Había sido la idea política fundamental de Marx y Engels lograr, mediante la Internacional, una cooperación de los obreros ingleses y franceses, en el sentido de la revolución democrática. Desde el derrumbe de la Comuna estaba destruido el movimiento francés. Los obreros

ingleses habían conquistado entre tanto el derecho del sufragio. Ellos se conformaron, por de pronto, con este éxito político y procuraron extraer de ello las debidas consecuencias, por una garantía legal de la posición de los sindicatos, etc. Por el contrario, no mostraban los obreros ingleses ninguna inclinación para fundar un partido político independiente del proletariado. Después de 1871, se hizo insostenible la relación de los obreros ingleses hacia la Internacional. A la larga no era posible que estos dirigentes sindicales británicos actuasen como miembros de la Internacional en pro de la Comuna revolucionaria, y que en casa apoyasen al partido liberal. Por aquel tiempo votaba la mayoría de los miembros sindicales hasta a los candidatos conservadores.

Aun cuando se hizo inevitable la separación de los sindicatos ingleses de la Internacional, y pese a que al mismo tiempo se hizo sentir en forma desagradable la oposición de Bakunin y de sus anarquistas, pudieron haber mantenido Marx y Engels la Internacional. Aun después de la separación de los ingleses y de los bakuninistas, pudo contar Marx con los social-deniócratas alemanes de todas las tendencias. Desde la Comuna tenía también la dirección entre los emigrados franceses. Además tenía partidarios en Austria, en Italia y en los pequeños países de Europa. Finalmente se agregaban contactos con los Estados Unidos y con los refugiados rusos. Marx no ha temido nunca una lucha dentro del movimiento y nunca se ha asustado de una división. También en los años del 70, pudo haber mantenido una Internacional en la que se hallase reunido el sector más importante de la vanguardia proletaria. ¿Pero qué podría haber rendido semejante Internacional? Ella habría realizado congresos, publicado manifiestos, distribuido cargos y discutido los intereses profesionales de carácter internacional de los obreros. Sin embargo, Marx no quiso dar su capacidad de trabajo para una Internacional de este tipo. Después de la situación mundial cambiada a partir de 1871, no podía ser la Internacional una palanca de la revolución. En consecuencia estaba demás para Marx.

Marx quiso solamente impedir que el nombre y la autoridad del organismo pasase a los anarquistas. En consecuencia, dispuso el singular acuerdo en el Congreso Internacional de La Haya de 1872, para que la sede del Consejo General, fuese trasladada de Londres a Nueva York. Tampoco en la era del buque a vapor y del telégrafo era posible que la dirección del movimiento obrero europeo se hallase en América. Además no tenía entonces la sec-

ción americana de la Internacional importancia alguna. Pero Marx creyó que estando el Consejo General en Nueva York, estaría substraído al manotón de los anarquistas. Todo esto no era sino el entierro de la Internacional que después de 1872 pasó lentamente a mejor vida.

La Comuna de París significa el fin del intento de la masa obrera de solucionar independientemente la misión de la democracia revolucionaria más antigua. Si se prescinde de Suiza, estaba la democracia, en 1871, vencida en todos los países del continente europeo. En Francia gobernaba la Asamblea Nacional Monárquica, junto con los generales. En 1873 fue desplazado Thiers de su cargo y el mariscal Mac Mahon fue, con carácter de reemplazante, nombrado cabeza del Estado. En general se veía en él solamente a un lugarteniente para el retorno de los Borbones. En Alemania, era evidente que el imperio de Bismarck sería por mucho tiempo inenmovible. En el país de los Habsburgos habían recuperado los húngaros en 1867 la administración autónoma. Desde entonces era gobernado el reinado de Hungría por una oligarquía de la nobleza y de la rica burguesía. De esa manera había sido desviado el movimiento nacional húngaro hacia el campo de la reacción. Después de la pacificación del sector dominante húngaro, estaba consolidado también el poder de los Habsburgos en la parte austriaca del Imperio.

La unificación italiana había sido concretada en sus aspectos esenciales para la conquista de Venecia y Roma. Los capitalistas del Norte, los terratenientes feudales del Sur, los políticos profesionales, los burócratas y los militares se dividían el poder del estado. Las grandes masas populares estaban excluidas. Mazzini no capituló ante el nuevo orden en Italia. Incansablemente criticó el desastroso gobierno en el nuevo reino y propagaba la república democrática. Pero en su condición de auténtico representante de la democracia de 1848, no comprendía el nuevo movimiento de los proletarios italianos de las ciudades y del campo. Alto y valiente, pero en divergencia con todas las clases, murió Mazzini en 1872. Con él bajó a la tumba todo un período de la democracia europea. También el movimiento revolucionario polaco había terminado después de la derrota del levantamiento de 1863-64.

En esta forma, prescindiendo de Suiza, a partir de 1871 la democracia estaba excluida como fuerza política viva en el continente; tanto la burguesa como la proletaria.

10. LA DEMOCRACIA BURGUESA EN AMERICA, INGLATERRA Y SUIZA

El Partido Republicano Democrático de Jefferson en los Estados Unidos había cesado totalmente, alrededor de 1815, la lucha contra el capital financiero. Este partido era, desde entonces, la expresión de una gran comunidad popular, al menos de todos los ciudadanos blancos que vivían en los Estados Unidos: el latifundista y el esclavista se hallaban pacíficamente al lado del pequeño chacarero, y el gran capitalista junto al obrero de la fábrica. En esta forma había perdido la democracia americana su carácter social de lucha. No obstante, mantuvo la comunidad americana su característica peculiar, que la distinguía claramente de los estados de Europa.

En *El Capital*, en el capítulo sobre el moderno sistema colonial, ha expuesto Marx claramente la diferencia entre la economía europea y americana, al menos como existía hasta los años del 60 del siglo XIX. Marx entiende bajo "colonias" un "suelo virgen que es colonizado por inmigrantes libres". El principio monitor es al efecto la tierra libre. Todo inmigrante fuerte y sano, aun cuando no posea mayores medios financieros o de producción, puede apropiarse de un pedazo de suelo sin cultivo para convertirse allí, por el esfuerzo de sus manos, en agricultor independiente. La existencia de la tierra libre quita al mismo tiempo al fabricante lo que se llama el ejército industrial de reserva. Ahí faltan las masas de trabajadores excedentes, que se ofrecen permanentemente al empresario, y que presionan así sobre los salarios y el standard de vida del proletariado. En las colonias con tierra libre, está obligado el fabricante a pagar altos salarios, para que quede excluida en sus obreros la seducción de cambiar el trabajo de la fábrica por la existencia de un pequeño e independiente agricultor. Debido a que el suelo es todavía accesible a la masa del pueblo, se asegura también el proletariado industrial una forma de vivir elevada y libre.

Esta peculiar economía colonial, fue lo que dio a la democracia americana, también después de 1815, su razón de ser. Si los desposeídos blancos, vale decir, ante todo, los obreros, conquistaron después de 1800 en casi todos los Estados de la Unión, el derecho electoral político, no constituía esto un vacío formulismo, sino que la economía colonial, construida sobre el principio de la tierra

libre, dio su contenido a la democracia americana. La comunidad de labor entre capitalistas y proletarios, entre terratenientes y pequeños chacareros, fue efectuada bajo el signo de la tierra libre.

Al correr del siglo decimonono fue perturbado este idilio de la democracia americana, en primer lugar por el enorme crecimiento de una aristocracia esclavista en los estados del Sur de la Unión. Si los partidarios de la esclavitud hubiesen logrado apoderarse del gobierno de la Unión, habría terminado al mismo tiempo el principio de la tierra libre y de la forma democrática del estado; se trataba pues de salvar a la democracia colonial de este derrumbe. El remozado partido republicano bajo la dirección de Lincoln, ha destruido en la tremenda guerra civil de los años del 60 a la aristocracia de los esclavistas, e impuso de esa manera, nuevamente, el principio de la tierra libre con todas sus consecuencias.

Marx observaba la obra política de Lincoln con la mayor simpatía. No obstante, se daba cuenta que el episodio de la democracia colonial no era, a la larga, duradera en los Estados Unidos. En *El Capital*, destaca Marx que la guerra civil americana había tenido como consecuencia una enorme deuda del estado y con ella el peso de los impuestos, la aparición de una aristocracia financiera, entrega de enormes cantidades de tierras públicas a sociedades especuladoras, para la explotación de ferrocarriles y minas; en una palabra, la más acelerada concentración del capital: "La gran república ha dejado de ser pues, la tierra prometida para obreros emigrantes". En la introducción para la edición del *Manifiesto Comunista* de 1882, señalan Marx y Engels, igualmente, cómo ha cambiado en los últimos decenios la situación económica y social en América: "La pequeña y mediana propiedad rural de los chacareros, que trabajan ellos mismos sus tierras, base de todo el orden político de América, sucumbe más y más a la competencia de los establecimientos gigantescos, al tiempo que en los distritos industriales se forma por primera vez un numeroso proletariado junto a una maravillosa concentración del capital".

Marx y Engels vaticinaban para los Estados Unidos que se acabaría ese compromiso de clases sobre el que se basaba la democracia colonial, y en lugar de esto, nuevas y poderosas luchas de los obreros y agricultores contra el alto capitalismo. En realidad, estaban repartidas alrededor de 1890, todas las tierras libres en los Estados Unidos y con eso quedó destruida la base económica y social de la democracia americana de tipo más antiguo. Consecuencia de esto fue que en América apareciese después de 1890,

un nuevo movimiento de la democracia social. La lucha de las masas obreras contra el capital de los trutis, por el poder político y económico, prosiguió bajo variadas formas hasta la actualidad.

En los grandes dominios, en las posesiones con gobierno autónomo, que tenía el Imperio Británico en ultramar, y donde también fue librado a los colonos blancos el suelo virgen, estaba dada, a su vez, en los primeros comienzos la premisa para una democracia colonial. Pero en Australia, como lo señala ya Marx en *El Capital*, ante todo en la Nueva Gales del Sur y en Queensland, había facilitado ya en temprana fecha una legislación desfavorable sobre las tierras, la creación de gigantescos latifundios. De esa manera estaba obligada la población trabajadora de Australia, también alrededor de 1890, a formar un partido obrero independiente contra el capital financiero y del suelo. Con ello terminó también allí la paz de las clases, tal como se necesita para la democracia colonial, y en su lugar se hizo presente la lucha por una nueva democracia social. En Canadá y en Nueva Zelanda, alcanzó el período de la tierra libre y de la democracia colonial, debido a condiciones más favorables, aproximadamente hasta la guerra mundial.

Otra forma de la democracia burguesa que se diferencia de la democracia social original, se desarrolló a partir de 1867 en Inglaterra. Marx había esperado que la concesión del derecho electoral a los sectores decisivos de los trabajadores industriales ingleses, conduciría en tiempo más o menos breve, a la constitución de un partido político obrero. Y el resultado de las elecciones a la Cámara de los Comunes en 1868, trajo para Marx y Engels un serio desencanto, al resultar derrotados todos los candidatos obreros. Cuando los sindicatos ingleses disolvieron después de 1871 en forma total sus relaciones con la Internacional, estaba, por de pronto, liquidada toda esperanza de una renovación del cartismo.

La abrumadora mayoría de los obreros ingleses ha visto hasta la guerra mundial, su organización de clase en los sindicatos. Estos han defendido decididamente los intereses gremiales. Pero al mismo tiempo se conformaban los obreros ingleses, por lo general, con enviar al Parlamento candidatos de los partidos burgueses. Estos podían contar con los votos de los electores obreros según fuesen más o menos favorables a las reclamaciones de la masa obrera. Engels ha insinuado ya en 1858 la posibilidad de semejante desarrollo, teniendo en cuenta el ocaso del partido cartista. Entonces escribía que "parece que el proletariado inglés se aburguesa

más y más, de suerte que la más burguesa de todas las naciones parecería querer llegar a crear una aristocracia burguesa y un proletariado burgués al lado de la burguesía. Ciertamente que en una nación, que explota al mundo entero, es ésto hasta cierto punto explicable".

El compromiso entre las clases en que se basaba la democracia burguesa de Inglaterra, no podía tener su fundamento en la tierra libre, como la democracia colonial de América, porque el suelo inglés pertenecía a muy pocas personas. El lugar de la tierra libre era ocupado aquí, en cierto modo, por la hegemonía económica de Gran Bretaña. Los éxitos extraordinarios de la burguesía inglesa, en el comercio, en la navegación y en la política colonial, daban la posibilidad de elevar también el standard de vida de por lo menos una parte de la masa obrera, por sobre el nivel continental. De esa manera, pudo "aburguesarse", cuando menos, este sector obrero. La democracia burguesa de Inglaterra, como se desarrolló en el siglo XIX, podría calificarse en consecuencia mejor como una democracia imperialista, pero debido a que los problemas de la potencia mundial británica, se convirtieron en la base de la forma del Estado, hubo de fracasar frente a ellos el partido liberal inglés. Las razones para ello se habrán de dar más adelante. El verdadero portador de la democracia imperialista fue el partido conservador, renovado por Disraeli.

Disraeli desarrolló su concepción política del mundo, de un compromiso entre las clases, sobre la base de la potencia mundial británica. Como ministro de un gobierno de minoría, había logrado imponer Disraeli en 1867 la memorable ley de reforma electoral, que representa el primer paso decisivo para un régimen de igualdad ciudadana de los obreros industriales. Las elecciones de 1868 llevaron ciertamente una vez más la mayoría liberal a la Cámara de los Comunes, pero al mismo tiempo mostraron a Marx y a Engels sorprendentes progresos de los conservadores tan luego en las grandes ciudades. En 1874 conquistó el Partido Conservador de Disraeli, por primera vez, la mayoría en el Parlamento. En vida de Engels se produce después todavía la trayectoria meteórica del "demócrata-tory" Randolph Churchill y la entrada de Joseph Chamberlain en el mismo campo político. Sin embargo, aparece claro que Marx y Engels no podían considerar semejante solución como definitiva. Ellos esperaban un momento en el que los obreros ingleses habrían de denunciar el compromiso de clase para ir políticamente otra vez por sus propios caminos, quiere decir, que ha-

brian de abandonar a la democracia imperialista y luchar nuevamente por la democracia social. En el prefacio para la edición del *Manifiesto Comunista* de 1890, cita Engels, con orgullo, la frase del presidente del congreso de sindicatos ingleses en Swansea, de 1887, quien declaró: "El socialismo continental ha perdido para nosotros su terror". En realidad, se opeataba el desarrollo de la masa obrera inglesa hacia una política de clase mucho más lento de lo que deseaban Marx y Engels. La forma de la democracia imperialista se evidenciaba por de pronto en Inglaterra todavía como la más fuerte.

La tercera forma de la democracia burguesa, se consolidó en vida de Marx y Engels en Suiza. Las repúblicas suizas remontan sus comienzos hasta muy atrás de la edad media. Un grupo de cantones suizos, los llamados cantones del Ur, habían conservado desde el siglo XIV hasta el XIX, una democracia campesina. Pero la democracia de estas comunidades agrarias estaba completamente paralizada. Desde el siglo XVI había perdido todo contacto con las fuerzas progresistas de Europa y en realidad se dejaban dirigir las comunas rurales por unas cuantas familias aristocráticas. También en la parte restante de Suiza se había apoderado del poder, en los siglos XVII y XVIII, un pequeño círculo de patricios.

En el período de 1815, hasta 1848, luchaban por el poder la tendencia conservadora patricia y la moderna burguesía. En esto ofrecían los campesinos católicos privilegiados de los cantones originarios, un fuerte apoyo para el viejo orden. En cambio, la masa de los campesinos en los restantes cantones estaba desposeída de todo derecho político y fue así el lógico aliado de la moderna burguesía. El movimiento obrero se hallaba en Suiza recién en sus comienzos, pero en los cantones de habla francesa se hizo sentir la influencia de la democracia social de Francia y de las diferentes escuelas del socialismo de París. Bajo el ejemplo de la revolución de 1830 se produjeron también en los más importantes cantones suizos levantamientos de las masas desposeídas. El dominio de los patricios se derrumbó y los destacados cantones se convirtieron en repúblicas democrático-burguesas con sufragio universal. Debido a que el partido progresista, de filiación burguesa, necesitaba la ayuda de las vastas masas campesinas, no les pudo negar el derecho electoral. Sin embargo, el partido conservador patrío no entregaba todas sus esperanzas, en tanto estuviese sin quebrantar la resistencia de los cantones del Ur. En 1847 se produjo la guerra civil, en la que los cantones mayores y más modernos, como Berna,

Zurich, etc., vencieron con facilidad a los cantones originarios. Marx y Engels estaban entonces incondicionalmente de parte de la democracia burguesa moderna y se enfrentaron enérgicamente contra toda glorificación romántica de esos cantones originarios, cuya supuesta democracia campesina no era en realidad otra cosa que un tapuzo para un particularismo fosilizado y para una reacción obsecada.

Después de 1847 no se oponía nada a la reconstrucción de Suiza hacia la forma de un moderno estado federal. Los diversos cantones se constituyeron, por de pronto, como repúblicas parlamentario-burguesas. Pero a partir de los años del 60 se llegó a importantes cambios de la constitución; al principio en los cantones, y más tarde también en la federación: el gobierno parlamentario fue complementado por el sufragio directo de toda la masa de los ciudadanos, la única que decidía sobre nuevas leyes, etc. Suiza se hallaba al margen de las discusiones de la gran política europea y su ejército servía tan sólo para la defensa de las fronteras. En el pequeño marco de los cantones, bajo condiciones totalmente pacíficas, y con un creciente bienestar de la masa popular, pudo consolidarse la democracia burguesa. En vida de Marx y Engels se hallaba la fuerza decisiva de la política suiza en los sectores medios, bien situados y conscientes de su rol histórico. El número de los obreros industriales crecía, pero una conquista del poder por los obreros no tenía todavía perspectivas de éxito. Marx y Engels, han reconocido la conveniencia de las instituciones suizas para el estrecho espacío de estos ricos y pacíficos cantones. Pero también pusieron en guardia a los que aspiraban a una transplantación mecánica de las formas políticas suizas a países de distinta composición y que tuviesen un fuerte proletariado.

11. LA DESVALORIZACION DE LA DEMOCRACIA DESPUES DE 1871

De los países del continente europeo, estaba solamente Suiza en la situación feliz de poder elegir entre las diferentes formas de la democracia burguesa. En todos los demás países estaba impedida la gran masa popular en su libertad de acción, descorazonada por las derrotas y oprimida por poderosas fuerzas burocráticas o militares. La derrota del pueblo trabajador de Europa se agravaaba, además, porque las masas habían perdido hasta las consignas

y las metas bajo las cuales solían luchar las generaciones anteriores. Ya no se sabía lo que era la democracia revolucionaria y se había olvidado lo que significaba el "pueblo" en la lucha democrática. El obrero europeo de 1848 se parecía a un analfabeto que tenía conciencia de no saber leer ni escribir, pero que tenía al menos la voluntad de eliminar esta deficiencia. La masa popular, después de 1871, en cambio, debe ser comparada con un hombre que tampoco sabe leer ni escribir, pero que, al mismo tiempo, no tiene la más mínima idea de que existen tales artes.

Si la masa obrera había olvidado la democracia revolucionaria, cabe destacar que ocurría lo mismo también con los sectores gobernantes de Europa. Así, por ejemplo, tuvo que manifestarse el historiador liberal inglés Mac Carthy, en su *Historia de nuestro propio tiempo*, que apareció en 1882, sobre el cartismo. Mac Carthy habla del cartismo en el tono de una compasiva superioridad y establece con tal motivo la siguiente consideración: "Hoy hemos superado la era de las abstracciones políticas. Las consignas mediante las cuales se dejaron excitar nuestros antepasados para ser llevados a tal o cual lado, apenas si tienen algún significado para nosotros. Nos sonreímos hoy ante frases como "los derechos del hombre". Apenas si sabemos lo que se quiere decir cuando se habla del "pueblo", en la acepción que se daba antes a esta palabra, cuando se quería englobar en el "pueblo" a la gran masa de gente que sufre injusticias, que no tiene representación política y que es oprimida por los poseedores de los privilegios y por la aristocracia".

Mac Carthy instruye sin embargo a sus lectores, diciéndoles que esos principios y consignas que ahora estaban superadas, tenían antes un sentido: "Eso vale para el "pueblo", el "derecho del pueblo", el "derecho al trabajo" y todas esas otras frases altisonantes que hoy nos parecen tan vacías y faltas de significado". Una investigación objetiva de la situación en el continente europeo habría conducido, como es natural, a la comprobación de que la gran mayoría del pueblo trabajador estaba en 1882 tan aherrojada, oprimida y explotada como en 1848. Las exigencias de 1848 no habían perdido su razón de ser, sino que la gente se había acostumbrado, al menos fuera de Rusia, a no tomarlas en serio.

En ese mismo año de 1882, publica Federico Engels la primera edición alemana de su famosa obra *El Desarrollo del Socialismo de la Utopía a la Ciencia*. Por más que Engels se separa en su juicio político-histórico del término medio de la opinión de la

burguesía liberal, coincide, no obstante, con el liberalismo en la valoración disminuida del rol histórico de la democracia revolucionaria. Engels hace proceder el contenido ideológico del moderno socialismo: de los filósofos de la encyclopédie francesa del siglo XVIII; luego de los filósofos clásicos alemanes del siglo XIX y finalmente de los grandes socialistas utópicos. Los hechos reales de los cuales nace el moderno socialismo vienen, según Engels, del desarrollo del capitalismo industrial. Todo esto es objetivamente muy exacto, pero al mismo tiempo unilateral, porque Engels no rinde ahí justicia al rol histórico de la democracia revolucionaria.

Es cierto que Engels escribe en ese folleto en forma muy acertada sobre el tiempo de Robespierre: "Si alrededor de 1800 se habían recién en gestación los conflictos que nacen del nuevo orden social, vale esto aún más en cuanto a los medios de su solución. Si las masas desposeídas de París habían conquistado por un momento el poder durante el período del terror, afirmando de esa manera el éxito de la revolución burguesa, — aún contra la burguesía — no habían demostrado con eso sino lo imposible que era su prolongada dominación bajo las condiciones de entonces. El proletariado, que recién se separaba de estas masas desposeídas como el retoño de una nueva clase, todavía incapaz para una acción política independiente, se presentaba como sector oprimido, al cual, — ante su incapacidad de ayudarse a sí mismo —, sólo se podía traer auxilio desde afuera, desde arriba".

Los puntos vulnerables del movimiento de 1793 y las causas de su rápida derrota, fueron expuestas aquí con la habitual maestría que caracterizaba a Engels. No obstante, era un hecho de enorme importancia que las masas desposeídas hubiesen conquistado en Francia en 1793-94, aun cuando solo fuera por un momento histórico, el poder. Toda la consiguiente historia de los movimientos populares europeos ha sido determinada "por ese momento". Cuando Engels escribió en 1882 su folleto, seguía siendo el mismo demócrata revolucionario que había sido, en el período de 1848 hasta 1871. Pero él valoraba muy escasamente la resultante del llamado régimen del terror, como así también de la revolución de 1848. Su mirada estaba dirigida hacia el futuro, hacia la venidera gran revolución socialista que había de realizar el proletariado, instruido por la enseñanza de Marx. Engels consideraba en 1882 como superfluo atar cabos entre su propio movimiento socialista y el pasado democrático. La razón para ello estaba en que en 1882 no había en Europa, exceptuando Rusia,

ningún sector popular que pudiera ser puesto en acción por una evocación de las tradiciones de la democracia revolucionaria. Según Engels, se hallaba el porvenir de las masas obreras exclusivamente en el proletariado socialista. Los restantes sectores populares oprimidos, como ser, pequeños campesinos, capas medias de las ciudades, etc., no podían hacer otra cosa que agregarse al movimiento del proletariado. Fue así que en 1882 le pareció a Engels la democracia revolucionaria histórica tan muerta como lo era para el investigador liberal inglés, citado más arriba.

El gran historiador francés Mathiez publicó en mayo de 1917, bajo la fresca impresión de la revolución rusa, un artículo sobre el juicio sobre Babeuf y Robespierre. En el mismo, habla sobre el juicio que merece a la posteridad francesa Robespierre y establece que hasta 1870 habían visto todos los demócratas y socialistas revolucionarios en él, su gran ejemplo. "Recién en nuestra época, cuando las tradiciones de la revolución se habían perdido, sobre todo después de 1870, con la invasión del marxismo, se han dejado inducir en error los demócratas y socialistas franceses, al menos una parte de ellos, por afirmaciones tendenciosas de naturaleza más bien política que histórica y han dejado de comprender a Robespierre, a quien habían admirado sus antecesores. Pero es digno de mención que esta tradición se ha mantenido en el extranjero y especialmente en los países para los cuales el estudio de nuestra revolución sirvió como medio para su propia liberación".

Con la última frase, pensaba Mathiez evidentemente con especialidad en Rusia, donde los partidos revolucionarios se habían constituido siempre según el ejemplo de 1793. Para Francia alcanzó la tradición revolucionaria directa tan solo desde 1789 hasta 1871. La caída de la Comuna era al mismo tiempo el fin de la democracia revolucionaria. Tan pronto como esta orientación política dejó de existir en la vida real, les resultó difícil a los autores políticos e historiadores comprenderla. Para los políticos de la burguesía francesa la Comuna era un horror. Los obreros honraban ciertamente el recuerdo de los luchadores de la Comuna, como el de sus compañeros de clase, pero cuando el movimiento obrero francés se reconstituyó a partir de 1880, ya no tenía más las premisas del pasado. Debido a que Robespierre y sus amigos no pertenecían ni a la burguesía ni al proletariado socialista, en el sentido marxista, se dificultaba tanto la comprensión del Partido de la Montaña después de 1871. Mathiez pudo restablecer el recuerdo histórico de Robespierre tan solo porque él mismo prolongaba en

su persona las ideas de la democracia revolucionaria. En cambio, para la política y la sociedad francesa en general, subsiste el hecho de que la viva democracia revolucionaria dejó de existir con el año 1871.

Por el mismo tiempo estaba olvidada en Inglaterra la revolución cartista. Igualmente pareció a los habitantes del Imperio Alemán, después de 1871, la referencia de la revolución de 1848 como una noticia de un mundo extraño. La burguesía alemana, los académicos, y los sectores medios, hacia tiempo que habían olvidado los fervores revolucionarios. Cuando mucho, se reconocía todavía el lado nacional del movimiento de 1848: los hombres de esa fecha habrían aspirado con medios insuficientes y sin éxito a la misma meta que logró Bismarck en forma tan gloriosa. Para la transformación de la opinión pública alemana resulta típico el desarrollo en Baden y el Palatinado. Estas eran las regiones del levantamiento republicano de 1849 y los más fuertes reductos de la vieja democracia alemana. Después de 1871 tenía allí el Partido Nacional Liberal, representante de la burguesía que era fiel a Bismarck, una segura mayoría. La oposición contra los nacionales liberales no venía en Baden y el Palatinado de la izquierda radical, sino del Centro, del partido de los campesinos católicos y de los pequeños burgueses. También los berlineses honraban el recuerdo de los caídos en las barricadas del 18 de marzo de 1848, pero una vinculación vívida con 1848, a los efectos de que esa revolución ofreciere una enseñanza para el presente, no existía en los obreros socialistas del imperio alemán. En Italia y en Hungría estaba también después de 1871 latente la tradición de 1848, pero era solamente el lado nacional de la revolución el que vivía en un culto de Garibaldi o de Kossuth, y no el democrático.

Con la desvalorización de la democracia histórica europea se operó simultáneamente una concepción modificada del sufragio universal. Hasta 1848 habían tomado, partidarios y adversarios muy en serio el amplio derecho electoral. Se consideraba como sobreentendido que con la conquista de ese derecho habría de comenzar una dominación ilimitada de la gran masa popular en política y economía. Recuérdese aquí tan sólo con qué seriedad y apasionamiento fueron planteadas las luchas por el derecho electoral antes de 1848, en Francia e Inglaterra. Las experiencias que se hicieron en Europa a partir de 1848 con el sufragio universal orientaban, sin embargo, al parecer, en otro sentido. Especialmente en Francia, no pudieron olvidar los obreros radicales que tanto

la masacre de junio de 1848 como el aplastamiento de la Comuna de 1871, habían sido realizados con la aprobación de una asamblea surgida del amplio derecho del voto. Napoleón III se había servido del mismo para dar una y otra vez a su imperio aventurero la apariencia de un acuerdo popular. Bismarck había introducido en 1867 el sufragio universal para el Reichstag de la Liga Alemana del Norte, y en 1871, para el nuevo imperio alemán. Los resultados eran, desde el punto de vista del movimiento obrero revolucionario, sumamente pobres. Invariabilmente había dado el pueblo alemán la mayoría al canciller Bismarck; y los partidos de oposición que existían en el Parlamento, representaban los intereses del capitalismo liberal o de la pequeña burguesía católica.

A la monarquía y a los sectores privilegiados ya no les parecía el sufragio universal un peligro tan grande. Por el otro lado dieron precisamente los estratos obreros radicales, que fuera posible defender alguna vez con el derecho del voto los verdaderos intereses del pueblo trabajador. En cuanto a la democracia y el sufragio eran considerados como dos factores necesariamente aliados, comenzó la devaluación del concepto de la democracia, cosa que ocurre hasta el presente. Se dejó de ver en la democracia a un gobierno autónomo activo de las masas trabajadoras y a un medio para su liberación social y política, considerándola tan sólo como una forma del estado capitalista, que se caracteriza por un parlamento del sufragio universal, pero que en lo demás no sirve positivamente de nada a las masas.

Quien considera objetivamente los hechos históricos del siglo XIX, debe llegar a la conclusión que el sufragio universal ha sido sobreestimado antes de 1848 en su importancia social, por que, después de esta fecha, también ha sido muy a menudo infraestimado. La gente se inclinaba demasiado a considerar el derecho del voto como una cosa en sí, que baria de inmediato milagros. Siendo que los milagros, como es natural, no se materializaban, se alejaba luego, desencantada, de toda la institución. El sufragio universal no puede hacer milagros, sino que puede funcionar solamente dentro del marco de las relaciones sociales totales de un país. Si una población ignorante, que no sabe leer ni escribir, que no comprende conceptos políticos y que es mantenida en una dependencia espiritual y económica, recibe de improviso el derecho del voto, no puede sacar provecho del mismo. Recuérdese aquí tan sólo el triste abuso que se efectuaba en los Estados Unidos, después de la liberación de los esclavos, con el derecho del voto de los negros.

11-1561-N
PAGE 1 OF 25

Por esta misma razón era también la cuestión del derecho electoral en el siglo **XIX** y **XX**, en países como España, Italia, en la península Balcánica y en Sudamérica, de muy poca importancia. Las masas rurales y de las pequeñas ciudades, ignorantes y dependientes, votaban como lo querían los dueños del poder. En tales países tiene la implantación del sufragio universal por resultado que tal vez en algunas grandes ciudades y regiones industriales — supuesto el caso de que las elecciones sean libres —, puedan triunfar algunos diputados obreros o representantes de la burguesía progresista. Otra cosa no se cambia en la estructuración social del país, hasta tanto no despierta una revolución social a las masas.

Un valor igualmente relativo tiene el derecho del sufragio en países progresistas, si el gobierno puede falsificar los resultados electorales o si puede inutilizar a la propaganda de la oposición con medidas policiales. Un ejemplo clásico para semejante aplicación del derecho del voto lo ofrece Francia bajo Napoleón III. Finalmente, no sirve el sufragio universal en un país con un más alto grado de cultura de la población y con elecciones libres, si las decisivas fuerzas de la vida pública se hallan independientes del parlamento. Así, en el imperio alemán después de 1871, era el rey de Prusia, apoyado en su ejército y en sus empleados, mucho más fuerte que el Reichstag. Pero donde tales impedimentos no existen, es el derecho del voto el medio inevitable con el cual ejercen las masas obreras sus derechos políticos.

12. SOCIALISTAS Y ANARQUISTAS DESPUES DE 1871

En el continente europeo era relativamente pequeño después de 1871, el número de obreros que estaba dispuesto a actuar por la liberación de su clase. Este minúsculo sector se hallaba sacudido, además, por violentas luchas internas. Por un lado, estaban los partidarios de Bakunin, que rechazaban toda política de partido del estilo habitual y toda participación en las elecciones parlamentarias. Por el otro lado, estaban los amigos de un partido obrero, políticamente independiente, que debía tener en primer término la misión de llegar al parlamento y representar allí los reclamos del proletariado. Marx había disuelto a la Internacional porque no tenía ningún interés en ser el dirigente de partidos obreros europeos pequeños y débiles, incapaces para la revolución. Pero la disolución no trajo ningún fin a la lucha entre marxistas y baku-

nistas. Mientras que los anarquistas atacaban en la forma más violenta a Marx, continuaron los pequeños partidos políticos obreros buscando apoyo en éste y Engels. De esta manera quedó aún después del fin de la I Internacional, cierta comunidad de intereses entre Marx y los partidos políticos obreros.

El partido relativamente más fuerte de aquel tiempo era la socialdemocracia alemana. En 1875 se habían fusionado finalmente los lassallianos con los partidarios de Liebknecht. En las elecciones al Reichstag de 1877, conquistó la socialdemocracia alemana doce de las 397 bancas. Eso era bien poco bajo el dominio del sufragio universal en una Alemania que estaba, ya entonces, fuertemente industrializada. No obstante, era la socialdemocracia alemana mucho más fuerte que los movimientos correspondientes en Austria, Italia, Francia y los estados pequeños. Es evidente que los partidos obreros europeos no podían pensar en una revolución y que debían estar contentos de ampliar mediante la propaganda legal el número de sus afiliados, penetrar en los parlamentos y lograr mejoras económicas para los obreros.

Esta modesta y pacífica labor por los intereses gremiales de los obreros, no bastaba sin embargo a una pequeña cantidad de hombres, que estaban diseminados por todos los países europeos y en los cuales vivía el recuerdo del pasado revolucionario. Ellos sentían la opresión de las masas y se creían traicionados y vendidos por los partidarios políticos. Su odio especial se dirigía en todas partes contra la socialdemocracia legal. Con una inversión de causa y efecto, como ocurre a menudo en la psicología política, acusaban estos hombres a la socialdemocracia como culpable de la hostilidad de su tiempo y por la debilidad del movimiento obrero. Estos radicales apasionados declaraban que los partidos obreros legales no eran otra cosa que máquinas electorales; que se engañaba a los obreros, para que unos cuantos dirigentes pudiesen tomar asiento en el parlamento y efectuar negocios políticos y particulares con la clase dominante. No elecciones parlamentarias, sino hechos revolucionarios era lo que hacía falta.

Los fanáticos aislados de la acción revolucionaria hallaron que había una orientación con dirigentes teóricos, diarios, etc., que participaba de su aversión hacia la socialdemocracia y el trabajo parlamentario legal. Eso eran los anarquistas, los discípulos de Bakunin. Los enconados hombres de la acción no sabían por lo general, gran cosa de las ideas, pero ellos se agregaron a los grupos anarquistas y se convencieron de que la concepción anarquista del

undo era la suya propia. El anarquismo, como método de crítica social, no tiene nada que hacer con terror y tirar bombas. Los atentados políticos que fueron llevados a cabo en el último tercio del siglo XIX en Alemania, Francia, Italia, América y otros países, eran empero la obra de hombres que se titulaban anarquistas. La penetración de terroristas social-revolucionarios en las asociaciones anarquistas, ha creado desde entonces en la opinión pública una visión completamente unilateral del anarquismo.

Las acciones terroristas individuales, totalmente desprovistas de sentido, que fueron realizadas por esos llamados anarquistas, no tenían ningún éxito político. Las masas repudiaban estos métodos y los gobiernos aprovechaban las acciones anarquistas para perseguir a todo el movimiento obrero. Así ofrecieron para Bismarck, dos atentados anarquistas contra el Emperador Guillermo I, en 1878, el pretexto para presentar su ley de excepción contra la socialdemocracia alemana. Pero el más importante, aun cuando indirecto efecto de los actos de terror anarquista, era el agravamiento del conflicto entre los anarquistas y los adherentes de los partidos políticos obreros. En su oposición contra los métodos de arrojar bombas y de los atentados, se aferraron los socialdemócratas con tanta mayor vehemencia al parlamento y a la legalidad. El justificado rechazo de tales actos de terror producía en los obreros socialdemócratas la impresión de que en la lucha política debía negarse toda aplicación de la violencia. La participación en las elecciones parlamentarias se hizo expresión de una táctica exclusivamente pacífica, que se prometía éxito tan sólo dentro del marco de la ley. Fue así que la lucha apasionada contra el anarquismo, ha educado a los partidos obreros en un sentido totalmente antirrevolucionario.

A causa del conflicto entre los partidos obreros legales y los anarquistas terroristas, llegaron Marx y Engels a una curiosa situación. Ambos eran declarados adversarios del anarquismo, tanto del auténtico anarquismo con su negación del trabajo político, como también del anarquismo imitado de las bombas. Marx insistía en la gran revolución del pueblo, pero consideraba como carentes de sentido los atentados aislados. Además se encontraba interrumpido por los anarquistas el trabajo que Marx y Engels habían realizado fuera de la Internacional. Las críticas contra estos dos hombres no se efectuaban siempre en forma muy objetiva. Por otro lado, se respaldaban los partidos obreros legales en Marx y Engels, y aseguraban que querían traducir a la práctica las ideas de los dos

grandes maestros. Marx y Engels justificaron en absoluto la participación de los obreros en las elecciones parlamentarias. Ellos estaban de acuerdo con toda acción reformadora práctica, para elevar la situación de la clase obrera. De esta suerte fueron impedidos, después de la disolución de la Internacional, en un frente único con los partidos obreros legales.

Con tal motivo se pasaban muy a menudo por alto las hondas diferencias que existían entre Marx y Engels y la democracia alemana, por ejemplo. Marx y Engels fueron hasta su muerte en primer lugar revolucionarios. Ciertamente que ellos no habían empujado nunca a la masa obrera a una acción de aventuras. Pero ellos consideraban la situación política solamente de acuerdo con las posibilidades revolucionarias que ofrecía. En cambio, los partidos obreros continentales, olvidaron a contar con la revolución como una posibilidad de política práctica. Ellos vieron solamente las tareas diarias legales. El estado socialista del futuro se perdía en una lejanía nebulosa. Si los socialistas europeos favorecían las luchas diarias de los obreros contra los patronos, si recalocaban la posición especial del proletariado como clase, si elegían parlamentos y rechazaban las enseñanzas equívocas del anarquismo, creían que esto bastaba para el "marxismo". Hasta su muerte en 1883, la sentía Marx en forma dolorosa esta carencia de sentido revolucionario en los partidos obreros. Tampoco había cesado de criticar con cruel agudeza a estos partidos en su teoría y práctica. Pero, pese a todo esto, quedaba el hecho de la comunidad combativa de Marx y de los partidos obreros contra el anarquismo. Este acercamiento del marxismo a los partidos de los obreros europeos se convirtió más tarde en el periodo de la II Internacional, en un hecho de extraordinaria importancia histórica.

13. LA REACCIÓN EUROPEA DESPUES DE 1871

En el periodo de 1871 hasta 1889, mantuvieron el poder las fuerzas conservadoras, defensoras de la propiedad y de la autoridad, en casi todas partes de Europa. Al viejo centro dinámico de la contrarrevolución europea, el zarismo ruso, se agregaba como nueva potencia el aún más poderoso imperio alemán. La casa Habsburgo no tenía después de 1871 la gran posición europea que había mantenido en la era de Metternich, pero el imperio austriaco logró bajo Francisco José, pese a las derrotas de 1859 y 1866, una nueva consolidación. Junto a San Petersburgo y Berlín, se convirtió

Viena en la tercera gran central de la Europa conservadora. En Italia se había realizado el sueño de los revolucionarios y patriotas, el de la unificación nacional, lograda en términos generales en 1870. Pero la centralización del aparato estatal no trajo ninguna ventaja para las masas del pueblo trabajador italiano. La miseria de la población rural bajo los ministros del nuevo reino de Italia era la misma que bajo los gobiernos del reino de Nápoles y del estado papal. En Francia se caracterizaba la tercera república por la masacre cruel de los obreros parisenses en 1871. Aun después de que los republicanos burgueses de Francia lograron evitar en difíciles luchas el peligro de una restauración bonapartista, primero bajo Mac Mahon y luego bajo Boulanger, quedó la república débil y la situación de las masas obreras deprimidas. Tampoco pudo imponerse en ninguno de los restantes pequeños estados del continente, prescindiendo de Suiza, en el periodo de 1871 hasta 1889, un gobierno propio del pueblo trabajador.

Alemania se industrializó con extraordinaria celeridad. En períodos anteriores de la historia había aumentado el crecimiento de la industria y de la economía urbana también el poder político de la burguesía, disminuyendo el de las fuerzas feudales. Para el periodo de 1871 no vale esta afirmación, por lo menos no en su formulación simple. Las razones para este cambio histórico tan significativo habrán de ser analizadas con más prolíjidad más adelante. Bismarck edificó su imperio alemán sobre un compromiso entre la nobleza feudal prusiana, las casas gobernantes de los pequeños estados federales y la burguesía liberal. La burguesía alemana estaba en su gran mayoría de acuerdo con la constitución y con el sistema de gobierno de Bismarck. A todo esto, faltaron a la burguesía alemana hasta los más modestos derechos de codeterminación parlamentaria. El rey de Prusia mandaba sobre el ejército, sobre el tremendo aparato administrativo prusiano y, de acuerdo con los pequeños príncipes federales, también sobre el Reich. El parlamento no podía derribar con un acuerdo opositor al gobierno nacional como no podía hacerlo la dieta prusiana con el gobierno de Prusia. Pero la burguesía alemana estaba, en general, conforme con este estado de cosas, en tanto que Bismarck materializaba la grandeza nacional de Alemania, que aseguraba al nuevo imperio una posición dirigente en el mundo y que cumplía en todas las cuestiones prácticas y económicas los deseos de sus componentes. La oposición liberal contra los métodos semiabsolutistas de Bismarck, era muy débil.

El partido opositor era el Centro, en el cual se congregaban los diferentes adversarios católicos y particularistas del centralismo prusiano. El Centro se apoyaba en los campesinos católicos de la Alemania Occidental y Meridional, en las familias antiprusianas de la vieja aristocracia alemana y en las organizaciones obreras cristianas. Pero ni el Centro ni el liberalismo de izquierda, estaban dispuestos a una lucha contra Bismarck, en el sentido de la democracia revolucionaria. En las regiones alemanas evangélicas, votaban los campesinos y pequeños burgueses en un sentido liberal o conservador, y hasta entre la masa obrera hizo la socialdemocracia, al menos antes de 1890, tan sólo lento progreso.

Bajo estas circunstancias eran muy problemáticas las perspectivas de un éxito, aun desde el punto de vista de la democracia burguesa, en la Alemania de Bismarck. No obstante era el pequeño partido socialdemócrata una molestia para el canciller del Reich. Bismarck había seguido con la mayor atención el levantamiento de la Comuna de París. A esto se sumaba el crecimiento de la ola revolucionaria en Rusia. Cuando en 1878 ocurrieron los atentados anarquistas en Alemania, consideraba Bismarck que las olas de la revolución social podrían invadir también a Alemania. Por lo mismo, quiso ahogar en un comienzo con su ley de excepción a todo movimiento socialista o anarquista. También por razones de su táctica política no convenía a Bismarck la existencia de un gran partido obrero alemán. La oposición del Centro y de los liberales de izquierda no era peligrosa mientras que esos grupos permaneciesen aislados, pero si a la par de ellos se formaba como tercer factor un gran partido obrero democrático, entonces podía abarcar semejante bloque de oposición fácilmente a la mayoría del pueblo alemán. Bismarck quiso anticiparse a esto con un aniquilamiento de la socialdemocracia. La ley contra los socialistas en 1878, hizo imposible toda actuación pública de la socialdemocracia, e impidió el crecimiento del partido. Pero la conexión de los obreros socialdemócratas en las fábricas y talleres era ya tan grande que no pudieron destruirla las persecuciones policiales.

El imperio de los Habsburgo pudo consolidarse hasta 1871 como la gran zona económica uniforme de la cuenca danubiana. El ascenso capitalista que podía notarse por ese periodo, en casi toda Europa, se hizo sentir también en los países del Danubio. Con especialidad en Bohemia, Viena y Budapest, se desarrolló la grande y moderna industria, junto al capital bancario. El imperio se dividía desde 1867 en dos estados independientes, Austria y Hungría,

unidos por la persona del soberano y la comunidad del ejército y de la política exterior y de imposición aduanera. Pero, por ~~de~~ pronto, fueron los intereses de la aristocracia, como también el deseo de los capitalistas para mantener el gran estado, un fuerte ~~nexo~~ entre las dos partes del Imperio.

En Hungría se hallaba el poder político en manos de la nobleza terrateniente y de la alta burguesía. Las masas obreras estaban excluidas del derecho de sufragio. Los eslavos y rumanos que vivían en Hungría eran oprimidos desconsideradamente en su desarrollo nacional, pese a que representaban casi la mitad de la población. La oligarquía dominante aprovechaba con habilidad el antiquísimo aparato de la administración corporacionista, que subsistía todavía desde la Edad Media. Según las necesidades podía aplicarse ese aparato contra el rey en Viena, o las masas trabajadoras en Hungría. Este país pudo haber ofrecido el terreno ideal para una revolución democrática, si hubiese sido posible unir las fuerzas del proletariado urbano con las del campesino. Pero debido a la debilidad y fraccionamiento de las fuerzas democráticas, logró la clase dominante mantener su autoridad sin mengua hasta la guerra mundial.

En la parte austriaca del imperio, era la rica burguesía por lo general alemana, en tanto que en la aristocracia se hallaban familias checas y polacas al lado de las alemanas. Mientras que en Hungría el gobierno oligárquico tuvo después de 1867 nuevamente manos libres, gobernaba en Austria la burocracia imperial. En esa forma existió aquí un conflicto entre la burguesía liberal, que aspiraba después de 1867 a un desarrollo parlamentario, y las fuerzas burocrático-aristocráticas. Siendo que el liberalismo austriaco representaba en lo esencial a la tendencia alemana, trataba la tendencia católico-conservadora de favorecer, como contraposición, a los pueblos eslavos. La nobleza política de Galizia estaba contenta con tener en el imperio de los Habsburgos por lo menos un mínimo de independencia cultural e idiomática y apoyaba la tendencia conservadora. También el movimiento nacional checo era en sus comienzos preferentemente conservador y fiel al emperador. Hasta 1879 estaba en Austria la dirección, por lo general, a cargo del liberalismo alemán. Luego llegó al poder el destacado presidente de ministros Taaffe. Taaffe se empeñó en reemplazar el predominio de los alemanes y del liberalismo burgués, por otro sistema en el cual se aspiraba a un compromiso entre las diferentes clases y naciones. La dirección del estado debía hallarse en la burocracia

y en la nobleza, pero al mismo tiempo favorecía los intereses materiales de la burguesía, y respondía a los deseos justificados de las naciones que no eran alemanas. Las fuerzas democráticas y populares eran, hasta 1889, tan débiles en Austria como en Hungría. Los obreros no tenían ningún derecho político y eran sometidos por la policía. Las pobres masas campesinas no estaban organizadas en ninguna parte para la lucha contra el feudalismo.

De todas las grandes potencias europeas, después de 1871, fue Italia la que hizo menos progresos económicos y de poder político. Se demostró como una fatalidad para el nuevo reino, que la moderna burguesía del Norte estuviese conectada con las regiones totalmente atrasadas de la Italia Central y Meridional. El Norte hubiese podido conservar el gobierno solamente si una gran revolución social destruyera al mismo tiempo a los latifundistas y las oligarquías locales del Sur, para elevar de esa manera a las deprimidas masas rurales a la condición de ciudadanos. Pero semejante transformación, como la había anhelado en cierto sentido Mazzini, no pudo ser realizada nunca por la burguesía capitalista del Norte de Italia, unida a la dinastía, a los burócratas y a los oficiales del Piamonte. Fue así que la reacción del Sur obtuvo ya por los años del 70 el predominio sobre el moderno Norte. Es cierto que también los políticos del Sur se declaraban partidarios del estado único y de las formas parlamentarias y se llamaban, según las necesidades, "liberales" o "radicales". Sin embargo, también en Italia, como en muchos otros países de los tiempos modernos, eran los nombres de los partidos bastante indiferentes y a menudo tenían solamente la finalidad de encubrir las verdaderas fuerzas sociales. La tendencia dominante en Italia desde los años del 70, hizo las elecciones al estilo bonapartista, con la ayuda de los empleados, de los terratenientes y de los caudillos locales. Los ingresos del estado eran empleados para los interesados en sus respectivas localidades. Con todos los medios era afirmado el poder de los terratenientes. Los intentos de sublevación de las empobrecidas masas rurales eran suprimidos en forma cruel. Bajo tales condiciones no era posible un fomento sistemático de la economía moderna por el estado. Italia quedó técnicamente atrasada y también su organización militar no estaba a la altura de las circunstancias. La oposición contra el despilfarro y la desidia anidaba ante todo en la juventud universitaria, donde sobrevivían todavía las tradiciones de Garibaldi y Mazzini. Estos círculos soñaban con una Italia mejor y más fuerte, y con la liberación de sus hermanos "irredentos".

tos" de Trento y Trieste, que aún se encontraban bajo la dominación austriaca. Bajo tales factores era la oposición de la masa obrera muy débil. El sistema vigente tenía a su representante más destacado en el presidente del consejo de ministros, Crispi. En cuanto a la política interna, implicaba la tendencia de Crispi el predominio de los políticos del Sur, con un sometimiento brutal de toda la oposición; en política exterior significaba un apoyo en Lismarck y, en contradicción con todas las tradiciones nacionales italianas, hasta una alianza con Austria dentro del marco de la Triple Alianza.

España vivió en los años del 70 un periodo de caos y de guerra civil. Diversas fracciones de los monárquicos católicos feudales estaban en conflicto con los republicanos burgueses. Finalmente fue restablecida de nuevo la monarquía con su carácter histórico-católico feudal. Los intentos de resistencia de las masas agrarias, que seguían en parte a la consigna anarquista, eran aplastados. Un carácter conservador parecido tenía la monarquía en el vecino Portugal. En Holanda y en Bélgica se mantuvo en el poder, en toda la segunda mitad del siglo XIX, la rica burguesía, aliada con la monarquía, negando toda concesión política a las masas desposeídas.

El desarrollo político de los países escandinavos en la segunda mitad del siglo pasado, es muy variable. En Suecia se transformó el viejo orden corporacionista, sin crisis dignas de mención, en un estado parlamentario moderno, pero en el que el rey conservaba su posición de árbitro entre las clases y los partidos. En Dinamarca, por el contrario, se llegó después de 1870 a largos y graves conflictos constitucionales. El rey, apoyado en la burocracia y las clases superiores, se resistía al avance de las grandes masas populares que exigían un régimen parlamentario-democrático. Sin embargo, los más violentos conflictos tuvieron lugar en Noruega. Los burgueses y los campesinos noruegos luchaban por la independencia nacional de su país y contra la dinastía extranjera sueca, que le fue impuesta por el Congreso de 1815 en Viena. En los años del 80 hubo de reconocer el rey la forma parlamentaria en Noruega. Pausatinamente se formó allí luego una democracia liberal, debido a que el partido radical burgués pudo hablar en el nombre de la nación y movilizar a las fuerzas de los campesinos y más tarde también a las de los obreros. Marx y Engels, han considerado muy poco los acontecimientos noruegos, que se hallan por completo fuera de los centros decisivos del desarrollo histórico.

Cuando Mazzini efectuó en los últimos años de su vida una búsqueda para hallar un lugar donde la revolución democrática y nacional pudiese alcanzar nuevo impulso, se concentraron sus esperanzas en los Balcanes. Por 1871 parecían dadas allí las premisas para una gran revolución nacional. Los pueblos cristianos de los Balcanes seguían todavía en una u otra forma bajo la dominación del feudalismo turco. Solamente una parte de los griegos había encontrado en el pequeño reinado una existencia estatal independiente. Los búlgaros vivieron hasta 1872 bajo el dominio turco. Los serbios eran en parte súbditos directos del Sultán y en parte vivían en el principado de Serbia, que era un estado vasallo de Turquía. Igualmente era Rumania, hasta 1878, un principado vasallo turco. En Rumania dominaba la nobleza local con el príncipe, sobre los sometidos campesinos. Los príncipes de Serbia y sus empleados no permitieron tampoco ninguna libertad de movimiento a sus súbditos rurales y pequeño-burgueses. En las provincias turcas explotaban y vejaban los dueños del poder, en forma terrible a la población eslava. Los eslavos del Sur, que pertenecían a la monarquía habsburga, vivían al menos en un estado civilizado, pero también a ellos les faltaba toda posibilidad para una existencia política independiente.

Los patriotas eslavos del Sur, que querían despertar antes de 1878 a su pueblo y llevarlo a una existencia mejor, tenían que verselas con tres enemigos: con el imperio turco, con la monarquía de los Habsburgo y con los burócratas del propio principado de Serbia. Los estudiantes de esas regiones tuvieron por los años del 60, en Suiza y también en otras partes del exterior, contacto con el movimiento progresista europeo. De especial importancia fueron las conexiones con el movimiento revolucionario italiano que seguía las consignas de Mazzini. La Liga de la juventud pan-serbia, que se formó en los años del 60, la Omladina, quiso seguir en los Balcanes el ejemplo de Garibaldi. Los jóvenes universitarios serbios confiaban en colocarse al frente de los oprimidos campesinos y artesanos, arrojar a los dominadores extranjeros y también a los propios burócratas serbios, para establecer así una gran democracia yugoeslava. En esto se mezclaban también ideas de un socialismo cooperativista agrario.

Los años del 70 trajeron las insurrecciones de la población agraria eslava, en Bosnia y Bulgaria, contra la dominación turca. De ahí estalló la guerra ruso-turca de 1877. El congreso de Berlín y los siguientes acontecimientos implicaron éxitos para los pueblos

balcánicos. El principado de Bulgaria fue abolido y Serbia y Grecia fueron agrandadas. Rumania y Serbia recibieron la independencia. Los habitantes de Bosnia fueron librados a su vez de la dominación turca y vivieron bajo la administración austriaca. El mal mayor que dejó subsistir el congreso de Berlín, fue el mantenimiento de la dominación turca sobre Macedonia. En esa forma quedó la población preferentemente búlgara de ese país, en la antigua miseria y todos los esfuerzos del partido revolucionario nacional búlgaro en Macedonia, quedaron estériles hasta 1912.

Antes de la guerra había en los países balcánicos apenas el comienzo de una burguesía capitalista moderna. Tan sólo en Rumania había una aristocracia feudal cristiana. En consecuencia, no habría existido aparentemente ninguna dificultad para que se desarrollasen, por lo menos en Serbia, Bulgaria y Grecia, constituciones populares a la manera de una democracia agraria. La juventud patriótica ilustrada habría podido abrir el camino a las masas populares y habría sido tarea común de los pueblos cristianos de los Balcanes, de arrojar en una favorable ocasión a los turcos de Macedonia. El ejemplo de un favorable desarrollo democrático al Sur del Danubio, habría producido también en el movimiento agrario de Rumania el necesario impulso.

En realidad se operó el desarrollo en forma muy distinta. En ninguno de los estados balcánicos se lograron, antes de la guerra mundial, condiciones estables ni una forma de gobierno que hubiese respondido a la voluntad del pueblo trabajador. Sin duda, hay una razón para este fracaso en el considerable retraso económico e intelectual de las masas populares y en la herencia que dejaron cuatro siglos de opresión turca. Pero el factor decisivo que condujo a la muerte de las incipientes democracias populares en los Balcanes lo era la vinculación del movimiento libertador de los eslavos del Sur con el zarismo ruso. Los pueblos balcánicos no convivían solamente con los turcos o con la casa de los Habsburgo, sino que los Balcanes eran desde siglos el centro focal de la política internacional de todas las grandes potencias. Si se hubiese impuesto en la Europa Central y Occidental, después de 1871, una democracia revolucionaria, entonces habría tendido la mano también a los jóvenes pueblos balcánicos, pero el triunfo de la reacción en el continente, tuvo también para los Balcanes efectos paralizadores. Los amigos de Mazzini no estaban ni siquiera en condiciones de resolver el problema en casa. La democracia italiana no podía ayudar a la juventud radical de los Balcanes, pues el reino de Italia no estaba

después de 1871 en condiciones de colocarse al frente de los pueblos oprimidos en el cercano Oriente. En consecuencia, no quedaba a los pueblos balcánicos en realidad otro remedio que un respaldo en la gran potencia rusa, vinculada a ellos por parentesco racial o por el credo común.

Un pueblo, empero, que debía su liberación al Zar, no podía ser realmente libre. La triste historia del principado de Bulgaria, después de su fundación por el congreso de Berlín, ofrece el comentario a esta aseveración. El zarismo ruso no deseaba en los Balcanes democracias agrarias independientes, sino estados vasallos, que debían responder a toda insinuación de San Petersburgo. El ejemplo ideal lo ofrecía en este sentido el pequeño y todavía muy primitivo principado de Montenegro, que mantenía su existencia con las propinas zaristas. En Bulgaria no permitieron los agentes rusos y los oficiales zaristas ninguna pacificación del país y finalmente imposibilitaron al popular príncipe Alejandro de Battemberg, el ejercicio del gobierno. El gobierno del príncipe Ferdinand, que le sigue, se halla también determinado por la pugna de las tendencias rusas y antirrusas. En Serbia luchaba el partido radical, que había surgido entre los años 70 y 80 de la 'Omladin', valientemente contra la desastrosa administración de los principes. Pero las exigencias de la política nacional llevaron a los dirigentes radicales cada vez más a los brazos de la Rusia zarista y al mismo tiempo a un compromiso con los dueños del poder en el país. El más destacado líder de los radicales serbios, Paschitsch, había comenzado en los años del 60 su carrera política como estudiante revolucionario en Suiza. Al estallar la guerra mundial, y ya antes, en las guerras balcánicas, era presidente del consejo de ministros del rey de Serbia y al mismo tiempo el más importante hombre de confianza del zar.

Tan pronto como las dinastías o los políticos se querían substraer en el período anterior a la guerra mundial, a la influencia de Rusia, caían en la dependencia de Austria Hungría. La voluntad de las masas agrarias no decidían nada en ninguna parte sino que el poder lo tenían los príncipes, los burócratas, los oficiales metidos en política y los políticos profesionales, que se hacían elegir con medios adecuados. A esto se agregaba después de 1878 la influencia alemana, como así también especialmente en Atenas, la inglesa y la francesa. Los estados balcánicos eran las figuras de ajedrez en el juego de las grandes potencias.

La política rusa era una de las fuerzas más poderosas de la

contrarrevolución internacional, pero al mismo tiempo se hallaba comprometida muy seriamente la autoridad del zar en su tierra. A partir de 1870 acompaña a las aventuras de la política exterior el deseo de lograr un desvío para la fermentación interior. La inteligencia patriótica de Rusia impelía, por su parte, al gobierno continuamente hacia adelante: con la segunda intención de que el zarismo habría de naufragar alguna vez en el arrecife de la política exterior. En cierto modo desempeñaron los pan-slavistas y los revolucionarios un juego de roles divididos. La derrota diplomática del zar en el congreso de París de 1878 debilitó la autoridad del gobierno y suministró a todas las tendencias revolucionarias del país un poderoso impulso.

Las fuerzas que se oponían en Rusia por 1880 al zarismo, no tenían nada de común con los movimientos populares de la Europa Central y Occidental. En cambio se mostraba una sorprendente analogía con la situación revolucionaria de 1848. El poder en Rusia lo tenía la clase feudal de los terratenientes, los burocratas, los oficiales, y los sacerdotes que se agrupaban alrededor del zar. Una burguesía moderna, como así también un proletariado moderno, se hallaban recién en sus comienzos. Lo que enfrentaba al zar, era realmente el "pueblo" oprimido, ante todo la infinita masa de los campesinos rusos. La llamada liberación de los campesinos que había efectuado Alejandro II, no solucionó el problema agrario de Rusia, porque las partes más importantes de las tierras quedaron, aún después del levantamiento de la esclavitud, en manos del emperador, de la nobleza y de la iglesia. Las masas campesinas sin tierras eran tan oprimidas como antes. Los jóvenes y radicales universitarios rusos comprendían que bastaría con organizar a la enorme masa de los campesinos para desplazar al zarismo.

El movimiento revolucionario ruso, por 1880, no era pues transportado por la burguesía liberal ni por el proletariado industrial, sino que era un movimiento amplio y general, confuso en sus finalidades, del pueblo oprimido contra la clase de los señores. Las dos figuras características de este período de la revolución la dan el estudiante y el campesino. Debido a que toda propaganda legal por la democracia era imposible, echaron los revolucionarios mano de la violencia. Junto a amplios intentos de insurrección, se produjeron también actos aislados de terror. En 1881, fue asesinado Alejandro II, por los terroristas rusos.

Marx no dejó de ver ni la confusa base teórica, ni la peligrosa táctica de los revolucionarios rusos. Pero en este caso se trataba de

un movimiento popular realmente grande, con la finalidad de establecer una democracia revolucionaria. Por lo mismo no pudo desentenderse Marx de la revolución rusa. En ese entonces existieron en Rusia todavía ciertos restos de la propiedad campesina en usufructo común. La importancia de este remanente fue muy sobreestimado por los revolucionarios populares. Ellos creyeron que sería posible establecer en Rusia, después de la caída del zarismo, un socialismo democrático agrario, constituido sobre cooperativas rurales. De este modo habría podido saltar Rusia la etapa del capitalismo industrial, que parecía de otra manera indispensable para todo país moderno. Tan dudosa como pudiere ser esta teoría, Marx le prestó su apoyo, para establecer así un puente hacia la revolución rusa.

En 1882 apareció en Ginebra una traducción del *Manifiesto Comunista*, efectuada por la conocida dirigente revolucionaria Vera Sassulitch. Para esta edición escribieron Marx y Engels un prefacio especial en el que se dice: "Por el tiempo de la revolución de 1848-49, no veían tan sólo los monarcas europeos, sino también los burgueses en una intervención rusa la única salvación ante la amenaza del proletariado, que empezaba a tener conciencia de su poder. Ellos proclamaron al zar en cabeza de la reacción europea. Hoy se halla en Gatchina como prisionero de guerra de la revolución y Rusia forma la vanguardia del movimiento revolucionario de Europa. La misión del *Manifiesto Comunista* era la proclamación del ocaso inevitable de la propiedad privada burguesa de la actualidad. En Rusia encontramos sin embargo, junto al orden capitalista, que se desarrolla en forma asemejada, y junto a la propiedad burguesa de la tierra, que recién se va formando, a la mayor mitad de las tierras en propiedad común de los campesinos. Es cuestión de preguntarse ahora: ¿Puede la comuna campesina rusa — forma, bien es cierto, ya muy descompuesta de la propiedad communal originaria del suelo — pasar inmediatamente a una forma comunista superior de la propiedad de la tierra, o debe ella recorrer el mismo proceso de disolución que se ofrece en el desarrollo histórico del Occidente? La única respuesta posible a esta pregunta es la siguiente: "Si la revolución rusa se convierte en una señal para la revolución obrera en el Oeste, habrán de complementarse ambas. Entonces puede servir la propiedad communal rusa como punto de partida para un desarrollo comunista".

Si Marx no hubiese sido más que el portavoz de los obreros industriales, entonces habría tenido el desarrollo de Rusia para él

la misma importancia como, por ejemplo el desarrollo de los acontecimientos en Irlanda. En realidad no tenían los obreros industriales para Marx una importancia como sector gremial, sino tan sólo como una clase que está llamada por el desarrollo histórico a efectuar y conducir la moderna revolución popular. Los obreros y estudiantes rusos que se aprestaban a destruir al zarismo, constituyeron empero, un impulso más fuerte para la revolución internacional que cualquier tipo de sindicatos pacíficos del Occidente de Europa. Cuando Marx y Engels escribieron en 1882 aquel prefacio para el *Manifiesto Comunista*, veían en Rusia la vanguardia de la revolución europea. En el último decenio de su vida, ha colocado Marx sus esperanzas esencialmente en el desarrollo ruso. Con la caída de la Comuna se había metido el movimiento obrero y la democracia de Europa en un callejón sin salida. Un nuevo impulso podía venir solamente del Este. Si la revolución democrática triunfaba realmente en Rusia y si surgía sobre las ruinas del viejo orden feudal una especie de socialismo campesino, entonces habría de redespertar esto a las masas populares del Centro y Oeste de Europa.

Los socialdemócratas de la Europa Central y Occidental no tenían, por cierto, mucha comprensión para esta forma de pensar de Marx y Engels. Ellos no podían imaginarse que en Rusia pudiera triunfar la revolución y que el movimiento de sus propios países habría de adquirir otra vez formas revolucionarias. En noviembre de 1882 escribió Engels a Marx: "Adjunto una carta de Bebel que acabo de recibir hoy. Lo «místico», lo que no puede comprender y lo que los puede liberar de la ley de excepción contra el socialismo, es naturalmente el estallido de la crisis en Rusia. Es curioso que toda esta gente no se puede acostumbrar a la idea de que un impulso haya de venir desde allí. Y eso que yo se lo he explicado más de una vez". Bebel era ya entonces, junto con Guillermo Liebknecht, el dirigente más popular de la socialdemocracia alemana. Personalmente tuvieron Marx y Engels mucho más simpatía hacia Bebel, que hacia Liebknecht.

El desarrollo en Rusia no iba ciertamente tan rápido como Marx y Engels lo habían esperado todavía en 1882. Bajo Alejandro III pareció consolidarse de nuevo la reacción policial. El levantamiento ruso no pudo librar a los obreros alemanes de la presión de la ley antisocialista ni ayudar a los obreros franceses para superar las consecuencias de la derrota en la Comuna.

14. FRANCIA DESPUES DE LA COMUNA Y EL INTENTO DE DICTADURA DE BOULANGER

En Francia había alcanzado el movimiento democrático después de 1871, evidentemente, el punto más bajo. El bloque de los capitalistas, de los terratenientes, oficiales y empleados, dominaba el país. El movimiento obrero estaba completamente desarticulado. Los campesinos y habitantes de las pequeñas ciudades estaban confusos y asustados y seguían las directivas de la clase superior. Los demócratas burgueses de la tendencia de Gambetta, eran impotentes. La clase dominante basada en la mayoría conservadora de la Asamblea Nacional, sobre el ejército, la policía y la justicia, se sentía por completo segura en la posesión del poder.

Todo esto era perfectamente claro. Pero con ella no estaba solucionada todavía la cuestión de como habría de formar el bloque gobernante, vencedor de la Comuna, la futura constitución de Francia. Los sectores ilustrados y ricos no querían en su gran mayoría iniciar el experimento dudoso de la república, sino que en el estado debía ser instituida una fuerte y suprema autoridad, para impedir en su origen toda repetición de la Comuna. Sin embargo no era fácil encontrar semejante autoridad a la que podría confiarse realmente la clase dominante francesa. El bonapartismo estaba liquidado moralmente después de Sedan. No se podía pensar seriamente en llamar nuevamente a la familia de Napoleón III al trono, y no había después de la derrota del ejército francés otro general popular para el rol de dictador.

En consecuencia, la más cómoda solución pareció ser llamar a la casa reinante legítima de los Borbones. Pero también esta restauración tenía para la clase capitalista francesa sus inconvenientes. Si se quería restablecer la autoridad de la casa reinante tradicional, para frenar a las masas populares, no era posible elegir a cualquier príncipe, sino que debía coronarse al hombre a quien en realidad correspondía, por el derecho de sucesión, el trono de Francia. Este heredero legítimo era el conde de Chambord, quien se hallaba aprisionado en concepciones totalmente feudales y medievales. Su ideal era la Francia de antes de 1789. Sin embargo, el auténtico feudalismo y la dominación de la aristocracia histórica y terrateniente, era en Francia muy débil. La burguesía monárquica no tenía ningún interés en someterse a los nobles, sino que quería usar al rey como baluarte contra el movimiento obrero. Las diferencias de opinión hallaron finalmente su expresión en la lucha

por un símbolo. El conde de Chambord quiso aceptar tan sólo la corona real si se restablecía al mismo tiempo la vieja bandera blanca de los Borbones. Pero esta renuncia a la tricolor, a los colores de la Francia moderna desde la gran revolución, no la quiso aceptar la clase gobernante, porque hasta el ejército francés tenía, cuando mucho, tradiciones bonapartistas, pero de ninguna manera borbónicas.

En consecuencia, declinó el conde de Chambord la dignidad de rey. La clase dominante francesa no tenía pues, en los años del 70, a ningún candidato para la monarquía o para la dictadura. Un grupo de capitalistas franceses y sus amigos políticos, consideraban bajo estas condiciones como lo mejor, renunciar al juego con la monarquía y fundar, en cambio, una república conservadora. Al efecto, es muy significativo que Thiers que había sido durante tantos años el representante de una monarquía capitalista burguesa, se inclinó a partir de 1871 también hacia la república. La mayoría de los capitalistas franceses y, en general, los miembros de la capa superior, no siguieron sin embargo el consejo de Thiers. Si no se tenía por el momento a un rey o un dictador útil, entonces debía colocarse al frente del estado a un lugarteniente para el futuro señor. En virtud de tales consideraciones, desplazó la mayoría de la Asamblea Nacional de 1873 a Thiers y eligió al mariscal Mac Mahon presidente de la república. El mariscal personificaba la forma estatal de un bonapartismo provisorio. Esto no era desde luego una institución atractiva y simpática para las masas. Igualmente veía también la clase dominante en el gobierno de Mac Mahon tan sólo una solución pobre.

En 1875 aprobó la asamblea nacional una serie de leyes constitucionales provisionales. Esta legislación debía dar la base para el bonapartismo encubierto. A la cabeza del estado se hallaba el presidente, elegido por siete años, en una reunión común de ambas cámaras. El presidente debía trabajar de común acuerdo con la cámara de diputados y el senado. La cámara de diputados debía surgir del sufragio universal. Es característico para la desvalorización del derecho de voto ante los ojos de la opinión pública, que la contrarrevolución francesa de 1875 consideraba innecesaria una limitación del derecho electoral. Recién se estaba a cuatro años de la Comuna. La avanzada de la clase obrera francesa estaba destruida. En Francia no era posible ninguna agitación proletaria o socialista. Basada en el gran ejército regular, en la justicia y en el poderoso y centralizado aparato de policías y empleados, se sentía

la clase dominante completamente segura. La comedia del sufragio universal podía funcionar igual que en los días de Napoleón III. Si la policía suprimía toda oposición seria, entonces habrían de ofrecer las elecciones un "buen" resultado. Si el pueblo hubiese de votar inesperadamente en forma adversa, no necesitaba tampoco preocuparse la capa superior, siempre disponía sobre los medios del poder en el estado y en la sociedad.

Junto a la cámara de diputados se hallaba el senado. Una cuarta parte de los senadores se elegía por término vitalicio. Los otros eran designados por nueve años, según un procedimiento electoral muy complicado, por las representaciones comunales. Quien recibe un cargo indestituible, por nueve años, tiene con ello una efectiva independencia de la voluntad de los electores. El senado francés era proyectado como un reducto de los intereses conservadores y lo ha quedado hasta el día de hoy. El presidente del estado debía elegir a los ministros de Francia. Los ministros debían trabajar con ambas ramas del Parlamento. Todavía no era del todo claro, si los ministros necesitaban para el ejercicio de su función, la confianza del Parlamento. El presidente podía disolver con acuerdo del senado, a la cámara de diputados. Con esto se tuvo en cuenta la posibilidad de un conflicto entre el gobierno nombrado por el presidente y la mayoría de la cámara. A los legisladores de 1875, no les pareció pues, muy seguro, que siempre habría de coincidir la voluntad del gobierno y la de la mayoría parlamentaria.

Con la constitución de 1875, pudo haber gobernado un presidente fuerte, aliado a la mayoría del senado y basado sobre el aparato estatal, en un estilo bonapartista. Fue así que se proyectaron las leyes de 1875 y como las quiso aplicar Mac Mahon. Recién más tarde, bajo condiciones totalmente cambiadas, han sido modificadas las leyes constitucionales de 1875; y no lo fueron en la letra pero sí en su aplicación, para convertirse en la base de una república parlamentaria. El punto más vulnerable del bonapartismo de 1873 y 1875, se hallaba en que semejante constitución requería al frente del estado a una personalidad. Un dictador había de ser, o un gran hombre como Napoleón I, o imitar por lo menos con alguna habilidad a un gran hombre, tal como lo hizo Napoleón III. El mariscal Mac Mahon tenía como soldado un pasado que lo honraba, pero a pesar de todo pertenecía a los militares que fueron vencidos en 1870, y nadie pudo reportarle ni gran amor ni gran odio. Para las grandes masas populares parecía ser el lugarteniente

del conde de Chambord. Los campesinos y habitantes de las pequeñas ciudades habían votado en 1871, ciertamente, en un sentido conservador, porque anhelaban la paz y porque repudiaban la Comuna, o por lo menos la caricatura de la Comuna que se les presentaba; pero ellos no tenían ninguna inclinación para volver nuevamente bajo la dominación de los nobles y de los curas, como en el "bueno y viejo" tiempo.

Las elecciones para la cámara de diputados en 1876 arrojaron una mayoría para los republicanos burgueses. Pronto se produjo un conflicto abierto entre la cámara y el presidente. Mac Mahon mantenía en ejercicio a un gobierno monárquico, pese a que la mayoría de la cámara le negaba la confianza. Con el acuerdo del senado disolvió Mac Mahon en 1877 a la cámara de diputados y apeló nuevamente al pueblo. La policía y el aparato administrativo se esforzaron para influenciar a las nuevas elecciones en un sentido conservador. El conflicto constitucional condujo a que Gambetta entrase nuevamente en el primer plano del escenario político. Su opinión sobre la situación era absolutamente serena. Era casi un milagro si la democracia francesa — aun cuando sólo fuera la democracia burguesa — habría de triunfar ahora, todavía bajo la reciente impresión de la caída de la Comuna. El adversario tenía todos los medios reales del poder y los obreros de París eran incapaces de una acción. Por lo mismo hubieron de operar los republicanos solamente en forma muy cautelosa. No debía formularse ninguna exigencia que no fuese comprendida por la masa de los campesinos y el pueblo de las pequeñas ciudades. Además, debían aprovechar los republicanos democráticos la contradicción en el campo de la clase gobernante.

El programa de lucha de Gambetta y de sus amigos, en 1876 y 77 era muy simple: Desaparición de la dictadura de Mac Mahon y retorno a condiciones constitucionales, en las cuales se respetase la voluntad de la mayoría del pueblo. Sobre esta base podía marchar Gambetta junto con los republicanos capitalistas moderados. Se creó un frente único de todos los partidarios de condiciones constitucionales, que alcanzaba desde la fracción republicana de la alta burguesía, con los campesinos y habitantes de las pequeñas ciudades, hasta los obreros industriales. Gambetta prestó al bloque republicano toda la fuerza de su autoridad nacional, y de su capacidad de orador. Los republicanos trataron de evitar cuidadosamente toda clase de violencias, demostraciones o intentos de insurrección.

Las elecciones de 1877 trajeron nuevamente una mayoría republicana. Ahora había de caer la decisión. Tal como se hallaban las cosas, pudo triunfar con facilidad Mac Mahon y sus amigos conservadores. Ellos necesitaban aplicar tan sólo los medios del poder que tenían en sus manos. Es muy improbable que los republicanos hubiesen podido responder, a seis años de la Comuna, con un nuevo levantamiento a otra disolución de la cámara de diputados. Pero en la capa conservadora superior faltaba esa voluntad. Los capitalistas burgueses del bloque tenían poca inclinación para provocar una guerra civil y perturbar la vida comercial, a los efectos de que quedase Mac Mahon en la presidencia. Precisamente porque los republicanos evitaban una lucha armada abierta y demoraban de esta manera la crisis, actuaron con particular intensidad sobre los monárquicos burgueses. El movimiento popular, dirigido por Gambetta, pareció tan vasto y serio que evidentemente podía ser vencido tan sólo por una guerra civil. Esta podía evitarse si Mac Mahon elegía un ministerio que se compusiese de republicanos moderados.

El bloque conservador se decidió por la retirada. Mac Mahon declaró en 1877 que se sometería a la voluntad de la mayoría popular y convocó un nuevo ministerio, que estaba formado por republicanos moderados. La mayoría de la cámara estaba conforme con el sorprendente éxito y evitó otros avances que hicieran peligrar de nuevo la situación. Recién en 1879 dimitió Mac Mahon, porque no quería colaborar por más tiempo con ministros republicanos. En su lugar fue elegido presidente el líder de los republicanos moderados, Grevy. El intento de gobernar mediante la constitución de 1875 al estilo del bonapartismo, había fracasado. Desde entonces quedó como práctica en Francia, que el presidente de la república llamaba solamente a aquellos ministros en los que la cámara depositaba la confianza. Si la cámara negaba al presidente del consejo el voto de confianza, entonces debía renunciar.

A partir de 1879, desde la desaparición de Mac Mahon, se había convertido la república francesa en un estado de gobierno parlamentario. Los victoriosos republicanos se apresuraron a introducir otra vez las demás libertades burguesas que corresponden a un estado liberal. Fue restablecida la libertad de prensa y de reunión y también los partidos de una oposición radical tenían ahora la posibilidad de una tranquila propaganda. Pero aún faltaba un toque final, vale decir, la amnistía para los luchadores de la Comuna. El viejo Blanqui que se hallaba desde 1871 otra vez en

presidio, fue elegido en 1879 por Bordeaux a diputado de la cámara. A continuación lo puso el gobierno en libertad. Esto era un pedazo de justicia poética, un símbolo de que en Francia había triunfado siquiera la república burguesa. En la cámara, era ante todo el viejo Luis Blanc quien insistía, en su carácter de diputado de la izquierda republicana, en la amnistía. La decisión la trajo la influencia de Gambetta. Los luchadores de la Comuna, seguidos por la justicia, en cuanto estaban todavía con vida, fueron todos amnistiados. Con esto se hizo nuevamente posible la creación, en formas legales, de un movimiento obrero socialista y radical. También Rochefort pudo actuar otra vez en política.

La victoria que habían conquistado los republicanos burgueses de Francia, en los años de 1876 a 1879, era en realidad un milagro: porque el más poderoso factor en las filas de la democracia, los obreros de París, estaba anulado desde 1871 y, por lo que Gambetta hubo de librar la lucha con la clase dominante, con su aparato militar y policial, al frente de las masas inseguras de los campesinos y pequeños burgueses. Pero no se debe olvidar que los republicanos no habían vencido por sus propias fuerzas, sino que habían aprovechado, con una táctica sumamente hábil, la circunstancia de que el adversario se asustó de las últimas consecuencias. Por lo mismo, la victoria de los republicanos era incompleta y la estructuración de una democracia burguesa estable, no era todavía posible.

Las fuerzas del viejo orden en Francia eran, también después de 1879, en mayor o en menor grado, las mismas de antes. Allí estaba el gran ejército regular con su cuerpo de oficiales; allí estaba el aparato centralizado de la administración; allí estaba el alto capitalismo con todas sus influencias; allí estaba, por fin, el senado que tenía los mismos derechos que la cámara de diputados. Un gobierno de reformas que se habría basado en la mayoría de la cámara elegida en forma directa por el pueblo, habría tenido de inmediato un conflicto con el senado, si intentaba radicales innovaciones. Era materia de discusión, si un gobierno en Francia necesitaba para su existencia constitucional, además de la confianza de la cámara baja, también la del senado. Pero también si un ministerio ignoraba la desconfianza del senado y si se mantenía en funciones, apoyado en la cámara, podía el senado paralizar el aparato del estado, si así lo quería. Si el senado rechazaba en forma consecuente todo proyecto del gobierno, debía éste renunciar o el conflicto debía ser resuelto por medios revolucionarios.

Las tres vitales democracias burguesas que pudieron formarse al correr del siglo XIX, los Estados Unidos, Suiza y Gran Bretaña tienen todas una administración local muy desarrollada y además les falta un gran ejército permanente. Los Estados Unidos e Inglaterra, no tenían ningún servicio militar obligatorio, sino tan sólo pequeños ejércitos profesionales. Suiza tenía su sistema de milicia. La experiencia histórica autoriza con toda seguridad a la conclusión de que un gran ejército permanente, con su cuerpo de oficiales, será siempre un estado dentro del estado. Una democracia burguesa con sus instituciones parlamentarias no estuvo nunca hasta ahora en condiciones para dominar por completo a semejante ejército, que se convertía en la base para la tendencia antidemocrática. Lo mismo vale para todo gran aparato administrativo centralizado.

En 1879, Francia se había convertido con grandes dificultades, en un estado liberal de gobierno parlamentario. La transición hacia la democracia recién era posible si el ejército permanente era reemplazado por un sistema de milicias y cuando la maquinaria administrativa centralizada fuera substituida por una libre y autónoma administración, quebrándose al mismo tiempo el peso del senado. Recién después, hubiera sido posible efectuar también las necesarias reformas económicas, en interés de las grandes masas, vale decir, introducir una legislación política social para los obreros y un régimen impositivo que no gravitara sobre los económicamente débiles.

¿Era posible en Francia, después de 1879, semejante rápido desarrollo hacia una democracia burguesa o inclusive social? Las perspectivas para ello no eran muy favorables. La clase obrera recién pudo aparecer con los años del 90 como un factor político independiente. De esa manera era necesario confiar por de pronto sobre los campesinos y los habitantes de las pequeñas ciudades, como las verdaderas tropas de choque de la democracia. La masa de los pequeño-burgueses de Francia, en la ciudad y el campo, tenía ciertamente una conciencia republicana y no quería saber nada de un gobierno de la nobleza y de los bancos. Pero la clase media francesa se descomponía en muchos subsectores. Hubiese sido muy difícil dar el común denominador de un programa único de reforma social a la abigarrada mezcla de la población del campo y las pequeñas ciudades. ¿Hasta qué punto acompañarían las clases medias republicanas los proyectos y cuando irían a negar esa compañía a un gobierno de reformas radicales? Sobre una base tan

problemática, no era posible estructurar en Francia una democracia social.

Así se comprende que predominase después de 1879, entre los republicanos franceses, la tendencia conducida por *Grevy* y *Ferry*, favorable a los capitalistas. También *Gambetta* iba, al menos en las cuestiones prácticas del día, junto con la orientación moderada. Un grupo radical más pequeño de los republicanos, no quiso conformarse sin embargo con esta visión pesimista de las cosas. Ella exigía un avance decidido en el camino hacia la democracia social. El más destacado dirigente de esta tendencia era *Clemenceau*. El programa que fue establecido por el llamado Partido Radical-Socialista de *Clemenceau*, es muy sugestivo y digno de mención. Queda en evidencia que *Clemenceau* y sus amigos comprendieron entonces perfectamente las deficiencias de la constitución y de la sociedad francesa y señalaron el camino por el cual Francia pudo haber llegado a ser por lo menos una democracia burguesa.

El Partido Radical Socialista pedía entre otras cosas: la revisión de la constitución, para abolir al senado y al presidente de la República; separación de la iglesia del estado; escuela laica; reducción del servicio militar y progresiva substitución de ejército regular por una milicia nacional; elección de los jueces por el pueblo; autonomía de las comunas, de manera que ellas fuesen "dueñas de su administración, de sus finanzas y de su policía, dentro de un margen conciliable con el mantenimiento de la unidad nacional"; abolición de los impuestos indirectos que pesan sobre la masa y su reemplazo, por impuestos directos sobre los réditos, sobre las fortunas y sobre las herencias. Las exigencias en materia de política social, abarcaban: disminución de la jornada de labor; prohibición del trabajo infantil; seguro de vejez y de accidentes para los obreros; ampliación del régimen de arbitraje en la industria; posición jurídica asegurada para los sindicatos; consulta con los obreros en la creación y ejecución del régimen interno de los establecimientos.

Eso no era, de ninguna manera, un programa extremo. Respetaba en absoluto la propiedad privada burguesa, pero su realización habría colocado a Francia a la altura de una democracia burguesa, como la tenían aproximadamente los ingleses y los suizos. Además, mostraba el programa radical-socialista de 1881, un parentesco considerable con las verdaderas ideas de la Comuna de París en 1871. La proclama electoral del partido de *Clemenceau*, contenía esta frase: "Nuestro programa es el conjunto de aquellas

reformas, con las cuales el partido republicano persiguió siempre la finalidad de destruir el principio monárquico, que aún existe con mucha intensidad en nuestras instituciones, y preparar así la gran transformación social que habrá de ser la coronación de la revolución francesa". La proclamación concluía completamente al estilo de 1848, con las palabras: "Viva la república democrática y social".

Por el momento las perspectivas reales para la realización de semejante programa, eran muy pocas. En las elecciones de 1881 obtuvieron los radicales, o radical-socialistas, sólo un pequeño número de bancas. El partido socialista obrero, de reciente fundación, ni siquiera tenía todavía representante en la cámara. Debido a que la gran mayoría del parlamento pertenecía a los grupos conservadores y capitalistas, habría sido lo más natural que se hubiese formado ahora un fuerte gobierno de los republicanos conservadores. Este habría podido cooperar en las cuestiones prácticas del momento con los grupos monárquicos. Por un tiempo más o menos prolongado parecía asegurada la existencia de un gobierno de este tipo moderado. Si más tarde se fortaleciese otra vez la izquierda y conquistase la mayoría, debería formar a su vez un gobierno estable.

Pero el desarrollo de Francia después de 1879, transcurrió en forma muy distinta. Se demostró como imposible constituir un gobierno parlamentario estable, que hubiese dirigido al país por muchos años según determinados principios. La república osciló después de 1879 de una crisis ministerial a la otra; y hasta el día de hoy no se ha logrado en Francia un verdadero equilibrio político. Una de las causas para esta curiosa inseguridad de las condiciones políticas francesas, lo era la posición que adoptaban los sectores ilustrados y adinerados hacia la república. La vieja clase dominante había soportado la transición hacia el estado republicano parlamentario porque no sabía en el momento otra solución. Pero solamente una pequeña minoría de la rica burguesía francesa se reconcilió realmente, por convicción o por conveniencias, con la república. La existencia de la república era considerada como una ofensa personal en mayor o menor grado, por la llamada buena sociedad. Era un estado de ánimo parecido al que tenía el sector superior de Alemania, después de 1918, hacia la república de Weimar. La capa superior francesa no quería soportar que el poder del estado hubiese de partir ahora de las masas, o al menos de políticos que procedían de las masas. De esta manera se hallaban

los republicanos moderados de Francia, desde un comienzo, entre dos fuegos. Eran atacados al mismo tiempo por la izquierda radical que los acusaba de traición en el programa republicano, y por la vieja derecha monárquico-conservadora que no quería reconciliarse con la república.

La conducta opositora de la capa superior impidió la creación de un gobierno republicano estable. El segundo factor de la inseguridad venía desde los sectores medios. Los campesinos y pequeños-burgueses republicanos, se pronunciaban por lo general por la izquierda, pero en realidad no sabían hasta donde iría su voluntad de lucha. La inseguridad de los electores se tradujo automáticamente en sus representantes. La república burguesa de Francia después de 1879, no era un gobierno definido de los sectores capitalistas superiores, porque ese sector en su mayoría, no quería saber nada de la república. Pero tampoco era un gobierno de las grandes masas populares, porque para el establecimiento de la democracia social francesa habría sido necesario realizar primero todas las reformas como las contenía el programa de Clemenceau. Y tampoco era un compromiso entre las clases, porque para semejante entendimiento faltaba por uno y otro lado la buena voluntad. Así quedó una sola solución: La república burguesa se presentó ante la opinión pública como el gobierno de los políticos profesionales republicanos.

Ahora estaban los diputados republicanos, después de cada nueva elección, en la misma embarazosa situación. Ellos habían obtenido los votos de sus electores, porque se habían pronunciado en forma energética contra la monarquía y la reacción. Era el momento de traducir a la práctica esas promesas: se formaba un fuerte gobierno republicano de izquierda, con un hermoso programa de reformas; pero tan pronto como estas reformas debieron convertirse en leyes, se mostraron las insuperables dificultades: la resistencia de las influencias capitalistas y militares, la oposición del senado, etc. A todo esto, no sabía nunca el gobierno hasta qué punto puede confiar en sus energéticos pasos con el apoyo de las masas en el interior. Los miembros más tímidos y cautelosos de la mayoría gubernativa comenzaban a separarse en las votaciones. Un buen día no tenía ya el gobierno una mayoría en la cámara y debía renunciar. A continuación se formaba un nuevo gobierno republicano incoloro, que renunciaba a temerarias reformas, que aspiraba a defender solamente la constitución y ejecutar los negocios en trámite. Por un tiempo dejaba la cansada cámara en fun-

ciones a este gobierno. Pero pronto despertaba en la izquierda nuevamente el espíritu de la oposición. Se daba cuenta que el gobierno no hacía nada para realizar las necesarias reformas republicanas. Crecía el descontento de los diputados radicales y finalmente caía el gobierno. Despues venía uno nuevo y el juego continuaba. Con otras palabras: en la tercera república francesa, el equilibrio de las clases era oscilante y no estable, como en Inglaterra o Suiza. La delgada capa de los políticos profesionales republicanos, o de los capitalistas republicanos, que se halla entre el juego de la izquierda y la derecha, es sacudida hacia ambos lados, parece desmoronarse a cada momento, pero se afirma finalmente, porque la derecha no es nunca lo bastante fuerte como para fundar una dictadura capitalista militar abierta y porque la izquierda no es bastante fuerte como para crear una democracia social.

Las curiosas y tambaleantes condiciones de la tercera república han contribuido también a que en Francia ganasen dos problemas una importancia desproporcionada. El uno lo era la posición de la iglesia católica y el otro la técnica electoral dentro del marco del sufragio universal. La situación religiosa ha quedado en Francia, desde la gran revolución hasta ahora, en iguales términos. Una considerable mayoría del pueblo era indiferente en materia religiosa y una minoría era activamente católica. En esto no ha cambiado la política de los diversos gobiernos franceses frente a la iglesia. La conducta favorable a la iglesia, tal como la tenía por ejemplo Napoleón III, no logró hacer retornar a la mayoría de los franceses hacia la fe, y tampoco ha podido desarticular a la minoría católica, la fuerte lucha que llevaron algunos gobiernos republicanos de Francia, después de 1900, contra las órdenes y las escuelas religiosas. Sin embargo, la posición hacia la iglesia tenía en Francia, después de 1871, un significado social y político singular. Era en cierta manera un distintivo, que demostraba la pertenencia a la buena sociedad conservadora, si uno se declaraba abiertamente por la fe católica y enviahu a sus hijos a una escuela religiosa. Por el otro lado estaban unidos los políticos republicanos y las fracciones republicanas de la burguesía por el rechazo común de la iglesia. El vínculo espiritual lo ofrecían a los activos republicanos las logias masónicas. En esta forma parecía complementar la lucha "masonería contra iglesia", a la lucha "monarquía contra república".

La tercera república francesa se había mostrado incapaz de destruir a la burocracia centralizada. Debido a que la forma normal

de la administración autónoma era demasiado débil frente a la misma, se desarrolló, en cambio, un curioso substituto de la primera, como quien dice por un rodeo. Los diputados republicanos consideraban como su obligación quedar en permanente contacto con sus electores y recoger así todas las quejas de carácter local. En esa forma se estableció una relación especial entre los electores republicanos de cada uno de los pequeños círculos electorales y sus diputados. Cuando los votantes se sentían acosados por la burocracia, se quejaban ante el diputado y éste ayudaba, hasta el punto que era posible, con una presión directa sobre el ministro. Este método tenía ciertamente sus lados peligrosos. La interferencia de los parlamentarios en la administración corriente causaba perturbaciones continuas. Esta política de rodeo era al mismo tiempo un almácigo de corrupción en cuestiones del pago de impuestos, de la entrega de concesiones, de la ocupación de puestos, etc.; no obstante, la pequeña labor de los diputados republicanos era un mal necesario y un sustituto para la administración autónoma verdaderamente libre, que faltaba. Por lo mismo no cesaban los adversarios de la república a presentar el sistema de las pequeñas circunscripciones electorales como la raíz de todo el mal y de la corrupción. En realidad no se quería abolir el sufragio electoral, pero se querían crear grandes distritos electorales, con elecciones por listas, distribución proporcional, etc. Todos estos proyectos tenían la misma finalidad: por la desaparición del pequeño círculo electoral debía ser destruido el contacto entre los diputados republicanos y el pueblo. Una vez que se lograse esto, estaría el pueblo nuevamente en manos de la burocracia y la república burguesa habría perdido el único camino por el que se hacía un tanto popular.

A fines de 1881 apareció Gambetta como presidente de ministros. Gambetta era escéptico sobre la posibilidad de rápidas y grandes reformas y se atrajo en consecuencia la enemistad de la izquierda radical en la cámara. Gambetta quería formar un fuerte gobierno republicano y exigía que se tuviese personalmente confianza en él, asegurando que habría de dirigir con mano firme el aparato del estado. De inmediato se enfrentaba con el gobierno colateral que habían establecido los diputados. El gobierno no consideraba las quejas que eran traídas por los representantes sobre cuestiones de sus distritos electorales. Gambetta echó mano hasta del peligroso recurso de querer abolir las pequeñas circunscripciones electorales, e intentar las elecciones por lista. Por su tozudez

personal, Gambetta entró en conflicto con la mayoría republicana, que no quería saber nada de semejante reforma electoral. Gambetta cayó. Su ministerio, que se había aguardado con tan grandes esperanzas, finalizó en un rápido y sorprendente fracaso. Pese a su derrota parlamentaria y a sus errores tácticos, se mantuvo Gambetta, sin embargo, como la personalidad más fuerte entre los republicanos burgueses y la próxima crisis lo habría llevado otra vez al poder. Su repentina muerte en 1882, fue un golpe sumamente serio para la causa republicana. Apenas se puede creer que el movimiento de Boulanger o el asunto de Dreyfus, hubiesen tomado el mismo giro en vida de Gambetta.

El gobierno de Francia se hallaba ahora en manos de los republicanos moderados, cuya dirección tomó Ferry. Este proyectó el programa de una política republicano-capitalista. Todas las reformas en materia de política social y constitucional fueron pospuestas para evitar nuevas crisis. En lugar de esto, condujo con la mayor energía la ampliación del poder francés hacia afuera. Ferry se daba cuenta de que por de pronto, era imposible una guerra de revancha contra Alemania, por lo cual buscó un entendimiento con Bismarck. Cuando había logrado de esa manera una cobertura de espalda, procedió a una política de conquista colonial en gran escala. Se remontan a Ferry: La conquista de Túnez; la ampliación del imperio francés en Indochina, con el aprovechamiento de los modestos comienzos que había dejado allí Napoleón III; y la ampliación del poderío francés en el Sudán y en Madagascar. La industria francesa debía hallar en las colonias nuevas fuentes de materias primas y nuevos mercados de venta. La consecuencia de una política sistemática de este tipo habría sido necesariamente también, la vuelta a un sistema de altos derechos aduaneros.

Ferry esperaba poder ganar con su política de éxitos nacionales, y de ascensión económica, a los círculos conservadores monárquicos de la burguesía para la república. Pero este cálculo fracasó. En tal emergencia quedó una vez más de relieve, que la política nacional no es nunca una cosa en sí, sino que se halla siempre conectada a los conflictos de clases y de partido en un país. Cada uno de los partidos y cada clase se inclinará a reconocer como "nacional", solamente a aquella política que le conviene. Los más grandes éxitos nacionales fueron conquistados para Francia en el siglo XIX por dos hombres a los cuales se recuerda muy poco; vale decir, por Carlos X, el conquistador de Algeria y por Ferry,

el fundador del nuevo imperio colonial francés. Pero la burguesía francesa no reconoció la acción de Carlos X, porque el rey quería fortalecer con sus conquistas coloniales la autoridad de la nobleza. Tampoco quiso admitir ahora la burguesía conservadora de Francia que las empresas coloniales de Ferry eran realmente éxitos nacionales. La cantidad de casas que obtenían ganancias de las colonias era todavía reducida. La mayoría de los burgueses de Francia no tenía ningún interés en las colonias y veía en la política de Ferry, ante todo, una capitulación frente a los alemanes: decían que los ministros republicanos franceses se dejaban seducir por Bismarck para toda clase de aventuras en Asia y África y entre tanto consolidaban los prusianos su poder en Alsacia y Lorena. Y si la república burguesa no pudo lograr, a pesar de sus éxitos anteriores, el apoyo de la mayoría de la clase privilegiada, se enajenó al mismo tiempo la confianza de las grandes masas. Los obreros, artesanos y campesinos franceses, se decían que ahora se tenía a la república y tal vez la democracia, si es que se quería llamar así al estado del sufragio universal. ¿Pero, qué es lo que había ganado con esto el pueblo trabajador? Los obreros hubieron de hacer una y otra vez la experiencia de que en cada conflicto con los patronos se hallaba el poder del estado de parte de los capitalistas. En casi todas las huelgas francesas era empleado el ejército, y si las tropas hacían fuego sobre los obreros, era eso una enseñanza muy mala acerca de los beneficios de la libertad republicana. Los campesinos y los pequeño-burgueses llegaron a la convicción de que la capa superior sabía evitar siempre el pago de impuestos justos y que las cargas del estado eran impuestas a la masa trabajadora. El pueblo elegía, después de cada tantos años, a sus diputados republicanos, con lo cual no se mejoraba nada. Parecía como si los políticos se hallasen en connivencia con los capitalistas.

Semejante crisis de confianza es el destino de todo orden estatal que afirma ser popular y no lo es en el fondo. Debido a que la república francesa dio a las masas el sufragio universal, sin que existiesen las conquistas de una verdadera democracia burguesa, se sentían los electores engañados. Semejante situación de duplicidad en una democracia aparente, debe convertir finalmente irrisorio al pensamiento democrático entre las masas. Una minoría de los electores franceses se orientó por los años del 80 hacia la izquierda radical, que criticaba también en forma acerba las condiciones existentes. Pero una parte aun mayor había perdido la confianza hasta en la oposición republicana y se inclinó disgustada hacia los

monárquicos conservadores, o soñaba con un gran hombre que habría de venir algún día y arrojar a los corruptos políticos.

La primera gran tormenta del descontento popular general, se dirigió contra la política colonial de Ferry. Francia no tenía entonces todavía un ejército colonial especial, y Ferry mandaba a los reclutas del servicio militar normal, sin consideración de ninguna clase, a las guerras en Asia y África, donde los jóvenes soldados pecaban a millares por las enfermedades de los trópicos. A esto se sumaban en determinados momentos reveses militares, como son inevitables en las guerras coloniales. Cuando los franceses sufrieron en 1885, en Tonkin, una de estas detrotas locales, que era, por otra parte, sin importancia alguna, estalló la ira del pueblo contra Ferry, el "tonkinés". La indignación de la masa se trasladó a la cámara. Bajo la arremetida común de la derecha monárquica y de la izquierda radical, fue derribado el gobierno. Con la renuncia de Ferry estaba quebrantado el poder de los republicanos moderados, y los diversos ministerios que a continuación atendían los asuntos corrientes, llevaban una existencia precaria.

Los republicanos moderados estaban debilitados de tal manera en 1885, que aceptaron la reforma electoral. Las pequeñas circunscripciones electorales fueron abolidas y reemplazadas por las grandes secciones, con las votaciones por lista. En esta forma estaba roto también el contacto personal entre el diputado y su distrito electoral. Ya no existió ni siquiera el último vínculo que había estado todavía a la población a la república burguesa. El resultado de la nueva elección para la Cámara de Diputados en 1885 fue sumamente serio. De 8 millones de votos obtuvieron los monárquicos 3,5; si además se agregaban a ésto los votos del partido radical, se daba una mayoría del pueblo francés contra el sistema dominante. En las elecciones secundarias se unieron en todas partes los radicales y los republicanos moderados, para impedir siquiera la formación de una mayoría monárquica en la cámara. Esto se logró, pero la crisis de la república burguesa en Francia continuaba en forma invariable.

El próximo ministerio republicano lo integraba, en calidad de ministro de guerra, el general Boulanger, quien era considerado como uno de los pocos oficiales republicanos de confianza. Boulanger desarrolló una intensa actividad para fortalecer la capacidad combativa del ejército francés y dio a toda su labor una evidente orientación contra Alemania. De esa manera se hizo rápidamente popular y su nombre fue el símbolo para la futura guerra de re-

vancha. Los republicanos moderados se habían esforzado en los últimos años para mantener relaciones correctas con Alemania, y habían conseguido sus éxitos en la política colonial, en buena parte, con la ayuda prestada por Bismarck. Contra esto condenaban, con la mayor energía, todos los adversarios de la república burguesa a esa política colonial, exigiendo de nuevo un curso nítido antialemán. Al permitir Boulanger que la llama de la revancha cobrase de nuevo intensidad, se aliaron alrededor de su persona todos los enemigos del sistema dominante. Se le acercaba la derecha monárquica, presumiendo tal vez que sería este general popular el futuro dictador de Francia, el hombre que habría de superar a la república y hallar una nueva y actualizada forma del bonapartismo en Francia. Bajo ciertas circunstancias, podía ser Boulanger también la etapa de tránsito en el camino hacia la restauración del reinado. Pero además se entusiasmaban grandes partes del electorado radical, muchos obreros, pequeño burgueses y campesinos con Boulanger y esperaban que habría de libertarlos por lo menos de la dominación de los despreciados políticos profesionales.

Poco a poco se daban cuenta los partidos republicanos del peligro que les amenazaba de parte del popular ministro de guerra, quien se dejaba llevar voluntariamente hacia lo alto por la ola del entusiasmo nacional. Boulanger fue separado del cargo de ministro de guerra; recibió por de pronto el comando de un cuerpo en la provincia y fue despedido, en 1888, del servicio militar activo. Frente a estas medidas se hizo tanto mayor el favor que reportaba la masa a Boulanger. A partir de entonces actuaba abiertamente como dirigente político sobre la base de un programa de revisión constitucional. Un fuerte gobierno, que se basaba en la voluntad del pueblo, debía ser librado de las ataduras que le había impuesto un parlamentarismo corrupto. Eso era una nueva edición del programa bonapartista.

La derecha conservadora resolvió poner a disposición del general Boulanger todas sus organizaciones y todos sus medios financieros. La situación era muy favorable: la tendencia liberal y democrática del país había perdido, por sus propios errores y por la debilidad de las simpatías en las masas populares, toda pujanza. De esa manera podían aparecer los representantes del alto capitalismo, del latifundio, de la iglesia y del ejército, como los verdaderos paladines del pueblo ofendido y engañado. El popular general era el eslabón entre la contrarrevolución y las masas. El partido radical se vio, por el desarrollo del boulangismo, en una situación

muy embarazosa. Boulanger se esforzó en retener a sus viejos amigos radicales. Rochefort se transformó ahora en el heraldo del nuevo movimiento. Por el contrario, todos los intentos del general por conquistar también a Clemenceau fracasaron. Porque Clemenceau se daba cuenta de que el boulangismo, en la forma que había adquirido paulatinamente, no era sino el cobertor para la contrarrevolución monárquica y el gran capitalismo. El, y con él el partido radical, quedaron del lado de la república; en cambio se pasó la mayoría de los electores radicales, junto con Rochefort, al campo de Boulanger.

La ironía de la situación se hallaba en que los republicanos moderados habían sido castigados precisamente por luchar en forma tan hesitante contra capitalismo y monarquismo. Debido a que la república burguesa de Francia enfrentó en forma tan débil a la derecha, no pudo establecer una democracia vital. En consecuencia estaban las masas desencantadas y se creían víctimas del engaño de los republicanos y que venían los partidos de la derecha monárquica bajo un hábit disfraz, ofreciéndoseles como sus vengadores en la república y en la democracia. Esto es un juego como habría de repetirse aún muchas veces, hasta el presente. Digno de mención es también, como se explotó entonces en Francia la idea nacional para la contrarrevolución. Si hubiese vivido Gambetta, nadie habría podido osar el presentar a los amigos de la república burguesa como a enemigos de la patria y como agentes de Alemania. Pero ahora personificaba Ferry, el supuesto amigo de Bismarck, para muchos sectores populares el pensamiento republicano. Cada uno de los franceses que votaba por Boulanger se sentía aliviado, porque había unido con esto, al mismo tiempo, una demostración contra Prusia.

El gran bloque por la revisión constitucional abarcó a partir de 1888, a toda la derecha monárquica, a los partidarios radicales de Boulanger y a todos los imaginables sectores de un pueblo titubeante, atraídos por el magnetismo del futuro dictador. Se siguió la táctica de presentar en toda elección complementaria a la cámara, en cualquiera de los grandes distritos electorales, como candidato al general Boulanger. En esa forma debía efectuarse una especie de plebiscito para el nuevo Napoleón. En varias elecciones triunfó Boulanger. Cuando se hizo necesaria, en enero de 1889, una elección complementaria en París, se tenía la evidencia de que se acercaba la decisión. Los republicanos de izquierda y derecha se unificaron sobre un candidato común; sin embargo Boulanger fue

elegido por 244.000 contra 162.000 votos. El resultado muestra que entonces debe haber estado también la mayoría de los obreros parisienses por el general, porque el asco a la república capitalista burguesa y sus políticos era tan grande, que se prefería cualquier cambio al estado existente. En la noche del dia de la elección se esperaba en París que Boulanger derribaría, al frente de la masa entusiasta, al gobierno de la república e implantaría su dictadura. Boulanger no necesitaba esperar ninguna seria resistencia, puesto que también lo apoyaban en forma casi cerrada el ejército y la policía.

Pero, para hondo desencanto de sus partidarios, no se atrevió el general a realizar el golpe de estado. Boulanger no era ni un gran hombre como Napoleón I, ni un aventurero como Napoleón III, sino un oficial patriótico de mediano talento. Solamente la singular situación de los años 1885-1889, y el curioso caos de clases y partidos en la Francia de entonces, le permitió conquistar tan enorme importancia. Después de la bancarrota de la república burguesa, además de la simultánea debilidad del movimiento obrero y de la escasa popularidad de la monarquía, estaba Francia madura para un dictador. El primer general que hacía una buena figura a caballo, que predicaba la revancha y que era perseguido al mismo tiempo por los políticos, parecía al pueblo una encarnación de sus sueños. En el momento decisivo se asustó Boulanger, sin embargo, de la acción que de él se esperaba.

Al no producirse el golpe de estado emprendió el gobierno republicano la ofensiva. Cuando se inició contra Boulanger un proceso por alta traición, éste, huyó al extranjero y perdió con ello el resto de su autoridad.

Las grandes masas populares, hondamente desencantadas, volvieron a caer en la indiferencia política o retornaron a sus viejos partidos. Los republicanos eran lo bastante inteligentes como para anular la reforma electoral y volvieron a las viejas pequeñas circunscripciones. En las elecciones para la cámara de 1889, afirmaron los republicanos su mayoría. Pero la república no había triunfado en Francia, de ninguna manera, por sus propios esfuerzos. En 1889, lo mismo como 10 años antes, había podido sobrevivir solamente porque sus adversarios no se resolvieron a una abierta contrarrevolución. Un fortalecimiento verdadero de la república, la creación de una democracia burguesa vital, no se ha logrado ni después de la caída de Mac Mahon, ni después de la fuga de Bou-

langer. La república burguesa había ganado tan sólo un momento de respiro y esperaba la próxima crisis.

En 1889 gobernaba Bismarck en Berlín con su ley de excepción; en San Petersburgo dominaba el zar Alejandro III con su policía; en Viena, se imponía Taaffe; en Roma Crispi y sobre París se cernía la sombra de Boulanger. Eso era, desde el punto de vista de la democracia, un triste balance. Ello, no obstante, había efectuado la industrialización del continente europeo en los últimos dos decenios enormes progresos. La conciencia de clase del proletariado hubo de imponerse otra vez, a pesar de todas las reacciones políticas. Ese mismo año de 1889 trajo en el París de Boulanger, la fundación de la II Internacional y con ello comienza también un nuevo capítulo en la historia de la democracia europea.

15. IMPERIALISMO CONTRA LIBERALISMO

El extraordinario progreso técnico aportó en la generación anterior a la guerra mundial una nueva revolución en las relaciones de producción. El incontenible proceso de concentración en la industria, la victoria definitiva de los grandes establecimientos sobre los pequeños y medianos, en todos los importantes países, produjo al mismo tiempo una completa revolución dentro de la sociedad burguesa. El liberalismo del más antiguo tipo fue condenado definitivamente a la muerte. Su heredero fue esa tendencia de política interna y externa que se califica mejor como imperialismo. En conexión con esto se transformó también el carácter y la posición de la democracia.

Es innecesario reproducir con detalles, dentro de este marco, los conocidos hechos sobre el proceso de la técnica y la concentración del capital en el período que va aproximadamente de 1880 hasta 1914. Algunas palabras y datos bastarán para recordar al lector la tendencia general de ese movimiento. La técnica en la segunda mitad del siglo XIX se caracteriza, junto a la perfección siempre progresiva de la máquina a vapor, por el creciente empleo de la electricidad. Los últimos veinte años anteriores al estallido de la guerra vieron, además, la marcha triunfal del automóvil y el descubrimiento de los primeros aviones y aerostatos útiles. Las nuevas posibilidades técnicas empujaban cada vez más hacia la producción en gran escala. El capital bancario fomentaba las grandes empresas con todos los medios de que disponía. Pronto no bas-

taban ya las grandes empresas aisladas. Comenzó el cartelamiento y la trustificación de la industria en gigantescas proporciones. En cada una de las crisis que sacudían periódicamente al mundo capitalista, quedaron destruidas en cantidades las empresas más débiles. Los grandes establecimientos concentrados eran los triunfadores. Los medios de producción decisivos de los grandes países estaban pronto en poder de una reducida cantidad de empresas. Del capitalismo de la libre competencia se había desarrollado el dominio del monopolio.

El moderno y gran capitalismo monopolista hizo estallar a la sociedad burguesa y condenó a muerte al liberalismo. Bajo liberalismo se debe entender una forma de la sociedad y del estado, en la que la burguesía ilustrada y adinerada goberna bajo el aprovechamiento de las libertades constitucionales. La más antigua forma de liberalismo, como se modeló al aparecer la más reciente sociedad burguesa, reunía las libertades de política interna con una política de fuerte poder estatal. A este tipo del más antiguo liberalismo corresponde el gobierno parlamentario, en la forma de la república, o en la monarquía constitucional limitada. A este pertenecen, además, la seguridad de la persona y de la propiedad ante excesos de las autoridades, libertad de la pluma y de la palabra, libertad de reunión y asociación. Sin embargo, el poder estatal pertenece efectivamente tan sólo a la capa superior económicamente privilegiada. La burguesía gobernante emplea el aparato del estado para una política externa fuerte y para conquistas coloniales; se aumenta el ejército y la flota, y se aleja por gravámenes proteccionistas y mediante prohibiciones comerciales a la competencia extranjera. En breve: el más antiguo liberalismo es la forma típica del capitalismo de la primera hora.

A los liberales de ese tipo más antiguo pertenecen los grupos políticos que tuvieron el poder en Holanda desde el siglo XVI hasta la gran revolución francesa. Aquí pertenecen además los "Whigs" de Inglaterra, en los siglos XVII y XVIII, y los primeros "tories" en el período de las guerras de la revolución francesa y más tarde hasta 1832. Auténticos liberales de ese carácter eran también los partidos burgueses de la gran revolución francesa de 1789 hasta 1793. Luego sigue la democracia social bajo Robespierre, desde 1793 hasta 1794, después viene otra vez un gobierno de antiguo tinte liberal, bajo el directorio hasta 1799. Sigue a continuación la dictadura de Napoleón y el restaurado reino feudal de los Borbones. De 1830 hasta 1848, bajo Luis Felipe, domina

en Francia nuevamente el liberalismo de viejo tipo. De la misma característica eran finalmente los federalistas en los Estados Unidos que determinaron el destino del nuevo estado federal, desde su fundación hasta el final del siglo XVIII.

El segundo tipo más joven del liberalismo era un producto del desarrollo industrial en Inglaterra. El nuevo liberalismo coincide con el viejo, en que aspira a las libertades constitucionales y a la dominación de la burguesía privilegiada. La diferencia de ambas formas de liberalismo está en su posición frente al estado y su política del poder. El nuevo liberalismo está convencido de tal manera de la fuerza triunfal de la moderna industria, que cree poder prescindir de los medios estatales de fuerza y coerción. Sus consignas son: paz y librecambio. La libre competencia entre los diversos empresarios debe efectuarse sin ninguna perturbación u obstáculo y tampoco sin ningún favorecimiento artificial. En esta forma se habría de servir mejor al progreso del individuo, de los pueblos y de toda la humanidad. El país clásico del nuevo liberalismo lo fue Inglaterra, en el período de 1832 hasta 1866. Sus pilares fueron los más jóvenes "Whigs" y los "Peelitas". Una segunda patria del liberalismo más joven existió a partir de 1830 en Bélgica, bajo el nuevo reinado. Ya por la situación geográfica, y política de su pequeño estado, estaba obligada la burguesía belga a seguir un desarrollo pacífico. La clase dominante de Bélgica no quería conquistar nada ni tampoco crear un gran ejército, sino desarrollar tranquilamente la industria protegida por su constitución parlamentaria.

Para elaborar claramente los conceptos, es necesario diferenciar al más joven liberalismo de la democracia liberal. El liberalismo propiamente dicho trabaja con un derecho electoral limitado. Solamente la clase privilegiada participa del poder político. Así era en Inglaterra desde 1832 hasta 1866, y en Bélgica desde 1830 hasta la guerra mundial. La democracia liberal, en cambio, existe cuando tienen también las masas trabajadoras el derecho del sufragio y cuando la burguesía está obligada a conservar el poder de acuerdo con las grandes masas populares. Así se efectúa en Inglaterra, después de 1866, la transición del partido liberal hacia la democracia liberal. Un estado típico de la democracia liberal es, desde 1847, Suiza.

En ninguno de los grandes países europeos de gobierno monárquico pudo llegar al poder, después de 1830 el liberalismo. Pero

en Alemania logró una influencia dominante sobre la burguesía, por el ascenso que se produjo en la industria alemana desde 1830 en un vasto sector de empresarios activos y optimistas, que creyeron a la manera francesa en librecambio y libre competencia. En alianza con los universitarios progresistas y con las grandes masas populares, se esforzaron los capitulistas liberales por establecer también en Prusia y Alemania condiciones constitucionales —según el modelo inglés. El liberalismo alemán no logró batir a la monarquía feudal asentada en el gobierno, pero Prusia-Alemania pasó al menos al librecambio, y en los parlamentos dominaban alrededor de 1860 hasta 1879 las jóvenes ideas liberales. Después de 1867, hizo Bismarck, algunas veces, como si quisiera colaborar seriamente con el liberalismo alemán, por más que las ideas progresistas del nuevo credo contradecían a la política militar prusiana.

La burguesía austriaca estaba saturada, por lo general, con las mismas ideas que la alemana. Es cierto que tampoco el liberalismo austriaco fue capaz de vencer el imperio feudal de los Habsburgos, pero el partido liberal alemán de Austria tenía, al menos en los años del 60 y 70, la dirección parlamentaria y pudo influir en forma considerable en la política y la economía de Austria. El derecho electoral parlamentario estaba por ese tiempo muy reducido en Austria y también el de Prusia acordaba la hegemonía a la clase privilegiada. Sin embargo, a partir de 1867 para el Reichstag de la federación Alemana del Norte, y a partir de 1871 para el Parlamento Alemán, había introducido Bismarck el sufragio universal. La tradición liberal era, empero, lo suficientemente fuerte como para que los partidos liberales mantuviesen el predominio parlamentario hasta fines de los años del 70.

El nuevo liberalismo que se fundaba en el libre cambio, paz y progreso, nunca pudo afirmarse bien en Francia. Hasta 1848 estaba saturada la burguesía francesa, por lo general, con ideas liberales de más antigua formulación. Después vino, hasta 1879, el período bonapartista y dictatorial y luego se impusieron en la clase rica de Francia, las modernas ideas imperialistas. Un cierto substituto para el período neoliberal que faltaba en la historia francesa, lo ofreció Napoleón III en el último decenio de su gobierno, cuando el emperador pasó al librecambio, cuando efectuó confesión teórica de su voluntad de la paz y del desarme y cuando a último momento convocó hasta un ministerio parlamentario. Si se prescinde de esta caricatura napoleónica, falta el período neoliberal en la historia francesa. Tampoco el neoliberalismo tuvo

arraigo en los Estados Unidos. Después de la caída de los federalistas, liberales de viejo tipo, vino de 1800 hasta 1815, el período de la democracia social; luego siguió la característica forma colonial de la democracia burguesa, cuyos desfiladeros alcanzan aproximadamente hasta 1890. Por una parte, no pudo permitirse la burguesía privilegiada de América la limitación del derecho de sufragio y hubo de aspirar a un compromiso con los vastos sectores populares, en el sentido de una democracia burguesa. Por otra parte, se hizo la burguesía industrial de América, partidaria incondicional del proteccionismo; pertenece, además, a la característica de los Estados Unidos, la progresiva colonización de nuevas tierras en el Oeste. De esa manera fue la conquista de las nuevas tierras, y no la competencia pacífica dentro del marco de la vieja patria, el sello, predominante del desarrollo americano en el siglo XIX. La democracia conquistadora y proteccionista de los Estados Unidos, no cuadraba en consecuencia nunca en el esquema del nuevo liberalismo.

Los movimientos de la burguesía italiana en el siglo XIX, comenzando por los Carbonari, pertenecen al marco liberal de viejo tipo. Porque la burguesía italiana necesitaba el poder del estado y el poder de las armas, para conquistar la unidad nacional y para asegurar a la nueva Italia contra sus enemigos internos y externos. A su vez pertenece esta característica al liberalismo de Holanda en el siglo XIX. Cuando Holanda logró después del derribo del imperio napoleónico su independencia nacional, fue restaurado el país como el reino de los Países Bajos. El gobierno autónomo tradicional de la burguesía holandesa fue limitado a partir de 1800, por un considerable fortalecimiento del poder monárquico. Holanda conservó, también después de 1815, su gran imperio colonial en Asia. La existencia económica de Holanda dependía de la posesión de Java y de las otras colonias de ultramar. La defensa y el usufructo del imperio colonial exigió sin embargo, una política consecuente de poderío, que era irreconciliable con las ideas del neoliberalismo.

Como se ve, era el verdadero radio del neoliberalismo en el siglo XIX, sumamente pequeño. Si se toma la definición en forma muy precisa, queda solamente Bélgica como un país modelo del nuevo tipo de liberalismo. Porque en el continente estaba limitada la política neoliberal por las grandes monarquías, y en Inglaterra se hallaba en un conflicto irreconciliable con los métodos y exigencias del imperio británico. El neoliberalismo del siglo XIX era

solamente un episodio transitorio. Era un autoengaño del capitalismo industrial de la primera hora, que creía poder renunciar a las características esenciales de la forma económica capitalista, vale decir, al poder y la fuerza. La burguesía ha pasado en todos los importantes y modernos países, en la segunda mitad del siglo pasado, del liberalismo al imperialismo. El nuevo liberalismo tuvo sin embargo un sorprendente efecto a distancia: la burguesía capitalista, para cuyos intereses había sido inventado originariamente, rechazaba estas ideas. En cambio, fueron recogidas bajo la forma de la democracia liberal, por los obreros y algunos pequeño-burgueses, cuando estos buscaban desesperadamente una concepción del mundo que les ayudase en la lucha contra el imperialismo.

La transición de los importantes círculos industriales hacia el imperialismo, se deja comprender sin dificultad. Imaginémosnos el tipo término medio del pequeño fabricante europeo en el siglo XVIII y en la primera mitad del siglo XIX. Si uno de esos hombres reclamaba la "libertad" y estaba dispuesto a ofrecer por ella muchos sacrificios, no era eso un idealismo abstracto. La libertad y los derechos del pueblo eran para la burguesía europea antigua necesidades absolutamente reales. Libertad, significaba que el ciudadano no debía depender de los caprichos de algún empleado policial del rey. Los burgueses querían estar seguros de que no se les metiese en la cárcel, o que un decreto gubernativo de repentina aparición les quitase, bajo cualquier pretexto, la mitad de sus fortunas. Para estar seguro de los caprichos del absolutismo de la nobleza y de la burocracia, pedía el burgués europeo una constitución, seguridad jurídica, y protección de la persona y de la propiedad. El burgués se quería librar en lo posible del peso de los impuestos y consideraba a los gastos para la monarquía, la iglesia, los empleados, la nobleza y el ejército, como improductivos, exigiendo su abolición. Tampoco quería un servicio militar obligatorio. Su hijo no debía ser matado por culpa de algún proyecto dinástico, sino que debía conducir más tarde el negocio paterno. El pequeño fabricante de ese período conocía, por lo general, personalmente a sus obreros, con los cuales tuvo más de un conflicto. El no creía que eran maduros para el ejercicio del derecho electoral. Se ponía iracundo cuando algún agitador los incitaba con las consignas de la cooperativa y del socialismo. Pero a pesar de todo, veía en los obreros a sus ayudantes personales, que no eran siempre muy cómodos, pero que, no obstante, pertenecían a su esfera y que tenían en el fondo los mismos intereses políticos que él: pan barato, pocos

impuestos, nada de servicio militar obligatorio, protección contra la arbitrariedad policial, etc.

En forma muy distinta miraba el mundo el gran industrial, hacia fines del siglo XIX. Como director general, tenía tal vez 10.000 obreros o empleados a sus órdenes. El cuadro era de especial impresión en los distritos mineros o industriales. Toda la región pertenece a la firma. Los obreros y los empleados se hallan en las viviendas del establecimiento. Cada centavo que se gasta en el lugar, viene directa o indirectamente de las cajas de la fábrica. El gran industrial domina, casi como un nuevo señor feudal, sobre tierra y pueblo. El concepto de la libertad tiene para el moderno industrial un significado muy distinto. El no necesita tener miedo de las autoridades estatales. El trata con los ministros como una potencia de igual categoría. Sus preocupaciones políticas tienen otro rumbo. Para él significa "libertad", que extraños agitadores puedan tener la posibilidad ilimitada de llevar a sus súbditos, a sus trabajadores, a la rebelión. De esta suerte se hace el capitalista moderno cada vez más escéptico sobre el valor de la libertad y de los derechos constitucionales. Ahora pide un estado fuerte que ejerza sobre las masas una positiva autoridad y que sea siempre capaz de aplastar una rebelión "roja". El moderno gran capitalista pide además que el estado le aleje, con derechos aduaneros, la competencia extranjera, y que le abra nuevos mercados con una política colonial y exterior efectiva. Si el estado necesita dinero para la política armada, entonces debe ser producido y también la firma debe aportar los necesarios sacrificios, como una especie de seguro contra los peligros de adentro y de afuera.

Los empresarios liberales de antiguo tipo querían paz, reducción del aparato estatal, garantía de la libertad burguesa, y el juego sin trabas de la libre competencia. En cambio, el moderno capitalista del monopolio, quiere un aparato de estado fuerte, con autoridad hacia adentro y hacia afuera. El cambio de una posición a la otra se efectuó en forma paulatina y con transiciones diferentes, según las condiciones de cada uno de los países y también según el carácter de las personas afectadas. Eso no tiene nada que hacer con cuestiones de moral, porque muchos pequeños empresarios del viejo tiempo eran liberales, pero al mismo tiempo duros y egoístas; en tanto que muchos de los nuevos capitalistas de los trusts quieren hacer feliz a la humanidad, a la manera de reyes absolutos, invirtiendo fortunas de miles de millones en fundaciones. El juicio histórico no debe separar nunca a las personas en "buenas" y "malas",

sino tan sólo explicar la psicología de la sociedad. El progreso del pensamiento imperialista en la segunda mitad del siglo XIX venía acompañado por una grave descomposición de la sociedad burguesa. Hasta entonces había formado la burguesía adinerada e ilustrada, por lo general, un frente único, que se mostraba en todas las crisis serias. En tales ocasiones era la fuerza uniforme de la burguesía, y de la con ella aliada opinión pública, un magneto que atraía a la mayor parte del pueblo restante en la misma dirección. Ya en el siglo XVI intervino la burguesía holandesa, en su lucha de liberación contra la monarquía española, con una acción uniforme y apoyada por las grandes masas populares. En modo igualmente uniforme, luchaba también la burguesía inglesa del siglo XVII contra los excesos de un Carlos I y de un Jacobo II. En 1832 estuvo la mayoría abrumadora del sector privilegiado e ilustrado, del lado de la reforma electoral. De 1832 hasta 1866, ha tenido siempre el liberalismo la mayoría en los Comunes, si es que se cuenta a los Peelitas como liberales.

El mismo cuadro lo ofrece la historia de Francia: una idéntica y abrumadora mayoría de la opinión pública luchaba en 1789 contra el absolutismo de Luis XVI y en 1830, contra la política de Carlos X. En 1848 estaba casi todo el pueblo francés bajo la dirección de los sectores ilustrados, prescindiendo de algunos pequeños grupitos, en lucha contra Luis Felipe. La misma uniformidad de la opinión pública liberal se manifestó al comienzo de la revolución de 1848 en Alemania y en Austria, en Hungría y en Italia. Durante el conflicto constitucional prusiano en los años 1863-1866, estaban por lo menos nueve décimas del pueblo, con los diputados liberales. Aislados estaban: a la derecha, Bismarck, con un pequeño círculo de aristócratas feudales, y a la izquierda, Lassalle, con un grupo minúsculo de obreros socialistas. En Bélgica apoyaba en 1830 el pueblo, con características parecidas, a la revolución que efectuaba la burguesía liberal contra el rey de Holanda.

Frecuentemente se había separado ya en los tiempos más viejos la aristocracia financiera del movimiento liberal-burgués. Los banqueros de la corte estaban del lado de los monarcas y los grandes bancos franceses apoyaban hasta 1848 a Luis Felipe. Pero algunas firmas bancarias, no constituyen la sociedad burguesa y la tendencia separatista de tales círculos financieros no pudo romper la gran unidad del movimiento liberal popular. Esto cambió por completo tan pronto como los grandes industriales de Europa y de Norteamérica comenzaron a ocupar sus propias posiciones en

la vida pública. Los grandes fabricantes supieron, en la mayoría de los casos, convertir también a los pequeños industriales a sus ideas. Si la sociedad burguesa podía soportar apenas la oposición de algunos banqueros, dejó de ser, en cambio, después del alejamiento de la industria, un cuerpo político vital. Los industriales se reunieron en el campo del imperialismo, y no tan sólo con los bancos, sino que se atrajeron también a una gran parte de la inteligencia. Las ideas imperialistas abarcaban sectores cada vez más grandes de universitarios y con especialidad de la juventud estudiantil. En la mayor parte de los países se alejaron precisamente los universitarios de las viejas consignas de libertad y de progreso y se entusiasmaban, en cambio, con la grandeza nacional, con la autoridad y la política del poder.

La tendencia imperialista llevada por los fabricantes, los bancos y una parte cada vez más creciente de la opinión pública universitaria e ilustrada, buscó apoyo hacia la derecha, en cuanto existían todavía en los diferentes estados monarquías militares o latifundismos aristocráticos. El liberalismo se limita paulatinamente sólo sobre algunos sectores del comercio y los renuentes de la inteligencia que siguen aferrándose a las viejas ideas de la libertad, en política y economía. El liberalismo burgués, que se reduce y desacredita en esta forma, no tiene ya fuerzas para polarizar a los sectores populares trabajadores más pobres. Prescindiendo del alejamiento de los obreros industriales al campo socialista, disminuye la influencia liberal también en las capas medias pequeño-burguesas. Las clases medias de la ciudad y los campesinos se hacen políticamente independientes. Al mismo tiempo trata la capa superior del imperialismo crearse a su vez una base de masas populares. Para ello puede emplear solamente la idea nacional.

Alrededor de 1880 aparece en la opinión pública de todos los países la política imperialista como la política nacional en sí. Los enemigos del imperialismo, liberales, demócratas y socialistas, en cuanto están contra los armamentos, los derechos aduaneros, las colonias y la fuerte política exterior, aparecen como malos patriotas. Eso fue un cambio de fatales consecuencias. Al darse el imperialismo la forma de un nacionalismo subrepudiado, elevando al propio pueblo y disminuyendo a todo lo extranjero, puede colocar en su servicio a toda clase de movimientos patrióticos y también antisemíticos. El imperialismo sobrepasa, en cierta manera, los restos del movimiento liberal. Proteccionistas agrarios, pequeño-burgueses y urbanos, que se indignan contra las modernas casas comerciales y

contra la competencia judía; grupos religiosos que combaten el ateísmo liberal y que buscan nuevas autoridades, — todos ellos se hacen aliados del imperialismo en la lucha contra los restos del partido liberal, contra las tendencias socialistas y democráticas. El eslabón natural entre los imperialistas que se hallan arriba, y las masas patrióticas, pequeño-burgueses, y confesionales, que se organizan abajo, lo forma la juventud universitaria nacionalista.

El gran capitalismo imperialista ha rechazado por lo general la idea de fundar nuevos partidos, y se ha metido en movimientos políticos existentes a los cuales llenó con sus ideas y las modelaba de acuerdo con sus intereses. Con tal motivo, se han hecho puentes del moderno imperialismo muchos partidos, cuya cuna fue mecida por cantos muy distintos. Esto vale ante todo para el partido republicano de Estados Unidos. ¡Qué cambio desde el partido de Lincoln hasta el movimiento que condujo 30 años más tarde Mac Kinley! Debido a que el partido republicano había sido el triunfador en la guerra civil y portador desde entonces de la idea burguesa del estado, halló el apoyo de la mayoría de los grandes capitalistas. Es cierto que había por aquel tiempo también un ala izquierda progresista entre los republicanos y, como contraparte, un ala favorable a los trusts y al alto capitalismo, en el partido demócrata. Pero, en mayor o menor grado era, desde los años del 70, el partido oficial republicano el representante de la alta finanza y de los trusts industriales. Los republicanos estaban por altos derechos aduaneros, por la creación de una gran flota americana, por conquistas coloniales en la América Central y en el océano Pacífico.

En la política interna pedían libertad por la vida comercial. Ellos no querían ninguna intervención del estado en la actividad del gran capitalismo y también pedían una mano fuerte contra el movimiento obrero y contra toda tendencia que tuviera un asomo de radicalismo. Los republicanos imperialistas de América querían mantenerse en la constitución tradicional democrático-burguesa. Pero ellos vaciaron a la democracia por espacio de tanto tiempo que ya solamente quedaba la forma exterior. Cuando los aparatos partidistas efectuaban las elecciones en la federación, en los diversos estados y en las comunas, y cuando estas máquinas eran dirigidas por el capitalismo, entonces era la llamada democracia, en realidad, tan sólo la cobertura para una dictadura del capital imperialista.

En Francia se formó en el transcurso de los años del 90 un bloque imperialista. Aquí existía la situación especial de que una gran

parte de los capitalistas se hallaba políticamente en el campo de la derecha monárquica. Por el contrario, una minoría de los industriales, etc., apoyaba a la república. Eso era la tendencia de Ferry, que preparó con su política colonial, por los años del 80, el camino del moderno imperialismo francés. Después que había pasado la crisis de Boulanger en 1889, y que la república quedó salvada como por un milagro, era necesario adaptarse a las nuevas circunstancias. ¿Qué estaba más próximo que un intento de unir a los hermanos enemistados del capitalismo francés, para cesar por de pronto la discusión sobre la forma del estado, y facilitar con una actuación uniforme de la capa superior un fuerte gobierno imperialista? El Papa León III trabajaba en el mismo sentido, al recomendar a los católicos franceses el reconocimiento de la república. Los republicanos capitalistas moderados, los llamados Progresistas, respondieron a esto dando la seguridad de que también anhelaban la paz con la iglesia. El resultado fue un traslado de los capitalistas republicanos al campo de la derecha conservadora. El nuevo bloque de la derecha se formaba de partidarios de la monarquía, de los grupos católicos, de los republicanos progresistas, de los restos nacionalistas del movimiento de Boulanger y de los antisemitas. Se reconocía la forma republicana pero se estaba decidido a impedir a toda reforma en el sentido de una democracia popular. En caso necesario se estaba dispuesto a aplastar a la gran masa, basado en el senado, en el ejército y en la burocracia.

Como representantes del nuevo curso francés derechista de los años del 90, podrían ser considerados el presidente de la república, Faure, y el presidente de ministros, Mélina. La política del bloque de la derecha era un imperialismo claro y exitoso. En 1892 se efectuó el retorno de Francia al proteccionismo, un acontecimiento de significado a la vez simbólico y práctico. La política colonial iniciada por Ferry, fue proseguida energicamente en el África del Norte, en Madagascar y en la India Oriental. Con esto asoció el bloque francés de las derechas también un nuevo viraje en Europa: la alianza franco-rusa debía asegurar a Francia contra la amenaza alemana y pareció abrir la posibilidad para que Francia reconquistase, en una oportunidad favorable, Alsacia y Lorena. La reconquista de estas provincias no era necesaria para la burguesía tan sólo por razones nacionales. La inclusión de la importante industria de hierro de Lorena, de los establecimientos alsacianos de fosfato y de las industrias textiles en la economía francesa, constituía una meta muy seductora para los imperialistas franceses. La alianza de

Francia con Rusia abría, además, a los bancos franceses la posibilidad de colocar grandes capitales de los ahorros nacionales en valores rusos.

En Alemania, Bismarck se amoldó paulatinamente a las exigencias de la era imperial. En 1879 se efectuó el retorno de Alemania al proteccionismo. En los años del 80 comenzó una exitosa política colonial alemana en el África Central y Meridional. A esto se agregaba, bajo Guillermo II, un aumento extraordinario de la flota alemana. La base político-partidaria para el imperialismo la ofreció una transformación del viejo partido nacional liberal. Este había sido originariamente el partido de la alta burguesía alemana que estaba dispuesta a colaborar, a partir de 1866, con Bismarck, pero que al mismo tiempo quiso quedar fiel a sus tradiciones liberales. Los nuevos fenómenos y problemas económicos del imperialismo condujeron, después de 1878, a una descomposición y disolución del viejo partido nacional liberal. La nueva fundación del partido se efectuó en 1884 en base al programa de Heidelberg. Los nuevos liberales nacionales, de 1884 hasta la guerra mundial, no tuvieron con la vieja agrupación más comunidad que la del nombre. Ellos eran el partido de la alta burguesía imperialista. Ellos apoyaban la política de aranceles, de la marina y de las colonias; defendían los derechos de los grandes empresarios contra los obreros y renunciaban, en obsequio de la alta industria imperialista, a toda reforma constitucional alemana en un sentido liberal.

En los mismos años en que se forró el nuevo partido nacional liberal con los restos del viejo liberalismo alemán, tuvo lugar también un alejamiento ostentativo de los universitarios alemanes del liberalismo. El profesor de la Universidad de Berlín, Treitschke, se convirtió en el heraldo de una nueva concepción del mundo, en que se aliaban un nacionalismo aristocrático con el odio al judío. También en los años del 80 comenzó un movimiento antisemita de la pequeña burguesía, bajo la dirección del sacerdote de la corte, Stöker. El más destacado dirigente de los nuevos liberales nacionales imperialistas, fue el diputado Miquel. Como hombre joven había sido en 1848 un demócrata revolucionario y luego comunista. Después llegó a diputado liberal, director de un gran banco, intendente de Frankfurt y finalmente la cabeza decisiva de los liberales nacionales en el viraje hacia el imperialismo. Miquel terminó su memorable carrera como ministro de finanzas de Guillermo II. La otra tendencia de la burguesía alemana, que quiso mantenerse fiel a los ideales liberales del pasado, estaba personificada por Eugenio

Richter. Con tozudez se quedó, como centinela perdido en su puesto, y combatió contra los movimientos del nuevo tiempo: contra el imperialismo a la derecha y el socialismo a la izquierda.

Al colocarse los industriales e imperialistas alemanes en el terreno del existente estado militar prusiano, y al mostrarse dispuestos a efectuar con el rey de Prusia una política mundial de alto vuelo, se dio con esto una cooperación con el feudalismo aristocrático. Al igual que los industriales, estaban interesados también los nobles al Este del río Elba en aranceles proteccionistas y en el mantenimiento de un estado fuerte. Bismarck reunió a los conservadores y a los liberales nacionales, o sea, a los partidos de los terratenientes y de los industriales en lo que se ha llamado el Cartel. En las elecciones al parlamento de 1887 obtuvo el Cartel la mayoría de las bancas. Bajo Guillermo II trajo luego el crecimiento de la socialdemocracia un correspondiente debilitamiento de los liberales nacionales. Para obtener una mayoría parlamentaria debió admitir el gobierno, en el bloque de los conservadores y de los nacional-liberales, también al partido del Centro católico. Los orgullosos puntos de vista de la nobleza prusiana, que hubiese preferido no compartir el poder con ningún otro grupo alemán, hizo sin embargo muy difícil el funcionamiento de la máquina gubernativa. Los fabricantes y universitarios imperialistas, fieles al rey, fueron llevados algunas veces a la desesperación por la estrechez de miras de los junkers y por los saltos políticos que daba Guillermo II. Había momentos en la historia alemana bajo Guillermo II, en que hubo de hacer oposición común toda la burguesía, tanto los grandes industriales, como los comerciantes, imperialistas y liberales. El carácter incompleto de las condiciones políticas alemanas, en que debía ser impuesto un poderoso desarrollo industrial a un cuerpo estatal feudal-agario, causaba siempre nuevas crisis.

Parecidos problemas mostró también el desarrollo en Rusia y el Japón, en Austria y en Italia. Donde la autoridad del estado era relativamente más fuerte, era en el Japón. La enérgica personalidad del emperador Mutsuhito ensambló a la nobleza histórica del ejército con la burguesía industrial. Un parlamento con muy pocos derechos, complementaba la máquina burocrática estatal. Ejército, flota e industria fueron energicamente modernizados y el Japón comenzó en Corea y China una política colonial de conquista. Hasta 1915, era la oposición de los grupos democráticos y socialistas en el Japón, insignificante.

Más grandes eran las dificultades internas del zarismo ruso.

La alta burguesía imperialista moderna, buscaba también en Rusia un apoyo en el aparato histórico estatal. La política tradicional de conquista del zarismo, que debía conducir al mismo tiempo a Constantinopla, a las fronteras de la India y al Océano Pacífico, se dejó aprovechar fácilmente para finalidades imperialista-burguesas. Algunos hombres inteligentes, como el ministro de finanzas Witte, procuraban una fuerte alianza entre el zarismo, los terratenientes y la burguesía. Pero la burocracia y la nobleza rusa eran muy atrasadas si se las comparaba con los correspondientes grupos en Prusia. A esto se agregaba la arremetida revolucionaria de las masas populares, que sacudió una y otra vez a la clase dominante rusa. Después de la derrota de la revolución de 1905, se estableció en el terreno del nuevo parlamento, de la Duma, una especie de compromiso entre la burguesía zarista y los grupos del gran capitalismo, en el sentido de una política imperialista común.

La política exterior de Austria y Hungría se orientó después de 1871 cada vez en forma más decidida hacia el Oriente. La ocupación de Bosnia y Hersegovina por las tropas austriacas, en 1878, era en cierta manera una contribución de los austriacos a la política colonial. Más allá de esto, se extendían los intereses económicos austriacos sobre el resto de la península balcánica. En medida más reducida tenía pues también Austria-Hungría su imperialismo, su política de gran potencia, basada en una moderna industria y el capital bancario, con ampliación de ejército y flota, con derechos de protección, con adquisiciones coloniales y con intereses económicos en países atrasados. La portadora política-partidaria del pensamiento nacional austriaco, lo era después de 1867 el partido gubernista húngaro, en cuyo seno se encontraron la aristocracia terrateniente y la moderna alta burguesía de Budapest, etc. En Austria, en cambio, no se logró hasta la guerra mundial crear un partido moderno imperialista. Los activos imperialistas austriacos, oficiales, altos empleados, aristócratas y sus amigos del alto capitalismo, solían agruparse por lo general, en los últimos veinte años antes de la guerra, alrededor del heredero al trono, el archiduque Francisco Ferdinando. El círculo alrededor de este hombre combatía sin embargo la posición de los húngaros en la monarquía dual y quería suplantar con un nuevo centralismo al dualismo austro-húngaro, existente desde 1867.

El viejo liberalismo alemán de Austria estaba desde los años del 80 en plena disolución. Sobre sus restos fundó Lueger su partido de pequeño-burgueses antisemitas y de campesinos, los cristiano-

sociales. Su partido formaba en el Parlamento de Viena, en cierta manera, un substituto para una agrupación auténticamente imperialista de la alta burguesía. La juventud universitaria alemana en Austria efectuó a su vez una conversión hacia el nacionalismo y el antisemitismo. Pero debido a que la burocracia, dominante en Austria desde la era de Taaffe, no era de ninguna manera germanista sino amiga de los eslavos, vale decir extranacional y católica, no encontró la juventud universitaria de origen alemán un adecuado campo de acción. Esto se podría formular, tal vez, diciendo que la juventud alemana en la Austria anterior a 1914 se componía por lo general de imperialistas impedidos. Por lo mismo, tenía el movimiento panalemán y germanonacionalista de Austria, una tendencia hostil al sistema de los Habsburgo. Por el mismo tiempo, se hizo cada vez más fuerte la oposición de los pueblos eslavos contra el estado austriaco.

La lucha de las nacionalidades y el caos general condujeron en los años del 90 a una paralización de la máquina parlamentaria en Viena, de manera que la burocracia hubo de gobernar en forma dictatorial. El ejemplo de Austria enseña que un movimiento imperialista puede llegar a ser solamente popular si capta grandes masas y si se basa sobre una determinada nación. En Austria faltaba semejante pueblo imperialista. Porque la idea germanonacional se hallaba en una contradicción insalvable con la idea habsburga del imperio. El nacionalismo alemán hubo de conducir a una disolución del estado y a una reunión de la Austria alemana con Alemania. En esa forma, eran precisamente aquellos círculos universitarios que representaban en las otras grandes potencias a los portadores del pensamiento imperialista, enemigos del estado en Austria.

El reino de Italia tenía frente al imperio habsburgo la indiscutible ventaja de la unidad nacional, pero, en cambio, eran las diversas regiones italianas totalmente diferentes en cuanto se refiere a aspectos económicos, culturales y psicológicos. La ilustrada burguesía liberal del Norte había creado el reino de Italia, pero a la larga no fue capaz de mantener bajo su influencia a las regiones atrasadas del Centro y del Sur. La transformación parlamentaria de 1876 trajo en Italia el derrumbe de la llamada derecha, que había mantenido hasta entonces el poder, siendo reemplazada por la izquierda. Esta llamada izquierda ha gobernado después en Italia con pequeñas interrupciones hasta la guerra mundial.

Pero tampoco en este caso nos debemos dejar engañar por

nombres de partidos y por el aspecto exterior de los acontecimientos parlamentarios, pues detrás de la derecha se hallaba en realidad la moderna burguesía y detrás de la izquierda, el Sur, de carácter semifeudal, con su mezcla de terratenientes pequeño-burgueses y caudillos locales. Los políticos patriotas del Sur lucharon contra el predominio del Norte, que era moderado-liberal. En parte se trataba de hombres que habían luchado en su juventud contra el desastroso sistema de los Borbones en Nápoles, plegándose a Garibaldi. Estos abogados, etc., del Sur, querían a su vez su participación en el poder. Por lo mismo, combatieron el sistema capitalista-burocrático del Norte, aparentemente desde la izquierda. Pero tan pronto como la izquierda llegó, después de 1876, al poder, le quedaron abiertas solamente dos posibilidades, o hacer la revolución social, pero para lo cual no había en los dirigentes de la izquierda el más mínimo deseo, o debían aprovechar el aparato social existente en el Sur para sus finalidades. Su decisión recayó en esto último.

Los presidentes de consejos de ministros de la llamada izquierda italiana, que determinaron desde 1876 hasta 1914 el destino del país, hombres como Depretis, Crispi y Giolitti, no eran ni dirigentes de la gran masa popular obrera, ni de la moderna burguesía capitalista. Ellos eran los representantes de un aparato partidista y de administración hábilmente construido, que sacaba sus fuerzas de las retardadas y precapitalistas regiones del Sur de Italia. La política interna de la izquierda consistió, ante todo, en cuidar que la dominación de los terratenientes sobre los pobres y analfabetos campesinos y arrendatarios fuese mantenida por todos los medios. Si los esclavos rurales italianos osaban alguna vez un levantamiento, eran masacrados sin piedad. Además emplearon los ingresos del estado frecuentemente en interés de los caudillos locales. La monarquía parlamentaria era en Italia, desde 1876 hasta la guerra mundial, tan sólo el letrero para un sistema corrupto, que se componía de los discursos ministeriales democráticos, de las especulaciones de políticos profesionales sin escrúpulos, de las balas de los gendarmes y a menudo también de los procedimientos de la Camorra.

Es evidente que semejante sistema de gobierno no era capaz de servir en forma consecuente al moderno imperialismo. Cuando en 1876 se apoderó la izquierda del poder, no existía todavía en el país una moderna industria. Cuando se creó luego paulatinamente en el Norte italiano la moderna forma de la industria y del sistema

bancario, hallaron los dirigentes de la economía muy poco apoyo en el gobierno. Los dineros del estado no eran dedicados al fomento de la industria y de los transportes, o para la modernización del ejército y de la marina, sino para los grupos locales u otras finalidades. La alta burguesía imperialista era en Italia demasiado débil para lograr, antes de la guerra, una modificación substancial. No obstante, aumentaba poco a poco la presión de los imperialistas sobre los políticos en el gobierno. En la política italiana antes de la guerra se halla la tendencia imperialista entre los remanentes de la vieja derecha. Esos eran hombres como Sonnino, que aspiraban a un energético saneamiento de Italia y a la concentración de todas las fuerzas de la nación para el ascenso imperialista. En breves períodos, durante los cuales se hallaba antes de 1914, Sonnino al frente del gobierno italiano, no pudo modificar sin embargo nada fundamental en el sistema del estado. Progresivamente se orientó también el movimiento juvenil y estudiantil nacionalista, que venía todavía de Garibaldi y Mazzini, en el curso del imperialismo.

La política exterior del imperialismo italiano, era la prosecución de la lucha contra Austria y la liberación de las últimas regiones italianas que se hallaban todavía bajo dominación extranjera. Con la conquista de estas tierras "irredentas" no habría recibido Italia tan sólo el Trento, sino también el gran puerto de Trieste, el dominio en la costa oriental del Adriático y la posibilidad para un avance activo en los Balcanes. Pero siendo que la izquierda había incluido a Italia en la Triple Alianza, efectuando así un pacto con la casa de los Habsburgos, no renunció tan sólo a la liberación de Trento y Trieste, sino también a toda política activa en el Adriático y en los Balcanes, que era imposible si se estaba de acuerdo con Austria. Como sustituto, intentaron los gobiernos de la izquierda algunas empresas coloniales en África, pero Crispi fracasó por completo en Abisinia, en tanto que Giolitti tuvo algo más de suerte en Trípoli. El imperialismo nacional de Italia, se exteriorizaba antes de la guerra en estas empresas coloniales y, además de esto, en algunos acuerdos con Francia, que contradecían al pacto de la Triple Alianza. La política exterior italiana quedó sin embargo, debido a los conflictos de orden interno, hasta 1914 en una posición titubeante y de doble sentido. Recién la entrada de Italia en la guerra, significó el cambio decisivo de la política interna y externa hacia el imperialismo.

Las tendencias imperialistas en Rusia y en el Japón, en Austria y en Alemania, eran hasta la guerra, netamente antidemocrá-

ticas. En Francia eran los imperialistas los aliados de los monárquicos y de los amigos de la dictadura. En Italia dudaban los nacionalistas cada vez más que pudiesen lograr sus aspiraciones con el parlamento y las elecciones. En 1915 se logró la entrada de Italia en la guerra debido a que los imperialistas conquistaron el dominio de la calle y aterrorizaban a la mayoría parlamentaria, favorable a la neutralidad. En los Estados Unidos se valieron los imperialistas de la maquinaria democrática tradicional, pero ellos impusieron, con una técnica política desconsiderada, su voluntad a las masas. Solamente en Inglaterra iba el imperialismo moderno mano en mano con un movimiento democrático-burgués nacional.

Cuando Disraeli había efectuado la renovación del Partido Conservador británico y asoció por la ley electoral de 1867, a su partido con las masas obreras, apenas si existía el moderno capital de los trusts. Como alianza de la idea imperial y del progreso social, era sin embargo el partido conservador en Inglaterra la única forma en que podían conquistar más tarde los modernos imperialistas una influencia política. La fusión entre el movimiento conservador inglés y el imperialismo del gran capitalismo se efectuó paulatinamente en el curso de los años del 80 y 90. Así era Cecil Rhodes en sus comienzos políticos, por sus opiniones sobre Irlanda, un adversario del partido conservador, y también Chamberlain vino recién más tarde desde el campo de la izquierda liberal a los conservadores. Recién cuando se fundó en 1895, después de un breve período liberal, un nuevo gobierno conservador, con Chamberlain en el ministerio de las colonias, se hicieron claramente perceptibles en el imperio británico las nuevas tendencias. El partido conservador se declaró ahora partidario del gran proyecto de Cecil Rhodes, de crear un África británico uniforme, desde El Cabo hasta El Cairo. Chamberlain volcó todo su peso por los planes africanos y para la ampliación y conexión del imperio. A comienzos de este siglo, empieza Chamberlain su propaganda por el retorno de Inglaterra al proteccionismo. Pero en su tendencia general quedó el partido conservador firmemente sobre el terreno de la democracia burguesa y Chamberlain se esforzó en todo tiempo para conquistar también a las masas de los obreros ingleses, para sus ideas.

Los años 1895 y 1896 constituyen el punto máximo de la política imperialista interna y externa de las grandes potencias. En 1895 triunfaron los conservadores en las elecciones inglesas y formaron un nuevo gobierno con Chamberlain como ministro de colonias. En 1895 fue elegido en Francia, Faure, con los votos del blo-

que imperialista de la derecha. En 1896, triunfó en los Estados Unidos, en una lucha electoral dramática, el candidato de los republicanos Mac Kinley. En Alemania despidió Guillermo II, hacia fines de 1894, al titubeante canciller Caprivi. Su sucesor fue el príncipe Hohenlohe, quien siguió un curso imperialista categórico. Políticamente trajeron los años 1895-96 la tonificación de la coalición gubernativa, consistente en liberales nacionales, conservadores y el centro. De acuerdo con la iniciativa personal de Guillermo II, intentó Alemania en esos años una inquieta política de conquista colonial. A esto se agregaron refuerzos de la flota y proyectos para una nueva ley de excepción contra los obreros socialistas y para la abolición del derecho electoral amplio en el Reich. En Rusia, intentó Witte, en su condición de ministro de finanzas, un acuerdo entre el Zar y el moderno capitalismo.

También en 1895, efectuó el Japón su primera gran arremetida imperialista con la guerra en China. Pero Rusia, Francia y Alemania enfrentaron a los victoriosos japoneses y los obligaron a una restitución de la mayoría del botín. A fines de 1895 tuvo lugar el intento de Jameson, favorecido por Cecil Rhodes, para conquistar con un golpe de mano a la república de los Boers, Transvaal, e incorporarla al imperio británico. El famoso telegrama de Guillermo II al presidente Kruger de Transvaal, muestra la disposición de Alemania para oponerse en Sudáfrica a la política británica. Por el mismo tiempo, lleva a cabo Crispi su desgraciada empresa contra Abisinia. Así se hallaba pues, en 1895-96, en siete grandes potencias, el imperialismo interno y externo en plena actividad. Solamente Austria-Hungría estaba paralizada por su crisis interna. En Viena tropezó entonces el curso del presidente de ministros Badeni, favorable a los eslavos, con la más energética resistencia de los nacionalistas alemanes. De esa manera no fue el imperio de los Habsburgo capaz de preparar nuevas adquisiciones imperialistas.

Es un hecho curioso y una demostración del giro universal de todos los movimientos imperialistas, que a partir de 1880 mostraron también dos pequeños estados de Europa, que tenían un desarrollo económico mayor, una parecida tendencia, vale decir, Bélgica y Holanda. En Bélgica llegó al poder en 1884 el partido católico conservador, que se mantuvo en él hasta la guerra mundial. En los años del 80 comenzó el rey Leopoldo II una exitosa política colonial en el Centro de África, cuyo resultado fue la fundación del estado del Congo. El gobierno católico conservador oponía desde 1884 una fuerte resistencia al reclamo de los obreros socia-

listas por un sufragio universal. Así se muestran pues, también en Bélgica, las mismas tendencias de los grandes estados: cada vez mayor concentración de la gran industria política colonial, ocaso de la idea liberal dentro de la burguesía, aproximación de la clase rica a una fuerte autoridad, que sea capaz de combatir el socialismo del proletariado. Correspondiente en absoluto, era el desarrollo en la vecina Holanda, donde la rica burguesía debía defender al mismo tiempo su poder dentro del estado y en el gran imperio colonial. Con la creciente industrialización aumentaba también en Holanda el número de los obreros industriales y se agudizaron los conflictos de clase. También en Holanda se separó la burguesía, poco a poco, de las tradiciones liberales. Un nuevo partido calvinista conservador entró en el primer plano, cuyo nombre, los "antirrevolucionarios", ilustra suficientemente acerca de su tendencia. En 1887 se formó en Holanda el primer gobierno de la derecha.

La completa declinación del liberalismo se evidenció a partir de los años del 80 con ritmo parejo en todos los países donde hubiese existido algún movimiento de importancia. La posición liberal en el parlamento se derrumbó parecidamente en Holanda, en Bélgica y en Austria. En Inglaterra no habían traído las elecciones de 1892 una clara decisión. Ni los liberales ni los conservadores tenían la mayoría. El factor decisivo se hallaba en el partido de Irlanda, con cuyo aporte se constituyó de 1892 a 1895 un gobierno liberal. En esos años fue sacudido el liberalismo inglés por graves contradicciones internas. Un ala derecha, bajo la dirección de Lord Rosebery se acercaba cada vez más a las concepciones imperialistas de los conservadores, en tanto que el ala izquierda, dirigida por Hart, defendía las tradiciones de Gladstone. Cuando Gladstone renunció a su cargo de presidente de consejo en 1894, y le sucedió Lord Rosebery, pareció que el ala derecha hubiese ganado el premio.

Si los liberales ingleses coincidían en todas las cuestiones decisivas de la política interna y externa con los conservadores, ¿cuál era entonces todavía la razón de ser de un partido liberal separado? La fuerza de atracción de la idea imperialista sobre la rica burguesía era tan grande, que cada vez se le acercaban nuevos grupos burgueses, en tanto que el radio de acción del liberalismo histórico iba reduciéndose. Las dos elecciones parlamentarias inglesas siguientes, en 1895 y 1900, aportaron graves derrotas para los liberales, y alrededor de fines de siglo desarticularó la guerra de

los Boers aún más a su partido. Una parte de los liberales combatía a esta auténtica empresa imperialista, mientras que otro grupo liberal apoyaba por razones nacionales, al gobierno.

En forma parecida tuvo lugar la declinación del liberalismo en Alemania. El partido de esta tendencia, dirigido por Eugenio Richter, portador de la tradición liberal, tuvo todavía en la primavera de 1884, 100 de los 397 diputados. En las nuevas elecciones del otoño de 1884, cayó su número a 65 y en los comicios de 1887 a 32. En 1890 fueron elegidos 64 liberales, pero tres años más tarde se dividieron, porque una parte apoyó al gobierno de Caprivi, vale decir, porque querían hacer la paz con el sistema reinante. En los nuevos comicios de 1893, obtuvo la tendencia opositora intransigente de Richter, solamente 25 bancas. La tendencia liberal favorable al gobierno logró 13, a lo que se agregó todavía un grupo separado de liberales del Sur de Alemania, el Partido Popular, con 11 bancas. Como se ve, se hallaba el liberalismo alemán, por 1893, en desarticulación total, en gran parte debido también a los problemas del imperialismo, pues la Asociación Liberal apoyaba un gran proyecto militar del gobierno que era combatido intensamente por Richter. A su vez votaba aquella los créditos para las nuevas construcciones navales, proyecto que rechazaba el grupo Richter. Como en Inglaterra, se descompone el liberalismo también en Alemania, por las mismas razones.

16. DEMOCRACIA LIBERAL Y II INTERNACIONAL

El liberalismo en ocaso pudo contar, en el último tercio del siglo XIX, tan sólo con un grupo cada vez más reducido de la burguesía, opuesta al imperialismo. Por lo mismo, fue impelido a buscar contacto con las anchas masas populares, en cuanto que éstas combatían también a las corrientes imperialistas. El liberalismo se fusionó así con la democracia liberal. Durante el tiempo en que los partidos liberales ejercían todavía el poder en Inglaterra, Alemania y Bélgica, y representaban a la mayoría de la rica burguesía, existieron en su seno diferencias de opinión, acerca de si era conveniente atraer a los obreros hacia una responsabilidad política, con el acuerdo del sufragio general. En Inglaterra había recomendado el ala extrema izquierda, dirigida por Bright, semejante entendimiento con los obreros. En 1848 había en Alemania y en Francia parecidas tendencias en el ala izquierda de la bur-

guesía. La derrota de la revolución en el continente europeo y el fracaso de todos los intentos de una reforma electoral en Inglaterra hasta 1866, impidieron sin embargo, que esta democracia liberal adquiriese algún significado práctico. Solamente Suiza se transformó a partir de 1847, en el país modelo de la democracia liberal. Suiza no quería hacer conquistas, no tenía ambiciones militares y fomentaba sus intereses económicos en la paz, Suiza tenía el sufragio universal y al mismo tiempo la plena garantía de la propiedad privada burguesa, vale decir, precisamente la forma social y política como la aspiraba la democracia liberal.

En Alemania introdujo Bismarck luego el amplio derecho electoral y lo mismo hizo Disraeli en Inglaterra. Desde entonces no era posible para los liberales ingleses o alemanes, propagar una limitación de los derechos políticos de los obreros. Una política liberal práctica, en estas dos grandes potencias, podía hacerse tan sólo sobre la base del sufragio universal y por la cooperación entre capitalistas y obreros. Así se convirtió la democracia liberal en la única forma bajo la cual se podía concebir todavía una política liberal. Como ejemplo típico de un programa liberal-democrático de aquel tiempo, se ha citado aquí el del partido popular alemán de 1895. Este partido tenía entonces la mayoría de la pequeña burguesía de Württemberg, no alcanzada todavía por el capitalismo del monopolio. La tradición de esta forma local del liberalismo alemán de izquierda, se remontaba a la democracia burguesa de la Alemania Meridional de 1848. En el programa dice entre otras cosas:

"El Partido Popular alemán es un partido del progreso político. Se declara partidario de los principios democráticos de la libertad y de la igualdad y reclama una idéntica cooperación de todos los ciudadanos, en la legislación, administración y justicia, la implantación del gobierno por el pueblo... El Partido Popular es un partido de las reformas económicas y sociales. Reconoce que las cuestiones sociales y estatales son inseparables y que el mejoramiento económico y social de las clases obreras se complementa en estrecha reciprocidad con la materialización de la libertad política. El partido aspira a una solución pacífica de los conflictos sociales en un orden de la sociedad que garantiza los derechos del individuo. Es también un partido de la paz, pues reconoce en la guerra y en el militarismo graves perjuicios para el bienestar del pueblo, como así también para los intereses de la libertad y de la cultura. El partido aspira a una asociación de paz y de libertad

entre los pueblos". Entre las exigencias económicas del Partido Popular se dice todavía en particular: "Aumento del bienestar popular y protección al económicamente débil. Fomento de la libertad de tránsito. Ninguna preferencia estatal para los trusts y carteles del gran capitalismo".

El programa del Partido Popular Liberal de Eugenio Richter, coincidía entonces en todos los puntos fundamentales con los puntos de vista del partido de Württemberg. Igualmente podían suscribir los liberales ingleses, por lo menos los partidarios del ala izquierda, todas estas frases. Como es natural, dentro de la rica burguesía, tanto en Inglaterra como en Alemania, era muy débil en los años del 90 la influencia de los demócratas liberales, sin hablar ya de los otros países. La democracia liberal ganó entonces un significado político histórico tan sólo debido a que se asociaban a las consignas democrático-liberales las grandes masas de los obreros industriales, como así también determinadas partes de la pequeña burguesía de Europa.

El crecimiento de la gran industria en todos los importantes países aumentó desde los años del 80 el número y la voluntad de lucha de los obreros industriales. En forma automática creció con esto el significado del partido socialista obrero en Alemania y Austria, en Francia y en Italia, en Holanda, Bélgica y Suiza. En los años del 90, se habían convertido los socialistas en todos los mencionados países, en factores políticos con los cuales había que contar seriamente. Tanto más difícil resultaba a los partidos socialistas formarse una composición de lugar en el nuevo mundo de la política. Había por de pronto muy pocos principios de la táctica política, en los que estaban de acuerdo los socialistas de los estados industriales europeos: organización sindical de los trabajadores para la lucha económica y organización del partido socialista para la lucha política. Aprovechamiento del parlamento para representar allí, con la mayor energía posible, las exigencias de los trabajadores. Propaganda por el sufragio universal en aquellos países donde la clase dominante negaba todavía esta posibilidad a los obreros. Limitación del movimiento obrero a medios pacíficos. Rechazo de acciones individuales terroristas e intentos de insurrección sin posibilidades efectivas.

Todo esto no bastaba, sin embargo, para dar a los partidos socialistas una posición clara en las múltiples cuestiones de la vida política cotidiana. Penosa y empíricamente, hubo de efectuar la masa obrera europea su tanteo en los caminos políticos. En eso

no recibía, por razones que habrán de ser expuestas más adelante, prácticamente ninguna ayuda de Marx y Engels. Las cuestiones capitales de que se trataba eran las siguientes: ¿Cómo debía comportarse la masa obrera hacia los otros grandes sectores del pueblo, de los campesinos, artesanos y universitarios? Vinculada a esto estaba la cuestión: ¿Cómo debía comportarse un partido socialista obrero hacia los restantes partidos de su país? ¿Debía tratar de lograr mediante alianzas con otros partidos, éxitos parciales e influenciar al estado en el sentido de su política? ¿Cuál era la relación de los partidos socialistas hacia las cuestiones generales de la política económica, en cuanto sobrepasaba las vinculaciones directas del obrero con los patronos? ¿Cuál era la posición del socialista hacia el estado y hacia la patria en general? ¿Cómo reaccionaba un partido socialista frente a las cuestiones de la política externa, del ejército y de la flota, de las colonias y, en general, frente a todos los problemas que entonces actualizaba el imperialismo?

La respuesta a todas estas cuestiones se daba de las concepciones que había elaborado la clase obrera socialista en el último tercio del siglo pasado, paulatinamente, en su propio seno. Los destacados teóricos socialistas de aquel tiempo, hombres como Kautsky, trataron de vincular tan solo las concepciones reales que existían en la masa obrera, con las doctrinas científicas generales del marxismo. Sería sin embargo falso y antihistórico en absoluto, decir que Kautsky y sus amigos han descubierto los principios de la II Internacional. El movimiento obrero socialista en el período de la II Internacional, de 1889 hasta 1914, es el producto histórico del propio desarrollo del proletariado europeo. De las premisas, como se dieron hasta 1889, hubo de surgir precisamente esta forma del movimiento obrero.

La conciencia de clase que existía entonces en la masa obrera industrial del continente, condujo a que los trabajadores recalcasen su posición especial y su diferencia frente a todos los demás sectores del trabajo. La consecuencia fue que ningún partido socialista atacaba con su programa a los campesinos o a los artesanos ni planteaba la lucha contra la clase media, pero que el trabajo práctico de cada uno de los partidos socialistas se limitaba, no obstante, en el 99 por ciento, a los trabajadores industriales. Los partidos socialistas, como partidos de los trabajadores, parecieron a los sectores medios como una cosa extraña. Así surgió para la política práctica la antítesis de graves consecuencias entre el partido obrero, por una parte; y los demás partidos, por la otra, que

se reunieron luego con el nombre de partidos "burgueses", en el rechazo del socialismo. El simple obrero socialista tenía además una profunda desconfianza contra todos los grupos de los patronos, contra todos los órganos del estado y contra todos los partidos no socialistas; se sentía, y por lo general con razón, pospuesto por todos los demás partidos e instituciones. En consecuencia exigía de su partido una conducta de protesta irreconciliable contra el estado burgués existente. Rechazaba alianzas con otros partidos políticos y los llamados éxitos políticos parciales. De esta manera hizo aumentar precisamente la fuerte y auténtica conciencia de clases de la vanguardia de los obreros europeos, el aislamiento político del movimiento socialista.

El obrero socialista era hondamente escéptico frente a todos los discursos de la patria y de su grandeza, como solían oírse en ocasiones oficiales. Creía que el ejército del estado capitalista existe para someter a las masas populares y que en la política exterior de conquistas que efectúan los gobiernos, ganan tan sólo pequeños grupos de especulantes. No tenía ningún interés en colonias. No quería que sus hijos fuesen matados por la política de conquistas de los señores. Pedia la paz y el entendimiento entre los pueblos y se sentía atraído hacia sus compañeros de clase de los otros países que luchaban bajo idénticas condiciones, con idénticos enemigos. Fue así que el obrero europeo con conciencia de clase, acogió con una alegría especialmente cordial la restauración de la Internacional y oponía a la propaganda nacionalista en su propio país, la fe en la socialdemocracia internacional, vinculadora de los pueblos.

Lo que llegaron a saber los funcionarios obreros europeos del marxismo científico, los reforzó aún más en estos puntos de vista. Aquí hallaron el material para una aguda crítica del orden capitalista dominante. Aquí hallaron la demostración del por qué en el sistema del capitalismo, serán siempre explotados los obreros y por qué no era posible ninguna modificación de este hecho fundamental en tanto que el orden social capitalista no fuese reemplazado por un orden socialista. El marxismo mostró a los obreros industriales europeos la importancia de su propia clase y la misión histórica que corresponde a los trabajadores en el presente y en el futuro. La suma de estas concepciones responde aproximadamente al radicalismo oficial que había sido la corriente más significativa en la Internacional Socialista, desde su nueva constitución en 1889, hasta el estallido de la guerra mundial. Lo curioso en esto

es tan sólo, que en cada una de las cuestiones de la política práctica se halla el radicalismo oficial de la II Internacional en la más aguda contraposición con la doctrina de Marx y Engels. Ya la separación del pueblo en una masa socialista-proletaria y en una llamada burguesa, donde se considera como "burgués" a todo aquel que no es un obrero de fábrica o que vota contra los socialdemócratas, es por completo antimarxista. Marx construye su teoría sobre la antítesis del proletariado contra la burguesía pero no sobre la antítesis de los socialistas contra los "burgueses". La burguesía en el sentido de Marx es tan sólo una pequeña minoría del pueblo. Ella se compone de los dueños de los medios de producción más importantes de la sociedad. El proletariado, como dirigente de todo el pueblo trabajador, tiene la misión histórica de constituir una nueva sociedad. La masa obrera industrial está por su situación de clase en condiciones especiales para conducir esta lucha. La masa obrera puede, en opinión de Marx, librarse más fácil de ciertos prejuicios que los campesinos y pequeño-burgueses. Pero imaginarse a los campesinos y artesanos, los banqueros y fabricantes, como una unidad, e imprimir a toda esta comunidad la etiqueta de "burguesa", y oponer este curioso mundo "burgués" al socialista, — con eso no tiene nada que hacer Marx. Marx y Engels no han limitado nunca su interés en los obreros industriales como sector gremial. Como ha sido destacado anteriormente, han dedicado Marx y Engels una gran parte de su labor al estudio de las condiciones agrarias, por ejemplo en Irlanda y en Rusia.

De ahí provenía también la posición de Marx y Engels con respecto a la cuestión de una coalición entre el partido obrero y los llamados partidos burgueses. Marx había admitido en todo tiempo cualquier alianza de su partido con otras fuerzas si esto servía a los intereses del movimiento revolucionario. Esto no vale tan sólo para la revolución de 1848, sino que la crítica que efectuaron Marx y Engels en 1863 y más tarde contra los lassallianos, se basa ante todo en la recriminación de que hayan abandonado a la burguesía liberal en su lucha contra Bismarck y el feudalismo, que atacaron en forma unilateral a los capitalistas pero no a los junkers prusianos. Todavía en los últimos años de su vida Marx se identificó por completo con el movimiento revolucionario ruso, vale decir, el movimiento agrario conducido por intelectuales, a pesar de que no tenía nada que hacer ni con el proletariado ni con el socialismo proletario.

En consecuencia hubo de darse de por sí la circunstancia de

que el partido obrero, tan pronto como llegase con sus aliados al poder, o lograra la mayoría en el parlamento, debía cumplir también las correspondientes obligaciones. Era por ejemplo bien claro que el partido de Ledru-Rollin al recibir, en febrero de 1848, participación en el poder de Francia, debía colaborar también en la administración del estado. La interrogante era tan sólo si el partido influenciaba realmente al presupuesto. Contra esto, han rechazado los llamados radicales de la II Internacional, las alianzas con otros partidos y consideraban como inadmisible el acuerdo para un presupuesto del estado burgués. En forma idénticamente extraña se formulaba en el tiempo de la II Internacional, la relación de los social-demócratas hacia la monarquía. Marx había exigido del movimiento obrero alemán una clara confesión en pro de la república a los efectos de expresar con ello la oposición revolucionaria frente al sistema dominante de los Hohenzollern. Sin embargo, en el tiempo de la II Internacional este problema de capital importancia se disolvió en pequeñas cuestiones tácticas; si era permitido a un social-demócrata hablar con un archiduque, dejarse invitar por el mismo, o hasta concurrir a su sepelio.

Para Marx y Engels era la cuestión "librecambio o proteccionismo" un problema de utilidad táctica. Tanto lo uno como lo otro, eran formas de la política económica capitalista. El radicalismo de la II Internacional se declaró, en cambio, con un dogmatismo unilateral por el librecambio, en parte para abaratar el costo de vida de los obreros, en parte también por seguir las corrientes teorías liberales. Marx y Engels consideraron siempre a la guerra como un medio de la política que debía ser colocado, como cualquier otro acontecimiento, al servicio de la causa revolucionaria. La II Internacional, por el contrario, se declaró incondicionalmente por la paz. Marx y Engels han afirmado siempre el derecho de autodeterminación nacional de los grandes pueblos. En cambio, los radicales de la II Internacional, con su polémica contra la política nacional de sus gobiernos y por su declaración hacia una hermanación generalizadora de los pueblos, causaron por lo menos, graves malentendidos entre amigos y enemigos.

La diferencia decisiva consistió en que Marx y Engels efectuaban una política revolucionaria realista, que estaba obligada a contar con las circunstancias dadas. El radicalismo de la II Internacional, en cambio, renunciaba a una política revolucionaria popular y la reemplazó por una política sindical y de protesta de los obreros industriales. Habrá quien se pregunte por qué miraron

Marx y Engels tranquilamente semejante desarrollo y por qué no protestaron contra el curso falso de los partidos socialistas europeos. Ambos hombres eran hasta el día de su muerte incansablemente activos y llenos de deseos de lucha. Marx vivió hasta 1883 las más importantes tendencias de los partidos social-demócratas, y Engels ha vivido todavía en posesión de todas sus facultades, seis años después de la fundación de la II Internacional, y fue honrado por los miembros de la misma, como su dirigente y cabeza. En 1848, habían dado Marx y Engels a sus partidarios en el *Manifiesto Comunista* un programa que era en absoluto realista, que consideraba las circunstancias tácticas de cada uno de los países y daba a los obreros revolucionarios un claro indicio del camino. ¿Por qué ambos hombres no han publicado de nuevo en 1880 el *Manifiesto Comunista* de acuerdo a las modificadas circunstancias? ¿Por qué no hizo aparecer Engels en 1890 un libro correspondiente como directiva para la política de la nueva Internacional?

Cuando Marx y Engels efectuaron en 1872 una nueva edición del *Manifiesto Comunista*, escribieron al final de un breve prefacio, que se ocupa con especialidad de la Comuna de París: "El manifiesto es un documento histórico para cuya modificación no nos creemos con derecho. Una edición posterior aparecerá tal vez acompañada con una introducción que tienda un puente sobre el período de 1847 hasta ahora. La presente publicación nos vino demasiado inesperada para darnos tiempo a escribirla". Sin embargo, esta nueva introducción no apareció nunca. Engels agregó a las ediciones posteriores de 1883 y 1890 breves introducciones que contienen pensamientos de mucha importancia, pero que no dan un ajuste de los problemas tácticos del movimiento obrero a los tiempos presentes. El trabajo más popular del marxismo en los años últimos de Marx y Engels, es *El desarrollo del socialismo de la utopía a la ciencia*. Pero esta publicación tampoco ayudó a los obreros europeos en cuanto necesitaban consejos tácticos para la misión política del presente. A la cuarta edición de 1891 agregó Engels un capítulo sobre la nueva forma de producción de los trusts, que entre tanto se habían hecho muy importantes. Esto habría sido una buena oportunidad para arrojar nueva luz sobre la táctica del movimiento obrero socialista en la era de los trusts; pero Engels no lo hizo.

Varias razones han contribuido para esta singular omisión. Por de pronto, ambos hombres nunca han comprendido del todo la verdadera característica de los nuevos partidos obreros surgidos

a partir de 1863. Ellos sentían que los mismos se movían muy distintamente de lo que consideraban correcto. Pero como causa de esta desviación consideraban a los errores de los dirigentes y al atraso pequeño-burgués de los afiliados. Marx y Engels efectuaron una crítica despiadada en los diversos actos de Lassalle y Guillermo Liebknecht. Pero detrás de esta crítica subsiste, no obstante, la convicción de que los partidos socialistas son en el fondo partidos revolucionarios al estilo de 1848, o que por lo menos lo deberían ser, y que bastaría con eliminar a los malos dirigentes y a los prejuicios de los afiliados, para que todo estuviese otra vez en orden. Marx y Engels desconocieron que a partir de 1863 no se trataba en los partidos socialistas de errores aislados, sino de un nuevo tipo y que el partido normal de los obreros europeos era en su esencia distinto del marxismo revolucionario.

Después de la catástrofe de 1871 hubieron de sepultar Marx y Engels, por de pronto, todas sus esperanzas hacia un resurgimiento revolucionario en Europa, exceptuando Rusia. En consecuencia, consideraron superfluo dar a los pequeños y débiles partidos obreros indicaciones tácticas para una revolución que por mucho tiempo no estaría en perspectiva. Luego vino la ley alemana de excepción contra los socialistas de 1878. Durante 12 años fue perseguida la socialdemocracia alemana por el poder gubernamental más fuerte que existía entonces en el continente. No obstante, se mantuvo el movimiento obrero. En 1890 fue derribado Bismarck, la ley fue abolida y quedó en evidencia que la socialdemocracia había multiplicado sus fuerzas en los años de la persecución. El valor y la fidelidad con que se mantuvieron los obreros socialistas alemanes durante los 12 años, llenó a Engels de la mayor admiración. Pero de nuevo no captó bien las razones para este comportamiento de los obreros alemanes. En los años del 90 cometió Engels, siendo hombre viejo, el mismo error que había hecho 50 años antes junto con Marx. En el propio apasionamiento revolucionario, sobreestimó la capacidad combativa de los existentes partidos populares. Al igual como había sobreestimado en los años del 40 a los cartistas y al partido de Ledru-Rollin, no juzgaba ahora con presión a la socialdemocracia alemana.

El alto aprecio que tuvo Engels para la masa obrera alemana en los años de las persecuciones, era muy merecida. Pero el motivo por el cual se movían entonces los trabajadores alemanes era en realidad distinto a como lo creía Engels. Los obreros socialistas estaban saturados de una incombustible conciencia de clases. Ellos

no querían dejarse vencer por los capitalistas y la policía. Ellos preferían soportar todas las persecuciones antes que abandonar a su partido y su clase. Pero ellos no pensaban en ninguna revolución a plazo inminente, en la que los obreros socialistas, a la cabeza del pueblo alemán, hubiesen de derrocar a los Hohenzollern. Engels, por el contrario, no pudo esperar de los obreros alemanes una demostración más fuerte de su voluntad revolucionaria que la que habían ofrecido en los 12 años. Después de 1890, confió incondicionalmente en el activismo de la socialdemocracia alemana y siendo que este partido era el más fuerte de la nueva Internacional, pudo afirmar Engels en su fuero interno a la Internacional de 1889 y acompañarla.

Cuán poco coincidió con las condiciones reales de la política alemana el cuadro que se hizo Engels, pueden mostrarlo algunas partes de sus cartas. En el año de su muerte, 1895, escribió: "El constante e incontenible crecimiento del partido trae como consecuencia que los nuevos elementos son más difíciles de digerir que los viejos. Los trabajadores de las grandes ciudades, los más inteligentes pues, ya los tenemos. Los que vienen ahora son, o trabajadores de las pequeñas ciudades y distritos rurales, o estudiantes, empleados de comercio, etc., o el pequeño burgués y el industrial a domicilio que luchan con la muerte económica, y en reciente fecha, también los pequeños campesinos. Siendo que nuestro partido es en realidad el único realmente progresista y el único, además, que es lo suficientemente fuerte para imponer los progresos, se está cerca de la tentación de extender el trabajo socialista también al campesino grande y mediano, endeudado y con signos de rebelión, con especialidad en regiones donde esta gente predomina".

Engels tenía razón al decir que la socialdemocracia alemana había conquistado ya por ese tiempo a la mayoría de los obreros industriales en las grandes ciudades. También era cierto que la socialdemocracia atraía hasta 1914 ciertos sectores de adláteros de la pequeña burguesía y de los campesinos, disgustados con las condiciones reinantes en el imperio y que exteriorizaban su descontento con la boleta electoral roja. No obstante, la relación de la socialdemocracia hacia las capas medias alemanas y en general hacia toda la masa del pueblo, que no fuesen obreros industriales, era muy distinta de como le parecía a Engels. Engels se imaginaba un movimiento fluido entre el partido socialista y los sectores medios. La socialdemocracia, como el único partido realmente pro-

gresista en el pueblo, atraía sin grandes dificultades a cada vez mayores masas populares. Pero en realidad existió ya entonces la rígida división entre "burgués" y "socialdemócrata", y el aislamiento de los obreros socialistas, cosa que no podía ser eliminada tampoco por el aporte que prestaba, alguna vez, el estrato medio. Engels pensaba que la socialdemocracia podría haber triunfado tan sólo en una revolución si fuese un partido popular a la manera de 1848. La realidad política alemana era, empero, muy distinta.

Ya en una carta de 1884, efectúa Engels curiosas consideraciones sobre la futura revolución alemana y sobre el rol que en ella habría de desempeñar la llamada democracia pura. Al efecto escribió: "Así ha pasado en toda revolución. El poder es tomado por el partido más moderado capaz de cargar con el gobierno, pero esto ocurre tan solo porque los vencidos ven en ello la última posibilidad de una salvación. Ahora no se debe esperar que tengamos en el momento de la crisis a nuestras espaldas a la mayoría de los electores, vale decir, a la nación. Toda la clase burguesa y el resto del feudalismo, una gran parte de la pequeña burguesía, como así también de la población rural, se congrega en ese caso alrededor del partido burgués más extremo y que emplea el lenguaje más revolucionario; y considero posible que estará representado en el gobierno provvisorio y hasta que por un momento forme la mayoría. La minoría socialdemócrata del gobierno de febrero de 1848 de París, muestra, por su parte, cómo no se debe actuar. Sin embargo, esto último es por de pronto todavía una cuestión académica".

Engels contaba aquí con la posibilidad de una victoriosa revolución en Alemania en un momento en que la socialdemocracia no tenía todavía la mayoría de los electores. Entonces habría de caer el gobierno en las manos de la democracia pura. Eso era entonces en Alemania el partido de Eugenio Richter. Los socialdemócratas estarían naturalmente en el gobierno provvisorio, vale decir, que Bebel estaría al lado de Richter, de la misma manera como en 1848 Ledru-Rollin estaba al lado de Lamartine. Como recalca Engels, debería evitar la socialdemocracia en el gobierno futuro los errores por los que perecieron en 1848 los demócratas sociales franceses. ¿Pero dónde eran, entonces en 1848 o después hasta 1895, las premisas reales para semejante revolución? En realidad no había ni la más mínima perspectiva de que un levantamiento popular pudiese desalojar al Kaiser de Berlín y que Richter y Bebel fuesen al castillo para ocupar el lugar de Bismarck y de Guillermo I. Engels mismo califica su consideración como "aca-

démica" pero en el fondo la tomaba en serio. En los últimos 10 años de su vida, apreciaba una y otra vez la posibilidad de semejante revolución alemana. La base de la que debía partir era la fuerza revolucionaria que suponía en la democracia alemana. La ola que saldría de los socialdemócratas habría de arrastrar después también al partido progresista y colocar eventualmente a Richter y a sus amigos al frente del gobierno aleman.

Engels reflexionaba también acerca de la manera cómo se podría evitar semejante gobierno transitorio de la burguesía liberal de izquierda. Al efecto escribe en la misma carta: "Ahora bien, la cosa puede transcurrir en Alemania por razones militares, también en otra forma. Tal como se halla ahora la situación difícilmente puede venir un estímulo externo de otra parte que no sea Rusia. Si no viene, si parte de Alemania misma, entonces se puede originar la revolución solamente en el ejército. Un pueblo desarmado, contra un ejército, es desde el punto de vista militar una insignificancia. En el caso de entrar en acción nuestra reserva de 20 a 25 años, que no vota pero que hace servicio militar, podría ser saltada la etapa de la democracia pura. Sin embargo, también esta cuestión es todavía "académica", aun cuando yo, por decirlo así, representante del gran estado mayor del partido, estoy obligado a tenerla en cuenta".

Engels se daba perfecta cuenta que una insurrección en las barricadas contra un ejército moderno intacto de tipo europeo, no tiene perspectivas de éxito, sino que una moderna revolución europea puede triunfar solamente si abarca al mismo ejército. La historia de las revoluciones de 1917 y 1918 en Rusia y Alemania, confirma por completo la corrección de este concepto. Si se lograba revolucionar a los reclutas alemanes en la ciudad y en la campaña, al punto de que la mayoría del ejército se compusiese de socialistas, entonces se derrumbaba la fuerza armada de Prusia. Entonces traía la revolución un gobierno netamente socialista y los soldados rojos no necesitaban tolerar un régimen del partido progresista liberal. Si se piensa en los acontecimientos de 1918, queda en evidencia que las ideas de Engels no eran de ninguna manera fantásticas. La revolución alemana de noviembre transcurrió en efecto más o menos en esta forma. Pero en Alemania faltó en absoluto antes de 1914, dentro y fuera de la socialdemocracia, una voluntad consciente para la revolución.

Es ahora que se puede contestar la pregunta que fue formulada al comienzo de este libro: "¿Hasta qué punto se ha modificado

el concepto político de la democracia entre 1848 y 1884? Engels entiende bajo democracia "pura" al liberalismo burgués de izquierda, a la democracia liberal de Eugenio Richter. En el lugar de los luchadores de las barricadas de 1848, había pasado entre tanto el Partido Progresista, como representante de la democracia. En 1884 ya no eran Blanqui o Ledru Rollin los demócratas sino los miembros de la fracción de los radicales en la Cámara. En Inglaterra ya no eran los cartistas los radicales, sino la tendencia de Gladstone. La vieja democracia social había desaparecido a partir de 1848 del campo político. Su lugar era ocupado, aún cuando en forma imperfecta, por los diferentes partidos y tendencias socialistas.

En 1848 abarcaba el concepto de la democracia, hablando en términos generales, a la masa del pueblo trabajador en tanto que se levantaba contra la acaudalada capa superior. Pero desde entonces se había introducido el concepto de la democracia también en el campo de la burguesía rica y comprendía ahora al ala izquierda del liberalismo burgués, vale decir, los partidos y grupos que se habían reconciliado con el sufragio universal y que luchaban en nombre de la libertad y de la libre competencia contra el moderno imperialismo. Mientras que la democracia más antigua había tenido un cierto contenido social, no correspondían ahora las consignas sociales a la esencia de la democracia burguesa. Esta nueva democracia aspiraba a la reconciliación de las clases con modestas reformas. Ella se convirtió en la democracia de las formas puramente políticas. En este sentido habla Engels en 1884 de la democracia "pura". Para el revolucionario social se halla en consecuencia la democracia pura del otro lado de la barricada, aún cuando pueda verse obligado alguna vez a efectuar una alianza con los demócratas liberales, en la lucha contra los imperialistas y las monarquías militares.

La relación entre Engels y la II Internacional se basaba desde un comienzo en un profundo malentendido. La suposición de que el marxismo revolucionario y los partidos obreros modernos tenían las mismas finalidades, fue admitida tácitamente. Pero esta suposición no correspondía. La singular contradicción que atraviesa toda la historia de la II Internacional, quedó ya de relieve en su fundación. En los años del 70, había llegado la legislación político-social de Inglaterra a un cierto término y a esto se agregó después la ley suiza sobre las fábricas. En los años del 80, comenzó Bismarck en Alemania con una legislación protectora del obrero, aun cuando la misma era muy cautelosa e insuficiente. Los industriales de

todos los países hicieron contra las exigencias sociales la comprensible objeción de que la política social aumentaba los costos de la producción; que sería necesario que las innovaciones de esta índole no fuesen limitadas a algunos países, porque de lo contrario serían aventajadas las naciones más progresistas en materia social por los países atrasados, que producían más barato. Así se dio de por sí que política social y protección del obrero, se convirtieran en asuntos internacionales.

La masa obrera trató que el progreso político-social fuese realizado en todos los países en la forma más pareja posible. En este sentido se pronunció el Congreso de la socialdemocracia alemana de 1887 en St. Gallen (los socialistas alemanes hubieron de sesionar, durante la ley de excepción, en Suiza) por la convocatoria de un congreso internacional de obreros. Este congreso debía efectuar gestiones comunes de los trabajadores de todos los países, para traducir a la práctica una legislación internacional protectora del trabajo. En 1889 se reunió en París un congreso de esta índole. El resultado fue que los partidos participantes resolvieron quedar en un contacto más estrecho. También estableció un programa práctico de protección internacional de los trabajadores, cuya coronación debía ser la jornada legal de ocho horas. El 1º de mayo fue fijado como la fiesta internacional del trabajo para la propagación de esta idea. Las resoluciones del congreso de París eran perfectamente lógicas y ajustadas a las condiciones del tiempo. Es característico para la situación de entonces, que en 1890 sesionó en Berlín, por invitación del gobierno alemán, un congreso internacional de los diversos gobiernos para el asesoramiento de la protección del trabajador. Guillermo II y sus consejeros, por más que se diferenciaban en lo demás de los dirigentes socialistas, coincidían con ellos en que la protección al obrero se había convertido en una cuestión internacional, que debía ser solucionada por vías internacionales.

Hasta este punto respondía la nueva internacional a los intereses y al carácter de los partidos socialistas y del movimiento obrero en los diferentes países de Europa. Los partidos tenían como misión principal el fomento de los intereses de los obreros. La Internacional debía formular las acciones de la masa obrera para el mejoramiento de su situación con la mayor uniformidad. Éxitos que eran conquistados en una nación, podían reflejarse de inmediato en los restantes países industriales. Como se ve, esta II Internacional, era algo muy distinto de la I. La I Internacional se

había interesado igualmente y con éxito por las cuestiones gremiales del proletariado, pero ella no fue fundada con vistas hacia la política social sino que aspiraba a ensamblar a las masas obreras de los más importantes países para una política común de la democracia revolucionaria. La cuestión polaca se hallaba en la cuna de la I Internacional, al igual como se hallaba el problema de la jornada de 8 horas en la cuna de la II. Además no se debe pasar por alto que también la I Internacional se ocupó enérgicamente con el problema de la jornada de labor y que la II Internacional expresó siempre sus simpatías a los pueblos oprimidos. Pero el punto de partida para la creación de la Internacional y las metas hacia las cuales tendía, eran, no obstante, fundamentalmente distintas en ambos casos.

Es cierto que tampoco la II Internacional era tan sólo la concentración de todos los partidos proletarios para el fomento de sus intereses internacionales con respecto al trabajo. Los partidos socialistas cuyos delegados se reunieron en 1889 en París, habían aceptado, al menos de manera formal, la doctrina del marxismo. Constituía un gesto simbólico que el congreso internacional de los trabajadores fuese convocado precisamente en París y en el centenario de la gran revolución francesa, aun cuando este París del general Boulanger no tenía muchas similitudes con el París del asalto a la Bastilla. La tradición del marxismo y de la revolución tenía sus obligaciones. Fue así que los trabajadores de los partidos socialistas exigían de la nueva Internacional algo más que proposiciones simultáneas para combatir al trabajo infantil, etc., en los diferentes países. Los obreros de todos los grandes países comprendían poco a poco la característica de la nueva era imperialista en que vivía la humanidad. Los crecientes armamientos de las grandes potencias y el cada vez mayor peligro de la guerra agitaban los ánimos. Aún cuando la Internacional Obrera no estaba en condiciones de proclamar en 1889 y en los años siguientes la revolución mundial, se esperaba no obstante que debía impedir de alguna manera la guerra mundial que se acercaba.

El primer año de la nueva Internacional trajo la abolición de la ley antisocialista en Alemania y el sorprendente triunfo electoral de la socialdemocracia alemana, lo que después de 12 años de persecuciones obtuvo en 1890, casi 1,5 millones de votos y se convirtió con ello en el partido más fuerte de Alemania. Engels llegó a ver todavía la elección al Reichstag de 1893, en la que la socialdemocracia volvió a conquistar otros varios centenares de miles de

sufragios. El partido socialdemócrata alemán pareció crecer con la seguridad automática de una ley natural. El gobierno imperial ya no se atrevía a prohibirlo. Engels se decía que todo gobierno está perdido si permite a un movimiento adversario, que procura su derrocamiento, actuar dentro del marco de la ley. Esta opinión es totalmente correcta. Cuando el rey absoluto de Francia hubo de permitir, en 1789, las elecciones para los estados generales, equivalía esto, en efecto, a una dimisión del sistema gobernante. O cuando el rey de España permitió en 1931 a los republicanos, conquistar legalmente las comunas del país, estaba también sellado el destino del reinado español. O cuando la república alemana hubo de mirar tranquilamente los triunfos electorales de los nacionalsocialistas, estaba con ello virtualmente ganada la victoria de la contrarrevolución.

Siendo que Engels consideraba a la socialdemocracia como un partido activamente revolucionario, basándose en la experiencia de la ley antisocialista, hubo de extraer de los resultados electorales de 1890 y 1893 las mismas consecuencias: que sería una tontería que un partido revolucionario no aprovechase la legalidad, o que pusiese en peligro con algún putach su seguro éxito. La dirección política del movimiento debe tan sólo tener en cuenta el momento psicológico en que sucede el paso de la legalidad a la acción. En consecuencia estaba Engels, después de 1890, completamente de acuerdo con la táctica aparentemente pacífica. Al mismo tiempo hizo publicar su punto de vista de que había pasado la era de las luchas en las barricadas. El complemento indispensable, vale decir, que la revolución alemana debía tomar por consiguiente la forma de una insurrección de los soldados, no pudo ser publicada en Alemania, por consideración al fiscal del estado. De esta suerte se había guardado una vez más la coincidencia externa entre la política oficial del partido socialista alemán y Engels, al rechazar ambos la sublevación armada y recomendar la legalidad.

Si la II Internacional hubiese sido en realidad la sucesora de la I, entonces debió haber considerado en primer lugar las existentes posibilidades revolucionarias y establecer de acuerdo con ella la táctica de los obreros en todos los países. Para Engels era también después de 1889, el zarismo el enemigo capital. Pero ahora había aparecido, a partir de 1890, la alianza entre Rusia y Francia. Eso significaba que la clase capitalista francesa estaba dispuesta a aliar su destino con el del Zar. Frente a la alianza Rusia-Francia, existía a principios de los años del 90, la unión de Alemania, Austria

e Italia. La guerra que esperaba entonces todo el mundo, era imaginada como un conflicto entre la doble y la triple alianza. Inglaterra se mantenía en cierta neutralidad. La interrogante práctica para la Internacional Obrera era pues, qué conducta había de adoptar en esta guerra.

Engels contestó esta pregunta con el desenmascarado realismo que le era característico. El no creía que el gobierno de los Hohenzollern habría de sobrevivir a la crisis y a los esfuerzos de una guerra mundial. En el próximo gran conflicto llegaría en Alemania la socialdemocracia al poder y después se pronunciaría la clase obrera alemana en el estilo de 1793, contra el Zar y sus aliados. Según Engels, sería la victoria alemana al mismo tiempo el triunfo de la revolución, porque la penetración de las tropas alemanas en Rusia habría de facilitar también allí el éxito de la revolución y provocar la caída del zarismo. Si uno tiene delante de los ojos el desarrollo posterior de 1914 a 1918, resalta que los vaticinios de Engels tenían sus buenas razones. La guerra mundial ha barrido en efecto en Alemania y en Rusia con las inonarquías, reemplazándolas, por de pronto, con repúblicas rojas. Además tuvo, tanto la revolución alemana como la rusa, la forma del levantamiento de soldados que pronosticaba Engels. La diferencia substancial estribaba sólo en que la revolución obrera alemana no vino al comienzo de la guerra mundial, como lo habría deseado Engels, sino después, al final, después que la tremenda lucha había agotado todas las fuerzas de la masa trabajadora.

La política de la Internacional, tal como la recomendaba Engels para la futura guerra mundial, respondía en su método por completo a la táctica que tanto Marx como el mismo habían seguido en la guerra de 1870-71: nada de neutralidad débil o de declaraciones formales de paz por parte de los trabajadores, sino concentración de todas las fuerzas proletarias y revolucionarias contra el enemigo principal. Ese era en 1870, hasta Sedan, Bonaparte. Después cambiaron Marx y Engels y apoyaron a la nueva república francesa, recomendando una presión sobre el imperio alemán para evitar la anexión de Alsacia y Lorena. Engels habría deseado que en una futura guerra de la doble contra la triple alianza se hallase la Internacional del lado alemán, porque en Alemania habría de reemplazar muy pronto la socialdemocracia a los Hohenzollern y una Alemania socialista habría de devolver con toda seguridad las dos provincias al pueblo francés.

Engels murió en 1895 con la firme convicción que se acercaba

la gran lucha decisiva que en Alemania y en Rusia solamente podía terminar con el triunfo de la revolución. Sin embargo para los dirigentes de la Internacional, que seguían en la brecha, la situación no era de ninguna manera tan simple. Un decenio después de la muerte de Engels, se había llegado a la entente entre Inglaterra y Francia. Entre tanto, en Alemania no había llegado la socialdemocracia todavía al poder, sino que lo retenía Guillermo II. Para la Internacional era extraordinariamente grave la responsabilidad de pronunciarse en una guerra mundial por cualquiera de las dos partes. Si se declaraba por Inglaterra, Francia y Rusia, entonces exigía de los obreros alemanes el someterse al Zar. En el otro caso, se habría pedido a los obreros franceses reconocer la dominación del Kaiser. Ambas cosas eran difíciles; no obstante, habrían existido medios para proseguir la política internacional realista al modo de Engels. Así, por ejemplo, se pudo haber empleado a las fuerzas de la Internacional para un aislamiento del Zar. Al cambiar el siglo, se llegó en la política interna de Francia a una situación en que los republicanos burgueses necesitaban absolutamente la ayuda de los socialistas. Tal vez podrían haber logrado entonces estos últimos la ruptura de la alianza ruso-francesa. Por el mismo tiempo debieron haber dado los socialdemócratas alemanes la garantía de que no tolerarían un ataque de su gobierno contra Francia.

También sería posible imaginarse aún muchos otros métodos, de acuerdo con los cuales pudo haber desarrollado la Internacional en el periodo anterior a la guerra una línea política uniforme. Pero en realidad, no era capaz de eso. Una política realista, como la pedía Engels, habría exigido que la clase trabajadora analizase a toda guerra en el sentido de si le era o no útil. Así, por ejemplo, debió aprobar la masa obrera alemana una guerra contra el Zar, pero rechazarla contra Francia tan pronto como este país se hubiese separado de la alianza fatal que lo ataba a Rusia. Semejante estrategia internacional, que tomaba su decisión para cada caso, contradecía empero por completo al estado de ánimo pacifista de los obreros europeos. La mayoría de los obreros socialistas no hacía ninguna diferencia entre guerras útiles y perjudiciales sino que rechazaba todos los conflictos. La diferenciación que efectuaron Marx y Engels entre las guerras no tiene, por otra parte, nada que hacer con la moral. Para ambos era bastante indiferente quien fuese en la guerra el estado agresor y el agredido, quiere decir, quien en el sentido corriente de la palabra tenía razón. Marx se preguntaba tan sólo si una determinada guerra y el triunfo de una

determinada parte favorecía a la causa revolucionaria y proletaria. Marx y Engels habrían saludado toda derrota del Zar ruso, no importa si Rusia tenía o no tenía formalmente razón en la respectiva contienda. Pero una conceptuación de esta índole puede popularizarse tan sólo en tiempos en que a las masas las llena una auténtica solidaridad revolucionaria. Así los demócratas habrían recibido con agrado en Europa antes de 1848 cualquier guerra contra la Austria de Metternich. En cambio los obreros socialistas en la generación anterior a la guerra, anhelaban la paz y esperaban de la Internacional que evitaría con un milagro la guerra que amenazaba.

El pacifismo formal que dominaba en la II Internacional, hizo imposible una política mundial realista de los trabajadores. Siendo que los partidos obreros fuera de Rusia no podían hacer la revolución en sus propios países ni apoyaban ninguna política que incluyera el riesgo de una guerra, estaban realmente impotentes e indefensos. Por lo mismo llevan todos los debates en los congresos socialistas internacionales anteriores a 1914, el mismo carácter de la ambigüedad e impotencia. Se especulaba qué debían hacer los partidos obreros en caso de un peligro de guerra, y, como es natural, no se llegaba a ninguna solución útil. No quedaba otra alternativa que pronunciar obscuras amenazas contra los gobiernos capitalistas, que no infundían respeto a nadie y que, en consecuencia, no tenían ningún efecto. Hubiese sido mucho más práctico si los partidos socialistas declaraban abiertamente que constituyan tan sólo una minoría en todos los países y que por lo mismo eran incapaces de evitar una guerra. Por lo mismo aprobaba la Internacional el derecho de los obreros de cada país para la defensa nacional, bajo la condición de que los partidos trabajasen con todas sus fuerzas por el restablecimiento de la paz. Un lenguaje claro de esta índole, y una confesión de los hechos reales habría estado sin embargo en contradicción con el radicalismo formal que dominaba a la mayoría de la Internacional. De ahí que ella conservó el gesto de la protesta formal contra los gobiernos capitalistas hasta la víspera de la guerra mundial de 1914. Cuando los partidos fueron luego obligados a votar los créditos de guerra y a hacer la paz con sus gobiernos, era tanto más desastroso el derrumbe de la Internacional.

Acerca del rol que desempeñó la voluntad pura hacia la paz en la II Internacional, se manifestó el destacado socialista austriaco Renner todavía en 1929 en una forma digna de mención. Renner

cuenta, en una mirada histórica retrospectiva, cómo el congreso socialista internacional de Copenhague hubo de tomar también posición frente a un conflicto entre los obreros austriacos, vale decir, frente a la separación de la mayoría de los obreros checos de la organización sindical general austriaca. Se trataba en este caso de la importante cuestión principista acerca de si los obreros checos debían tener el derecho de apoyar la lucha por la libertad nacional de su pueblo y organizarse por separado dentro del marco de la nación checa. Renner escribe: "La II Internacional se colocó en una posición contradictoria frente a las naciones que despertaban. Desde luego que apoyaba con sincera simpatía y disposición para una ayuda moral, ese despertar y esa liberación. Pero la lucha imperialista de las grandes potencias aprovechó este movimiento y lo convirtió en una de las palancas más activas en la guerra. En la historia de casi todas las naciones se presenta alguna vez este dilema: ¿Libertad o paz? Y este dilema comenzó a dividir preciamente entonces a algunos de los partidos socialistas. En la socialdemocracia polaca, como en la checa y en algunas otras, comenzó a contar una parte en forma positiva con la guerra del futuro, construyendo la esperanza de la soberanía nacional sobre el conflicto. Y la más extrema tendencia de los rusos ha considerado en todo tiempo a la catástrofe bélica no como un mal que debía temerse, sino como la esperada ocasión para la liberación. La II Internacional luchaba con sincero apasionamiento por el mantenimiento de la paz mundial. También en esto había un enorme progreso espiritual frente a la fórmula marxista juvenil de las revoluciones guerreras y de las guerras revolucionarias, como las supuestas dos grandes palancas de la historia. De que la guerra dejaba de actuar en forma revolucionaria cuando se ha alcanzado determinado grado de desarrollo y de que se convierte luego en elemento reaccionario, y que la paz es un bien absoluto, esto es una comprobación que ha madurado recién después de la guerra y que aún hoy no está libre de discusión. La II Internacional reforzó en Copenhague el principio: Ante todo la paz mundial, liberación nacional solamente dentro del marco de un desarrollo pacífico, solución definitiva del problema nacional recién dentro de la sociedad socialista. Ella no pronunció estas frases en ninguna resolución pero actuaba de acuerdo con las mismas al condenar en forma terminante el separatismo de los checos".

Renner ha expuesto aquí en forma clara y concluyente el pacifismo de la II Internacional y ha declarado, a su vez, con la

misma franqueza, que este pensamiento básico de la política de la II Internacional no coincidía con la doctrina de Marx. Renner veía un progreso en la concepción de que la paz era el supremo bien, al oponerla a la enseñanza de Marx y Engels. No es tarea del historiador juzgar sobre concepciones filosóficas del mundo, pero cuando se considera la era del imperialismo, se debe llegar a la conclusión que semejante teoría de la paz como valor supremo absoluto no ensambla bien en este período. Porque el imperialismo es la expresión de la violencia más concentrada hacia adentro y hacia afuera. Quien rechaza en absoluto a la violencia como un medio de lucha político en semejante período, se coloca con ello en una desesperante desventaja frente a sus adversarios, que se apoyan precisamente en la violencia. Si se sabía en la era del imperialismo de un movimiento político que aplicaría siempre y bajo todas las circunstancias tan sólo el método pacífico, ya era innecesario temerlo. Debido a que los partidos socialistas se pronunciaban, por lo menos en sus declaraciones oficiales, invariablemente por términos de paz, se hicieron incapaces para una política interna y externa realista y entregaron el campo a los enemigos imperialistas.

A esta pacífica tendencia de la II Internacional se agregaba todavía otra significativa consecuencia. En todos los países supo presentarse la clase dominante bajo el signo imperialista como la tendencia verdaderamente nacional. Al hablar los socialistas entre tanto exclusivamente de paz y entendimiento entre los pueblos, y al oponerse a toda política nacional, se aislaban aún más de los restantes sectores populares. La desgraciada contradicción entre la minoría socialista y la llamada mayoría "burguesa" de la nación, pareció adquirir un sentido especial al aparecer los socialistas como "antinacionales", en tanto que el frente de la burguesía lograba el contorno de fuerza "nacional". Debido a que el sentimiento de la nacionalidad constituye en los momentos decisivos un arma de gran poder en la lucha política, fueron los socialistas empujados a un terreno en el que podían sufrir las más graves derrotas, porque el movimiento nacional no arrista en una crisis fundamental tan sólo a los sectores medios sino también a la mayoría de los obreros. El pacifismo abstracto no tiene ningún valor cuando se trata en realidad de la vida de la nación. La democracia revolucionaria en el período de 1848 ha sabido colocar precisamente al pensamiento nacional al servicio de su causa. Por el contrario, la II Internacional se dejó conducir en casi todos los países a un aislamiento,

en que tanto la ideología sindical de los obreros como el pacifismo, se hallaban en un puesto perdido. Demasiado claro lo muestran los acontecimientos al estallar la guerra mundial y luego con motivo de la victoria del fascismo en grandes países europeos. El congreso de la Internacional de 1910 en Copenhague se enfrentó con indignación con los socialistas checos que se habían pronunciado entonces por la política de su nación. Sin embargo la historia ha dado la razón a aquellos separatistas checos, porque aquel paso de los obreros checoslovacos ha dado la base para la democracia vital de la república.

En las grandes cuestiones de la política práctica coincidía la II Internacional por completo con la democracia liberal burguesa. Ambas tendencias estaban por la paz hacia afuera y por la legalidad en el interior, por el librecambio, sufragio universal, ampliación de las instituciones parlamentarias, protección del obrero, política social y contra los excesos del capital, de los trusts y de los monopolios. ¿Qué habría estado más a mano, sino formar entre demócratas liberales y socialistas una alianza táctica contra el imperialismo? A partir de 1889 se formó en efecto una orientación dentro del movimiento obrero socialista que estaba de acuerdo con esta política. Eso eran los revisionistas. Ellos pedían de la Internacional Socialista que prescindiese de las expresiones revolucionarias sin contenido, que se colocase en el terreno de los hechos dados, que aspirase a éxitos prácticos en el terreno de la democracia burguesa y de la política social y que aceptase a todo aliado que estuviese dispuesto a ir por el mismo camino. El más destacado teórico del revisionismo alemán, Bernstein, había adquirido en su larga permanencia en Inglaterra una viva concepción de la democracia liberal y procuraba transplantar sus conquistas también al continente. Jean Jaurès perseguía en la práctica la misma línea en Francia. El error principal que cometieron los revisionistas, consistió en que no comprendieron bien el verdadero carácter del período imperialista. Ellos creyeron en la posibilidad de un progreso lento y pacífico y no vieron que el imperialismo debe producir las más terribles guerras, revoluciones y contrarrevoluciones.

Ello no obstante, la enseñanza revisionista era, en lo que se refiere a su utilidad práctica para el movimiento obrero, infinitamente superior al radicalismo oficial. Si los partidos socialistas hubiesen aceptado la enseñanza del revisionismo, entonces se habrían librado de su aislamiento; habrían propuesto soluciones prácticas a todas las cuestiones de la política y habrían emprendido con

un gran movimiento popular la lucha contra el imperialismo y el militarismo dominante. De esta manera se habrían visto envueltos los partidos obreros de los grandes países en una verdadera lucha por el poder, y la experiencia de esta contienda los habría curado mejor que ninguna otra cosa de las ilusiones de un pacifismo formal. Sin embargo, la mayoría de la Internacional no quiso reconocer la justificación lógica del revisionismo y lo rechazó con apasionada energía.

El gesto de protesta y del aislamiento frente al estado burgués y la sociedad capitalista, se había hecho para la mayoría de los trabajadores una necesidad vital. En las grandes crisis nacionales solía derrumbarse a veces este aislamiento pero en la vida cotidiana fue esta conciencia de clase lo que daba al trabajador el necesario apoyo en todas sus preocupaciones y miserias. Es cierto que el marxismo popular había perdido todos sus elementos revolucionarios y práctico-políticos, pero al mismo tiempo daba al obrero socialista una fe en sí mismo, un consuelo y una esperanza para el futuro, que casi recordaba un movimiento religioso. Estos obreros socialistas hubiesen tenido que renunciar a esta fe utópica del porvenir y a su sentimiento de clases al colocarse, de acuerdo a los revisionistas, en el terreno del estado actual y efectuar alianzas con los partidos burgueses. Para justificar su política del presente, práctica y pacífica, se vieron obligados los revisionistas a pronunciarse contra el marxismo oficial dogmático, tal como predominaba en la II Internacional. Por el otro lado lucharon los teóricos de la mayoría en el nombre de Marx contra Bernstein y sus amigos. Pero si no se mira la forma sino el fondo, se debe admitir que los revisionistas eran en realidad mejores marxistas que sus adversarios "radicales". Porque Marx ha exigido siempre el aprovechamiento de las posibilidades políticas reales por los trabajadores y rechazaba todo aislamiento de su partido.

Dentro de la Internacional se hallaba representado el revisionismo por una minoría del partido alemán y por Jaurès con sus amigos franceses. Del lado del radicalismo oficial se hallaban la mayoría alemana e italiana, como así también una parte de los franceses, bajo la dirección de Guesde. Los socialistas rusos apoyaban igualmente a los radicales, porque el lenguaje oficial radical era más conciliable con su táctica revolucionaria que las fórmulas de los revisionistas. Los austriacos finalmente simpatizaron más con las teorías revisionistas. Pero siendo que en su tierra no tenían ninguna oportunidad para una práctica revisionista, adoptaron por

lo general una posición mediadora. En los congresos internacionales triunfaba casi siempre la orientación radical, que se apoyaba en la autoridad del comité ejecutivo de la socialdemocracia alemana.

Además de la llamada mayoría radical y de la minoría revisionista, existió en la Internacional antes de la guerra, todavía una tercera tendencia. Numéricamente era muy débil, pero sus partidarios eran los únicos que comprendían en realidad la era del imperialismo y que exigían, en consecuencia, que los obreros se preparasen para las futuras guerras y revoluciones. Esta izquierda revolucionaria consistió de una parte de los socialistas rusos bajo la dirección de Lenín, de un grupo de socialistas alemanes dirigidos por Rosa Luxemburgo, y finalmente de un pequeño círculo de marxistas holandeses. En detalles existieron también dentro de esta izquierda verdaderamente revolucionaria y marxista, grandes diferencias de opinión. Fuerá de Rusia no tuvo la izquierda una influencia sobre masas importantes del pueblo.

Los resultados positivos de la II Internacional hasta 1914, se mostraron ante todo en la elevación del standard de vida y en el mejoramiento de las condiciones de trabajo para la masa obrera industrial europea. La actividad incansable de los sindicatos, influenciados por los partidos socialistas, logró elevar extraordinariamente la posición de los trabajadores dentro de la sociedad. De importancia es, además, que todas las organizaciones de la II Internacional se basaban en el gobierno autónomo de los obreros. La decisión sobre todas las cuestiones en litigio, se hallaba en definitiva en la masa de los afiliados. Los dirigentes de los partidos obreros podían mantenerse solamente en tanto respondían a la libre voluntad de la masa de adherentes. En este sentido ha ofrecido la II Internacional una labor ejemplar para la democracia, al facilitar a los obreros el ensayo práctico de la administración autónoma en sus organizaciones. Aún cuando las conquistas de la II Internacional han sido destruidas en una parte de Europa, no es posible negar la importancia de la libre organización socialista en la historia del movimiento obrero. Pero por el otro lado no fue la II Internacional capaz de despertar a la democracia revolucionaria en Europa y combatir en forma efectiva al imperialismo.

TERCERA PARTE DE 1895 HASTA LA ACTUALIDAD

1. LOS PARTIDOS OBREROS ANTES DE LA GUERRA COMIENZOS DEL BOLCHEVISMO

En el período de la II Internacional, de 1889 hasta 1914, cuatro grandes países: Alemania, Austria, Italia y Francia, junto con Suiza, Holanda, Bélgica y los países escandinavos, formaron una unidad. En todos ellos apoyaba la mayoría de los trabajadores industriales a un partido socialista que pertenecía a la II Internacional.

En Alemania aportaron las elecciones para el Reichstag de 1903, un nuevo éxito de los socialdemócratas, quienes reunieron en sus candidatos a una tercera parte de todos los votos. No obstante quedó el poderío de la clase dominante en Alemania sin un signo de resquebrajadura. La socialdemocracia debió intentar —ya que no podía hacer una revolución violenta — una reforma de la constitución, haciendo al efecto una alianza con los liberales y el Centro. La gran mayoría de los votantes del partido del Centro eran obreros cristianos, como así también campesinos del Sur y del Oeste de Alemania, que no tenían simpatía alguna por el señorío de Prusia. Además, la burguesía alemana, inclusive los círculos de la alta industria y de los imperialistas, estaba indignada con el gobierno incapaz de la burocracia, como también con la altanería y la estrechez de miras de la nobleza prusiana. Precisamente porque Alemania no había efectuado todavía el paso del estado feudal al estado burgués-capitalista, existían allí muchos elementos de conflicto. Si los socialdemócratas hubiesen salido de su aislamiento, habrían podido arrastrar el ala izquierda de los liberales y la tendencia popular del Centro. La consecuencia inmediata habría sido un conflicto constitucional entre la mayoría del Reichstag y el gobierno imperial. Fácilmente es de imaginarse qué consecuencias habrían surgido de semejante conflicto.

Pero además, a la debilidad de los llamados partidos burgueses, era ante todo el deseo de aislamiento de la mayoría radical del partido socialista, lo que impedía semejante coalición. Exceptuando algunos acuerdos electorales que quedaron sin consecuencia política alguna, no se ha llegado hasta 1914 a ninguna cooperación entre los socialistas y la oposición burguesa de Alemania. Solamente en Baden formaban los socialdemócratas con los liberales una mayoría parlamentaria local que trabajó con eficacia; pero el ejemplo bádense no repercutió fuera de los límites de ese estado. De esa

manera quedó la iniciativa en el gobierno del Reich. En 1906 se produjo un conflicto entre el canciller alemán Bülow y el Centro. A continuación formó Bülow el *bloque conservador-liberal*. En la esperanza de que el gobierno haría concesiones a la burguesía y que disminuiría la hegemonía de la nobleza prusiana, siguieron todos los grupos liberales al canciller. No eran tan sólo los liberales nacionales los que acompañaban el gobierno, sino también todos los grupos de los otros liberales, en los cuales había disminuido a partir de la muerte de Eugenio Richter la resistencia contra el imperialismo.

El conflicto entre Bülow y el Centro se refería a una cuestión de política colonial. Un levantamiento de nativos en el África Occidental alemana requirió dineros que no fueron concedidos por el Centro y los socialdemócratas en la medida que se pidieron. Bülow disolvió el Reichstag. En las elecciones de 1907 luchaba el bloque conservador-liberal contra el Centro y los socialdemócratas. El conflicto sobre esa cuestión africana no era realmente una cuestión que tocara ningún interés vital del pueblo alemán. No obstante, logró el gobierno y sus aliados, los imperialistas, un gran movimiento nacional y popular para la defensa de las posiciones mundiales de Alemania. En las nuevas elecciones obtuvieron los partidos del gobierno tantos votos que la socialdemocracia perdió la mitad de sus bancas. Bastaba pues un insignificante conflicto colonial para derrotar en las elecciones al partido socialista más fuerte del mundo. Tan poca era la atracción que ejercía la tendencia pacífica y anti-imperialista. De inmediato se pasaron todos los liberales al gobierno, millones de electores indiferentes se declararon partidarios de la cuestión nacional y los socialdemócratas perdieron una serie de sus más fuertes reductos. Si todo esto pasaba ya por Sudáfrica, ¿qué habría de pasar en Alemania, Francia e Italia si amenazaba realmente una guerra europea y si estaba en juego la existencia de la nación?

Es cierto que los círculos dominantes de Alemania no supieron aprovechar la favorable situación de 1907. Nuevos errores del emperador y de la nobleza prusiana destruyeron su ascendiente. En 1908 apareció la odiosa entrevista de Guillermo II en el *Daily Telegraph*. A consecuencia de la misma se produjo una ola de indignación de todo el pueblo alemán contra el Kaiser, quien hipotecó gravemente el prestigio de la monarquía. En 1909 rompió la nobleza prusiana el *bloque conservador-liberal*, porque los junkers no querían hacer las más mínimas concesiones a la burguesía. Esta última, inclusive los fabricantes e imperialistas, se sintieron hondamente

heridos y desengaños. Las próximas elecciones al Reichstag en 1912 trajeron nuevamente un gran triunfo de los socialdemócratas, que conquistaron 110 de los 397 mandatos. En 1913, un conflicto local entre ejército y población civil en la ciudad alsaciana de Zabern, condujo a violentos debates en el Reichstag y a una agitación extraordinaria en el pueblo. Casi toda la población protestaba contra los métodos de la nobleza prusiana y los oficiales. Al tiempo en que estalló la guerra mundial, existió en Alemania una aparente tranquilidad y orden, pero la autoridad del gobierno estaba muy quebrantada y la abrumadora mayoría del pueblo se hallaba en una posición crítica frente al sistema dominante; pero por los motivos enumerados, no estaba la socialdemocracia en condiciones de colocarse al frente de las masas populares y derrocar al feudalismo en el poder.

Es sumamente curioso el rol que desempeñó el sufragio universal en la monarquía habsburga antes de 1914. De acuerdo con las experiencias del exterior no creyó ya nadie en los efectos revolucionarios del mismo. El imperio aprovechó pues la consigna del sufragio universal para sus propias finalidades. Cada vez que el emperador Francisco José tenía un conflicto con la oligarquía húngara, amenazaba el partido de la corte a la nobleza de Hungría con la introducción del sufragio universal. Por lo general bastaba esto para que los políticos húngaros cedieran en sus pretensiones. De esta manera la implantación del derecho electoral amplio se hizo innecesario en Hungría hasta 1914. En cambio, en la parte austriaca fue creado ya en 1906. Pero con ello no se hallaba asociada ninguna democratización de la situación austriaca. La burocracia gobernante esperaba que bajo la nueva ley electoral habrían de perder los partidos nacionales burgueses una serie de bancas en obsequio de los socialdemócratas. A las viejas disputas nacionales se agregarían ahora también los agudizados conflictos sociales. Así se convertiría el parlamento en un montón de grupos que se combatían recíprocamente, con lo cual tendría la burocracia una tarea más fácil.

El resultado fue efectivamente así como se lo había imaginado. Desde 1906 hasta 1914 era el parlamento, por lo general, incapaz de trabajar normalmente y el gobierno despachaba los negocios corrientes en forma dictatorial. Cuando un estado es incapaz de sobrevivir debido a sus contradicciones internas, no lo salva tampoco el sufragio universal. Si el partido de la corte deseaba introducir también en Hungría el derecho amplio del voto, era porque con-

fiaba en destruir de esa manera el parlamento de Budapest. Hasta ahora habían tenido los húngaros siempre una mayoría parlamentaria estable y capacitada para el trabajo, que se componía de los representantes de los terratenientes y de la burguesía adinerada. El sufragio universal habría desarticulado a esa mayoría y puesto en su lugar una mezcla de eslavos, rumanos y grupos de obreros y pequeño burgueses. Con un parlamento diversificado de tal manera, habría podido hacer el gobierno de Viena lo que quisiera. De que un parlamento del sufragio universal en un país como Hungría podía ser también la introducción para una revolución social, en eso no pensaba evidentemente nadie en Viena.

Siete años más tarde que Austria, recibió también Italia, su sufragio universal. Las consecuencias prácticas eran insignificantes. A la hora de la restauración del reino de Italia, había tenido solamente el sector superior, privilegiado, el derecho del sufragio. En 1881 se llegó a una reforma electoral parcial, mediante la cual entraron los primeros diputados socialistas en el parlamento. Poco antes de la guerra introdujo Giolitti el sufragio universal, con el cual fue formado en 1913 en Italia por primera vez el parlamento. Los socialistas tuvieron en los distritos urbanos e industriales éxitos halagadores. Pero eso no cambiaba los resultados generales, porque en las regiones rurales atrasadas, las cifras de las elecciones eran determinadas como antes, por los terratenientes, empleados y los demás poderosos de la localidad. La oposición contra el sistema gobernante estaba materializada en dos movimientos. Los socialistas se empeñaban en un mejoramiento de la situación de los obreros urbanos y rurales. Ellos protestaban contra las violencias de la clase dominante y contra una corrupción incapaz que se evidenciaba por todas partes. Con esta oposición de protesta ganaba el partido socialista una considerable autoridad y también muchos partidarios entre los sectores ilustrados. La mayoría de la juventud académica se hallaba sin embargo, en el decenio precedente a la guerra, del lado de los irredentistas, del movimiento nacional, que había recorrido paulatinamente el camino de Mazzini hasta el moderno imperialismo.

Tanto el movimiento proletario como el nacional, se acostumbró poco a poco a los métodos extraparlamentarios. Aun cuando el partido socialista oficial prefería el camino de la legalidad, eran empujadas las masas urbanas y rurales, por la miseria, una y otra vez a las huelgas y a levantamientos locales. Por el otro lado, vivía en la juventud irredenta el recuerdo de las formaciones libertadoras

de Garibaldi. La red de asociaciones patrióticas que envolvía a toda Italia suministraba la base organizadora, y en un rigor de verdad era cada una de las universidades y cualquiera de los colegios superiores italianos, una célula del activismo nacional. Con cada injusticia real o supuesta que los hermanos sufrían en la Italia irredenta allende las fronteras austriacas, se producían en las ciudades de Italia ruidosas manifestaciones delante de los consulados del aliado. Con intervalos era turbada la burocracia gobernante por las huelgas de los obreros y las manifestaciones de los nacionalistas. Los socialistas italianos reconocían la miseria económica de las masas, pero no tenían un programa nacional efectivo, porque querían mantener la paz con Austria y rechazaban aventuras coloniales. El irredentismo, sobre cuyo terreno se reunieron paulatinamente el moderno capital de alta cuantía y la pujante juventud académica, no tenía tampoco una salida para las penurias sociales del pueblo, pero tenía, en cambio, un programa nacional incendiario.

La tendencia gobernante italiana se llamaba a sí misma liberal y hasta democrática, porque Italia tenía un sistema parlamentario de gobierno, y desde 1913, también el sufragio universal y la libertad de prensa y de reunión. En realidad vivía la mayor parte del pueblo italiano todavía en condiciones medievales. Al llegarse en 1913 en la Italia meridional una vez más a los habituales tiroteos, escribió el entonces dirigente socialista de izquierda, Mussolini, en el diario *Avanti*: "¿Cómo es posible que sean muertos aún hoy a tiros indefensos ancianos y mujeres en un país como Italia, al que soñamos como el gran maestro de la civilización? ¿Y cómo es posible que el gobierno, al no tener dinero para satisfacer el pedido de la gente de Rocca Gorga, de canalización, médicos, agua y luz, les envíe carabineros que se encargan de acallar en sangrienta forma la sagrada protesta del pueblo?

"Ya hemos dicho que deben ser creadas para la Italia rural... condiciones más humanas de vida, para evitar con ellas las causas que conducen una y otra vez a lo que llamamos en Italia ya el «clásico exceso», y bajo el cual sufre invariablemente la multitud desarmada, cuya indignación no tiene de ninguna manera la finalidad de iniciar un levantamiento contra el gobierno. La que solamente se yergue para obtener aquello que ha sido desde hace más de un siglo un beneficio común de todos los países civilizados".

La señora Scarfatti, la biógrafa de Mussolini, también una ex socialista, escribe sobre las condiciones reinantes entonces en

la Italia meridional: "En los años que se mencionan más arriba, se había llegado en las plazas de los mercados del Sur de Italia a escenas vergonzosas, pero no por eso menos típicas. Allí abajo todavía en lucha contra salarios de hambre y un standard de vida casi bestia... La clase señorial del Sur, con un tinte de modalidad española, no se defendía con medios económicos sino que apelaba al «papá estado», exigiendo la protección de los soldados y carabineros. Eran condiciones medioevas: por un lado obtusión y altanería voraz; por el otro, en el pueblo, ignorancia y fanática indignación que se arrojaba desesperadamente contra los soldados. Si debido al clamor se apretaba en alguna parte un gatillo, se tenía pronto el lugar con sangre derramada".

Si la clase dominante de países como Italia pudo introducir el sufragio universal sin peligrar por eso las posiciones de su poder, era la situación muy distinta en un país industrial de alta civilización como Bélgica. La rica burguesía belga temía que la introducción del sufragio universal e igualitario colocase automáticamente el poder estatal legal en manos de los trabajadores socialistas. El partido socialista de Bélgica, cuya organización y pujanza aumentaba en forma constante, trató hasta 1914 varias veces en vano de obtener mediante huelgas generales el amplio derecho electoral. En Bélgica existía desde 1893 el sufragio con pluralidad de votos, que garantizaba a la clase privilegiada la mayoría en el parlamento. De esa manera el poder quedaba en el partido católico-conservador. En forma idéntica negaba la clase gobernante de la vecina Holanda, hasta la guerra mundial, ese derecho a los obreros.

En los países mencionados hasta ahora no se había hecho desde 1889 hasta 1914 ni siquiera un intento consecuente para desplazar del poder, mediante una alianza de los trabajadores con los sectores medios, a los dominantes imperialistas y los círculos feudales o semifeudales. En Francia, en cambio, emprendió el bloque de izquierda, como consecuencia del caso Dreyfus, un experimento de esta índole. Obreros socialistas se unieron con los radicales agrarios y de las pequeñas ciudades, para asegurar en Francia, por de pronto, a la democracia burguesa. Transitoriamente, en los primeros años del siglo veinte, pareció realmente como si la democracia burguesa hubiese de vencer y hasta preparar el camino para una democracia social. Pero luego se derrumbó en forma total la ofensiva de la izquierda y las condiciones políticas francesas volvieron a ese equilibrio indefinido que había caracterizado hasta 1889 a la Tercera República.

En los años de 1889 hasta 1914 la democracia liberal de la II Internacional ha conquistado sus éxitos sobre una línea bien determinada. Los grandes capitalistas, los políticos coloniales, las monarquías militares, se afianzaban en las cuatro grandes potencias, y también en Bélgica y Holanda —con su capitalismo concentrado y sus considerables posesiones coloniales— no hizo la democracia ningún progreso. Por el contrario, la democracia liberal se consolidaba en Suiza y penetraba victoriósamente en Escandinavia. Quiere decir, que la democracia no fue capaz de batir en ninguna parte al imperialismo. Ella encontró su terreno solamente en pequeños países, que no conocían una política de fuerza y para los cuales no existían las cuestiones nacionales. Suiza no tenía colonias ni deseos de conquista. Suiza se componía de alemanes, franceses e italianos, que se habían separado conscientemente de sus naciones. Por lo mismo no podía existir para Suiza una "cuestión nacional", o más bien: el planteamiento del problema nacional habría traído la destrucción de Suiza. Si querían defender su patria, debían alejarse los patriotas suizos de todo nacionalismo francés o alemán. La voluntad de la neutralidad dominó por completo a la política exterior suiza. La milicia suiza fue creada solamente para proteger el suelo patrio de las extralimitaciones de potencias en guerra. Lo mismo que Noruega y Dinamarca, se hallaba separada Suiza antes de 1914 de las combinaciones políticas europeas. En esos países no había nada que tuviese un aproximado parecido con la política imperialista de las grandes potencias. En consecuencia se hallaba allí el terreno para el florecimiento de la democracia liberal.

De los países tratados hasta ahora se distingue Inglaterra en cuanto que allí la abrumadora mayoría de los obreros industriales hasta 1914 se mantuvo fiel a los partidos burgueses. De ahí que la influencia de la II Internacional sobre la política interior británica era insignificante. Pero también en Inglaterra, lo mismo como en el continente, se limitaban los obreros hasta 1914 a los métodos de la democracia liberal cuando les tocaba atacar al imperialismo. Alrededor de 1900 se perfiló una crisis de confianza en la relación del partido conservador, gobernante en Inglaterra, y los obreros. El partido gobernante dejó que se paralizara la política social y determinados veredictos de la justicia, que obstaculizaban la libertad de movimientos de los sindicatos, no eran eliminados con la necesaria rapidez con una nueva legislación. La indignación de los trabajadores con el gobierno conservador condujo a un nuevo

intento de constituir en Inglaterra un partido obrero parlamentario independiente. Las elecciones a la cámara de los comunes en 1906 trajeron una gran derrota de los conservadores. De las 670 bancas de esa legislatura obtuvieron solamente 167. El partido obrero logró 43 asientos, pero los liberales conquistaron 377. A esto se agregaban 83 irlandeses. De esto se puede deducir: tan pronto como la mayoría de los trabajadores ingleses no creía más en los imperialistas, volvía con los liberales. En esta forma experimentó el liberalismo inglés una vez más una resurrección muy rara, que contradice a todas las premisas objetivas. En los años de 1906 hasta 1914 ha librado la democracia liberal inglesa bajo la dirección del valiente y decidido presidente de ministros, Asquith, una notable lucha por la paz, librecambio y libertad, contra el partido imperialista y contra la cámara de los lores. En estos ocho años de la más aguda tensión política, que todavía fue aumentada por las grandes huelgas, no era sin embargo el partido obrero político capaz de ocupar al lado de los imperialistas y de la democracia liberal una posición independiente. Dentro y fuera de los Comunes no era el partido obrero otra cosa que un apéndice del partido liberal de masas. Recién la guerra mundial, que destruyó sin piedad todos los compromisos insostenibles, ha dado al liberalismo el golpe de gracia, librando con ello también a los obreros británicos de la democracia liberal. La masa obrera británica, como así también la del continente al Oeste de Rusia, se ha valido pues, durante el período de la II Internacional, de las formas de la democracia liberal cuando quería influir en la política del estado.

Distinta era la situación en los Estados Unidos y en Rusia. En el continente y en Inglaterra había aniquilado el desmoronamiento de la revolución de 1848 y la declinación paralela de los cartistas, a la tradición de la democracia más antigua, que oponía el pueblo a los estratos superiores. Por el contrario, en América no existía una contraparte para la fracasada revolución de 1848. Es más: en la gran guerra civil de los años del sesenta había triunfado nuevamente la tendencia popular y fue así que la tradición Lincoln-Jefferson quedó intacta para la posteridad. A partir de 1890, después de la repartición de las tierras libres, se hizo sentir en los Estados Unidos cada vez más la fuerte presión del capitalismo de monopolio sobre las masas. Sin embargo, la reacción no se efectuó por la fundación de un gran partido socialista obrero de masas, al estilo europeo continental, ni por la fortificación de la tendencia liberal-capitalista, como en Inglaterra entre 1906 y 1914.

El socialismo a la manera de la II Internacional quedó reducido en los Estados Unidos a la condición de un minúsculo grupo sin importancia. En cambio, las masas de obreros, agricultores y pequeños comerciantes estrecharon filas contra el capitalismo de monopolio, haciéndolo bajo la comprensión de su unidad de "pueblo". Los caminos eran variados: o intentaban la creación de nuevos partidos sobre la base de semejante democracia social, pudiendo contarse entre éstos por los años del noventa a los Populistas y más tarde los movimientos de los Farmer Labour; o las masas se apoderaban de alguno de los dos grandes partidos históricos. Bajo la dirección de Bryan y Wilson lo fue el partido democrático y bajo Theodor Roosevelt, por un tiempo, el partido republicano. La lucha entre capital de monopolio y democracia social estaba en los Estados Unidos en pleno desarrollo cuando estalló la guerra.

Al igual que en los Estados Unidos se hallaba también el movimiento democrático de masas intacto en la generación rusa antes de la guerra. Sin embargo en Rusia, a diferencia de América, han tenido las ideas marxistas una influencia decisiva sobre el movimiento. Las tendencias que luchaban por el poder eran cuatro. En primer término estaba el absolutismo feudal: el Zar, el latifundio, los altos empleados, los oficiales y los sacerdotes, en una palabra, los verdaderos usufructuadores del viejo sistema absolutista. En segundo término de hallaban los grandes capitalistas e imperialistas, que se calificaban en Rusia de "liberales". Ellos querían un orden estatal más moderno, que reemplazase al gobierno incapaz y retardado de los burocratas. Pero ellos estaban dispuestos para aliarse en todo momento con el Zar y sus empleados contra la arremetida de las masas obreras. La tercera fuerza era el llamado movimiento "popular", dirigido por los intelectuales que aspiraban a una revolución agraria, la repartición del latifundio y la realización de la república democrática. Finalmente se desarrolló, poco a poco, y de acuerdo con el crecimiento de la gran industria rusa, también un partido socialista obrero.

Entre los socialdemócratas rusos se perfilaban, junto a varias corrientes menores, dos tendencias definidas. El conflicto condujo en 1903 a una división del partido. Desde entonces estaba la fracción mayoritaria de los bolcheviques, contra la tendencia minoritaria de los mencheviques. Los mencheviques eran un partido socialista radical que equivalía aproximadamente a los partidos obreros de la Europa Occidental del mismo período. Ellos trataban de organizar la mayor cantidad posible de obreros rusos, hasta donde

lo permitiera la policía zarista. En el Partido Obrero debía dominar la autonomía democrática de los afiliados. La socialdemocracia debía favorecer los intereses materiales de los trabajadores y apoyar también fuertemente la revolución burguesa, que aún quedaba por hacer. Pero la dirección en la revolución burguesa rusa, en opinión de los mencheviques, solamente podían tenerla los partidos de la burguesía. La clase obrera tenía la obligación de seguir a los revolucionarios de la alta o de la pequeña burguesía. Sin embargo, en un país agrario como Rusia, en el que los trabajadores industriales representan sólo una minoría de la población, no pudo determinar la socialdemocracia la celeridad del desarrollo.

Muy distinto era el punto de vista de los bolcheviques, como Lenin lo desarrolló ya en el período anterior a 1914 en innumerables ocasiones, en libros, artículos y discursos. Por primera vez desde la muerte de Marx y Engels aparecía un hombre quien, por el estudio de los escritos de los maestros y también por una observación crítica de las condiciones en su propio país, renovaba la democracia revolucionaria en el espíritu de 1848. Lenin fue el primer socialdemócrata que percibió el aislamiento del movimiento obrero y lo combatió como el obstáculo principal para la revolución. Cuando Lenin expresó que para un socialdemócrata no debía ser ejemplo el secretario del sindicato sino el orador de la tribuna popular, ha descubierto en realidad con una sola frase la diferencia esencial entre el marxismo originario y la teoría y práctica de la II Internacional. No obstante, siempre ha dedicado Lenin la mayor atención a las miserias y preocupaciones de los obreros en las fábricas y ha valorado durante toda su vida la actividad práctica de los sindicatos. Esto vale igualmente para Marx y Engels. Pero lo que Lenin rechazaba era el encapsulamiento gremialista, de apariencias radicales, del Partido Obrero y de todos los organismos proletarios en general que hacen al socialismo incapaz para la revolución.

Lenin coincidió con los mencheviques en que la futura revolución rusa podía ser solamente una transformación burguesa. Pero de ahí no se debía deducir que la dirección en la revolución burguesa debía corresponder a los partidos de la alta y de la pequeña burguesía, sino que la socialdemocracia rusa tiene la misión de arrastrar, además de los obreros, también el ejército de millones de oprimidos pequeños campesinos. El propósito debe ser el de fundar después de la caída del Zar una república bajo la forma de la "dictadura democrática de los obreros y campesinos". También

una república de este tipo sería todavía un estado burgués sobre la base de la propiedad privada. Pero se expropiarían los latifundios, se daría tierras a los pobres campesinos y a los obreros plena libertad de acción y todas las modernas conquistas sociales. Rusia estaba en víspera de la revolución burguesa, pero los grandes capitalistas y los llamados liberales tenían tanto miedo de las masas que no llegaron a producir la voluntad para efectuar su propia revolución, la burguesa. En caso necesario, debía realizar una coalición del pueblo trabajador, de los obreros y campesinos aliados, por encima de la burguesía, la revolución burguesa en Rusia. Por primera vez aparece en Europa con la agitación de Lenin el concepto vívido de la democracia social de la alianza revolucionaria de todos los hombres productores para el derrocamiento del estrato superior privilegiado.

Hasta 1914 no ha llevado Lenin tan sólo con orgullo el nombre de socialdemócrata, sino que defendió también en todo momento la forma tradicional de la república democrática. También para Lenin era cosa sobreentendida que después del triunfo de la revolución debía reunirse una asamblea nacional panrusa, elegida por todo el pueblo, para resolver sobre la nueva estructura de la república. Los consejos de obreros, los Soviets, habían aparecido ya en la revolución de 1905. Eran las reuniones de los delegados de las fábricas y talleres, de los obreros, que combatían o que estaban en huelga, como por ejemplo en San Petersburgo. Así eran los Soviets pues, importantes órganos de lucha de la revolución. Pero nadie pensaba antes de 1914 en que los Soviets habrían de pasar alguna vez en alguna forma al lugar del parlamento ruso, y Lenin, menos que ningún otro tuvo antes de 1917 proyectos de esta naturaleza.

En cambio Lenin tuvo ya antes de 1914 una cierta tendencia antidemocrática en la organización partidaria. Según su opinión, no debía ser la socialdemocracia un gran partido de masas sino un estrecho círculo de revolucionarios profesionales cuya misión sería dirigir desde afuera a las masas simpatizantes. El partido de los revolucionarios profesionales debía estar ajustado en firme disciplina por la más fuerte autoridad de la dirección partidaria. Lenin no veía en el partido socialista un movimiento de grandes masas obreras, que se gobernaba a sí mismo, sino que deseaba un estado mayor de la revolución, cuidadosamente seleccionado, de gran capacidad de militancia y obediente a la dirección. En la cuestión de la organización, se hallaba en la más violenta oposición hacia

los otros partidos socialdemócratas de su tiempo. Pero apenas se puede dudar que Marx y Engels, hubiesen actuado en la práctica en manera parecida, si alguna vez les hubiera tocado dirigir un gran movimiento en una revolución. Porque Marx y Engels han procedido siempre en su partido y en las organizaciones por ellos dirigidas, en forma autocrática. Nunca respetaron las votaciones de los afiliados. Lenin ha redespertado pues en Rusia a todo el marxismo originario, hasta en sus contradicciones. Este contraste interior de su concepción del mundo, digno de mención, era lo que posibilitó más tarde a Lenin para desarrollar en su sistema de Consejos la forma más radical de un gobierno autónomo democrático popular y destruir, poco tiempo después, mediante la dictadura de su partido, a su propia y más reciente democracia.

La revolución rusa de 1905 puso en grave peligro la existencia del zarismo. No solamente se declararon los obreros de la industria en huelga y combatían en las calles, sino que fueron arrastrados al movimiento grandes sectores del campesinado y se produjeron también levantamientos revolucionarios en el ejército y la flota. Pero siendo que la mayoría de las tropas quedó fiel a sus oficiales y al Zar, fue aplastada la revolución. Siguiieron unos cuantos años en los cuales las fuerzas revolucionarias se hubieron de recomponer de la derrota. A partir de 1912 se notaba la aparición de una nueva ola revolucionaria y cuando estalló la guerra mundial se preparaba la democracia social rusa para la batalla decisiva contra el zarismo.

2. GUERRA MUNDIAL Y III INTERNACIONAL

De las cuatro formas de la democracia burguesa que aparecieron en el tiempo hasta 1914, eran dos de una característica imperialista. La democracia colonial correspondía a los países de ultramar de las naciones blancas y la democracia imperialista se desarrolló en una forma pura tan sólo en el Imperio Británico. En cambio, tuvo la democracia social una importancia general hasta 1848, y la democracia liberal en el período de más o menos 1880 hasta la guerra mundial. Ambos movimientos tuvieron la desgracia de ir, siempre protestando, a la zaga del desarrollo económico y social de su tiempo. La democracia social, hasta la revolución de 1848, materializaba la resistencia del hombre pequeño y honesto contra el temprano capitalismo. La democracia liberal de antes

de la guerra, era la protesta del capitalista de la libre competencia contra la nueva forma del capital de monopolio concentrado. Ambos movimientos supieron presentar en forma palpable las deficiencias morales del sistema económico moderno, pero ellos no supieron oponer al capitalismo, respectivamente al imperialismo, un nuevo sistema social, que estuviese a la altura del progreso técnico y productivo.

En ambos casos los aliados socialistas de la democracia burguesa estaban en condiciones teóricas de llenar la brecha. Marx y Engels quisieron dar a la democracia de 1848 una forma social útil, pero ellos no se pudieron imponer a la mentalidad estrecha y pequeño-burguesa de su tiempo. Distinta era la relación entre la moderna democracia liberal y los partidos de la II Internacional. Los partidos socialistas se aislaron ellos mismos en su carácter de movimientos gremiales de los obreros de la industria, y la conexión con la democracia liberal era el único sendero, estrecho y de difícil acceso, sobre el que pudieron lograr los socialistas alguna influencia sobre la política de su tiempo. En esta forma no intervinieron los socialistas con sus fuertes y actualizadas armas, vale decir, con los planes de una nueva y amplia economía social, en la lucha política, sino que emplearon las armas débiles y anticuadas que procedían del arsenal de la democracia liberal, con las consignas de librecambio, paz y progreso. Así se convirtió la guerra mundial al mismo tiempo en una catástrofe para la II Internacional y para la democracia liberal.

La democracia social había prometido a las masas obreras antes de 1848, que con el triunfo de la revolución política y con la conquista del sufragio universal comenzaría una nueva era de igualdad y felicidad para los hombres. En 1848 vino la revolución pero nada fue llevado a la práctica de las promesas de los demócratas. La consecuencia fue una crisis general de confianza en la democracia. La democracia liberal más reciente, antes de la guerra, había sido mucho más modesta en sus promesas. Ella no prometió ni la transformación social ni la revolución general. Ella era tan cautelosa que solamente garantizaba a los pueblos el mantenimiento de la paz. Ahora no se había logrado ni eso. Así trajo pues, la guerra mundial el derrumbe moral de la II Internacional, instancia que en el continente había sido la verdadera portadora de la democracia liberal.

Pero también la renovada democracia social de los Estados Unidos estaba entre las víctimas de la guerra mundial. El presi-

dente Wilson tuvo la mejor voluntad para fomentar en su propio país el progreso social y asegurar al mismo tiempo con la intervención de América en la guerra, el triunfo de la democracia en el plano internacional. La creación de la Liga de las Naciones, bajo la dirección de América, debió iniciar la nueva era de la democracia y del progreso social. El partido de Wilson no tenía sin embargo, el necesario poder ni tuvo una visión lo bastante realista para acabar con las enormes dificultades de la crisis surgida del conflicto mundial. Mientras que el gran capitalismo se apoderó en los Estados Unidos de la máquina económico-bélica y de todas las demás posiciones del poder público, resultó Wilson incapaz de imponer en las negociaciones de paz los principios de una democracia social. Los tratados de paz de 1919 significaban el éxito del grupo imperialista, victorioso. En casa había perdido el partido de Wilson la confianza de los elementos social-progresistas, sin ganar con ello el favor del capitalismo de los trusts. Fue así que en las elecciones presidenciales de 1920 conquistaron los republicanos del alto capitalismo una completa victoria, y mantuvieron el poder hasta 1932. La democracia social en el espíritu de Bryan y Wilson dejó de ser un fuerte factor de la política americana. La derrota internacional de las ideas de Wilson se evidenció en que los Estados Unidos no ingresaron en la Liga auspiciada por su presidente.

En Inglaterra trajo la entrada en la guerra mundial el desplome inmediato de la posición liberal. Para efectuar la guerra hubo de aceptar Asquith la ayuda del partido conservador. En las diferentes combinaciones y coaliciones que gobernaron desde 1914 la vida política de Inglaterra, creció constantemente la influencia de los imperialistas hasta que desplazaron en forma total a Asquith y a sus más estrechos amigos. El en un tiempo ministro liberal, Lloyd George, pasó a la cabeza de un nuevo gobierno de coalición cuyo grueso era formado por el partido conservador. Con su energía y capacidad de oratoria, dio Lloyd George una vez más, brillo y poder a los ideales de la democracia imperialista de Gran Bretaña. La democracia imperialista arrastró consigo tanto a las masas de Inglaterra como a las de las democracias coloniales en los dominios y llevó a Gran Bretaña a la victoria.

La entrada en la guerra mundial significaba en todas las ocho grandes potencias el triunfo del imperialismo y la paralización de sus adversarios, pero a medida que la guerra se hizo más larga y exigía cada vez mayores sacrificios de las masas obreras, ganaba

la contracorriente nuevas fuerzas. En Rusia barrió la revolución de febrero de 1917, por de pronto, al zarismo, reemplazándolo por un gobierno de imperialistas burgueses. Pero detrás de la primera ola de la revolución siguieron otras nuevas. Con la revolución de octubre llegaron al poder los bolcheviques, conducidos por Lenin. En Rusia se materializaba ahora la dictadura democrática de obreros y campesinos. La renovada democracia social rusa, que surgió de la revolución triunfante, retaba ahora al imperialismo de las otras siete grandes potencias para la lucha.

En oposición a la democracia parlamentaria tradicional había hallado Lenin, de las experiencias de la revolución rusa, una nueva forma para la democracia de las masas obreras. La revolución de 1917 había despertado en Rusia nuevamente los Consejos de obreros, soldados y campesinos. Lenin descubrió ahora que los Soviets eran los gérmenes de una forma estatal totalmente nueva, a la manera de la Comuna de París de 1871. La diferencia entre los Soviets y los parlamentos burgueses no está en aspectos externos de técnica electoral, como ser elección directa o indirecta, elección según distritos o grupos profesionales. Lo decisivo es, que los Soviets superan la contradicción tradicional que había separado hasta ahora en los estados más grandes del continente europeo al parlamento del aparato ejecutivo de empleados y militares. La revolución rompe, con ayuda de los Consejos de soldados, el poder centralizado de los oficiales en el ejército. Ella elimina al mismo tiempo el poderío de la burocracia, de la policía y de la justicia. En todas partes es el Consejo de obreros y campesinos el único portador del poder. No hay otra fuerza armada que la milicia de los obreros y los asuntos administrativos son efectuados por simples encargados de los Soviets, sometidos a un permanente control por la masa obrera. De esta manera pueden eliminar los Soviets la gran deficiencia política que padecieron hasta ahora todas las constituciones europeas, exceptuando Suiza y Noruega, o sea que el aparato coercitivo centralizado del estado elevase una muralla contra la cual se estrellara todo avance de las masas trabajadoras en su camino hacia el verdadero gobierno autónomo.

El estado de los Soviets, como lo pensaba Lenin y como pareció emerger del transcurso práctico de la revolución rusa, era en efecto una resurrección del tipo comunal de la democracia. La gran dificultad práctica consistió, por cierto, en cómo se unificarían económica, militar y políticamente los Consejos locales, fragmentados, en una acción uniforme dentro del marco de una moderna

y gran potencia, dificultad que aumentaba con especialidad en tiempos revolucionarios y bajo el signo de la guerra civil. La república de los Consejos se mantuvo bajo enormes dificultades; y cuando se produjo en 1918 el derrumbe militar de Alemania y Austria-Hungría, pasaron al lugar de las monarquías militares, repúblicas democráticas, cuya base en todas partes eran los Consejos de obreros. La ola radical que partía de Rusia y que abarcaba también a los Balcanes, pareció arrastrar consigo a Italia y amenazaba hasta a Francia.

También en Inglaterra trajo el fin de la guerra un cambio de histórico significado. Por primera vez desde el tiempo de los cartistas perdieron millones de obreros la confianza en la dirección burguesa; mientras los grupos liberales, desunidos, quedaron reducidos a pequeñas fracciones políticas, creció el partido obrero pronto a la condición de la segunda fuerza política del país, capaz de disputar el poder a los conservadores. Marx y Engels habían esperado durante toda su vida política que en Inglaterra fuese introducido el sufragio universal y que después librarse el partido de clase de los trabajadores la batalla por el poder. A partir de 1919 pareció, por fin, cumplirse esta esperanza.

La guerra mundial se prolongó después del derrumbe de las potencias centrales en una gran lucha entre la democracia social renovada de Rusia y el imperialismo. Para llevar la revolución sobre un plano internacional, creó Lenin la III Internacional. Los nuevos partidos que se colocaron en el terreno del bolchevismo adoptaron, para hacer clara su diferencia con la socialdemocracia, el nombre de comunistas, tal como se habían calificado Marx y Engels mismos, en el período de la revolución de 1848. Los partidos comunistas reconocieron y evitaron, siquiera en sus programas, los errores y unilateralidades que había cometido la socialdemocracia y la democracia liberal. Los comunistas acentuaron, ciertamente, el rol directivo del proletariado en la dirección, pero ellos iban más allá de los intereses específicos de los obreros industriales. En todas partes se dirigieron también hacia los campesinos y los demás trabajadores. Ellos reconocieron la importancia de la cuestión nacional y despertaban en todos los continentes a los pueblos oprimidos, a la libertad. Ellos sostenían una política realista de poder. Su meta final era la paz entre los pueblos, pero ellos declararon que en el camino hacia esta finalidad no podían despreciar los obreros tampoco el medio de la guerra y de la violencia. A la energía brutal del imperialismo, que no retrocedía ante ningún medio

para mantenerse en el poder, debía oponerse una energía igualmente brutal del pueblo trabajador. El estado del pueblo obrero debía arrancar la dirección de la economía a los pocos capitalistas de los trusts. La economía bética, centralizada en interés del gran capitalismo, debía ser transformada en una economía social, centralizada en el interés del pueblo trabajador.

La lucha entre el imperialismo internacional y la renovada democracia social, que salió de Moscú, duró más o menos hasta 1923. El resultado fue una completa derrota de la democracia en todos los frentes. Ante todo, en Rusia mismo. Se evidenció como una fatalidad para el renovado movimiento revolucionario de la clase trabajadora, que estuviese atado desde el primer momento con el destino del estado ruso. Los bolcheviques de Rusia necesitaban en su apremiante situación, de 1918 hasta 1920, una rápida ayuda por la revolución triunfante en el exterior. Así fue que los nuevos partidos comunistas, fuera de Rusia, no crecieron orgánicamente de las relaciones de su país y de las propias experiencias de su masa obrera, sino que fueron fundados y organizados artificialmente desde Rusia y se arrojaron precipitadamente e inmaduros a luchas desiguales. Alrededor de 1921 comprendió Lenin que la esperanza en una revolución obrera triunfante en cualquier país, excepto Rusia, no existía por el momento. En consecuencia emprendieron los bolcheviques la retirada. En Rusia mismo descendió la república de los Consejos a una forma vacía. En lugar del gobierno autónomo de las masas, apareció la dictadura centralizada del partido bolchevique. Los partidos comunistas fuera de Rusia se transformaron por el mismo tiempo en sociedades de propaganda del gobierno soviético, en los cuales fue ahogada desde arriba toda vida propia y que eran inservibles como fuerzas independientes para una democracia del pueblo trabajador.

En el mismo tiempo en que la revolución rusa se paraliza y Moscú se convierte en la cabeza de un burocrático capitalismo de estado, se consolidó en los Estados Unidos el capitalismo de los trusts. En Francia gobernaba el bloque de las derechas nacionales. En Italia triunfaba el violento imperialismo en la forma de la dictadura fascista. En Italia era desde hacia dos generaciones, como ya se ha destacado varias veces, la vieja tendencia liberal un obstáculo para el desarrollo social. Después de la guerra, era solamente cuestión de saber quién desplazaría a estos llamados liberales para modernizar al país: los socialistas o los imperialistas. Pero los partidos obreros socialistas no mostraron ni la voluntad del

poder, ni capacidad para modernizar al país. Así quedó el triunfo a los fascistas. Mussolini renovó la tradición garibaldina del ejército particular voluntario que se componía de la juventud nacional. De los camisas rojas se hicieron camisas negras. Los objetos de ataque no eran ciertamente Austria, el Papa o el tirano de Nápoles, sino las sedes de los sindicatos y las redacciones partidarias de los socialistas. Es un cuadro trágico ver cómo en Italia, después del derrumbe de la democracia nacional antigua y revolucionaria, fueron adoptados sus medios y métodos por el enemigo para emplearlos con finalidades opuestas. En Italia ha ofrecido Mussolini al principio la táctica de las tropas de asalto fascistas, que desmoraliza en la pequeña guerra, —con una ayuda más o menos abierta de los órganos oficiales del estado—, a los demócratas y socialistas, hasta que se presenta el momento para la definitiva contrarrevolución.

También en Alemania fracasaron los republicanos y socialistas en todas las cuestiones reales del poder. Ya desde 1919 era el ejército un seguro instrumento de la contrarrevolución. No mucho mejor estaban las cosas en la administración y en la justicia. En la economía se afianzó bajo la república, de año en año, el poderío del capitalismo de monopolio. A esto se agregaba una honda desunión de los obreros alemanes, que fue aprovechada hábilmente por la contrarrevolución. En luchas parciales sin perspectivas, se desangraba la minoría de los obreros, que era decididamente revolucionaria pero numéricamente débil. En esta forma estaba la república alemana, ya después de pocos años, completamente vacía. La revolución alemana de 1918 muestra en muchos puntos una sorprendente analogía con la revolución francesa de febrero de 1848. Los socialistas alemanes de la mayoría desempeñaron aproximadamente el mismo rol que los demócratas socialistas de Francia en 1848. Ambos partidos emprendieron en seguida después de la revolución, una labor de reforma político-social muy estimable y objetivamente muy valiosa, en interés de las masas obreras. Pero ambos partidos descuidaron igualmente los medios reales del poder en la vida del estado. La política social flotaba pues, en el aire. A la izquierda de la socialdemocracia oficial se hallaba en ambas ocasiones un montón de grupos radicales desunidos, en parte precipitados e incontrolados. Los revolucionarios realmente serios, como Blanqui en 1848, Liebknecht y Rosa Luxemburgo en 1918, estaban aislados casi por completo y no pudieron cambiar el destino del movimiento. En ambos casos estaba la contrarrevolución en

acecho de las luchas entre los obreros; los combates de enero de 1919 han quebrado la fuerza de la república alemana en igual forma como la batalla de junio de 1848 quebró la francesa. La diferencia era, como es natural, que en 1848 estaba de inmediato presente el dictador popular después del derrumbe moral y político de la república, en tanto que en Alemania el correspondiente dictador conquistó recién muchos años más tarde influencia; y que la república, que no podía vivir ni morir, se arrastraba en penosas convulsiones. En Alemania cayó el gobierno en 1923, bajo el canciller Cuno, en poder de los partidos del gran capitalismo, que no fueron desplazados desde entonces.

En el Japón continuaron gobernando los viejos elementos. También en los estados marginales del antiguo imperio ruso, en los estados de sucesión de Austria-Hungría y en los Balcanes conquistaron las fuerzas antidemocráticas la supremacía, con la única excepción de Checoslovaquia, donde se logró la formación de una democracia social digna de mención. En el Imperio Británico, quedó en el poder la democracia imperialista. En Inglaterra hubo de luchar contra la democracia social, representada por un partido obrero que aumentaba constantemente sus fuerzas.

3. LA ASCENCIÓN DEL FASCISMO

El ocaso y el debilitamiento de las fuerzas democráticas en el plano internacional prosiguió hasta 1933. En ese año se produjo la destrucción de las últimas formas democráticas alemanas por el gobierno de Hitler. Pero ese mismo año, 1933, trajo la presidencia de Franklin Roosevelt en los Estados Unidos y el despertar de una democracia social en el país económicamente más importante del mundo. A partir de 1933, comienza pues también en la historia de la democracia un nuevo período.

En el lapso de 1918 hasta 1933, quedó cada vez más de relieve la crisis de la democracia liberal. En parte se repitieron los mismos acontecimientos que siguieron al derrumbe de la democracia revolucionaria después de 1848. Un gran sector de las masas desencantadas no quiso saber entonces nada de libertad y gobierno autónomo y clamaba por un fuerte líder y un justo dictador, quien sería mejor que los políticos de los partidos. Ha sido referido más arriba cómo la ola del bonapartismo arrastró consigo, desde el verano de 1848, a las masas populares indignadas por el curso de

la revolución. Un acontecimiento paralelo en Alemania lo constituyó el bismarckismo. Después de la batalla de Königgrätz tenía Bismarck detrás suyo a la mayoría del pueblo, no solamente a los junkers y capitalistas sino también a las grandes masas que se reían alarma de la debilidad y las frases de los políticos liberales y democráticos y que se sentían felices de que el gran hombre realizase ahora lo que no pudieron hacer los oradores de la iglesia de San Pablo. Sin embargo, en la extrema izquierda se desarrolló a partir de 1848 el movimiento del anarquismo proletario, la tendencia de aquellos hombres que no querían saber nada de elecciones y política de partido. Igualmente se ha reflejado cómo la tendencia general a la formación de partidos obreros independientes y el simultáneo alejamiento de los sindicatos ingleses del cartismo, representaba una respuesta al fracaso de la democracia revolucionaria. De esta manera presentó la separación de las masas populares europeas de la democracia social al estilo de la revolución de 1848, y en el siguiente período hasta 1870, un vasto arco, en cuyos extremos se hallan el bonapartismo y el baukuninismo.

En forma absolutamente paralela se desarrolló la crisis de la democracia liberal después de la guerra mundial. La democracia liberal hubo de soportar desde la derecha la arremetida de un imperialismo violento y de métodos populares, y desde la izquierda, los ataques de una masa obrera radicalizada que había perdido la fe en las tradicionales formas democráticas. El bolchevismo de Lenin había sido todavía en 1917 un movimiento democrático. Pero ya en la más temprana polémica de los bolcheviques contra los socialdemócratas no había sido siempre el dilema: "Auténtica democracia popular de los Consejos contra democracia alterada e insuficiente del parlamento burgués", sino que la consigna de la lucha era simplemente: "Democracia contra dictadura". Las masas populares se habían acostumbrado a equiparar a la democracia liberal, con sus métodos pacíficos y parlamentarios, a la democracia en sí.

Pero si los comunistas se levantaron contra la democracia y por la dictadura, era esto, en los dirigentes y en los dirigidos sin duda, algo más que un descuido en usar las palabras. Lenin y el círculo de dirigentes —a medida que se hacía más difícil la situación de Rusia— se retiraron cada vez más de la democracia de los trabajadores y confiaron en la dictadura del partido. Igualmente, las excitadas masas obreras de todos los países perdieron su fe en toda clase de democracia: en las organizaciones socialistas se ha-

bían gobernado los obreros durante 50 años y resuelto en forma libre sobre sus destinos. ¿Cuál había sido el resultado? En los parlamentos de casi todos los países había aumentado hasta 1914 el número de los diputados socialistas y demócratas. ¿Con qué utilidad práctica? En el frente de Este a Oeste perdían los hombres su fe en la libre autodeterminación. Si ellos no habían adelantado con los métodos usuales, quizás les ayudaría ahora la voluntad de un fuerte dirigente en el camino hacia el socialismo y un mundo mejor. En 1919 estaba sin duda la mayoría de los obreros europeos dispuesta a dejarse dirigir por Lenin y Trotsky para destruir el capitalismo y el militarismo. Aún más tarde cuando la Rusia soviética, y la III Internacional, habían cesado hacia tiempo de constituir fuerzas dinámicas de la revolución mundial, continuaba entre sus partidarios la crítica a la democracia burguesa y a las formas parlamentarias.

Prescindiendo de Inglaterra, habían sentido los imperialistas, ya antes de 1914, que la democracia era su enemiga. Los partidos franceses de derecha aspiraban a una dictadura militar o monárquica y admitían a la república del sufragio universal solamente como un mal inevitable. Las clases dominantes de Alemania habrían preferido realizar la frase de un famoso junker de "buscar a un teniente con 10 soldados" para disolver el Reichstag. Los capitalistas de los trusts de la Unión se esforzaban por comprar a los partidos. En Austria, y en Italia no tenía nadie respeto ante el parlamento y también en Rusia y en el Japón se hallaba la capa superior absolutamente al servicio de la autoridad. Después de la guerra mundial comenzó la tendencia popular del imperialismo a disminuir en las masas sistemáticamente a los principios de la democracia para realizar, junto con los comunistas, los valores de la dictadura. En lugar de la dictadura bolchevique, que era propagada desde Moscú, recomendaban los imperialistas como solución de todas las dificultades la dictadura fascista.

Después que hubiese quedado estrangulada por completo la libre autodeterminación de los afiliados en los partidos comunistas del continente, quedaron los partidarios de la democracia liberal como los únicos defensores del principio democrático. Su posición era en extremo débil y desfavorable. Los partidos obreros socialistas estaban debilitados por las separaciones de los comunistas. La izquierda burguesa, como el Partido Democrático en Alemania, los radicales en Francia y el viejo grupo político dirigido en Italia por Giolitti, eran aún más débiles que antes de la guerra. Pero

ante todo era desesperante la posición ideológica de la democracia liberal europea. Los demócratas liberales veían su misión en elegir entre todos los males que amenazaban a las masas populares, si quiera el mal menor. Después del terror de la guerra mundial querían ahorrar a los pueblos, por lo menos una nueva guerra y en consecuencia recomendaban un entendimiento entre los pueblos. En la política interna consideraban a la revolución social como imposible. Por lo mismo se esforzaban en retener a las masas de aventuras putschistas y querían proteger siquiera las más importantes libertades burguesas, como el derecho amplio del voto y los derechos sindicales.

Con su táctica de avisos pesimistas y cautelosos, se colocaba la democracia liberal en una desdichada posición de paragolpe entre la enconada arremetida de los imperialistas de derecha y de los comunistas de izquierda. Los patriotas, especialmente en las naciones oprimidas o relegadas a segundo término, querían una nueva ascensión nacional. Sin embargo, los demócratas socialistas y burgueses se les enfrentaban y predicaban la conciliación de los pueblos. Las masas hambrientas y miserables maldecían el capitalismo y pedían una revolución social. Nuevamente los ponían en guardia los demócratas y aconsejaban a las masas de quedarse en los métodos pacíficos. La crisis causada por la guerra mundial adquirió, con especialidad en la Europa Central, formas cada vez más terribles. La masa de los productores y desocupados hubo de privarse de todas las satisfacciones, mientras que una pequeña minoría de especuladores se enriquecía más cada día. Las naciones victoriosas y dominantes despreciaban el deseo de vivir de los pueblos vencidos o atrasados. Pero si la juventud y los sectores activos del pueblo se levantaban contra este vergonzoso presente, y se empeñaban por un porvenir mejor, entonces pareció que la democracia quería prohibírselo. Democracia, eso quería decir por lo visto, que todo quedara en los viejos términos, que la capa de los señores se siga enriqueciendo, que la masa continúe en la miseria y que la patria sea eternamente menoscabada. Toda esta situación vergonzosa y absurda, se llama: ¡democracia, cultura, humanidad!

La democracia liberal, que ya antes de la guerra había sido débil e incapaz de una acción en el continente europeo, permitió que después del conflicto fuese colocada en el rol de una tía maligna que prohíbe a la juventud sacrificarse para un mejor porvenir. Por una fantástica inversión de todos los conceptos y por la descomposición de todas las nociones, se llegó tan lejos, que con-

siderables partes de los pueblos, y por cierto no los peores, cayeron en un odio venenoso contra todo lo que sonara a democracia o humanidad. Una orientación política, que en el periodo de la tremenda crisis mundial y de extremas violencias, hablaba tan sólo de paz y de legalidad, fue expulsada por de pronto ideológicamente de todas las posiciones, para convertirse al final en la víctima de sus adversarios más fuertes y menos considerados.

El fascismo venció hasta 1933, en una u otra manera, en Italia y en Alemania, en Polonia y en los países bálticos, en Hungría y en los Balcanes, en Portugal y por un tiempo también en España. Francia tuvo después de 1924 todavía algunas victorias electorales de la izquierda, pero ella estaba tan incapacitada para el gobierno como antes de 1914. En toda situación sería ganaba el bloque de la derecha la supremacía.

Aristóteles y Platón han demostrado ya en sus consideraciones modelos sobre el "Tirano", que en la crisis de una constitución liberal se puede imponer fácilmente la dictadura de un hombre grande o a quien se considera como "grande". La historia ofrece al efecto numerosos ejemplos desde Pisístratos en Atenas, hasta Napoleón III en Francia. Lo nuevo, lo novedoso en el moderno fascismo, es la unión de la persona del dictador con el imperialismo, vale decir, con la fracción del capital de monopolio especialmente violenta y nacionalista. Los nacionalistas militares y capitalistas de los países pequeños y medianos siguieron el ejemplo que les dio el correspondiente movimiento de las grandes potencias. Después de 1918 tenía el fascismo frente a sus adversarios la extraordinaria ventaja de que parecía hablar como la única fuerza política en el nombre de toda la nación. El frente popular democrático de 1848 estaba olvidado. Hacía tiempo que estaba destruida la uniformidad de la sociedad burguesa liberal. Los llamados marxistas se habían convertido en un partido gremial de los obreros industriales y estaban además divididos desde la guerra mundial. Frente a todos los grupos y grupitos de la moderna vida política representaban los imperialistas y nacionalistas un compendio seductor y poderoso, vale decir, la unidad y la grandeza del pueblo.

4. POSICIONES DEMOCRATICAS Y SOCIALISTAS EN EL PRESENTE

La democracia burguesa se ha mantenido en el continente europeo, en Suiza y Escandinavia. Una nueva democracia burguesa de asombrosa estabilidad se ha establecido en Checoeslovaquia. Bajo la dirección de Masaryk se encontraron dentro del pueblo checo dos partidos obreros socialistas, un gran partido agrario democrático y también algunos partidos menores de artesanos y pequeños burgueses católicos. Esto era una auténtica coalición del pueblo productor bajo la conjunción de sus grupos profesionales más importantes en el terreno de la idea nacional. Este bloque gubernativo checo eliminó en el país las tradiciones de los Habsburgos, se creó una fuerza defensiva y una administración digna de confianza, repartió los latifundios y aseguró los derechos sindicales de los obreros de las industrias. La propiedad privada capitalista subsistió, pero los capitalistas no eran capaces de apoderarse de la dirección política y destruir así el compromiso sobre el cual se basa la sociedad del estado checoeslovaco. El bloque gubernamental democrático se esforzó en atraerse también las fuerzas democráticas de las minorías nacionales. Hasta ahora se ha mostrado en una visible superioridad frente a todas las tendencias fascistas. Los comunistas que combatieron en forma muy violenta la idea del compromiso social en los primeros años de la república checa, se acercaron también últimamente a la coalición gubernativa para vencer el peligro fascista. El éxito de la democracia checoeslovaca está en que ha actualizado el pensamiento político viejo pero no obstante vital: una alianza de clases al estilo de la democracia social de 1848 pudo mantenerse porque estaba en condiciones de cumplir con las exigencias de una moderna política de poder y con el control económico estatal.

Otra isla de la democracia social en Centro-Europa era, de 1918 hasta 1934, la administración comunal socialista de Viena. Aislada y contando tan sólo con sus modestas fuerzas, sucumbió en 1934 a la superioridad fascista y capitalista. Las obras destacadas de la comuna socialista de Viena en todos los terrenos de la protección social, del fomento cultural de las masas y de la economía planificada comunal, muestran empero lo que puede rendir una democracia apoyada por las masas populares, aun cuando se tratase tan sólo de un esfuerzo efectuado dentro de los límites estrechos de un estado antidemocrático.

Las grandes derrotas de la democracia liberal han introducido, con especialidad desde la toma del poder por Hitler, un considerable reagrupamiento entre las masas productoras de Europa. La gran mayoría de los obreros reconoce que los viejos métodos políticos son inseparables y en consecuencia busca nuevos. Donde más clara se ve esta modificación es en el terreno de la política internacional y en la cuestión de la guerra. En el primer período de su existencia, dada la ausencia de Rusia y los Estados Unidos, la Liga de las Naciones había sido ante todo un órgano de las potencias europeas victoriosas en la guerra. Esto varió en los últimos años cuando Rusia ingresó en la Liga, en tanto que el Japón, Italia y Alemania se colocaban en una oposición cada vez más violenta con ella. Cuando el instituto genebrino respondió en 1935 al ataque italiano a Etiopía con sanciones económicas, se había convertido con ello por un breve tiempo en el órgano de una política democrática internacional. La dirección en la Liga la tenían ahora los países de la democracia burguesa como Inglaterra y sus dominios, Checoeslovaquia y Escandinavia, junto con las dictaduras del capitalismo del estado de Rusia y Turquía. Francia fue obligada por la presión de los partidos de la izquierda a mantenerse, aún cuando con muchas oscilaciones, en la línea de Ginebra. Dentro de un mismo plano internacional se hallaron pues en 1935 los demócratas socialistas y burgueses, más los países de capitalismo estatal; por el otro lado estaban las potencias fascistas y sus apéndices. Ciertamente, la ayuda positiva que la Liga pudo ofrecer a Abisinia contra Italia, fue muy pequeña. No obstante, los acontecimientos de 1935, como primer comienzo de una seria solidaridad democrática registrada desde 1849, conservan su importancia histórica.

La cuestión de las sanciones contra Italia colocó a los partidos de la Internacional Socialista en un punto decisivo. ¿Debía ser proseguida la política del pacifismo abstracto y del rechazo incondicional de la violencia, o debía llegar al reconocimiento de que la paz debe ser organizada con medios reales? Solamente si la comunidad de los amantes de la paz puede producir una fuerza física que sea más fuerte que toda posible combinación de los perturbadores de la paz, podrá ser asegurada esta última. La mayoría de los obreros socialistas europeos se ha pronunciado por la política sancionista de la Liga, no importa qué consecuencias pudiesen surgir de la misma. Con esto se ha superado en realidad el dogma más peligroso de la democracia liberal más antigua, quiere decir, la enseñanza del pacifismo más absoluto. Paralelamente a

este significativo cambio en la política exterior socialista va una correspondiente metamorfosis en las cuestiones de la política interna. Los partidos socialistas comienzan a unirse con los comunistas y con los aún restantes grupos democráticos burgueses, formando frentes populares. Existe la preocupación de no mirar los problemas tan sólo desde el punto de vista de esta o de la otra profesión, sino dentro del marco nacional. Se reconoce la necesidad de oponer a la violencia fascista la propia fuerza, y al moderno capitalismo de monopolio una economía planificada del estado, para responder a los intereses del pueblo trabajador.

La acción de la Liga contra Italia fracasó ante todo porque el gobierno inglés no quería iniciar por causa de Etiopía una guerra con Italia. Como es lógico no ofrece el partido conservador inglés un cuadro social uniforme. Por una parte eligieron centenares de miles de obreros industriales en sentido conservador y a esto responde un ala fuerte, torydemocrática, y absolutamente antifascista del partido. Por el otro lado se hallan, en cambio, los grandes capitalistas de Inglaterra que no llegan a comprender por qué habrían de exponer sus bienes y su sangre en la contienda mundial entre fascismo y democracia social, colocándose del lado de los obreros. El resultado es que el partido gobernante inglés adopta una línea media y se esfuerza en quedar neutral en la lucha internacional de fascistas y antifascistas. En los últimos años ha sido atacada esta política exterior del gobierno inglés en forma muy enérgica por los laboristas. También esto es un hecho de alto significado histórico, porque es la primera vez que un gran partido socialista de masas persigue en un importante estado una política exterior activa e independiente, que no es formalmente pacífica. Porque en la guerra mundial, cuando apoyaban los créditos de guerra y la paz interna, no tenían los socialistas una línea independiente, sino que siguieron obedientes las indicaciones del gobierno y de la opinión pública. El partido obrero de Inglaterra, por el contrario, pidió en los últimos años, en vehemente oposición contra la táctica hesitante del gobierno, una activa resistencia contra los dictadores fascistas, con todas las consecuencias que pudiesen surgir de esta conducta. La gran mayoría de los obreros ingleses estaba también dispuesta a aprobar el rearme británico, porque un futuro gobierno obrero inglés no puede estar desarmado frente a los fascistas. El partido obrero de Inglaterra ha formado ya dos veces transitoriamente un gobierno de minoría. Ahora se prepara para transformar a la economía, la constitución y la política ex-

terna inglesa, en el sentido de su orientación, si es que obtiene sola la mayoría en los Comunes. En Inglaterra apareció en los últimos años también un partido fascista que es numéricamente pequeño pero que halla en numerosos círculos influyentes de la derecha burguesa, positivas simpatías. Hasta ahora, sin embargo, las fuerzas del movimiento obrero y torydemocráticas se han mostrado muy superiores al fascismo.

Mientras que el partido obrero inglés elabora una política realista ajustada a los tiempos, arrastra el movimiento obrero francés todavía tradiciones paralizadoras. El gobierno de frente popular de Blum compuesto por socialistas, comunistas y radicales pequeño-burgueses, fue recibido con las mayores esperanzas, pero rápidamente quedó en evidencia que sólo prolongaba los viejos gobiernos del bloque de la izquierda. El gobierno del frente popular realizó reformas sociales y económico políticas dignas de mención, pero no fue capaz de cambiar algo en las cuestiones fundamentales de la constitución (senado), en el ejército y en la administración. La política exterior del frente popular quedó, a pesar de su apoyo a la Liga, en un terreno formalmente pacífico. Así el gobierno de Blum perdió pronto su autoridad hacia afuera y hacia adentro y se estrelló en el primer conflicto serio con el Senado. Después de la dimisión de Blum siguió el habitual gobierno transitivo.

Un segundo campo para un gobierno de frente popular lo fue en los últimos años España. Aquí se cruzaron, ciertamente, los grandes conflictos internacionales en manera tan curiosa con los contrastes locales de la sociedad española, que hasta un pequeño esbozo del desarrollo español en el último decenio iría mucho más allá del marco de este libro. Señalemos aquí sólo un hecho, o sea la aparición de la brigada internacional que salvó a Madrid del ataque fascista y dio así al gobierno español del frente popular el necesario tiempo para organizar un propio ejército. Destaquemos que muchos miles de hombres acudieron presurosos de todos los puntos de Europa y de América, como voluntarios a España para sacrificar allí sus vidas por la democracia y contra el fascismo. Esto es un acontecimiento totalmente nuevo que no hubiese sido imaginable desde la generación de 1848.

Bélgica tiene desde la guerra mundial el derecho amplio del sufragio. El partido obrero socialista belga no fue sin embargo capaz de tomar solo el poder, y tampoco formó un frente popular, sino que efectuó en los últimos años una coalición con los liberales

capitalistas y con tales conservadores-católicos que aún afirmaban los métodos parlamentarios. Claro está que semejante coalición puede defender sólo lo existente y no está en condiciones de efectuar una reforma fundamental en el estado y en la sociedad. De esta manera ha surgido un fuerte y activo movimiento fascista, que no ha impuesto tan sólo el curso de la política exterior sino que conquistó también amenazadores éxitos en el orden interno. Holanda tiene también desde la guerra mundial el sufragio universal sin que con esto hubiese cambiado la estructura de su estado.

La gran crisis económica había conmovido en las masas de los Estados Unidos la fe en el libre juego de la economía privada, en el sentido del gran capitalismo. La democracia social arrastró consigo a la mayoría del pueblo. Al frente del movimiento apareció el presidente Roosevelt, elegido primero en 1932 y reelecto con abrumadora mayoría en 1936. El New Deal de Roosevelt corresponde por completo al marco de la democracia social, porque el presidente quiere mantener la propiedad privada pero disminuir al mismo tiempo en intereses de los grandes masas productoras de las ciudades y del campo, la influencia del capitalismo de monopolio y asegurar mediante una amplia economía dirigida del estado el standard de vida de obreros y agricultores. Al mismo tiempo destinó gigantescas sumas para la fuerza armada americana, se declaró contra un aislamiento de Estados Unidos y por una garantía internacional activa de la paz. El desarrollo en los Estados Unidos se halla todavía en plena marcha, lo que vale también para las organizaciones sindicales y sus luchas. Los adversarios de New Deal tienen en parte todavía algún poder en la justicia y en la administración local. Detrás del presidente se halla la mayoría del partido democrático. Pero él tiene también importantes enemigos democráticos y muchos amigos en el campo de los republicanos. En los últimos años se ha intentado en los Estados Unidos, varias veces, la formación de nuevos partidos que deban responder mejor a los problemas sociales de este tiempo. El más importante de estos experimentos es el joven partido obrero americano, que reunió en noviembre de 1937 en las elecciones comunales de Nueva York, casi medio millón de votos y que contribuyó considerablemente al triunfo del alcalde La Guardia, amigo de reformas.

Dentro del imperio británico existe un fuerte gobierno de la democracia social, en el Estado Libre de Irlanda, donde el presidente De Valera constituyó su poder sobre una coalición de los pequeños agricultores y obreros, combatiendo fuertemente todos los

intentos fascistas. En el otro extremo de la tierra tiene Nueva Zelanda un gobierno obrero exitoso, que ha ganado también la confianza de los agricultores y que ha mejorado en manera considerable con medidas de planificación económica el standard de vida de la población. En Australia lucha el partido obrero con un partido burgués capitalista, contienda en la cual forma en la actualidad el partido agrario el fiel de la balanza. Este partido colabora en el parlamento federal con los burgueses pero en Victoria con los obreros. Varios estados australianos son gobernados por el partido obrero y parecen asegurados el alto standard de vida y las libertades políticas y sindicales del pueblo trabajador. En la India la nueva constitución llevó al poder en la mayoría de las provincias al partido congressista nacional, partido que contiene muchos importantes elementos de una democracia social. En África domina la minoría de la capa superior blanca, que no acuerda a la masa obrera de la población de color, ningún derecho ciudadano. Muy complicadas son las condiciones en Canadá. Allí se agudizan los contrastes entre capital industrial y trabajadores, entre capital financiero y agricultores. Los viejos partidos históricos de los conservadores y liberales se hallan en descomposición sin que se hayan formado todavía nuevos partidos de característica nacional. En el Oeste se manifiestan grupos filofascistas y un movimiento de agricultores radicales anticapitalistas en el Este. Pero todos estos agrupamientos no pueden considerarse como definitivos. Punto muy dudoso es también la situación política y constitucional que conquistará la clase obrera judía en Palestina. El partido revolucionario nacional chino, el Kuomintang, era originariamente un auténtico movimiento de la democracia social, en el sentido de su fundador Sun Yat Sen. En el último decenio la dictadura militar del general Chang Kai Shek mantuvo sometidos a los elementos populares y a la masa obrera. El estallido de la guerra chino-japonesa en 1937, ha librado a la masa de esta presión y ha abierto un nuevo período en la historia de la democracia del Asia Oriental. En el Japón se hallan igualmente los elementos de los más diversos movimientos revolucionarios, demócraticos y socialistas, esperando su celosión.

En Méjico existe ahora una especie de gobierno de obreros y campesinos. A pesar del atraso cultural, ha librado la revolución social en Méjico desde la guerra mundial, asombrosas energías y el partido gobernante trata de mantener al país independiente y construir un nuevo orden social, con repartición de latifundios y control del estado sobre la industria.

La dictadura capitalista estatal de Turquía es también el producto de una revolución social que barrió a fines de la guerra, bajo la dirección de Mustafá Kemal, al sector histórico de los señores. Mustafá Kemal es el único dictador de nuestro tiempo que ha empeñado todas sus fuerzas para eliminar el detritus de una opresión milenaria en el orden político, económico y espiritual, que gravitaba hasta ahora sobre los campesinos turcos. Así pues, no significa esta dictadura solamente un progreso técnico frente al tiempo anterior, sino también una elevación extraordinaria de la capacidad de juicio, de la cultura y de la posición social de las masas populares.

Es digno de mención que la democracia social y el movimiento obrero se muestran fuertes con especialidad en aquellos países a los cuales faltó una considerable tradición marxista y socialista del tiempo de la II Internacional, tal como en Inglaterra e Irlanda, en los Estados Unidos, Australia, Nueva Zelanda y Méjico. Marx mismo no se preocuparía en exceso acerca de esto porque en todo tiempo ha considerado como más importante un movimiento dinámico y pujante, aun cuando no lo citase a él, que una insuficiencia que se prendiese de sus fundillos.

5. CRITICA GENERAL DE LA DEMOCRACIA

La democracia como cosa en sí, como una abstracción formal, no existe en la vida histórica sino que la democracia es siempre un determinado movimiento político, conducido por determinadas fuerzas y clases sociales que luchan por determinadas finalidades. Un estado democrático es, en consecuencia, un estado en el que gobierna el movimiento de la democracia. Esta, como movimiento político, se descompone en la democracia socialista y la burguesa. La socialista aspira al gobierno propio de las masas, aparejado a lo cual deben hallarse los medios más importantes de producción en poder de la comunidad. Los partidos socialistas del siglo XIX y XX son los representantes de este movimiento. La democracia socialista no ha sido sin embargo hasta ahora capaz de apoderarse en estado alguno del gobierno.

La democracia burguesa aspira igualmente al gobierno propio de las masas populares, pero bajo la conservación del principio de la propiedad privada. La democracia burguesa, contrariamente a la socialista, ha conquistado el poder en una serie de estados. Ella

no es uniforme sino que se presenta históricamente en cuatro formas distintas. Por un lado se halla la democracia social. Este movimiento quiere mantener también el principio de la propiedad privada, pero ella anhela el dominio de la masa trabajadora en el estado, en lucha contra la capa superior capitalista y feudal. Estados en los cuales predominaba la democracia social, eran Francia en el tiempo de Robespierre y los Estados Unidos bajo la presidencia de Jefferson. Una clásica formulación de la democracia social la dio Lenin entre 1903 y 1914, con su doctrina de la dictadura democrática de los obreros y campesinos.

En oposición a la democracia social —y explicablemente también a la socialista— rechazan las otras tres formas de la democracia burguesa la lucha de clases y aspiran a una conciliación entre los sectores ricos y las masas trabajadoras. Este compromiso se procura o en la forma liberal o imperialista. La democracia imperialista quiere crear con una política imperial y de gran potencia, los medios para facilitar el ajuste entre patronos y obreros. El país más destacado de la democracia imperialista era, desde Disraeli, Gran Bretaña. La democracia liberal, por el contrario, quiere asegurar el progreso cultural y económico de la humanidad con una disminución de la política de fuerza y violencia, y con la paz y la libre competencia. La democracia liberal se desarrolló mejor en los pueblos pequeños, como en Suiza y Noruega.

La democracia colonial, finalmente, es la forma específica de la democracia burguesa en países de ultramar, donde los inmigrantes blancos encuentran enormes espacios deshabitados o de muy escasa población. El compromiso entre las clases se facilita aquí con ayuda de la tierra libre. Ejemplos de la democracia colonial la ofrecen los Estados Unidos, más o menos hasta 1890, como así también el Canadá, hasta la guerra mundial.

La diferencia entre los diversos tipos del movimiento democrático en los tiempos modernos es muy grande. A la historia de la más reciente democracia pertenecen lo mismo los bolcheviques de Lenin, los republicanos progresistas de Theodore Roosevelt y los reformadores que encabezaba Chamberlain. Movimientos democráticos gobernaban en una u otra forma en los Cantones suizos de Suiza, en las aldeas de pescadores de la costa noruega y en los distritos industriales de Lancashire. Ya de ahí se puede ver lo poco que sirve la formulación de la democracia como una generalidad pareja, y que solamente, la prolífica investigación individual

del respectivo tipo de democracia puede ofrecer la comprensión histórica y política.

Un estado democrático en los tiempos modernos es pues una comunidad en la que domina una de las citadas formas de la moderna democracia burguesa. Si se quiere apreciar con exactitud el contenido social de un estado, no basta la consideración de la constitución escrita o tradicional en vigencia; sino que depende de cómo funcionan en realidad las instituciones del estado, cómo se comportan las diferentes clases entre ellas y quién tiene en sus manos, en un momento dado, el verdadero poder del estado. La forma clásica para semejante investigación del estado la dio Aristóteles. El no se conforma nunca con declarar que un estado es una oligarquía o una democracia, una monarquía o una república, sino que investiga en cada uno de los casos, minuciosamente, las verdaderas condiciones sociales y constata quién tiene en realidad el poder.

El estado feudal del medioevo era un tipo claro e inconfundible. También un estado socialista sería una forma inconfundible. En cambio los estados democráticos modernos tienen de común con las restantes características del estado burgués el hecho fundamental y de decisiva importancia de la propiedad privada. No es pues del todo simple hallar dentro de estados, que coinciden en la realidad económica fundamental, la línea fronteriza en que termina la democracia y comienza la oligarquía. El moderno desarrollo social ha producido tan complicadas relaciones de transición y resultantes de compromisos, que su valoración uniforme no viene siempre al caso. Las fuerzas sociales se modifican continuamente, aun cuando los artículos de la constitución sigan siendo los mismos. Así, el original de la constitución de los Estados Unidos, prescindiendo de algunos pocos cambios, es el mismo que en los días de Washington, y sin embargo, qué de infinitas transformaciones se han dado desde entonces en la sociedad americana y con ello también en la constitución real de la Unión.

Los estados en los cuales predomina la democracia social, son de una localización más fácil. La guillotina de Robespierre y las resoluciones de lucha económica de Jefferson contra el capital financiero, son bastante claras. Mucho más difícil es el problema en los otros tres tipos de la democracia burguesa que se fundan o se quieren fundar en un compromiso entre capital y trabajo, entre ricos y pobres. ¿Qué es lo que tienen de común entre ellas y también con la democracia social? ¿Qué los diferencia del tipo común,

por ejemplo del estado parlamentario burgués? Un intento de definición que se base tan sólo en los resultados obtenidos empíricamente del desarrollo histórico, sería más o menos así: también en el estado democrático burgués tiene la propiedad privada capitalista una posición decisiva. Los capitalistas efectúan sin embargo un compromiso político con los obreros y este compromiso es mantenido por la libre voluntad de ambas partes y por su conceptualización de las necesidades económicas. No existe un poder físico coercitivo y decisivo, salvo el de la libre voluntad y de la opinión sobre las necesidades económicas, que obligue a las masas a este compromiso; porque si la capa superior capitalista incluye en semejante compromiso también un poder abrumador de orden militar y policial, deja de ser compromiso. Entonces es el predominio del sector superior tan grande que las masas obreras no pueden aspirar siquiera a una participación con iguales derechos.

Con toda seguridad no es casual, que todos los países que pudieron desarrollar formas estables de la democracia burguesa, como los Estados Unidos, Gran Bretaña y sus dominios, Suiza y Noruega, coincidan en ciertos puntos. Todos ellos tuvieron antes de 1914 tan sólo una fuerza militar reducida, como así también una muy desarrollada y descentralizada administración propia. Si se coloca a los Estados Unidos de la generación anterior a la guerra al lado de Francia, presentan ambas repúblicas una mezcla de elementos democráticos y antidemocráticos. Si se piensa en la corrupción en algunas ciudades americanas y en los sucesos que acompañaron a algunas huelgas, entonces parecen predominando las fuerzas antidemocráticas. No obstante, la situación de los Estados Unidos en ese período era muy distinta a la de Francia. En esta o la otra ciudad de la Unión pudieron lograr los políticos corruptos el poder debido a que la masa de los habitantes miraba con indiferencia los asuntos públicos. Pero tan pronto como la corrupción y la desastrosa administración se hizo muy grave, recapacitó siempre la mayoría de los obreros, comerciantes, etc. Surgía un movimiento de reforma: en la próxima elección eran barridos los políticos corruptos y comenzaba un período de "escoba de hierro". Esto continuaba por tanto tiempo hasta que la energía de los ciudadanos volvía a adormecerse y los políticos profesionales reaparecían en el primer plano. De todas maneras no puede resistir nadie en América a la seria voluntad de la mayoría de los ciudadanos, si éstos se unen y atacan al adversario. El pequeño ejército federal americano no juega en esto ningún rol.

En Francia, en cambio, era el ejército permanente hasta 1914 siempre la gran incógnita en toda lucha política por el poder. Todas las crisis de la tercera república, desde su comienzo hasta la guerra mundial, estaban vinculadas al ejército: la crisis Mac Mahon, la crisis Boulanger, el caso Dreyfus, y finalmente todavía la lucha por el servicio militar de tres años. En vista del poderoso vecino alemán, se hizo el mantenimiento de un fuerte ejército regular una necesidad para Francia. Los Estados Unidos, por el contrario, estaban en la situación feliz de no tener que temer a ningún serio adversario en el continente. La diferente posición política-militar de la Unión y de Francia determinó, necesariamente, también una diferente estructuración de las fuerzas sociales. A esto se agrega la diferencia entre la soltura del federalismo, que gobierna a los Estados Unidos, y el cerrado centralismo que recibió como herencia histórica la máquina francesa del estado. Es indudable que el capitalismo americano acusaba ya antes de 1914 mayor poder y concentración que el francés. Sin embargo, el alto capitalismo francés tenía fuera de la esfera de la economía algunos aliados que faltaron al gran capitalismo americano. Por lo mismo, pese a las muchas características negativas de la vida pública americana, la democracia burguesa era allí siempre más fuerte y más segura que en Francia.

Así se muestra una cierta afinidad selectiva entre la democracia y aquel tipo del estado que puede ser calificado de "comunal". En breves períodos de la guerra regular o guerra civil, necesita también un movimiento democrático un fuerte poder centralizado, a la manera de 1793, si es que quiere subsistir. Pero la experiencia histórica que se tiene hasta ahora, demuestra que una comunidad estatal democrática se puede mantener solamente si predominan los elementos locales del gobierno autónomo. Considerables dificultades prácticas se ofrecen cuando se debe unificar el principio democrático de la autonomía local con las exigencias de un gran estado y la moderna y uniforme organización de la economía. El desarrollo del imperio británico y de los Estados Unidos enseña, empero, que esas dificultades no son insuperables.

Una cuestión frecuentemente discutida es la relación de la democracia hacia la llamada legalidad. ¿Es la democracia como tal una forma de estado que garantiza más que cualquier otra un desarrollo pacífico? ¿Es admisible habiar de un método democrático — en el que decide la votación — en contraposición al método de la violencia política? También aquí debe hacerse la dife-

rencia entre el estado democrático y el movimiento democrático. Cualquier estado, no importa cómo sea su constitución, se presenta como defensor de la legalidad. Exige que sus leyes sean respetadas por todos los habitantes y persigue a todo aquel que quiera cambiarlas violentamente, como reo de alta traición. Esto vale lo mismo para el estado democrático que para cualquier otro. Una monarquía absoluta o una oligarquía capitalista pueden mantener en igual manera a través de largos períodos una legalidad ordenada, como lo hace la democracia. El reino absolutista de Prusia, por ejemplo, tuvo durante 150 años, desde su fundación hasta la revolución de 1848, un desarrollo pacífico e imperturbado dentro del espíritu de la legalidad. Las necesarias reformas fueron efectuadas por la figura absoluta del rey en la forma de nuevas leyes. A su vez tuvo Inglaterra desde 1688 hasta 1867, bajo la dominación de la minoría capitalista un desarrollo legal tranquilo en absoluto. El estado democrático no puede pretender pues, una preferencia sobre las restantes formas estatales, en cuanto se refiere a la cuestión de la legalidad. Esto es valedero para la solución de litigios por votaciones y por la voluntad de la mayoría, y no por la violencia. Esto es valedero tanto para la democracia como para cualquier otro estado que posee un cuerpo gobernante representativo. Durante siglos, antes de ser una democracia burguesa, fue gobernada Inglaterra en paz por las resoluciones de la Cámara de los Comunes y de los Lores. También Suecia ha gozado durante 400 años una pacífica evolución, gracias a las votaciones de una asamblea de los estados feudales, que se convirtió después orgánicamente en un moderno parlamento. Los adversarios de una existente forma de estado estarán sin embargo dispuestos a dudar siempre de la legalidad de ese estado. Si este último es atacado con violencia, deberá defenderse también con la violencia. Esto rige para el estado democrático lo mismo que para cualquier otro, y no existe al respecto una posición especial de la democracia.

El movimiento democrático se ha valido, al igual que cualquier otra tendencia política, de los medios más variados para lograr sus propósitos. La historia de la democracia francesa de 1789 hasta 1871, está escrita virtualmente con sangre. Los demócratas americanos efectuaron la más grande guerra civil de todos los tiempos para conservar su forma de estado. Los demócratas de Suiza se han impuesto antes de 1847 por la rigurosa aplicación de la violencia en los cantones y en la federación. La democracia noruega debe su existencia a la revolución de 1905, la que pudo

transcurrir, es cierto, sin derramamiento de sangre, pero que constituyó, no obstante, una ruptura completamente unilateral de la legalidad garantizada en la constitución. En Gran Bretaña, finalmente, estuvieron los protestantes del Ulster, entre 1912 y 14 resueltos a no someterse a un acuerdo de la mayoría parlamentaria que les pareció insoportable y se preparaban para rechazar con las armas las consecuencias de la ley británica sobre la autonomía de Irlanda. Los obreros, agricultores y comerciantes del Ulster, que se congregaron entonces bajo la dirección de Carson, estaban orgullosos de las tradiciones democráticas de Gran Bretaña. A pesar de ello no vieron otra solución que la de la fuerza armada y había una mitad del pueblo inglés que simpatizaba con ellos. La historia enseña pues que la democracia, — según las circunstancias del respectivo período — ha empleado métodos violentos o pacíficos, al igual que cualquier otro movimiento político. El malentendido, como si la democracia fuese la materialización de la no-violencia, ha surgido en tiempos recientes al confundirse a la democracia en general con un tipo especial de la democracia, vale decir, con la democracia liberal del siglo pasado.

Es imposible para un observador de la historia hablar en nuestros tiempos de una catástrofe de la "democracia". Es imposible, ya por el solo hecho de que una "democracia en sí" no existe. Lo que se ha derrumbado es tan sólo una forma especial de la democracia, que era desde un comienzo muy débil, y la que se califica en este libro como la democracia liberal. Para evitar todo malentendido, sea recalado una vez más que con esto no se hace referencia al pensamiento liberal en su valoración general. En tanto que éste — desprendido de una política partidista especial — expresa el derecho del individuo a su libre desarrollo, pertenece a las más preciosas conquistas de la libertad humana. En la democracia liberal se trata de una forma de la democracia burguesa, perfectamente delimitada, que confiaba en solucionar con la paz, la libre competencia, librecambio y legalidad parlamentaria, los conflictos de su tiempo. Esta forma especial de la democracia se ha derrumbado en manera definitiva. Pero como demuestra la historia de los últimos 150 años al ocaso de una tendencia democrática ha sucedido siempre el despertar de nuevas formas en el gobierno autónomo de las masas. No existe ninguna razón para admitir que esto haya de cambiar en el futuro. La masa obrera, vale decir, la gran mayoría de la humanidad, deberá reconocer paulatinamente en todos los países, que su gobierno propio es la indis-

pensable premisa para conquistar un digno nivel de existencia. Se necesita comparar hoy tan sólo la situación de las masas trabajadoras de las ciudades y del campo, por ejemplo en Suiza o Australia, con la vida que llevan esas mismas masas en Italia y Polonia, para darse cuenta del valor real de la democracia.

Finalmente nos enseña la investigación histórica que de los estados democráticos que existieron ya antes de 1914, no ha perdido ninguno en la crisis actual. Donde la administración democrática y autónoma no ha sido decretada en forma mecánica por la proclamación de la república o del sufragio universal, sino que ha surgido históricamente de la vida del pueblo trabajador, ofrece una magnífica capacidad de resistencia. Una democracia que realmente lo sea, no ha sucumbido todavía en los tiempos modernos.

